



Mark Twain

Las Aventuras  
de Huckleberry  
Finn



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# **LAS AVENTURAS DE HUCKLEBERRY FINN**

**MARK TWAIN**

**PUBLICADO: 1884**  
**FUENTE: STANDARD EBOOKS**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# LAS AVENTURAS DE HUCKLEBERRY FINN

(Compañero de Tom Sawyer)

## I

No sabes nada de mí si no has leído un libro que se llama Las aventuras de Tom Sawyer; pero eso no importa. Ese libro lo escribió el señor Mark Twain, y contó la verdad, en su mayor parte. Había cosas que exageró, pero en su mayor parte contó la verdad. Tampoco importa. Nunca he visto a nadie que no mintiera alguna que otra vez, a no ser que fuera la tía Polly, o la viuda, o quizás Mary. La tía Polly —la tía Polly de Tom, eso es lo que es—, y Mary, y la viuda Douglas, todas ellas aparecen en ese libro, que es en su mayor parte un libro verdadero, con algunos cuentos, como ya he dicho.

Pues bien, el caso es que el libro termina así: Tom y yo encontramos el dinero que los ladrones habían escondido en la cueva, y eso nos hizo ricos. Nos tocaron seis mil dólares a cada uno, todo en oro. Era una cantidad es-

pantosa de dinero cuando la veías apilada. Bueno, el juez Thatcher lo cogió y lo puso a producir intereses, y nos daba un dólar al día a cada uno durante todo el año; más de lo que nadie sabría en qué gastar. La viuda Douglas me adoptó como a un hijo suyo, y decía que iba a civilizarme; pero era muy duro vivir en casa todo el tiempo, teniendo en cuenta lo lúgubre que era la viuda con sus modos tan regulares y decentes; así que cuando ya no pude aguantarlo más me largué. Volví a mis harapos de siempre y a mi tonel de azúcar, y fui libre y feliz. Pero Tom Sawyer me buscó y dijo que iba a fundar una banda de ladrones, y que yo podría unirme si volvía con la viuda y me portaba bien. Así que volví.

La viuda lloró por mí, y me llamó pobre oveja descarriada, y me puso también muchos otros nombres, pero sin mala intención. Me volvió a meter en aquella ropa nueva y yo no podía hacer otra cosa que sudar y sudar, y sentirme todo apretujado. Bueno, pues entonces empezó otra vez lo de siempre. La viuda tocaba una campana para cenar, y había que acudir puntual. Cuando te sentabas a la mesa no podías ponerte a comer sin más, sino que tenías que esperar a que la viuda bajara la cabeza y murmurara un momento sobre los alimentos, aunque en realidad no había nada de malo en ellos; bueno, nada, salvo que cada cosa estaba cocinada por separado. En un barreño lleno de sobras es diferente; las cosas se mezclan, y el jugo se reparte de unos a otros, y el conjunto sabe mejor.

Después de cenar sacó su libro y me enseñó la historia de Moisés y los juncos, y yo andaba muy afanoso por enterarme de todo lo que tenía que ver con él; pero al cabo de un rato dejó caer que Moisés llevaba muerto un buen tiempo; así que ya no me importó nada, porque a los muertos no les hago ningún caso.

Al poco rato quise fumar y le pedí permiso a la viuda. Pero no quiso dármelo. Dijo que era un vicio ruin y nada limpio, y que tenía que intentar no hacerlo más. Así son algunas personas. Se ponen en contra de una cosa cuando no saben absolutamente nada de ella. Ahí estaba ella, preocupándose por Moisés, que no era pariente suyo ni le servía de nada a nadie, siendo como era que ya había estirado la pata; y sin embargo poniendo peros a que yo hiciera una cosa que algo de bueno tiene. Y encima ella misma tomaba rapé; eso, claro está, estaba muy bien, porque lo hacía ella misma.

Su hermana, la señorita Watson, una solterona bastante enjuta, con anteojos, acababa de venir a vivir con ella, y ahora me atacó con un libro de ortografía. Me tuvo trabajando bastante duro durante cosa de una hora, y luego la viuda le dijo que me dejara en paz. Yo no habría podido aguantar mucho más. Luego pasó una hora de un aburrimiento mortal y yo estaba inquieto. La señorita Watson decía: «No pongas los pies ahí, Huckleberry»; y «No te encojas así, Huckleberry; siéntate derecho»; y al poco rato decía: «No bosteces ni te estires así, Huckleberry; ¿por qué no intentas comportarte?». Luego me contó todo lo del lugar malo, y yo dije que ojalá estuviera allí. Entonces se enfadó, pero yo no tenía mala intención. Lo único que quería era ir a algún sitio; lo único que quería era un cambio; no me importaba cuál. Dijo que era pecado decir lo que había dicho; dijo que ella no lo diría por nada del mundo; que ella iba a vivir de manera que pudiera ir al lugar bueno. Bueno, pues yo no veía ninguna ventaja en ir adonde ella iba a ir, así que decidí no empeñarme en ello. Pero nunca lo dije, porque solo serviría para traer complicaciones y no serviría de nada.

Una vez que había entrado en materia, siguió adelante y me contó todo sobre el lugar bueno. Dijo que lo único que tendría que hacer allí una persona sería andar todo el día con un arpa y cantar, por siempre jamás. Así que no me pareció gran cosa. Pero nunca lo dije. Le pregunté si creía que Tom Sawyer iría allí, y dijo que ni mucho menos. Me alegré de eso, porque quería que él y yo estuviéramos juntos.

La señorita Watson no paraba de fastidiarme, y aquello se hacía cansado y solitario. Al cabo de un rato trajeron a los negros para las oraciones, y luego todo el mundo se fue a la cama. Yo subí a mi cuarto con un trozo de vela y lo puse sobre la mesa. Luego me senté en una silla junto a la ventana e intenté pensar en algo alegre, pero no hubo manera. Me sentía tan solo que casi deseé morirme. Las estrellas brillaban, y las hojas susurraban en el bosque de un modo muy melancólico; y oí un búho, a lo lejos, ululando sobre algún muerto, y un chotacabras y un perro que lloraban por alguno que iba a morir; y el viento intentaba susurrarme algo que yo no alcanzaba a entender, y aquello me produjo un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Luego, allá en el bosque, oí una especie de sonido como el que hace un fantasma cuando quiere contar algo que tiene en la mente y no consigue hacerse entender, y así no puede descansar en su tumba, y tiene que andar de ese modo todas las noches gimiendo. Me entró tal desánimo y tal miedo que

ojalá hubiera tenido compañía. Al poco rato una araña trepó por mi hombro y la sacudí de un manotazo y fue a caer en la vela; y antes de que yo pudiera moverme, ya estaba hecha un gurrúño. No hacía falta que nadie me dijera que aquella era una señal terrible que me traería mala suerte, así que me asusté y casi me sacudí la ropa de encima. Me levanté y giré sobre mis propios pasos tres veces, y me persigné cada vez; y luego até un mechón de mi pelo con un hilo para ahuyentar a las brujas. Pero no me quedé tranquilo. Eso se hace cuando has perdido una herradura que encontraste, en vez de clavarla sobre la puerta, pero nunca había oído decir a nadie que sirviera de algún modo para alejar la mala suerte cuando uno había matado una araña.

Me volví a sentar, temblando todo, y saqué mi pipa para fumar; porque la casa estaba en un silencio de muerte y la viuda no se enteraría. Bueno, al cabo de mucho tiempo oí el reloj, allá lejos en el pueblo, sonar: bum, bum, bum; doce campanadas; y luego silencio otra vez, más silencio que nunca. Al poco oí que una ramita se quebraba en la oscuridad entre los árboles: algo se movía. Me quedé quieto y escuché. Enseguida pude oír apenas un «¡miau, miau!» allá abajo. ¡Estupendo! Digo: «¡Miau, miau!», tan flojo como pude, y luego apagué la luz y me escurrí por la ventana al tejadillo. Luego me deslicé hasta el suelo y me metí entre los árboles, y, efectivamente, allí estaba Tom Sawyer esperándome.

## II

Fuimos de puntillas por un sendero entre los árboles en dirección al fondo del jardín de la viuda, agachados para que las ramas no nos arañaran la cabeza. Al pasar junto a la cocina me tropecé con una raíz y armé un ruido. Nos agazapamos y nos quedamos quietos. El negro grande de la señorita Watson, que se llamaba Jim, estaba sentado en el umbral de la cocina;

podíamos verlo bastante bien porque había luz detrás de él. Se levantó y estiró el cuello durante cosa de un minuto, escuchando. Luego dijo:

—¿Quién anda ahí?

Siguió escuchando un poco más; luego se acercó de puntillas y se paró justo entre nosotros dos; casi podríamos haberle tocado. Bueno, debieron de pasar varios minutos sin que se oyera ni un ruido, y los tres tan juntos. Tenía un sitio en el tobillo que me empezó a picar, pero no me podía rascar; y luego me empezó a picar la oreja; y después la espalda, justo entre los hombros. Creí que me moriría si no podía rascarme. Bueno, ese fenómeno lo he observado muchas veces desde entonces. Si estás con gente de calidad, o en un entierro, o intentando dormirte cuando no tienes sueño; si estás en cualquier sitio donde no puedes rascarte, te picará todo el cuerpo en mil sitios distintos. Al poco rato dijo Jim:

—Oye, ¿quién eres tú? ¿Ónde estás? Que me maten si no he oído algo. Güeno, ya sé lo que voy a hacer: me voy a sentar aquí y a escuchar hasta que lo vuelva a oír.

Y se sentó en el suelo entre Tom y yo. Se recostó contra un árbol y estiró las piernas hasta que una casi me tocó a mí. Me empezó a picar la nariz. Me picó hasta que me saltaron las lágrimas a los ojos. Pero no me podía rascar. Luego me empezó a picar por dentro. Después me empezó a picar por debajo. No sabía cómo iba a poder quedarme quieto. Aquel suplicio se prolongó durante seis o siete minutos, pero me pareció mucho más. Ahora me picaba en once sitios distintos. Creí que no aguantaría ni un minuto más, pero apretéé los dientes y me preparé para intentarlo. En ese momento Jim empezó a respirar hondo; luego empezó a roncar, y entonces ya me quedé cómodo otra vez.

Tom me hizo una señal, una especie de ruidito con la boca, y nos fuimos arrastrando a gatas. Cuando estábamos a unos tres metros Tom me susurró que quería atar a Jim al árbol por diversión. Pero yo dije que no; podría despertarse y armar un escándalo, y entonces descubrirían que yo no estaba en mi cuarto. Luego Tom dijo que no tenía suficientes velas y que se iba a colar en la cocina a por más. Yo no quería que lo intentara. Dije que Jim podría despertarse y venir. Pero Tom quiso arriesgarlo; así que nos metimos allí y cogimos tres velas, y Tom dejó cinco centavos sobre la mesa para pagar. Luego salimos, y yo tenía muchas ganas de largarme; pero Tom no

quería sino arrastrarse hasta donde estaba Jim, a gatas, y gastarle alguna broma. Esperé, y tardó bastante, con todo tan quieto y solitario.

En cuanto Tom volvió echamos a correr por el sendero, bordeando la valla del jardín, y al cabo llegamos a lo alto del cerro empinado que hay al otro lado de la casa. Tom dijo que le había quitado el sombrero a Jim de la cabeza y lo había colgado de una rama justo encima de él, y que Jim se había movido un poco pero no se había despertado. Más tarde Jim decía que las brujas lo habían embrujado y lo habían puesto en trance, y que lo habían llevado a lomos suyo por todo el Estado, y que luego lo habían dejado de nuevo bajo los árboles y habían colgado su sombrero en una rama para demostrar quién lo había hecho. Y la siguiente vez que Jim lo contó, dijo que lo habían llevado hasta Nueva Orleans; y después, cada vez que lo contaba, lo iba agrandando más y más, hasta que al final decía que lo habían llevado por todo el mundo, y que lo habían cansado casi hasta la muerte, y que tenía la espalda llena de mataduras del sillín. Jim estaba tremendamente orgulloso de todo aquello, y llegó a no prestarle casi ninguna atención a los demás negros. Los negros venían de kilómetros a la redonda a oír a Jim contar aquello, y lo respetaban más que a ningún otro negro de aquella comarca. Los negros de fuera se quedaban con la boca abierta mirándolo de arriba abajo, como si fuera un prodigio. Los negros siempre están hablando de brujas junto a la chimenea de la cocina, en la oscuridad; pero siempre que uno estaba contando y presumiendo de saber mucho de esas cosas, Jim aparecía y decía: «¡Bah! ¿Y tú qué sabes de las brujas?», y aquel negro se quedaba sin habla y tenía que ceder el puesto. Jim siempre llevaba aquella moneda de cinco centavos colgada al cuello con un cordel, y decía que era un amuleto que el diablo le había dado con su propia mano, y que le había dicho que podía curar a cualquiera con ella y convocar a las brujas cuando quisiera con solo decirle algo; pero nunca contaba qué era lo que le decía. Los negros de por allí venían y le daban a Jim todo lo que tenían con tal de ver aquel níquel de cinco centavos; pero no lo tocaban, porque el diablo había puesto las manos encima. Jim estaba casi echado a perder como criado, porque se le habían subido los humos por haber visto al diablo y haber sido montado por las brujas.

Bueno, cuando Tom y yo llegamos al borde de la cima del cerro miramos hacia el pueblo y pudimos ver tres o cuatro lucecitas parpadeando, donde habría gente enferma quizás; y las estrellas sobre nosotros brillaban de lo

más fino; y al pie del pueblo estaba el río, con una milla entera de anchura, y en un silencio y una grandiosidad terribles. Bajamos el cerro y encontramos a Jo Harper y a Ben Rogers, y a dos o tres chicos más, escondidos en el viejo tenería. Desatamos un bote y bajamos el río dos millas y media hasta la gran cicatriz en el costado del cerro, y desembarcamos.

Fuimos a un matorral y Tom hizo que todos juraran guardar el secreto, y luego les mostró un agujero en el cerro, justo en la parte más espesa del matorral. Encendimos las velas y entramos a gatas. Avanzamos unos doscientos metros y entonces la cueva se abrió. Tom estuvo rebuscando por los pasadizos y al poco se agachó bajo una pared donde no habrías notado que había un hueco. Fuimos por un pasaje estrecho y llegamos a una especie de sala, toda húmeda y sudorosa y fría, y allí nos detuvimos. Tom dijo:

— Ahora vamos a fundar esta banda de ladrones y la llamaremos la Banda de Tom Sawyer. El que quiera entrar tiene que prestar juramento y firmar con su nombre en sangre.

Todos estaban dispuestos. Así que Tom sacó una hoja de papel en la que había escrito el juramento y lo leyó en voz alta. En él se juraba que cada miembro permanecería fiel a la banda y no revelaría nunca ninguno de sus secretos; y si alguien hacía algo contra algún miembro de la banda, el miembro a quien se ordenara matar a esa persona y a su familia tendría que hacerlo, y no podría comer ni dormir hasta haberlos matado y grabado una cruz en el pecho, que era la señal de la banda. Y nadie que no perteneciera a la banda podría usar esa marca, y si lo hacía sería demandado; y si lo volvía a hacer sería matado. Y si algún miembro de la banda revelaba los secretos, debería que degollársele, y luego quemarse el cadáver y esparcir las cenizas por todas partes, y borrarse su nombre de la lista con sangre y no mencionarse jamás entre la banda, sino que se le pondría una maldición y sería olvidado para siempre.

Todos dijeron que era un juramento verdaderamente hermoso y le preguntaron a Tom si lo había sacado de su propia cabeza. Dijo que en parte sí, pero que el resto lo había sacado de libros de piratas y de ladrones, y que toda banda que se preciara lo tenía.

Algunos pensaron que estaría bien matar a las familias de los chicos que revelaran los secretos. Tom dijo que era una buena idea, así que cogió un lápiz y lo añadió. Entonces Ben Rogers dijo:

—Aquí está Huck Finn, que no tiene familia; ¿qué vais a hacer con él?

—Bueno, ¿acaso no tiene padre? —dijo Tom Sawyer.

—Sí, tiene padre, pero nunca se le encuentra por estos pagos. Solía emborracharse con los cerdos en la tenería, pero hace ya más de un año que no lo han visto por aquí.

Lo estuvieron discutiendo, y estaban por excluirme, porque decían que todo chico tenía que tener una familia o alguien a quien matar, o si no no sería justo para los demás. Bueno, nadie era capaz de pensar en nada; todos estaban atascados, sin saber qué decir. Yo estaba casi a punto de llorar; pero de repente se me ocurrió una solución, y así les ofrecí a la señorita Watson: podían matarla a ella. Todos dijeron:

—Ah, sí, ella sirve. De acuerdo. Huck puede entrar.

Luego todos se pincharon los dedos para sacar sangre con la que firmar, y yo puse mi marca en el papel.

—Ahora bien —dijo Ben Rogers—, ¿a qué se dedica esta Banda?

—Solo a robar y a matar —respondió Tom.

—¿Pero a quién vamos a robar? ¿Casas, o ganado, o...?

—¡Bah! Robar ganado y cosas así no es robar, es hurto —dijo Tom Sawyer—. Nosotros no somos ladrones de poca monta. Eso no tiene ningún estilo. Somos salteadores de caminos. Paramos diligencias y carruajes en la carretera, con máscaras, y matamos a la gente y les cogemos los relojes y el dinero.

—¿Tenemos que matar siempre a la gente?

—Pues claro. Es lo mejor. Algunos expertos opinan de otro modo, pero en general se considera que lo mejor es matarlos; salvo a algunos que traes a la cueva y los tienes ahí hasta que paguen el rescate.

—¿El rescate? ¿Qué es eso?

—No lo sé. Pero es lo que se hace. Lo he visto en los libros; así que es lo que nosotros tenemos que hacer, claro.

—¿Pero cómo vamos a hacerlo si no sabemos qué es?

— ¡Pero hombre, tenemos que hacerlo! ¿No te digo que está en los libros? ¿Quieres hacer las cosas de manera diferente a como están en los libros y liarlas todas?

— Todo eso está muy bien decirlo, Tom Sawyer, pero ¿cómo van a ser rescatados esos tíos si nosotros no sabemos cómo rescatarlos? Eso es lo que yo quiero saber. Vamos, ¿qué crees tú que significa?

— Bueno, no lo sé. Pero quizás si los tenemos hasta que los rescaten significa que los tenemos hasta que se mueran.

— Ahora sí que tiene sentido. Eso sirve. ¿Por qué no lo has dicho antes? Los tendremos hasta que los rescaten a muerte; y vaya lata que van a dar, comiendo todo lo que hay y siempre intentando escaparse.

— Mira quién habla, Ben Rogers. ¿Cómo van a escaparse si hay un guardia encima de ellos, dispuesto a pegarles un tiro si se mueven lo más mínimo?

— ¡Un guardia! Bueno, sí, muy bien. O sea que alguien tiene que quedarse en vela toda la noche sin dormir nada, solo para vigilarlos. Eso me parece una tontería. ¿Por qué no puede uno coger un garrote y rescatarlos en cuanto lleguen?

— Porque en los libros no es así; eso es por qué. Ahora bien, Ben Rogers, ¿quieres hacer las cosas como es debido o no? ¿No crees que la gente que ha escrito los libros sabe lo que hay que hacer? ¿Crees que tú puedes enseñarles algo? Ni de lejos. No, señor; seguiremos adelante y los rescataremos de la manera correcta.

— De acuerdo. No me importa; pero yo digo que es una tontería, así que. Oye, ¿también matamos a las mujeres?

— Pero, Ben Rogers, si yo fuera tan ignorante como tú no lo preguntaría. ¿Matar a las mujeres? No; nadie ha visto eso en los libros jamás. Las traes a la cueva, y siempre eres con ellas amable como un azucarillo; y al poco tiempo se enamoran de ti y no quieren irse nunca más a casa.

— Bueno, si es así, de acuerdo, pero no me fío nada. Dentro de poco tendremos la cueva tan atestada de mujeres y de tíos esperando el rescate que no habrá sitio para los ladrones. Pero venga, yo no digo nada más.

El pequeño Tommy Barnes se había dormido ya, y cuando lo despertaron se asustó y se puso a llorar y dijo que quería irse a casa con su mamá y que ya no quería ser ladrón.

Así que todos se rieron de él y lo llamaron llorón, y aquello lo enfureció, y dijo que iría y contaría todos los secretos. Pero Tom le dio cinco centavos para que se callara, y dijo que todos iríamos a casa y nos reuniríamos la semana siguiente, y robaríamos a alguien y mataríamos a algunas personas.

Ben Rogers dijo que no podía salir mucho, solo los domingos, y que quería empezar el domingo siguiente; pero todos los chicos dijeron que sería pecado hacerlo en domingo, y eso zanjó el asunto. Quedaron en juntarse y fijar un día en cuanto pudieran, y luego elegimos a Tom Sawyer capitán primero y a Jo Harper capitán segundo de la Banda, y así nos fuimos a casa.

Trepé al tejadillo y me colé por la ventana justo antes de que amaneciera. La ropa nueva estaba toda pringada de grasa y barro, y estaba muerto de cansancio.

### III

Bueno, por la mañana me cayó buena bronca de la vieja señorita Watson por culpa de la ropa; pero la viuda no me regañó, sino que solo me limpió la grasa y el barro y puso tal cara de pena que pensé que me iba a portar bien una temporada si podía. Luego la señorita Watson me llevó al cuartito y rezó, pero no sirvió de nada. Me dijo que rezara todos los días y que lo que pidiera lo conseguiría. Pero no era cierto. Lo intenté. Una vez conseguí un sedal, pero sin anzuelos. Sin anzuelos no me servía de nada. Lo intenté para los anzuelos tres o cuatro veces, pero por alguna razón no me resultó. Un día le pedí a la señorita Watson que lo intentara por mí, pero me dijo que

era un tonto. Nunca me explicó por qué, y yo no fui capaz de entenderlo de ningún modo.

Una vez me senté en el bosque a pensarlo con calma. Me digo yo: si una persona puede conseguir cualquier cosa que pide con las oraciones, ¿por qué el diácono Winn no recupera el dinero que perdió con el cerdo? ¿Por qué la viuda no recupera su tabaquera de plata que le robaron? ¿Por qué la señorita Watson no engorda? No, me digo yo, no hay nada de nada en esto. Fui y se lo dije a la viuda, y ella dijo que lo que una persona conseguía rezando eran «dones espirituales». Aquello era demasiado para mí, pero me explicó lo que quería decir: tenía que ayudar a los demás, y hacer todo lo que pudiera por los demás, y velar por ellos en todo momento, y no pensar nunca en mí mismo. Lo cual incluía a la señorita Watson, según lo entendí yo. Me fui al bosque a darle vueltas al asunto largo rato, pero no fui capaz de ver ningún provecho en ello, salvo para los demás; así que al final decidí no preocuparme más por ello y dejarlo correr. A veces la viuda me llevaba aparte y me hablaba de la Providencia de un modo que le hacía a uno la boca agua; pero puede que al día siguiente la señorita Watson interviniera y lo echara todo por tierra. Llegué a la conclusión de que había dos Providencias, y que un pobre hombre tendría bastantes posibilidades con la Providencia de la viuda, pero que si le tocaba la de la señorita Watson no había remedio. Lo pensé todo bien y decidí que prefería quedarme con la de la viuda si es que quería aceptarme, aunque no acababa de ver cómo iba a estar yo en mejor situación que antes, siendo tan ignorante y tan bajuno y ordinario como era.

Pap llevaba más de un año sin dejarse ver, y aquello me resultaba cómodo; no quería volver a verle. Antes siempre me zurrada cuando estaba sobrio y podía echarme el guante, aunque yo solía refugiarme en el bosque la mayor parte del tiempo cuando él andaba por ahí. Bueno, por aquellas fechas lo encontraron ahogado en el río, a unas doce millas río arriba del pueblo, según decían. Pensaron que era él, de todos modos; dijeron que el ahogado tenía exactamente su talla, y estaba harapiento, y tenía el pelo extraordinariamente largo, que era todo como Pap; pero no pudieron reconocerle la cara porque llevaba tanto tiempo en el agua que ya no se parecía gran cosa a una cara. Dijeron que flotaba boca arriba. Lo sacaron y lo enteraron en la orilla. Pero no estuve tranquilo mucho tiempo, porque se me ocurrió pensar en algo. Sabía de sobra que un ahogado no flota boca arriba,

sino boca abajo. Así que supe entonces que aquel no era Pap, sino una mujer vestida con ropa de hombre. Así que volví a estar intranquilo. Llegué a la conclusión de que el viejo aparecería tarde o temprano, aunque ojalá no lo hiciera.

Estuvimos jugando a los ladrones de vez en cuando durante cosa de un mes, y luego me retiré. Todos los chicos lo hicieron. No habíamos robado a nadie, ni habíamos matado a nadie, sino que solo nos lo habíamos imaginado. Solíamos salir del bosque de un salto y caer como un rayo sobre los conductores de cerdos y las mujeres en carros que llevaban verduras al mercado, pero nunca nos llevamos a ninguno. Tom Sawyer llamaba a los cerdos «lingotes», y llamaba a los nabos y demás cosas «joyería», y íbamos a la cueva a deliberar sobre lo que habíamos hecho y sobre cuánta gente habíamos matado y marcado. Pero yo no veía ningún provecho en ello. Una vez Tom mandó a un chico a correr por el pueblo con una antorcha encendida, que él llamaba una consigna (que era la señal para que la Banda se juntara), y dijo que sus espías le habían traído noticias secretas de que al día siguiente un buen tropel de comerciantes españoles y ricos árabes iban a acampar en la Hondonada de la Cueva con doscientos elefantes, y seiscientos camellos, y más de mil mulas de carga, todas cargadas de diamantes, y que no tenían más que una guardia de cuatrocientos soldados, y que así nosotros les pondríamos una emboscada, como él la llamaba, y los mataríamos a todos y nos llevaríamos las cosas. Dijo que teníamos que limpiar nuestras espadas y escopetas y ponernos a punto. Nunca podía ir ni a por un carro de nabos sin tener que limpiar hasta brillar las espadas y escopetas para ello, aunque solo fueran palos y escobas, y podrías fregarlas hasta caerte muerto y no valdrían ni un bocado de ceniza más que antes. Yo no creía que pudiéramos con semejante muchedumbre de españoles y árabes, pero quería ver los camellos y los elefantes, así que al día siguiente, sábado, me aposté en la emboscada; y cuando nos dieron la señal nos lanzamos fuera del bosque y bajamos el cerro a toda carrera. Pero no había españoles ni árabes, ni había camellos ni elefantes. Era solo una merienda campestre de una escuela dominical, y encima de la clase de los más pequeños. La desbaratamos, y perseguimos a los niños por la hondonada; pero no nos llevamos nada salvo unos bollos y mermelada, aunque Ben Rogers se llevó una muñeca de trapo, y Jo Harper se llevó un libro de himnos y un panfleto; y luego cargó el maestro y nos hizo tirar todo y salir corriendo.

Yo no vi ningún diamante, y se lo dije a Tom Sawyer. Dijo que sí que los había, y además árabes, y elefantes y de todo. Le pregunté que por qué no podíamos verlos entonces. Dijo que si no fuera tan ignorante, y hubiera leído un libro que se llama El Quijote, lo sabría sin tener que preguntar. Dijo que todo era obra del encantamiento. Dijo que había cientos de soldados, y elefantes y tesoros, y demás, pero que teníamos enemigos a quienes él llamaba magos; y que habían convertido todo aquello en una escuela dominical de párvulos, solo por fastidiar. Yo dije, bien; entonces lo que debíamos hacer era ir a por los magos. Tom Sawyer dijo que era un zoquete.

—Vaya —dijo—, un mago puede convocar a un montón de genios, y te harían papilla antes de que pudieras decir «Jesús». Son tan altos como un árbol y tan gordos como una iglesia.

—Bueno —digo—, y si consiguiéramos algunos genios que nos ayudarán a nosotros, ¿no podríamos entonces con la otra pandilla?

—¿Y cómo los ibas a conseguir?

—No lo sé. ¿Cómo los consiguen ellos?

—Pues frotan una vieja lámpara de hojalata o un anillo de hierro, y entonces los genios llegan echando chispas, con truenos y rayos por todos lados y el humo enroscándose, y todo lo que se les manda lo hacen al punto. No les cuesta nada arrancar una torre de plomo por los cimientos y darle con ella en la cabeza a un director de escuela dominical, ni a cualquier otro hombre.

—¿Quién les da esas órdenes?

—Pues quien frota la lámpara o el anillo. Le pertenecen a quien frota la lámpara o el anillo, y tienen que hacer lo que él diga. Si les dice que construyan un palacio de cuarenta millas de largo hecho de diamantes, y que lo llenen de chicle, o lo que quieras, y que traigan de China a la hija de un emperador para que te cases con ella, tienen que hacerlo; y tienen que hacerlo antes del amanecer del día siguiente. Y encima tienen que pasear ese palacio por el campo a donde tú quieras, ¿entiendes?

—Bueno —digo—, me parece que son una pandilla de cabezas huecas por no quedarse ellos mismos el palacio en vez de regalarlo así. Y encima, si yo fuera uno de ellos, mandaría muy lejos a un hombre antes de dejarlo todo y presentarme por frotar una vieja lámpara de hojalata.

—Mira cómo hablas, Huck Finn. Pues tendrías que presentarte cuando la frotara, quisieras o no.

—¡Cómo! ¿Y yo siendo tan alto como un árbol y tan gordo como una iglesia? Pues bueno, entonces me presentaría; pero yo te digo que haría que ese hombre se subiera al árbol más alto que hubiera en el país.

—Qué pesado eres, Huck Finn. Parece que no entiendes nada; eres un perfecto mentecato.

Estuve dándole vueltas a todo esto dos o tres días, y luego decidí ver si había algo de verdad en ello. Conseguí una vieja lámpara de hojalata y un anillo de hierro, y me fui al bosque y froté y froté hasta sudar como un indio, pensando que iba a construir un palacio y venderlo; pero no sirvió de nada, ningún genio apareció. Así que llegué a la conclusión de que todo aquello no era más que otra de las mentiras de Tom Sawyer. Él sí que creía en los árabes y los elefantes, pero yo pensaba de otra manera. Tenía todas las señas de ser una escuela dominical.

## IV

Bueno, pasaron tres o cuatro meses, y ya estábamos bien entrado el invierno. Había ido a la escuela casi todo el tiempo y sabía deletrear y leer y escribir un poco, y podía decir la tabla de multiplicar hasta seis por siete son treinta y cinco, y creo que nunca podré ir más lejos aunque viva para siempre. Las matemáticas no me van para nada.

Al principio odiaba la escuela, pero poco a poco llegué a poder aguantarla. Siempre que me cansaba demasiado hacía novillos, y la paliza que me pegaban al día siguiente me hacía bien y me animaba. Así que cuanto más tiempo llevaba yendo a la escuela más fácil se hacía. También me estaba acostumbrando a los modos de la viuda, y ya no me resultaban tan ásperos.

Vivir en casa y dormir en cama me pesaba bastante la mayor parte del tiempo, pero antes del frío solía escabullirme y dormir en el bosque a veces, y así descansaba un poco. Me gustaban más los viejos modos, pero los nuevos también me iban gustando, poco a poco. La viuda dijo que iba progresando despacio pero seguro, y que su comportamiento era muy satisfactorio. Dijo que no se avergonzaba de mí.

Una mañana volqué el salero al desayuno. Alargué la mano lo más rápido que pude para coger un poco y echarlo por encima del hombro izquierdo y alejar la mala suerte, pero la señorita Watson se me adelantó y me cortó el paso. Dijo: «Quita esas manos de ahí, Huckleberry; ¡siempre estás haciendo un desastre!». La viuda intercedió por mí, pero aquello no iba a alejar la mala suerte, y yo lo sabía de sobra. Salí después del desayuno con el ánimo por los suelos y temblando, preguntándome dónde me caería aquello encima y qué sería. Hay maneras de alejar algunos tipos de mala suerte, pero este no era uno de esos tipos; así que no intenté hacer nada, sino que seguí mi camino con el ánimo caído y con los ojos bien abiertos.

Bajé al jardín delantero y salté la cerca por el escalón de madera donde se pasa la valla alta de tablones. Había un centímetro de nieve nueva en el suelo, y vi las huellas de alguien. Habían subido desde la cantera y habían estado un rato paradas junto al escalón, y luego habían seguido bordeando la valla del jardín. Era raro que no hubieran entrado, después de quedarse allí paradas tanto tiempo. No me lo explicaba. Era muy extraño, de algún modo. Iba a seguir las huellas, pero primero me agaché a mirarlas bien. Al principio no me fijé en nada, pero luego sí. En el tacón del zapato izquierdo había una cruz hecha con clavos grandes, para ahuyentar al diablo.

Me puse en pie de un salto y eché a correr cuesta abajo. Miraba por encima del hombro cada dos por tres, pero no vi a nadie. Llegué a casa del juez Thatcher lo más rápido que pude. Me dijo:

— ¡Vaya, muchacho, cómo vienes de sin aliento! ¿Has venido a buscar tus intereses?

— No, señor — digo —; ¿los hay para mí?

— Pues sí, llegaron anoche los semestrales: más de ciento cincuenta dólares. Toda una fortuna para ti. Será mejor que me dejes invertirlos junto con los seis mil, porque si te los llevas te los gastarás.

—No, señor —digo—; no quiero gastarlos. No los quiero para nada, ni los seis mil tampoco. Quiero que usted los tenga; quiero dárselos a usted: los seis mil y todo lo demás.

Se quedó sorprendido. Parecía que no lo entendía. Dijo:

—¿Y qué quieres decir con eso, muchacho?

Digo: «Por favor, no me haga preguntas. Usted se los quedará, ¿verdad?».

Me dijo:

—Bueno, estoy perplejo. ¿Pasa algo?

—Por favor, quédeselos —digo—, y no me pregunte nada; así no tendré que decir mentiras.

Lo estuvo pensando un rato, y luego dijo:

—¡Ah, ya caigo! Creo que lo entiendo. Lo que quieres es venderme toda tu propiedad, no regalármela. Esa es la idea correcta.

Luego escribió algo en un papel y lo leyó, y dijo:

—Ahí lo tienes; ya ves que dice «por la cantidad convenida». Eso quiere decir que te la he comprado y te la he pagado. Aquí tienes un dólar. Ahora fírmalo.

Así que lo firmé y me fui.

El negro de la señorita Watson, Jim, tenía una bola de pelo tan grande como un puño, sacada del cuarto estómago de un buey, con la que hacía magia. Decía que había un espíritu dentro, y que lo sabía todo. Así que aquella noche fui a verle y le dije que Pap había vuelto, pues había encontrado sus huellas en la nieve. Lo que yo quería saber era qué iba a hacer y si iba a quedarse. Jim sacó la bola de pelo y dijo unas palabras sobre ella, y luego la alzó y la dejó caer al suelo. Cayó bastante firme y solo rodó como un centímetro. Jim lo intentó otra vez, y luego otra vez más, y se comportó igual. Jim se arrodilló, puso el oído sobre ella y escuchó. Pero no sirvió de nada; dijo que no quería hablar. Dijo que a veces no hablaba sin dinero. Le dije que tenía una moneda falsa muy gastada que no valía nada porque el latón se traslucía un poco a través de la plata, y tampoco habría pasado de ningún modo, aunque no se trasluciera el latón, porque estaba tan gastada

que parecía grasienta, y eso la delataba cada vez. (Pensé que no diría nada del dólar que me había dado el juez.) Dije que el dinero era muy malo, pero que a lo mejor la bola de pelo lo aceptaba, porque a lo mejor no notaba la diferencia. Jim la olió y la mordió y la frotó, y dijo que se las arreglaría para que la bola de pelo pensara que era buena. Dijo que la abriría una patata cruda de Irlanda y metería el cuarto entre las dos mitades y lo dejaría así toda la noche, y a la mañana siguiente ya no se vería el latón y ya no parecería grasienta, y así cualquiera en el pueblo la aceptaría sin dudarlo, por no hablar de la bola de pelo. Bueno, yo ya sabía que una patata hace eso, pero se me había olvidado.

Jim puso el cuarto debajo de la bola de pelo y se agachó a escuchar otra vez. Esta vez dijo que la bola de pelo estaba bien. Dijo que me contaría toda mi fortuna si yo quería. Digo que adelante. Así que la bola de pelo le habló a Jim, y Jim me lo transmitió a mí. Dijo:

—Tu viejo Pap no sabe toavía qué va a hacer. A veces cree que se va, y otras veces cree que se queda. Lo mejor es quedarse tranquilo y dejar que el viejo haga lo que le dé la gana. Hay dos ángeles revoloteando en torno a él. Uno es blanco y brillante, y el otro es negro. El blanco lo mete en vereda un rato, y luego el negro se mete y lo echa to' a perder. No se puede saber aún cuál de los dos se lo va a llevar al final. Pero tú estás bien. Tú vas a tener bastante trabajo en la vida, y bastante alegría. A veces te van a hacer daño, y a veces te vas a poner enfermo; pero cada vez que sea te vas a poner bien otra vez. Hay dos mozas revoloteando en tu vida. Una es de pelo claro y la otra es morena. Una es rica y la otra es pobre. Te vas a casar primero con la pobre, y luego con la rica. Tienes que mantenerte alejado del agua todo lo que puedas, y no correr riesgos, porque está escrito que te van a ahorcar.

Cuando encendí mi vela y subí a mi cuarto aquella noche, allí estaba Pap, en persona.

Había cerrado la puerta. Luego me di la vuelta y allí estaba él. Antes le tenía miedo todo el tiempo, de tanto que me zurró. Supuse que ahora también le tendría miedo; pero al cabo de un momento vi que me había equivocado, es decir, pasada la primera sacudida, por así decirlo, cuando se me cortó el aliento por lo inesperado de su presencia; pero enseguida vi que no le tenía miedo como para que valiera la pena preocuparse.

Tendría casi cincuenta años, y los aparentaba. Tenía el pelo largo y enredado y grasiento, que le caía sobre los ojos, que brillaban a través como los de alguien que mira desde detrás de unos matorrales. Todo negro, sin ninguna cana; igual que sus largas y enmarañadas patillas. No había ningún color en la cara, allí donde se le veía; era blanca; no como el blanco de otro hombre, sino un blanco que revolvía el estómago, un blanco que ponía la carne de gallina: el blanco de una salamanquesa, el blanco de la barriga de un pez. En cuanto a la ropa: puros harapos, y nada más. Tenía un tobillo descansando sobre la otra rodilla; la bota de ese pie estaba reventada, y por el agujero le asomaban dos dedos, que movía de vez en cuando. El sombrero estaba en el suelo: un viejo sombrero negro de ala ancha con la copa hundida, como una tapadera.

Me quedé mirándole; él se quedó allí mirándome a mí, con la silla un poco inclinada hacia atrás. Dejé la vela en la mesa. Me fijé en que la ventana estaba abierta: había trepado por el tejadillo. No dejaba de mirarme de arriba abajo. Al cabo dijo:

— Vaya ropa tan tiesa que llevas. Crees que eres un personaje muy importante, ¿verdad?

— Puede que sí, puede que no — digo.

— No me hables con esa descarado — dice —. Te has dado muchos aires desde que me fui. Antes de que acabe contigo te bajaré los humos. Y encima dicen que estás educado; que sabes leer y escribir. Ahora te crees mejor que tu padre, ¿verdad? Porque él no sabe. Te lo quitaré de la cabeza. ¿Quién te dijo que podías meterte en semejantes pamplinas? ¿Quién te dio permiso?

— La viuda. Ella me lo dijo.

— ¿La viuda? ¿Y quién le dijo a la viuda que podía meter las narices en lo que no es asunto suyo?

— Nadie se lo dijo nunca.

—Pues ya le enseñaré yo a no entrometerse. Y escucha bien: déjate de ir a esa escuela, ¿me oyes? Voy a enseñar a la gente a criar a un chico para que se dé aires sobre su propio padre y pretenda ser mejor de lo que es. Como te pille rondando por esa escuela otra vez, ya verás. Tu madre no sabía leer ni escribir antes de morirse. Ninguno de la familia sabía antes de morirse. Yo no sé; y aquí estás tú, hinchándote así. No soy de los que aguantan eso, ¿me oyes? Venga, léeme algo.

Cogí un libro y empecé a leer algo sobre el general Washington y las guerras. Cuando llevaba como medio minuto leyendo, le dio un manotazo al libro y lo mandó al otro extremo del cuarto. Dice:

—Es verdad. Puedes hacerlo. Tenía mis dudas cuando me lo dijiste. Ahora escucha bien: deja de darte esos aires. No lo consiento. Te voy a estar vigilando, listillo; y como te pille por esa escuela te zurraré bien. Lo primero que sabrás es que encima te metes a rezar. Nunca había visto semejante hijo.

Cogió un pequeño cuadro azul y amarillo de unas vacas y un chico y dijo:

—¿Qué es esto?

—Es algo que me dieron por aprender bien las lecciones.

Lo rompió en pedazos y dijo:

—Yo te daré algo mejor: te daré una zurra.

Se quedó allí gruñendo y refunfuñando un minuto, y luego dijo:

—¿Y no eres tú un elegantillo de lo más perfumado? Una cama, y ropa de cama, y un espejo, y un trozo de alfombra en el suelo; y tu propio padre teniendo que dormir con los cerdos en la tenería. Nunca había visto semejante hijo. A que te quito yo esos aires antes de que acabe contigo. Vaya, no hay fin para tus humos; dicen que eres rico. ¿Eh? ¿Cómo es eso?

—Mienten; eso es cómo.

—Escucha bien: mucho cuidado con cómo me hablas; ya estoy aguantando todo lo que puedo, así que no me des más réplica. Llevo dos días en el pueblo y no he oído otra cosa que que eres rico. Lo oí también río abajo. Por eso vine. Mañana me traes ese dinero: lo quiero.

—No tengo ningún dinero.

—Es mentira. Lo tiene el juez Thatcher. Ve a buscarlo. Lo quiero.

—No tengo ningún dinero, te digo. Pregúntale al juez Thatcher; él te dirá lo mismo.

—Muy bien. Le preguntaré; y le haré que afloje, o sabré la razón. Oye, ¿cuánto llevas en el bolsillo? Lo quiero.

—Solo tengo un dólar, y lo quiero para...

—No importa para qué lo quieras: suéltalo.

Lo cogió y lo mordió para ver si era bueno, y luego dijo que iba a bajar al pueblo a comprar whisky; dijo que no había probado una gota en todo el día. Cuando ya estaba en el tejadillo volvió a asomar la cabeza y me insultó por darme aires e intentar ser mejor que él; y cuando creí que se había ido volvió a asomar la cabeza y me dijo que tuviese cuidado con lo de la escuela, porque me estaría vigilando y me daría una paliza si no lo dejaba.

Al día siguiente estaba borracho, y fue a casa del juez Thatcher a intimidarle e intentó que le entregara el dinero; pero no pudo, y entonces juró que haría que la ley le obligara.

El juez y la viuda acudieron a los tribunales para que el juzgado me quitara de su tutela y dejara que uno de ellos fuera mi guardián; pero era un juez nuevo que acababa de llegar, y no conocía al viejo; así que dijo que los tribunales no debían entrometerse en separar a las familias si podían evitarlo; dijo que prefería no quitarle un hijo a su padre. Así que el juez Thatcher y la viuda tuvieron que dejar el asunto.

Aquello alegró al viejo hasta el punto de que no cabía en sí. Dijo que me zurraría hasta ponerme negro y azul si no le conseguía algo de dinero. Le pedí prestados tres dólares al juez Thatcher, y Pap los cogió y se emborrachó, y se fue por ahí fanfarroneando y maldiciendo y berrando y armando gresca; y así estuvo toda la noche por el pueblo, con un cazo de hojalata, hasta casi medianoche; entonces lo metieron en la cárcel, y al día siguiente lo llevaron ante el tribunal y lo encerraron otra semana. Pero dijo que estaba satisfecho; dijo que era el amo de su hijo y que le haría pasar un mal rato.

Cuando salió, el juez nuevo dijo que iba a hacer de él un hombre. Así que se lo llevó a su propia casa, lo vistió limpio y arreglado, lo tuvo en el de-

sayuno y la comida y la cena con la familia, y estuvo de lo más amable con él, por decirlo así. Y después de cenar le habló de la templanza y de estas cosas hasta que el viejo se puso a llorar y dijo que había sido un tonto, y que había desperdiciado su vida; pero que ahora iba a empezar de nuevo y ser un hombre del que nadie tuviese que avergonzarse, y esperaba que el juez le ayudara y no lo mirara con desprecio. El juez dijo que se lo agradecía con el corazón; de modo que lloraron, y la mujer del juez también lloró; Pap dijo que había sido un hombre siempre incomprendido, y el juez dijo que lo creía. El viejo dijo que lo que necesita un hombre que está por los suelos es comprensión, y el juez dijo que era verdad; así que volvieron a llorar. Y cuando llegó la hora de acostarse el viejo se levantó y tendió la mano y dijo:

—Mírela, caballeros y damas; agárrenla; estréchensela. Esta es una mano que fue mano de un cerdo; pero ya no lo es; es la mano de un hombre que ha empezado una vida nueva, y antes se muere que vuelve atrás. Recuerden esas palabras; no las olviden. Es una mano limpia ahora; estréchensela, no tengan miedo.

Así que se la estrecharon, uno tras otro, todos, y lloraron. La mujer del juez le dio un beso. Luego el viejo firmó una promesa de abstinencia con su marca. El juez dijo que era el momento más sagrado que se recordaba, o algo por el estilo. Luego llevaron al viejo a un hermoso cuarto, que era el cuarto de los huéspedes, y a medianoche le entró una sed terrible y salió trepando al tejado del porche y se deslizó por un poste y cambió su abrigo nuevo por un jarro de aguardiente de los de matar, y volvió trepando y lo pasó en grande; y hacia el amanecer volvió a salir a rastras, borracho como una cuba, y se cayó del porche y se rompió el brazo izquierdo por dos sitios, y estaba casi helado cuando alguien lo encontró después de salir el sol. Y cuando fueron a ver el cuarto de los huéspedes tuvieron que sondear antes de poder navegar por él.

El juez se quedó algo resentido. Dijo que creía que un hombre podría reformar al viejo con una escopeta quizás, pero que no conocía ningún otro modo.

## VI

Bueno, al poco rato el viejo estaba levantado y en pie otra vez, y entonces se lanzó contra el juez Thatcher en los tribunales para que le entregara el dinero, y también se lanzó contra mí por no dejar la escuela. Me atrapó un par de veces y me pegó una tunda, pero yo seguí yendo a la escuela de todas formas, y la mayor parte del tiempo le esquivaba o le sacaba los pies. Antes no me apetecía mucho ir a la escuela, pero ahora decidí que iría para fastidiar a Pap. El juicio ese era un asunto muy lento; parecía que no iban a empezar nunca; así que de vez en cuando le pedía prestados dos o tres dólares al juez para él, con tal de librarme de las palizas. Cada vez que tenía dinero se emborrachaba; y cada vez que se emborrachaba armaba un escándalo por el pueblo; y cada vez que armaba un escándalo lo metían en la cárcel. Le venía de perlas: ese tipo de vida era justo lo suyo.

Empezó a rondar demasiado por casa de la viuda, y ella le dijo al fin que como no parara de merodear por allí le buscaría problemas. ¿Que si se puso furioso? Dijo que iba a demostrar quién era el amo de Huck Finn. Así que un día de primavera me esperó, me atrapó y me llevó río arriba unas tres millas en un bote, y cruzó a la orilla de Illinois, que estaba arbolada y donde no había casas salvo una vieja cabaña de troncos en un sitio donde los árboles eran tan espesos que no habrías dado con ella si no supieras dónde estaba.

Me tuvo con él todo el tiempo, y nunca tuve ocasión de escaparme. Vivíamos en aquella vieja cabaña, y por las noches siempre cerraba la puerta con llave y ponía la llave debajo de su cabeza. Tenía una escopeta que supongo que había robado, y pescábamos y cazábamos, y de eso vivíamos. De vez en cuando me encerraba y bajaba a la tienda, a tres millas, al embarcadero, y cambiaba pescado y caza por whisky, y lo traía a casa y se emborrachaba y lo pasaba en grande, y me pegaba. La viuda se enteró tarde o temprano de dónde estaba yo, y mandó a un hombre a intentar hacerse cargo de mí; pero Pap le echó con la escopeta, y no tardé mucho en acostumbrarme a estar donde estaba, y me gustaba, salvo la parte de las palizas.

Era una vida bastante perezosa y alegre, tumbado tranquilamente todo el día, fumando y pescando, y sin libros ni estudio. Pasaron dos meses o más, y la ropa se me quedó hecha jirones y mugre, y no entendía cómo me había podido gustar tanto estar en casa de la viuda, donde tenías que lavarte, y comer en un plato, y peinarte, y acostarte y levantarte a sus horas, y estar siempre enfrascado en un libro, y tener a la vieja señorita Watson dándote la lata a todas horas. Ya no quería volver. Había dejado de decir palabrotas porque a la viuda no le gustaba; pero ahora volví a decirlas porque a Pap no le importaba. En el bosque se vivía bastante bien, en conjunto.

Pero poco a poco Pap fue abusando demasiado del mimbre, y yo ya no lo aguantaba. Tenía el cuerpo lleno de verdugones. También empezó a ausentarse mucho y a encerrarme con llave. Una vez me encerró y estuvo fuera tres días. Fue una soledad espantosa. Pensé que se habría ahogado, y que nunca iba a salir de allí. Estaba asustado. Decidí que buscaría la manera de largarme de allí. Había intentado salir de aquella cabaña muchas veces, pero no encontraba ningún modo. No había ninguna ventana lo bastante grande para que pasara ni un perro. No podía subir por la chimenea; era demasiado estrecha. La puerta era de gruesos tablones de roble macizo. Pap tenía buen cuidado de no dejar un cuchillo ni nada en la cabaña cuando se iba; creo que había registrado el lugar unas cien veces; bueno, casi siempre estaba en ello, porque era prácticamente lo único en que podía pasar el tiempo. Pero esta vez encontré algo al fin; encontré una vieja sierra de madera oxidada sin mango; estaba metida entre un par de vigas y los tablones del tejado. La engrasa bien y me puse a trabajar. Había una vieja manta de caballo clavada contra los troncos en el extremo más alejado de la cabaña, detrás de la mesa, para que el viento no se colara por las grietas y apagara la vela. Me metí bajo la mesa, levanté la manta y me puse a serrar una sección del tronco de la parte baja de suficiente tamaño para que pudiera pasar yo. Bueno, era una labor larga, pero ya me estaba acercando al final cuando oí la escopeta de Pap en el bosque. Borré los rastros de mi trabajo, dejé caer la manta, escondí la sierra, y al poco entró Pap.

Pap no estaba de buen humor, lo cual era su estado natural. Dijo que había estado en el pueblo, y que todo iba mal. Su abogado decía que creía que ganaría el pleito y conseguiría el dinero si alguna vez empezaba el juicio; pero que había maneras de aplazarlo mucho tiempo, y el juez Thatcher sabía cómo hacerlo. Y dijo que la gente decía que habría otro

juicio para quitármelo a él y darme a la viuda como tutora, y que pensaban que esta vez ganaría. Aquello me alteró bastante, porque yo no quería volver a casa de la viuda y estar tan enjaulado y civilizado, como ellos lo llamaban. Luego el viejo empezó a maldecir, y maldijo a todo y a todos los que se le ocurrieron, y luego los maldijo a todos otra vez para asegurarse de que no se había saltado ninguno, y después remató con una especie de maldición general por todos lados, que incluía a un buen número de gente de la que no sabía el nombre, y a esos los llamaba fulano-de-tal cuando les llegaba el turno, y siguió adelante con sus maldiciones.

Dijo que le gustaría ver cómo la viuda me cogía. Dijo que estaría al acecho, y que si intentaban hacerle esa jugarreta sabía de un sitio a seis o siete millas de allí donde podría esconderme, y que podrían buscar hasta reventarse sin encontrarme. Aquello me puso bastante inquieto otra vez, pero solo un momento; llegué a la conclusión de que no me quedaría allí hasta que tuviera esa oportunidad.

El viejo me mandó al bote a buscar las cosas que había traído. Había un saco de harina de maíz de veinte kilos, un trozo de tocino, munición, y un jarro de cuatro galones de whisky, y un viejo libro y dos periódicos para tacos, además de algún estopín. Cargué con un buen peso, y volví y me senté en la proa del bote a descansar. Lo pensé todo bien, y llegué a la conclusión de que cuando me escapara me llevaría la escopeta y unos sedales, y me internaría en el bosque. Pensé que no me quedaría en ningún sitio fijo, sino que caminaría campo a través, principalmente de noche, y cazaría y pescaría para sobrevivir, y así me alejaría tanto que ni el viejo ni la viuda podrían encontrarme nunca más. Juzgué que serraría y me marcharía esa noche si Pap se emborrachaba lo bastante, y me figuré que sí. Estaba tan metido en ello que no me di cuenta de lo mucho que tardaba hasta que el viejo me gritó y me preguntó si estaba dormido o ahogado.

Subí todas las cosas a la cabaña, y entonces ya era casi de noche. Mientras preparaba la cena el viejo echó uno o dos tragos y se fue animando, y volvió a ponerse a despotricar. Había estado borracho en el pueblo y había pasado la noche tirado en el arroyo, y daba pena verle. Cualquiera habría pensado que era Adán: estaba cubierto de barro de la cabeza a los pies. Siempre que el alcohol empezaba a hacerle efecto casi siempre arremetía contra el gobierno; esta vez dijo:

— ¡A esto llaman un gobierno! Pues mira qué pinta tiene. Aquí está la ley dispuesta a quitarle a un hombre su propio hijo; un hijo que le ha dado todos los disgustos y todas las angustias y todos los gastos de criarlo. Sí, justo cuando ese hombre ha conseguido criar a ese hijo por fin, y ya está listo para ponerse a trabajar y empezar a hacer algo por él y darle un respiro, la ley va y se lo quita. ¡Y a eso llaman gobierno! Y eso no es todo, para más señas. La ley respalda a ese viejo juez Thatcher y le ayuda a mantenerme fuera de lo que es mío. He aquí lo que hace la ley: la ley coge a un hombre que vale seis mil dólares y más, y lo mete en una ratonera de cabaña como esta, y lo deja andar con ropa que no sería digna de un cerdo. ¡A eso llaman gobierno! Un hombre no puede hacer valer sus derechos en un gobierno así. A veces me dan ganas de dejar el país para siempre. Sí, y ya se lo dije; se lo dije al viejo Thatcher en su propia cara. Mucha gente me oyó y puede decir lo que dije. Digo: por dos cuartos dejaba este maldito país y no volvía más. Esas fueron mis propias palabras. Digo, mira mi sombrero; si es que se le puede llamar sombrero; pero la copa se levanta y el resto cae hasta quedar por debajo de la barbilla, y entonces ya no es propiamente un sombrero sino más bien como si me hubieran metido la cabeza por un trozo de cañería de estufa. Míralo, digo; vaya sombrero para llevar yo, uno de los hombres más ricos de este pueblo si pudiera hacer valer mis derechos.

— ¡Ah, sí, este es un gobierno de maravilla, de maravilla! Mira lo que pasó. Había un negro libre de Ohio, un mulato, casi tan blanco como un hombre blanco. Llevaba la camisa más blanca que ojos humanos hayan visto, y el sombrero más reluciente; y no hay un solo hombre en ese pueblo que tenga ropa tan fina como la suya; y tenía un reloj de oro con cadena, y un bastón con empuñadura de plata: el nabab de cabeza más gris y más imponente del Estado. ¿Y qué creen ustedes? Dijeron que era catedrático en una universidad, y que hablaba toda clase de idiomas, y que lo sabía todo. Y eso no es lo peor. Dijeron que podía votar en su tierra. Pues eso me hizo saltar. Me digo: ¿adónde va a llegar este país? Era día de elecciones, y yo mismo estaba a punto de ir a votar si no hubiera estado demasiado borracho para llegar; pero cuando me dijeron que había un Estado en este país donde dejaban votar a ese negro, me retiré. Digo: no vuelvo a votar en mi vida. Esas fueron mis propias palabras; todos me oyeron; y el país puede pudrirse por lo que a mí me importa: no vuelvo a votar en mi vida. Y ver la cachaza de ese negro: a que no me habría cedido el paso si yo no le hubiera apartado de un empujón. Digo a la gente: ¿por qué no sacan a ese negro en subasta y

lo venden? Eso es lo que yo quiero saber. ¿Y saben lo que me contestaron? Pues que no podían venderle hasta que llevara seis meses en el Estado, y que aún no había cumplido ese plazo. Ahí lo tienen; eso es lo que hay. A eso llaman un gobierno que no puede vender a un negro libre hasta que lleve seis meses en el Estado. Aquí tienen un gobierno que se llama a sí mismo gobierno, y presume de ser gobierno, y cree que es gobierno, y sin embargo tiene que quedarse de brazos cruzados seis meses enteros antes de poder echarle el guante a un negro libre vagabundo y ladrón y condenado de camisa blanca, y...

Pap estaba tan enfrascado en ello que no se fijó adónde le llevaban sus viejas piernas inestables, y fue a dar de cabeza contra el barreño de la carne de cerdo salada y se pelló las dos espinillas, y el resto de su discurso fue del tipo de lenguaje más encendido que existe, dirigido sobre todo al negro y al gobierno, aunque también le tocó algo al barreño, aquí y allá. Estuvo brincando por la cabaña considerable rato, primero sobre una pierna y luego sobre la otra, cogiéndose primero una espinilla y luego la otra, y al final le pegó una patada de izquierda de repente y le dio al barreño un porrazo de cuidado. Pero no fue buena idea, porque esa era la bota que tenía un par de dedos asomando por el extremo; así que pegó un alarido que a uno se le ponían los pelos de punta, y cayó al suelo y se revolcó por él, agarrándose los dedos; y las maldiciones que soltó entonces superaban a todo lo que había dicho antes. Él mismo lo reconoció más tarde. Había oído al viejo Sowberry Hagan en sus mejores tiempos, y dijo que también le superaba a él; pero creo que eso ya era pasarse un poco.

Después de cenar Pap cogió el jarro y dijo que tenía suficiente whisky para dos borracheras y un delirium tremens. Esa era siempre su expresión. Llegué a la conclusión de que estaría completamente borracho en cosa de una hora, y entonces le robaría la llave, o me serraría la salida, una cosa u otra. Bebió y bebió, y al cabo se desplomó sobre sus mantas; pero la suerte no me acompañó. No se quedó profundamente dormido, sino que estaba inquieto. Gimió y se quejó y se revolvió de un lado a otro durante mucho tiempo. Al fin me entró tanto sueño que no podía mantener los ojos abiertos por más que lo intentara, y así, antes de que me diera cuenta, me había quedado dormido, y la vela ardiendo.

No sé cuánto tiempo dormí, pero de repente hubo un grito espantoso y me levanté de un salto. Allí estaba Pap, con los ojos desorbitados, saltando

de aquí para allá y gritando que había serpientes. Decía que le trepaban por las piernas; y luego pegaba un brinco y chillaba, y decía que una le había mordido en la mejilla; pero yo no veía ninguna serpiente. Se puso a correr dando vueltas y más vueltas por la cabaña, gritando: «¡Quítamela! ¡Quítamela! ¡Me está mordiendo en el cuello!». Nunca había visto a un hombre con los ojos tan desencajados. Al poco rato estaba agotado del todo y se cayó jadeando; luego rodó y rodó a una velocidad asombrosa, dando patadas en todas direcciones y tirando cosas por todas partes, y golpeando y agarrando el aire con las manos, y chillando y diciendo que había demonios agarrándole. Se fue quedando sin fuerzas poco a poco, y estuvo un rato quieto, gimiendo. Luego se quedó más quieto y no hizo ningún ruido. Oía los búhos y los lobos, a lo lejos en el bosque, y todo parecía de un silencio terrible. Estaba echado junto a la esquina. Al cabo se incorporó a medias y escuchó, con la cabeza ladeada. Dijo, muy bajo:

—Tras, tras, tras; son los muertos; tras, tras, tras; vienen a por mí; pero no iré. ¡Oh, ya están aquí! No me toques, no; fuera las manos, están frías; suelta. ¡Oh, dejad en paz a un pobre diablo!

Luego se puso a cuatro patas y se arrastró, pidiéndoles que le dejaran en paz, y se envolvió en su manta y se metió bajo la vieja mesa de pino, todavía suplicando; y luego se echó a llorar. Le oía a través de la manta.

Al cabo rodó hacia fuera y se puso en pie de un salto con los ojos desencajados, y me vio y fue a por mí. Me persiguió dando vueltas y más vueltas por la cabaña con una navaja, llamándome el Ángel de la Muerte, y diciendo que me mataría y entonces ya no podría ir a por él. Le supliqué y le dije que solo era Huck; pero se echó a reír con una risa estridente y chillona, y siguió rugiendo y maldiciendo y persiguiéndome. Una vez, al girar bruscamente y esquivarle por debajo del brazo, intentó agarrarme y me cogió de la chaqueta, por la espalda, entre los hombros, y pensé que estaba perdido; pero me escurrí de la chaqueta con la rapidez de un rayo y me salvé. Al poco rato estaba completamente agotado, y se desplomó con la espalda contra la puerta, y dijo que descansaría un minuto y luego me mataría. Puso el cuchillo debajo de él y dijo que dormiría y recobraría las fuerzas, y que entonces ya se vería quién era quién.

De modo que se adormiló bastante pronto. Al cabo cogí la vieja silla de asiento de tablillas y trepé por ella con todo el cuidado que pude, sin hacer

ruido, y descolgué la escopeta. Metí la baqueta para asegurarme de que estaba cargada, y luego la apoyé en el barreño de los nabos apuntando hacia Pap, y me senté detrás de ella a esperar que se moviera. Y qué despacio y silencioso pasaba el tiempo.

## VII

— ¡Levántate! ¿Qué haces ahí?

Abrí los ojos y miré a mi alrededor intentando recordar dónde estaba. Ya había salido el sol, y yo había estado profundamente dormido. Pap estaba de pie sobre mí, con cara de agrio y también de enfermo. Dijo:

— ¿Qué haces con esa escopeta?

Llegué a la conclusión de que no sabía nada de lo que había estado haciendo, así que digo:

— Alguien intentó entrar, así que le estaba esperando.

— ¿Por qué no me despertaste?

— Bueno, lo intenté, pero no pude; no había manera de moverte.

— Bueno, está bien. No te quedes ahí parloteando todo el día, y sal a ver si hay algo pescado en los sedales para el desayuno. Yo voy enseguida.

Abrió la puerta con llave y yo salí corriendo orilla arriba. Noté unos cuantos trozos de ramas y cosas así flotando río abajo, y algo de corteza; así que supe que el río había empezado a crecer. Pensé que lo pasaría en grande si estuviera en el pueblo. La crecida de junio siempre me traía suerte; porque en cuanto empieza a subir vienen flotando troncos río abajo, y pedazos de balsas: a veces una docena de troncos juntos; así que lo único que

hay que hacer es atraparlos y venderlos a los almacenes de leña y a los aserraderos.

Fui andando por la orilla con un ojo puesto en Pap y el otro en lo que pudiera traer la crecida. Bueno, de repente llega una canoa; y una hermosura, también, de unos cuatro metros de largo, que navegaba alta como un pato. Me lancé de cabeza desde la orilla como una rana, con la ropa y todo, y nadé hacia la canoa. Pensé que habría alguien tumbado dentro, porque la gente lo hacía a menudo para gastarle una broma a alguien, y cuando un chico había remado con un bote casi hasta alcanzarla se levantaban y se reían de él. Pero esta vez no era así. Era una canoa a la deriva de verdad, y me subí a ella y la llevé remando a la orilla. Me digo: el viejo se alegrará cuando la vea; vale diez dólares. Pero cuando llegué a la orilla Pap no estaba todavía a la vista, y mientras la metía en una cañada pequeña como un barranco, toda cubierta de enredaderas y sauces, se me ocurrió otra idea: llegué a la conclusión de que la escondería bien, y luego, en vez de internarme en el bosque cuando me escapara, bajaría el río unas cincuenta millas y acamparía en un sitio fijo para siempre, y no tendría que pasar tanta penuria andando a pie.

Estaba bastante cerca de la cabaña, y me pareció oír al viejo venir en todo momento; pero la escondí; y luego salí y miré desde detrás de un grupo de sauces, y allí estaba el viejo camino abajo, a poca distancia, apuntando con la escopeta a un pájaro. Así que no había visto nada.

Cuando llegé yo estaba muy atareado recogiendo un palangre. Me reñó un poco por ser tan lento; pero le dije que me había caído al río, y que por eso había tardado tanto. Sabía que vería que estaba mojado, y entonces empezaría a hacer preguntas. Sacamos cinco bagres de los sedales y nos fuimos a casa.

Mientras descansábamos después del desayuno para dormir un poco, estando los dos bastante rendidos, se me ocurrió que si pudiera arreglar de algún modo que Pap y la viuda no intentaran seguirme, sería algo más seguro que confiar en que me diera tiempo a alejarme lo suficiente antes de que me echaran en falta; ya se sabe, podría pasar cualquier cosa. Bueno, no vi ningún modo durante un rato, pero al cabo Pap se incorporó un momento para beber otro barreño de agua y dijo:

—La próxima vez que venga alguien merodeando por aquí, despiértame, ¿oyes? Ese hombre no venía con buenas intenciones. Le habría pegado un tiro. La próxima vez, despiértame, ¿oyes?

Luego volvió a tumbarse y a dormirse; pero lo que había dicho me dio la idea exacta que yo quería. Me digo: ahora puedo arreglarlo de modo que nadie piense en seguirme.

Hacia el mediodía nos levantamos y fuimos orilla arriba. El río subía bastante rápido, y pasaban muchos troncos a la deriva en la crecida. Al poco rato llegó parte de una balsa de troncos: nueve troncos atados juntos. Salimos con el bote y la remolcamos a la orilla. Luego comimos. Cualquiera que no fuera Pap habría esperado y aprovechado el día entero para atrapar más cosas; pero ese no era el estilo de Pap. Nueve troncos eran suficientes para una vez; había que cruzar al pueblo a venderlos sin tardanza. Así que me encerró con llave y cogió el bote y se marchó remolcando la balsa hacia las tres y media. Llegué a la conclusión de que no volvería esa noche. Esperé a que me pareció que había tomado bastante ventaja; luego saqué mi sierra y me puse a trabajar en ese tronco otra vez. Antes de que estuviera al otro lado del río yo había salido por el hueco; él y su balsa no eran más que una mancha en el agua allá a lo lejos.

Cogí el saco de harina de maíz y lo llevé hasta donde estaba escondida la canoa, aparté las enredaderas y las ramas y lo metí dentro; luego hice lo mismo con el tocino; y luego el jarro del whisky. Cogí todo el café y el azúcar que había, y toda la munición; cogí los tacos; cogí el cubo y el calabazo; cogí un cazo y una taza de hojalata, y mi vieja sierra y dos mantas, y la sartén y la cafetera. Cogí sedales y cerillas y otras cosas: todo lo que valía algo. Dejé el lugar limpio. Quería un hacha, pero no había ninguna, salvo la que estaba en la leñera, y sabía por qué iba a dejármela allí. Saqué la escopeta, y ya estaba listo.

Había desgastado bastante el suelo arrastrándome por el hueco y sacando tantas cosas. Así que lo arreglé lo mejor que pude por fuera esparciendo polvo por encima, lo cual tapaba lo liso y el serrín. Luego volví a colocar el trozo de tronco en su sitio, y puse dos piedras debajo y una contra él para sujetarlo allí, porque estaba combado en ese punto y no tocaba el suelo del todo. Si te ponías a metro y medio o dos metros y no sabías que estaba ser-

rado, nunca lo habrías notado; y además, era la parte trasera de la cabaña, y era poco probable que alguien fuera a curiosear por allí.

Era todo hierba hasta la canoa, así que no había dejado ni rastro. Di la vuelta para comprobarlo. Me quedé en la orilla y miré río abajo. Todo bien. Así que cogí la escopeta y me adentré un poco en el bosque, andando en busca de pájaros, cuando vi un cerdo salvaje; los cerdos se volvían salvajes en esas tierras bajas después de escaparse de las granjas de la pradera. Maté a ese y lo llevé al campamento.

Cogí el hacha y eché la puerta abajo. La golpeé y la haché bastante para conseguirlo. Metí el cerdo, y lo llevé casi hasta la mesa y le corté el gaznate con el hacha, y lo dejé en el suelo para que sangrara; digo en el suelo porque era tierra, tierra apisonada, sin tablas. Bueno, luego cogí un viejo saco y metí dentro todo el pedrusco que pude arrastrar, y lo puse a partir desde el cerdo, y lo arrastré hasta la puerta y por el bosque hasta el río y lo tiré, y se hundió hasta el fondo, fuera de la vista. Se veía con facilidad que algo había sido arrastrado por el suelo. Ojalá hubiera estado Tom Sawyer allí; sabía que se habría interesado en este tipo de negocio, y habría añadido los toques de gracia. Nadie sabía lucirse como Tom Sawyer en algo así.

Bueno, al final arranqué algunos pelos de mi propia cabeza, ensangrenté bien el hacha y la pegué por la parte de atrás, y arrojé el hacha al rincón. Luego cogí el cerdo y lo apretujé contra mi pecho con la chaqueta (para que no goteara) hasta bajar bastante del lugar y tirarlo al río. Entonces se me ocurrió otra cosa. Así que fui a buscar el saco de harina y mi vieja sierra a la canoa y los llevé a la casa. Puse el saco donde solía estar, y le hice un agujero en el fondo con la sierra, porque no había cuchillos ni tenedores en el lugar; Pap lo hacía todo con su navaja en la cocina. Luego llevé el saco unos cien metros campo a través y entre los sauces al este de la casa, hasta una laguna poco profunda de unos ocho kilómetros de ancho y llena de juncos, y también de patos, por decirlo así, en temporada. Había un pantano o una riacho que salía de ella por el otro lado y se internaba millas adentro, no sé adónde, pero que no llegaba al río. La harina fue cayendo y fue dejando un rastro todo el camino hasta la laguna. También tiré allí la piedra de afilar de Pap, para que pareciera un accidente. Luego até el desgarrón del saco con una cuerda para que no siguiera perdiendo harina, y lo llevé con mi sierra hasta la canoa otra vez.

Ya era casi de noche; así que bajé la canoa por el río bajo unos sauces que colgaban sobre la orilla, y esperé a que saliera la luna. Até la canoa a un sauce; luego tomé un bocado de comida, y al poco rato me tumbé en la canoa a fumar una pipa y a trazar un plan. Me digo: seguirán el rastro de ese saco de piedras hasta la orilla y luego draguearán el río buscándome. Y seguirán el rastro de la harina hasta la laguna y explorarán el riacho que sale de ella buscando a los bandidos que me mataron y se llevaron las cosas. Ya no buscarán en el río nada salvo mi cadáver. Pronto se cansarán de eso y ya no se preocuparán más de mí. Muy bien; puedo parar donde quiera. La isla de Jackson me viene bien; conozco esa isla bastante bien, y nunca va nadie por allí. Y luego puedo cruzar en canoa al pueblo de noche, y escurrirme y coger lo que me haga falta. La isla de Jackson es el sitio.

Estaba bastante cansado, y lo primero que supe fue que me había quedado dormido. Cuando desperté no supe durante un momento dónde estaba. Me incorporé y miré a mi alrededor, un poco asustado. Luego recordé. El río parecía tener millas y millas de ancho. La luna estaba tan brillante que habría podido contar los troncos a la deriva que iban deslizándose, negros e inmóviles, a centenares de metros de la orilla. Todo estaba en un silencio de muerte, y parecía tarde, y olía a tarde. Ya saben lo que quiero decir; no sé cómo expresarlo con palabras.

Me desperecé bien, y estaba a punto de desatar la canoa y partir cuando oí un sonido al otro lado del agua. Escuché. Al poco lo identifiqué. Era ese sonido sordo y acompasado que producen los remos en los toletillos en una noche tranquila. Miré entre las ramas de los sauces, y allí estaba: un bote, al otro lado del agua. No podía distinguir cuántos iban en él. Seguía acercándose, y cuando estuvo a mi altura vi que no había más que un hombre dentro. Me digo: a lo mejor es Pap, aunque no le esperaba. Pasó por debajo de mí con la corriente, y al poco rato vino remando hacia la orilla por las aguas tranquilas, y pasó tan cerca que podría haber alargado la escopeta y tocarle. Bueno, era Pap, sin duda alguna; y sobrio también, a juzgar por cómo manejaba los remos.

No perdí ni un instante. Al minuto siguiente estaba deslizándome suavemente pero aprisa río abajo, a la sombra de la orilla. Recorrí cuatro kilómetros y pico, y luego me alejé un cuarto de milla o más hacia el centro del río, porque al poco iba a pasar junto al embarcadero del transbordador, y la

gente podría verme y llamarme. Me metí entre los troncos a la deriva, y luego me tumbé en el fondo de la canoa y la dejé flotar.

Allí estaba tumbado, descansando bien y fumando mi pipa, mirando hacia el cielo sin una sola nube. El cielo parece muy profundo cuando te tumbas boca arriba a la luz de la luna; yo nunca lo había sabido. ¡Y lo lejos que oye uno en el agua en esas noches! Oí gente hablando en el embarcadero del transbordador. Oí también lo que decían; cada palabra. Un hombre dijo que los días se iban alargando y las noches acortando. El otro dijo que esta no era una de las cortas, en su opinión; y entonces se rieron, y él lo repitió y se volvieron a reír; luego despertaron a otro y se lo contaron, y se rieron, pero él no se rió; soltó algo enérgico y les dijo que le dejaran en paz. El primero dijo que se lo contaría a su mujer: a ella le parecería muy gracioso; pero el otro dijo que eso no era nada comparado con algunas cosas que él había dicho en su época. Oí a un hombre decir que eran casi las tres, y que esperaba que el amanecer no tardara más de otra semana. Después la conversación fue alejándose y ya no pude distinguir las palabras; pero oía el murmullo, y de vez en cuando una carcajada también, aunque parecía muy lejos.

Ya estaba bastante por debajo del transbordador. Me incorporé, y allí estaba la isla de Jackson, a unos cuatro kilómetros río abajo, con el bosque espeso y alzándose en medio del río, grande y oscura y sólida, como un barco de vapor sin luces. No se veían señales del banco de arena en la punta: todo estaba bajo el agua.

No tardé mucho en llegar. Pasé por delante de la punta a toda velocidad, llevado por la corriente, y luego entré en el agua muerta y desembarqué en el lado que daba a la orilla de Illinois. Metí la canoa en un entrante profundo de la ribera que yo conocía; tuve que apartar las ramas de los sauces para entrar; y cuando la até nadie habría podido ver la canoa desde fuera.

Subí y me senté en un tronco en la punta de la isla, y miré el gran río y los troncos negros a la deriva y allá lejos el pueblo, a tres millas de distancia, donde parpadeaban tres o cuatro lucecitas. Una balsa de madera enorme se aproximaba río arriba, a cosa de una milla, bajando despacio con un farol en el centro. La estuve mirando deslizarse río abajo, y cuando estuvo casi a mi altura oí a un hombre decir: «¡Popa, a estribor! ¡Meted la proa a estribor!». Lo oí tan claramente como si el hombre estuviera a mi lado.

El cielo ya tenía un tenue gris; así que me metí en el bosque y me tumbé a dormir un poco antes del desayuno.

## VIII

El sol estaba tan alto cuando me desperté que juzgué que pasaban de las ocho. Me quedé tumbado en la hierba y a la sombra fresca pensando en las cosas y sintiéndome descansado y más bien cómodo y satisfecho. Podía ver el sol a través de uno o dos claros, pero en su mayor parte todo eran árboles grandes a mi alrededor, y penumbra entre ellos. Había manchas moteadas en el suelo donde la luz se filtraba a través de las hojas, y las manchas se movían un poco, mostrando que había una ligera brisa allá arriba. Un par de ardillas se posaron en una rama y me parlotearon muy amigablemente.

Estaba soberanamente perezoso y a gusto; no tenía ningunas ganas de levantarme a hacer el desayuno. Bueno, estaba ya adormilándome otra vez cuando me pareció oír un sonido sordo de «¡bum!» río arriba. Me incorporé, apoyé el codo y escuché; al poco lo oí otra vez. Salté, fui a mirar por un hueco entre las hojas, y vi una nube de humo tendida sobre el agua muy lejos río arriba, a la altura del transbordador más o menos. Y allí estaba el transbordador lleno de gente que flotaba río abajo. Ya entendía lo que pasaba. «¡Bum!» Vi salir disparado el humo blanco del costado del transbordador. Claro: estaban disparando cañonazos sobre el agua, intentando hacer que mi cadáver subiera a la superficie.

Tenía bastante hambre, pero no podía encender fuego, porque podían ver el humo. Así que me quedé allí sentado mirando el humo del cañón y escuchando los bum. El río tenía allí una milla de ancho, y siempre resulta bonito en una mañana de verano; así que lo estaba pasando bastante bien viéndoles buscar mis restos, si solo hubiera tenido algo que llevarme a la boca. Bueno, entonces se me ocurrió recordar que siempre ponen azogue

dentro de hogazas de pan y las dejan flotar, porque siempre van derechas al cadáver ahogado y se paran allí. Así que digo: voy a estar alerta, y si alguna va flotando tras de mí le daré su oportunidad. Me cambié al borde de la isla del lado de Illinois a ver qué suerte tenía, y no me defraudó. Vino una hogaza grande de doble miga, y casi la alcancé con un palo largo, pero se me resbaló el pie y se alejó flotando. Claro que yo estaba donde la corriente se acercaba más a la orilla: para eso tenía cabeza. Pero al poco llegó otra, y esta vez gané. Saqué el tapón y sacudí hacia fuera la pequeña cantidad de azogue, y le hinqué el diente. Era «pan de tahona», lo que come la gente bien; nada de borona de maíz ordinaria.

Me busqué un buen sitio entre las hojas y me senté en un tronco, masticando el pan y mirando el transbordador, muy satisfecho. Y entonces algo me llamó la atención. Me digo: ahora creo que la viuda, o el pastor, o alguien rezó para que este pan me encontrara, y aquí está, que lo ha conseguido. Así que no cabe duda de que en eso hay algo: es decir, hay algo en ello cuando reza alguien como la viuda o el pastor, pero no me funciona a mí, y creo que solo funciona para la clase adecuada de personas.

Encendí la pipa y fumé largo y tendido, y seguí mirando. El transbordador flotaba con la corriente, y supuse que tendría ocasión de ver quién iba a bordo cuando se acercara, porque vendría cerca, como el pan. Cuando ya había bajado bastante hacia mí apagué la pipa y fui al sitio donde había recogido el pan, y me tumbé detrás de un tronco en la orilla, en un pequeño claro. Por donde el tronco se bifurcaba podía mirar.

Al cabo llegó, y entró tan cerca que habrían podido tender una tablilla y desembarcar andando. Casi todo el mundo estaba en el barco. Pap, y el juez Thatcher, y Bessie Thatcher, y Jo Harper, y Tom Sawyer, y su vieja tía Polly, y Sid y Mary, y mucha más gente. Todo el mundo hablaba del asesinato, pero el capitán intervino y dijo:

— ¡Ojo avizor ahora! La corriente aquí se arrima más a esta orilla, y quizás ha sido arrastrado y se ha enredado entre la maleza al borde del agua. Ojalá sea así, de todos modos.

Yo no lo esperaba. Todos se agolparon y se asomaron por las barandillas, casi en mi cara, y se quedaron quietos, mirando con toda su atención. Yo les veía perfectamente, pero ellos no podían verme a mí. Entonces el capitán gritó:

— ¡Apártense!», y el cañón disparó tal estampido justo delante de mí que me dejó sordo con el ruido y casi ciego con el humo, y pensé que estaba perdido. Si hubieran metido balas, creo que habrían conseguido el cadáver que buscaban. Bueno, vi que no me había hecho daño, gracias a Dios. El barco siguió flotando y desapareció al doblar el saliente de la isla. Oía los cañonazos de vez en cuando, cada vez más lejos, y al cabo de una hora ya no los oí más. La isla tenía tres millas de largo. Calculé que habían llegado al extremo y que lo dejaban. Pero no todavía. Dieron la vuelta por el extremo de la isla y empezaron a subir por el canal del lado de Missouri, a vapor, disparando de vez en cuando mientras avanzaban. Crucé al otro lado y los observé. Cuando llegaron a la altura de la punta de la isla dejaron de disparar y se arrimaron a la orilla de Missouri y regresaron al pueblo.

Supe entonces que estaba a salvo. Nadie más vendría a buscarme. Saqué mis bártulos de la canoa y me hice un buen campamento en el bosque espeso. Hice una especie de tienda con mis mantas para poner las cosas debajo y que la lluvia no las mojara. Pesqué un bagre y lo abrí en canal con mi sierra, y hacia la puesta de sol encendí la hoguera del campamento y cené. Luego tendí un sedal para pescar algo para el desayuno.

Cuando oscureció me senté junto a la hoguera fumando y sintiéndome bastante satisfecho; pero poco a poco me fue entrando cierta soledad, y así fui a sentarme en la orilla a escuchar el rumor de la corriente y a contar las estrellas y los troncos a la deriva y las balsas que pasaban, y luego me acosté; no hay mejor manera de pasar el tiempo cuando uno está solo: no puedes seguir estándolo mucho, pronto se te pasa.

Y así tres días y tres noches. Sin diferencia; lo mismo siempre. Pero al día siguiente me fui a explorar por el extremo inferior de la isla. Yo era el amo de todo aquello; todo me pertenecía, por así decirlo, y quería conocerlo bien; pero principalmente quería pasar el tiempo. Encontré fresas en abundancia, maduras y en su punto; y uvas verdes de verano, y frambuesas verdes; y las moras verdes empezaban a apuntar. Todas me vendrían bien cuando llegara el momento, calculé.

Bueno, fui merodeando por el bosque espeso hasta que calculé que no debía de estar lejos del extremo de la isla. Llevaba la escopeta, pero no había disparado nada; era para protegerme; pensaba matar algo de caza cerca de casa. Por estas fechas estuve a punto de pisar una serpiente de buen

tamaño, que salió deslizándose por entre la hierba y las flores, y yo detrás de ella intentando dispararle. Fui trotando, y de repente di de bruces en las cenizas de una hoguera de campamento que todavía humeaba.

El corazón me subió hasta los pulmones. No me detuve a mirar más, sino que destensé el percutor de la escopeta y me fui escabullendo hacia atrás de puntillas tan rápido como pude. De vez en cuando me paraba un segundo entre las hojas espesas y escuchaba, pero me ahogaba tanto que no oía nada más. Seguí deslizándome un poco más adelante, luego volví a escuchar; y así una y otra vez. Si veía un tocón, me parecía un hombre; si pisaba una ramita y la quebraba, era como si alguien me hubiera cortado uno de mis alientos por la mitad y solo me hubiera dado la mitad, y encima la más corta.

Cuando llegué al campamento no me sentía muy valiente; me faltaba agallas; pero me dije: no es momento de andarse con tonterías. Así que metí todos mis bártulos en la canoa para que no se vieran, apagué el fuego y esparcí las cenizas para que pareciera un campamento del año pasado, y luego me subí a un árbol.

Creo que estuve en el árbol dos horas; pero no vi nada, no oí nada: solo creí ver y oír como mil cosas. Bueno, no podía quedarme allí eternamente; así que al fin bajé, pero me mantuve en el bosque espeso y en guardia todo el tiempo. Lo único que pude conseguir para comer fueron bayas y lo que había sobrado del desayuno.

Para cuando llegó la noche tenía bastante hambre. Así que cuando ya estaba bien oscuro me deslicé desde la orilla antes de que saliera la luna y remé hasta la orilla de Illinois, a cosa de un cuarto de milla. Me metí en el bosque y hice la cena, y ya casi había decidido quedarme allí toda la noche cuando oí un plonc, plonc, plonc, y me digo: caballos que se acercan; y luego oí voces humanas. Metí todo en la canoa lo más rápido que pude, y luego me arrastré por el bosque para ver qué podía averiguar. No había llegado muy lejos cuando oí a un hombre decir:

—Mejor que acampemos aquí si encontramos un buen sitio; los caballos están rendidos. Miremos por aquí.

No esperé, sino que me alejé remando suavemente. Me até en el sitio de siempre y decidí que dormiría en la canoa.

No dormí mucho. No podía, por alguna razón, de tanto darle vueltas a las cosas. Y cada vez que me despertaba creía que alguien me tenía agarrado por el cuello. Así que el sueño no me hizo ningún bien. Al cabo me digo: no puedo vivir así; voy a averiguar quién es el que está en la isla conmigo; lo averiguaré o reventaré. Bueno, enseguida me sentí mejor.

Así que cogí el remo y me deslicé desde la orilla apenas un paso o dos, y luego dejé que la canoa se fuera deslizando entre las sombras. La luna brillaba, y fuera de las sombras casi hacía tanta luz como de día. Fui avanzando despacio cerca de una hora, todo tan quieto como las piedras y profundamente dormido. Bueno, para entonces ya estaba casi en el extremo inferior de la isla. Empezó a soplar una brisa fresca y ligeramente rizada, y eso era tanto como decir que la noche estaba a punto de acabar. Le di una vuelta con el remo y acerqué la proa a la orilla; luego cogí la escopeta y me escurrí hasta el borde del bosque. Me senté allí en un tronco y miré entre las hojas. Vi que la luna dejaba su guardia y la oscuridad empezaba a cubrir el río como una manta. Pero al poco rato vi una franja pálida sobre las copas de los árboles, y supe que llegaba el día. Así que cogí la escopeta y me fui deslizando hacia donde había tropezado con aquella hoguera, deteniéndome cada uno o dos minutos a escuchar. Pero no tuve suerte de ningún modo; no daba con el sitio. Pero poco a poco, efectivamente, atisé un destello de fuego allá entre los árboles. Me acerqué con precaución y despacio. Al cabo estaba lo bastante cerca para echar un vistazo, y allí había un hombre en el suelo. Casi me dio un soponcio. Tenía una manta alrededor de la cabeza, y la cabeza casi en el fuego. Me quedé allí detrás de un matorral, a unos dos metros de él, con los ojos clavados en él sin pestañear. Ya iba clareando. Al poco bostezó y se desperezó y se quitó la manta de encima, ¡y era Jim, el negro de la señorita Watson! Menuda alegría me dio verle. Digo:

—¡Hola, Jim! —y salté hacia él.

Se levantó de un brinco y me miró con los ojos desorbitados. Luego se dejó caer de rodillas, junto las manos y dijo:

—¡No me hagas daño, no! Yo nunca le he hecho mal a un difunto. Siempre quise a los muertos y hice todo lo que pude por ellos. Vete al río, que es onde estás, y no le hagas na a tu viejo Jim, que siempre fue tu amigo.

Bueno, no tardé mucho en hacerle entender que no estaba muerto. Qué alegría me dio ver a Jim. Ya no estaba solo. Le dije que no tenía miedo de

que le contara a la gente dónde estaba yo. Seguí hablando, pero él se quedó allí sentado mirándome; no dijo nada. Luego digo:

— Ya es de día. Hagamos el desayuno. Aviva bien la hoguera.

— ¿Pa qué avivar la hoguera pa cocer fresas y esas cosillas? Pero tienes una escopeta, ¿no? Pos podemos conseguir algo mejor que fresas.

— Fresas y esas cosillas — digo —. ¿Con eso vives?

— Es que no podía conseguir na más — dice.

— ¿Y cuánto llevas en la isla, Jim?

— Llegué aquí la noche después de que te mataran.

— ¿Cómo? ¿Todo ese tiempo?

— Sí, señor.

— ¿Y no has tenido más que esas porquerías para comer?

— No, señor; na más.

— Pues debes de estar casi muerto de hambre, ¿no?

— Creo que me comería un caballo. Creo que sí. ¿Cuánto llevas tú en la isla?

— Desde la noche en que me mataron.

— ¡No me digas! ¿Y de qué has vivido? Pero tienes una escopeta. Ah, sí, tienes una escopeta. Eso está bien. Pues mata algo y yo enciendo el fuego.

Así que fuimos hasta donde estaba la canoa, y mientras él encendía un fuego en un claro cubierto de hierba entre los árboles, yo saqué harina y tocino y café, y la cafetera y la sartén, y azúcar y tazas de hojalata; y al negro le dejó de una pieza, porque pensó que todo aquello era obra de la brujería. Pesqué también un buen bagre grande, y Jim lo limpió con su cuchillo y lo frió.

Cuando estuvo el desayuno nos tendimos en la hierba y lo comimos bien caliente y humeante. Jim le metió mano con todas sus fuerzas, porque estaba casi muerto de hambre. Luego, cuando ya estábamos bastante hartos, nos tumbamos a holgazanear. Al cabo Jim dijo:

— Pero oye, Huck, ¿a quién mataron en esa cabaña si no fuiste tú?

Entonces le conté todo, y dijo que había sido muy listo. Dijo que Tom Sawyer no habría podido idear un plan mejor que el mío. Luego digo:

—¿Cómo es que estás aquí, Jim, y cómo llegaste?

Pareció bastante incómodo y no dijo nada durante un minuto. Luego dijo:

—A lo mejor es mejor que no lo cuente.

—¿Por qué, Jim?

—Bueno, hay razones. Pero tú no me delatarías si te lo dijera, ¿verdad, Huck?

—Que me cuelguen si lo hago, Jim.

—Bueno, te creo, Huck. Yo... me escapé.

—¡Jim!

—Pero recuerda que dijiste que no lo dirías; sabes que dijiste que no lo dirías, Huck.

—Pues sí que lo dije. Dije que no lo diría, y lo cumpliré. Palabra de honor, lo cumpliré. La gente me llamaría un abolicionista miserable y me despreciaría por callarme; pero eso no importa. No lo voy a decir, y no voy a volver allí, de todas formas. Así que cuéntamelo todo.

—Bueno, verás, fue así. La vieja señora, que es la señorita Watson, siempre me da la lata y me trata bastante mal, pero siempre decía que no me vendería río abajo. Pero me fijé en que últimamente andaba por allí un tratante de negros con bastante frecuencia, y empecé a estar inquieto. Bueno, una noche me arrimé a la puerta bastante tarde, y la puerta no estaba del to cerrada, y oí cómo la vieja señora le decía a la viuda que iba a venderme río abajo, que no quería hacerlo, pero que le daban ochocientos dólares por mí, y que era tanto dinero que no podía resistirse. La viuda intentó convencerla de que no lo hiciera, pero yo no esperé a oír el resto. Salí por patas pero que muy ligero, te lo digo.

—Eché a correr y bajé el cerro, y pensaba robar un bote en algún sitio de la orilla río arriba del pueblo, pero había gente moviéndose todavía, así que me escondí en el viejo cobertizo de tonelero destartado que hay en la orilla a esperar que se fueran todos. Bueno, estuve allí toda la noche. Había gente moviéndose todo el rato. Hacia las seis de la mañana empezaron a

pasar botes, y hacia las ocho o las nueve en tó bote que pasaba hablaban de cómo tu padre había venido al pueblo y decía que te habían matado. Estos últimos botes iban llenos de señoras y caballeros que iban a ver el lugar. A veces atracaban en la orilla y descansaban antes de cruzar, y por lo que hablaban me enteré de todo lo del crimen. Me dio mucha pena que te hubieran matado, Huck, pero ya no me la da.

—Me quedé allí tumbado entre las virutas todo el día. Tenía hambre, pero no tenía miedo; porque sabía que la vieja señora y la viuda iban a salir al culto de campo justo después del desayuno y a estar fuera todo el día, y ellas saben que yo suelo salir con el ganado al amanecer, así que no esperarían verme por allí, y no me echarían de menos hasta después de que oscureciera. Los demás criados no me echarían de menos tampoco, porque en cuanto los viejos se fueran ellos también se escurrirían a tomarse el día libre.

—Bueno, cuando oscureció tomé el camino del río y anduve como dos millas o más hasta donde no había casas. Ya tenía decidido lo que iba a hacer. Verás, si seguía intentando escapar a pie, los perros me rastrearían; si robaba un bote para cruzar, notarían la falta del bote, ¿ves?, y sabrían más o menos adónde habría desembarcado en la otra orilla, y por dónde retomar mi pista. Así que me digo: una balsa es lo que busco; no deja rastro.

—Vi una luz que venía doblando el recodo, y me metí en el agua y empujé un tronco por delante de mí y nadé más de la mitad del río, y me metí entre los maderos a la deriva, y mantuve la cabeza bien agachada, y fui nadando contra la corriente hasta que llegó la balsa. Luego nadé hasta la popa y me agarré. Se nubló y estuvo bastante oscuro un rato. Así que me subí y me tumbé sobre los tablones. Los hombres estaban todos allá lejos en el centro, donde estaba el farol. El río estaba creciendo, y había buena corriente; así que calculé que para las cuatro de la mañana estaría a cuarenta kilómetros río abajo, y entonces me escurriría justo antes del amanecer y nadaría hasta la orilla, y me metería en el bosque del lado de Illinois.

—Pero no tuve suerte. Cuando ya estábamos casi en la punta de la isla un hombre empezó a venir a popa con el farol; vi que no valía la pena esperar, así que me tiré por la borda y eché para la isla a nado. Bueno, pensé que podría desembarcar en casi cualquier sitio, pero no pude; la orilla era demasiado escarpada. Estaba casi en el extremo de la isla antes de encontrar un

buen sitio. Me metí en el bosque y decidí que no me metería más con balsas mientras estuvieran moviendo el farol así. Tenía mi pipa y un tapón de tabaco de cuerda, y cerillas en la gorra, y no se habían mojado, así que estaba bien.

—¿Y no has tenido carne ni pan para comer todo este tiempo? ¿Por qué no cogías tortugas de barro?

—¿Y cómo las ibas a coger? No puedes acercarte sigilosamente a ellas y agarrarlas; ¿y cómo va a darles uno con una piedra? ¿Cómo podía hacerse de noche? Y de día no iba a mostrarme en la orilla.

—Bueno, es verdad. Has tenido que quedarte en el bosque todo el tiempo, claro. ¿Oíste los cañonazos?

—Ah, sí. Sabía que iban a por ti. Los vi pasar de aquí; los estuve mirando entre los arbustos.

Llegaron unos pajaritos jóvenes volando un metro o dos cada vez y posándose. Jim dijo que era señal de que iba a llover. Dijo que era señal cuando los pollos volaban así, y que por eso creía que era lo mismo cuando los pajaritos lo hacían. Iba a coger algunos, pero Jim no me dejó. Dijo que era la muerte. Dijo que una vez su padre estuvo muy malo, y alguien cogió un pájaro, y su abuela dijo que su padre se moriría, y se murió.

Y Jim dijo que no había que contar las cosas que ibas a cocinar para comer, porque aquello traía mala suerte. Lo mismo si sacudías el mantel después de ponerse el sol. Y dijo que si un hombre tenía una colmena y ese hombre moría, había que decírselo a las abejas antes del amanecer del día siguiente, o si no las abejas se irían debilitando y dejarían de trabajar y morirían. Jim dijo que las abejas no pican a los tontos; pero yo no me lo creí, porque yo mismo lo había comprobado muchas veces, y no me picaban.

Había oído algunas de esas cosas antes, pero no todas. Jim sabía toda clase de presagios. Decía que sabía casi de todo. Yo dije que me parecía que todos los presagios eran de mala suerte, y entonces le pregunté si no había alguno de buena suerte. Dijo:

—Muy pocos, y no le sirven a uno de na. ¿Pa qué quieres saber cuándo viene la buena suerte? ¿Pa alejarla?» Y dijo: «Si tienes los brazos peludos y el pecho peludo, es señal de que vas a ser rico. Bueno, eso tiene alguna util-

idad, porque es con mucha anticipación. Verás, a lo mejor tienes que ser pobre mucho tiempo primero, y podrías desanimarte y hacerte daño si no supieras por la señal que vas a ser rico con el tiempo.

—¿Tienes los brazos peludos y el pecho peludo, Jim?

—¿Pa qué preguntas eso? ¿Es que no lo ves?

—Bueno, ¿y eres rico?

—No, pero una vez lo fui, y lo voy a ser otra vez. Una vez tuve catorce dólares, pero me dio por especular y me arruiné.

—¿En qué especulaste, Jim?

—Bueno, primero me metí en ganado.

—¿Qué clase de ganado?

—Pues, ganado vivo; vacas, ¿sabes? Metí diez dólares en una vaca. Pero no voy a arriesgar más dinero en ganado. La vaca se me murió entre las manos.

—O sea que perdiste los diez dólares.

—No los perdí todos. Solo perdí unos nueve. Vendí el cuero y el sebo por un dólar y diez centavos.

—Te quedaban cinco dólares y diez centavos. ¿Especulaste más?

—Sí. ¿Conoces a ese negro de una pierna que le pertenece al viejo señor Bradish? Bueno, puso un banco y dijo que cualquiera que metiera un dólar recibiría cuatro dólares más al cabo del año. Bueno, todos los negros se metieron, pero no tenían mucho. Yo era el único que tenía bastante. Así que exigí más de cuatro dólares, y dije que si no me los daban montaría yo mismo un banco. Claro que ese negro quería mantenerme fuera del negocio, porque decía que no había bastante negocio para dos bancos, así que dijo que yo podía meter mis cinco dólares y él me pagaría treinta y cinco al cabo del año.

—Y así lo hice. Luego calculé que invertiría los treinta y cinco dólares enseguida y mantendría las cosas en movimiento. Había un negro que se llamaba Bob que había capturado una lanchona de madera, y su amo no lo sabía; y yo se la compré y le dije que recogiera los treinta y cinco dólares al

cabo del año; pero alguien robó la lanchona esa noche, y al día siguiente el negro de una pierna dijo que el banco había quebrado. Así que ninguno de nosotros recibimos dinero ninguno.

—¿Y qué hiciste con los diez centavos, Jim?

—Pues iba a gastarlos, pero tuve un sueño, y el sueño me dijo que se los diera a un negro que se llamaba Balán; a Balán el Asno le llaman para abreviar; es uno de esos cabezas huecas, ya sabes. Pero dicen que tiene buena suerte, y vi que yo no la tenía. El sueño decía que dejara que Balán invertiera los diez centavos y que él me haría ganar algo. Bueno, Balán cogió el dinero, y cuando estaba en la iglesia oyó decir al predicador que el que da al pobre le presta al Señor, y que seguro que recupera su dinero cien veces. Así que Balán le dio los diez centavos a los pobres, y se quedó esperando a ver qué pasaba.

—¿Y qué pasó, Jim?

—Na de na. No hubo manera de cobrar ese dinero; ni Balán tampoco. No voy a prestar más dinero sin ver la garantía. ¡Que seguro que recuperas el dinero cien veces, dice el predicador! Si pudiera recuperar los diez centavos, lo daría por saldado y me daría con un canto en los dientes.

—Bueno, de todas formas está bien, Jim, ya que vas a ser rico otra vez tarde o temprano.

—Sí; y ahora mismo soy rico, si se mira bien. Me pertenezco a mí mismo, y valgo ochocientos dólares. Ojalá tuviera el dinero; no querría más.

## IX

Quería ir a ver un sitio justo hacia el centro de la isla que había encontrado cuando exploraba; así que partimos y llegamos enseguida, porque la isla

solo tenía tres millas de largo y un cuarto de milla de ancho.

Aquel sitio era una loma o cresta bastante larga y empinada de unos doce metros de alto. Nos costó mucho llegar a la cima porque los lados eran muy escarpados y los matorrales muy espesos. Anduvimos y trepamos por todas partes, y al cabo encontramos una buena caverna grande en la roca, casi arriba del todo, en el lado que daba a Illinois. La caverna era tan grande como dos o tres cuartos juntos, y Jim podía estar de pie erguido dentro. Hacía fresco allá dentro. Jim quería meter los bártulos allí enseguida, pero yo dije que no teníamos ganas de estar subiendo y bajando todo el tiempo.

Jim dijo que si teníamos la canoa bien escondida, y teníamos todos los bártulos en la caverna, podríamos correr allí si alguien venía a la isla, y nunca nos encontrarían sin perros. Y además dijo que esos pajaritos habían dicho que iba a llover, ¿y quería yo que se mojaran las cosas?

Así que volvimos, cogimos la canoa y remamos hasta estar a la altura de la caverna, y arrastramos todos los bártulos hasta allá arriba. Luego buscamos un sitio cerca de allí para esconder la canoa entre los sauces espesos. Sacamos algunos peces de los sedales y los volvimos a tender, y empezamos a preparar la comida.

La puerta de la caverna era bastante grande para rodar un tonel por ella, y a un lado de la puerta el suelo sobresalía un poco, y era plano y un buen sitio para hacer fuego. Así que lo hicimos allí y cocinamos la comida.

Extendimos las mantas dentro a modo de alfombra y comimos allí dentro. Pusimos todas las demás cosas a mano al fondo de la caverna. Al poco se oscureció y empezó a tronar y relampaguear; así que los pajaritos tenían razón. Enseguida empezó a llover, y llovió con todas sus fuerzas, y nunca he visto soplar el viento así. Era una de esas tormentas de verano regulares. Se ponía tan oscuro que todo parecía de un negro azulado fuera, y de una belleza; y la lluvia azotaba tan espesa que los árboles a poca distancia parecían borrosos y como de tela de araña; y llegaba una ráfaga de viento que doblaba los árboles y les volvía el pálido envés de las hojas; y luego venía un golpe de viento perfecto que sacudía las ramas y las hacía agitar los brazos como si estuvieran desatadas; y luego, cuando ya era todo lo más negro y azulado que podía ser: ¡paf!, era tan brillante como la gloria, y veías un instante las copas de los árboles sacudiéndose allá lejos en la tormenta, a centenares de metros más de lo que podías ver antes; oscuro como

el pecado al instante siguiente, y entonces oías el trueno soltarse con un estruendo espantoso, y luego ir retumbando, gruñendo, rondando cuesta abajo por el cielo hacia el otro lado del mundo, como barriles vacíos rodando por unas escaleras: donde las escaleras son largas y rebotan bastante, ya se sabe.

—Jim, esto es de maravilla —digo—. No querría estar en ningún otro sitio que aquí. Pásame otro pedazo de pescado y algo de borona caliente.

—Bueno, no estarías aquí si no fuera por Jim. Estarías allá abajo en el bosque sin comer, y empapándote hasta casi ahogarte; eso sería lo que te pasaría, cielo. Las gallinas saben cuándo va a llover, y los pájaros también, criatura.

El río siguió subiendo y subiendo durante diez o doce días, hasta que al final se desbordó por las orillas. El agua tenía un metro o más de profundidad en los puntos bajos de la isla y en las tierras bajas de Illinois. Por ese lado tenía muchas millas de ancho, pero por el lado de Missouri era la misma distancia de siempre, media milla, porque la orilla de Missouri era solo una pared de altos riscos.

De día remábamos por toda la isla en la canoa. Hacía mucho fresco y sombra en el bosque espeso, aunque el sol abrasara fuera. Íbamos serpenteando entre los árboles, y a veces las enredaderas colgaban tan espesas que había que dar marcha atrás y buscar otro camino. Bueno, en cada viejo árbol caído podías ver conejos y serpientes y cosas así; y cuando la isla llevaba un día o dos inundada se volvieron tan mansos, de tanto hambre que tenían, que podías acercarte remando y poner la mano encima si querías; pero no las serpientes ni las tortugas: esas se deslizaban al agua. La cresta donde estaba nuestra caverna estaba llena de ellas. Podríamos haber tenido cuantas mascotas quisiéramos si nos hubiera apetecido.

Una noche atrapamos un trozo pequeño de balsa de madera: hermosos tablones de pino. Tenía unos cuatro metros de ancho y unos cinco de largo, y la parte de arriba sobresalía del agua unos quince centímetros: un suelo sólido y nivelado. A veces veíamos pasar troncos de sierra de día, pero los dejábamos pasar; de día no nos dejábamos ver.

Otra noche, cuando estábamos en la punta de la isla, justo antes del amanecer, llegó una casa flotando, por el lado oeste. Era de dos pisos, y bastante inclinada. Remamos hasta ella y subimos a bordo: entramos por una

ventana del piso de arriba. Pero todavía estaba demasiado oscuro para ver nada, así que amarramos la canoa y nos quedamos dentro a esperar el amanecer.

La luz empezó a llegar antes de que llegáramos al extremo de la isla. Entonces miramos por la ventana. Pudimos distinguir una cama, y una mesa, y dos sillas viejas, y muchas cosas esparcidas por el suelo, y ropa colgada de la pared. Había algo tumbado en el suelo en el rincón más alejado que parecía un hombre. Así que Jim dijo:

— ¡Eh, usted!

Pero no se movió. Así que volví a gritar, y entonces Jim dijo:

— Ese hombre no está dormido: está muerto. Estate quieto; voy a ver.

Fue, se agachó y miró, y dijo:

— Es un muerto. Sí señor; y desnudo, además. Le han pegado un tiro por la espalda. Creo que lleva muerto dos o tres días. Entra, Huck, pero no le mires la cara: es demasiado horrible.

Yo no le miré nada. Jim echó algunos trapos viejos por encima, aunque no hacía falta; yo no quería verle. Había montones de naipes viejos y grasientos esparcidos por el suelo, y botellas de whisky vacías, y un par de antifaces hechos de tela negra; y por todas las paredes había palabras y dibujos del tipo más ignorante, hechos con carbón. Había dos vestidos viejos de algodón estampado muy sucios, y un sombrero de sol, y algo de ropa interior de mujer colgada de la pared, y también ropa de hombre. Lo metimos todo en la canoa: podría sernos útil. Había un viejo sombrero de paja manchado de un chico en el suelo; ese también lo cogí. Y había una botella que había tenido leche, con un tapón de trapo para que mamara un bebé. Nos habríamos llevado la botella, pero estaba rota. Había un viejo baúl raído y un viejo baúl de pelo con las bisagras rotas. Estaban abiertos, pero no quedaba nada dentro que valiera algo. Por como estaban las cosas esparcidas calculamos que la gente había salido con prisa y no había podido llevarse la mayor parte de sus cosas.

Cogimos un viejo farol de hojalata, y un cuchillo de carnicero sin mango, y una navaja Barlow nueva que valía dos reales en cualquier tienda, y un montón de velas de sebo, y un candelero de hojalata, y un calabazo, y una taza de hojalata, y una colcha vieja y roída de la cama, y un ridículo con

agujas y alfileres y cera y botones y hilo y cosas así, y un hacha y algunos clavos, y un sedal tan grueso como mi dedo meñique con unos anzuelos monstruosos, y un rollo de piel de gamuza, y un collar de perro de cuero, y una herradura, y unos frasquitos de medicina que no tenían etiqueta; y justo cuando nos íbamos yo encontré un almohaza en bastante buen estado, y Jim encontró un viejo arco de violín deshilachado y una pata de palo. Las correas estaban rotas, pero por lo demás era una pierna bastante buena, aunque era demasiado larga para mí y no bastante larga para Jim, y no pudimos encontrar la otra aunque buscamos por todas partes.

Y así, en conjunto, hicimos un buen botín. Cuando estuvimos listos para alejarnos estábamos a un cuarto de milla por debajo de la isla, y ya era de día bien entrado; así que hice que Jim se tumbara en la canoa y se tapara con la colcha, porque si estaba sentado la gente podría reconocer que era negro desde lejos. Remé hasta la orilla de Illinois y me dejé llevar río abajo casi media milla. Me arrastré por el remanso bajo la orilla, sin ningún contratiempo y sin ver a nadie. Llegamos a casa sanos y salvos.

## X

Después del desayuno quise hablar del muerto y especular sobre cómo había podido acabar así, pero Jim no quería. Dijo que traería mala suerte; y además, dijo, podría venir a assombrarnos; dijo que un hombre que no estaba enterrado era más propenso a andar asombrando por ahí que uno que estaba plantado bajo tierra y cómodo. Eso me pareció bastante razonable, así que no dije más; pero no podía dejar de darle vueltas al asunto y de desear saber quién había matado al hombre y por qué lo había hecho.

Rebuscamos entre la ropa que habíamos cogido y encontramos ocho dólares en plata cosidos en el forro de un viejo abrigo de manta. Jim dijo que creía que la gente de esa casa había robado el abrigo, porque si hubier-

an sabido que el dinero estaba allí no lo habrían dejado. Yo dije que creía que también lo habían matado ellos; pero Jim no quería hablar de eso. Digo:

—Ahora crees que es mala suerte; pero ¿qué dijiste cuando traje la piel de serpiente que encontré en lo alto de la cresta anteayer? Dijiste que era la peor mala suerte del mundo tocar una piel de serpiente con las manos. ¡Pues aquí tienes tu mala suerte! Nos hemos llevado todas estas cosas y encima ocho dólares. Ojalá pudiéramos tener esta clase de mala suerte todos los días, Jim.

—No te preocupes, cielo, no te preocupes. No te pongas demasiado gallito. Ya viene. Te lo digo, ya viene.

Y vino, además. Era martes cuando tuvimos esa conversación. Bueno, después de comer el viernes estábamos tumbados en la hierba en el extremo superior de la cresta, y se nos acabó el tabaco. Fui a la caverna a por más, y encontré una serpiente de cascabel allí dentro. La maté, y la enrollé al pie de la manta de Jim, de lo más natural, pensando que habría diversión cuando Jim la encontrara. Bueno, para la noche ya me había olvidado completamente de la serpiente, y cuando Jim se tiró sobre la manta mientras yo encendía una luz, allí estaba la pareja de la serpiente, que le mordió.

Se levantó de un salto gritando, y lo primero que mostró la luz fue el bicho enrollado y listo para otro ataque. Lo tendí en un segundo de un palazo, y Jim agarró el jarro de whisky de Pap y empezó a echárselo a chorros.

Iba descalzo, y la serpiente le había mordido justo en el talón. Todo eso venía de ser yo tan tonto como para no recordar que donde dejas una serpiente muerta su pareja siempre viene y se enrolla junto a ella. Jim me dijo que le cortara la cabeza a la serpiente y la tirara, y que luego pelara el cuerpo y asara un trozo. Lo hice, y él lo comió y dijo que ayudaría a curarlo. También me hizo quitarle los cascabeles y atárselos alrededor de la muñeca. Dijo que eso ayudaría. Luego me escabullí calladamente y tiré las serpientes bien lejos entre los arbustos; porque no quería que Jim se enterara de que todo era culpa mía, si podía evitarlo.

Jim chupó y chupó del jarro, y de vez en cuando perdía el conocimiento y se agitaba y gritaba; pero cada vez que volvía en sí se ponía a chupar del jarro otra vez. El pie se le hinchó bastante, y también la pierna; pero al cabo empezó a venirle la borrachera, y así llegué a la conclusión de que estaba

bien; aunque yo habría preferido que me mordiera una serpiente antes que el whisky de Pap.

Jim estuvo en cama cuatro días y cuatro noches. Luego la hinchazón había desaparecido del todo y volvió a estar en pie. Decidí que nunca más tocaría una piel de serpiente con las manos, ahora que había visto lo que traía. Jim dijo que ya creería en él la próxima vez. Y dijo que tocar una piel de serpiente era tan terriblemente mala suerte que a lo mejor todavía no habíamos llegado al final de ella. Dijo que prefería ver la luna nueva por encima del hombro izquierdo mil veces antes que coger una piel de serpiente con la mano. Bueno, yo también iba llegando a ese modo de pensar, aunque siempre había creído que mirar la luna nueva por encima del hombro izquierdo es una de las cosas más descuidadas y tontas que puede hacer uno. El viejo Hank Bunker lo hizo una vez y se jactó de ello; y en menos de dos años se emborrachó y se cayó de la torre de plomo, y quedó tan extendido que era como una especie de capa, por así decirlo; y lo metieron de lado entre dos puertas de granero a modo de ataúd y lo enterraron así, según dicen, pero yo no lo vi. Me lo contó Pap. Pero en todo caso, todo eso vino de mirar la luna de ese modo, como un tonto.

Bueno, pasaron los días, y el río volvió a meterse entre sus orillas; y una de las primeras cosas que hicimos fue cebar uno de los grandes anzuelos con un conejo pelado y tenderlo, y pescar un bagre que era tan grande como un hombre, de un metro noventa de largo y más de noventa kilos de peso. No pudimos con él, claro; nos habría arrojado hasta Illinois. Nos quedamos allí mirándolo dar vueltas y sacudirse hasta que se ahogó. Encontramos un botón de latón en su estómago y una bala redonda, y mucha basura más. Abrimos la bala con el hacha, y dentro había un carrete. Jim dijo que había estado allí mucho tiempo para haberse recubierto así y haberse convertido en una bola. Era el bagre más grande que se haya pescado nunca en el Misisipi, creo yo. Jim dijo que nunca había visto uno mayor. En el pueblo habría valido mucho dinero. Los peces así los venden por el kilo en el mercado; todo el mundo compra de uno; su carne es tan blanca como la nieve y se fríe muy bien.

A la mañana siguiente dije que aquello se estaba poniendo lento y aburrido, y que quería animarme de algún modo. Dije que creía que me cruzaría al otro lado del río a enterarme de lo que pasaba. A Jim le gustó la idea; pero dijo que tenía que ir de noche y con cuidado. Luego le dio vueltas y

dijo: ¿y no podría ponerme algo de aquella ropa vieja y disfrazarme de chica? Era también una buena idea. Así que acortamos uno de los vestidos de algodón estampado, me arremangué los pantalones hasta las rodillas y me lo puse. Jim lo abrochó por detrás con los corchetes, y me quedaba bastante bien. Me puse el sombrero de sol y me lo até bajo la barbilla, y entonces para alguien que mirara adentro y viera mi cara era como mirar por un tubo de cañería de estufa. Jim dijo que nadie me reconocería, ni siquiera de día. Estuve practicando todo el día para cogerle el truco a la cosa, y al cabo lo hacía bastante bien, solo que Jim dijo que no andaba como una chica; y dijo que tenía que dejar de levantarme el vestido para llegar al bolsillo de los pantalones. Le hice caso y lo hice mejor.

Partí por la orilla de Illinois en la canoa justo después de oscurecer.

Salí a cruzar hacia el pueblo desde un poco más abajo del embarcadero del transbordador, y la deriva de la corriente me arrastró hasta el extremo inferior del pueblo. Até la canoa y empecé a caminar por la orilla. Había una luz encendida en una pequeña cabaña que llevaba mucho tiempo deshabitada, y me pregunté quién se habría instalado allí. Me acerqué de puntillas y miré por la ventana. Había una mujer de unos cuarenta años allí dentro, haciendo punto junto a una vela sobre una mesa de pino. No la conocía de cara; era una desconocida, porque en ese pueblo no había una cara que yo no conociera. Eso era una suerte, porque yo estaba flaqueando; me estaba entrando miedo de haber venido; la gente podría reconocer mi voz y descubrirme. Pero si esa mujer llevaba dos días en un pueblo tan pequeño podría contarme todo lo que yo quería saber; así que llamé a la puerta, con la firme decisión de no olvidar que era una chica.

## XI

—Pase —dijo la mujer, y así lo hice. Dijo: —Tome asiento.

Lo hice. Me miró de arriba abajo con sus ojillos brillantes y dijo:

—¿Cómo se llama usted?

—Sarah Williams.

—¿Y dónde vive? ¿Por aquí cerca?

—No, señora. En Hookerville, a siete millas río abajo. He venido andando todo el camino y estoy rendida.

—Y con hambre también, supongo. Le buscaré algo.

—No, señora, no tengo hambre. Tenía tanta hambre que tuve que parar a dos millas de aquí en una granja; así que ya no tengo hambre. Por eso llego tan tarde. Mi madre está enferma en cama, y sin dinero ni nada, y he venido a avisarle a mi tío Abner Moore. Vive en el extremo superior del pueblo, según me dijo ella. No he estado aquí nunca. ¿Le conoce usted?

—No; pero es que no conozco a todo el mundo todavía. Llevo aquí menos de dos semanas. Es bastante lejos hasta el extremo superior del pueblo. Será mejor que se quede aquí esta noche. Quítese el sombrero.

—No —digo—; descansaré un rato, creo, y luego seguiré. No le tengo miedo a la oscuridad.

Dijo que no me dejaría ir sola, pero que su marido llegaría al rato, quizás en hora y media, y que le mandaría conmigo. Luego se puso a hablar de su marido, y de sus parientes río arriba, y de sus parientes río abajo, y de lo bien que estaban antes, y de que no sabían si habían hecho mal en venirse a nuestro pueblo en vez de dejarlo estar; y así y asá, hasta que me temí que me había equivocado al venir a ella para enterarme de lo que pasaba en el pueblo; pero al cabo le dio por hablar de Pap y del asesinato, y entonces me puse muy dispuesto a dejarla parlotear a su aire. Me habló de mí y de Tom Sawyer encontrando los seis mil dólares (aunque los convirtió en diez), y de todo lo de Pap y de lo mal sujeto que era, y de lo mal sujeto que era yo, y al final llegó al punto en que yo había sido asesinado. Digo:

—¿Quién lo hizo? Hemos oído bastante sobre todo esto en Hookerville, pero no sabemos quién mató a Huck Finn.

—Bueno, creo que hay bastante gente por aquí que quisiera saber quién le mató. Algunos creen que el viejo Finn lo hizo él mismo.

—No; ¿de verdad?

—Casi todo el mundo lo creyó al principio. Nunca sabrá lo cerca que estuvo de ser linchado. Pero antes de que anoheciera cambiaron de idea y llegaron a la conclusión de que lo había hecho un negro fugado que se llama Jim.

—Pero él...

Me callé. Calculé que era mejor no decir nada. Ella siguió adelante, sin notar que había intervenido:

—El negro se escapó la misma noche que mataron a Huck Finn. Así que hay una recompensa por él: trescientos dólares. Y hay una recompensa por el viejo Finn también: doscientos dólares. Verá, se presentó en el pueblo la mañana después del crimen, lo contó, y salió con ellos en el transbordador a buscar, y enseguida después se fue. Antes de que anoheciera querían lincharle, pero ya no estaba, ¿ves? Bueno, al día siguiente descubrieron que el negro había desaparecido; descubrieron que no le habían visto desde las diez de la noche del crimen. Así que se lo echaron a él, ¿ve?; y mientras estaban con eso, al día siguiente vuelve el viejo Finn, y fue llorando al juez Thatcher a pedirle dinero para buscar al negro por todo Illinois. El juez le dio algo, y esa tarde se emborrachó y anduvo por ahí hasta pasada la medianoche con un par de extraños de muy mala pinta, y luego se fue con ellos. Bueno, no ha vuelto desde entonces, y no le esperan de vuelta hasta que esto se calme un poco, porque la gente cree ahora que él mató a su hijo y arregló las cosas para que pareciera que lo habían hecho unos ladrones, y así se quedaría con el dinero de Huck sin tener que molestarse con un pleito largo. La gente dice que no era demasiado bueno para haberlo hecho. Ah, es listo, creo yo. Si no vuelve en un año, todo le irá bien. No se puede probar nada contra él, ¿sabe?; para entonces todo se habrá calmado, y entrará en el dinero de Huck como si nada.

—Sí, eso creo, señora. No veo nada que lo impida. ¿Ha dejado todo el mundo de creer que lo hizo el negro?

—Oh, no, no todo el mundo. Mucha gente cree que lo hizo él. Pero pronto cogerán al negro, y a lo mejor consiguen sacárselo de miedo.

—¿Pero es que todavía le están buscando?

— ¡Vaya, qué inocente es usted! ¿Creen que los trescientos dólares están ahí para que cualquiera los recoja? Algunos piensan que el negro no está lejos de aquí. Yo soy una de ellas, pero no lo he dicho por ahí. Hace unos días estaba hablando con una pareja de viejos que viven aquí al lado en una cabaña de troncos, y mencionaron de pasada que casi nadie va nunca a esa isla de ahí enfrente que llaman la isla de Jackson. ¿No vive nadie allí?, digo yo. No, nadie, dicen ellos. No dije nada más, pero me puse a pensar. Estaba casi segura de haber visto humo por allí, hacia la punta de la isla, uno o dos días antes, así que me digo: lo más probable es que el negro esté escondido allí; de todas formas, digo, vale la pena tomarse la molestia de registrar el sitio. No he vuelto a ver humo desde entonces, así que quizás se haya ido, si es que era él; pero mi marido va a ir a echar un vistazo: él y otro hombre. Él había ido río arriba, pero volvió hoy, y se lo dije en cuanto llegó, hace dos horas.

Me había puesto tan inquieto que no podía quedarme quieto. Tenía que hacer algo con las manos; así que cogí una aguja de la mesa y me puse a enhebrarla. Me temblaban las manos y lo estaba haciendo muy mal. Cuando la mujer dejó de hablar levanté la vista, y me estaba mirando con bastante curiosidad y con una ligera sonrisa. Dejé la aguja y el hilo, y me puse a parecer interesado; y lo estaba también; y digo:

— Trescientos dólares es una cantidad de dinero. Ojalá pudiera conseguirlos mi madre. ¿Va su marido esta noche?

— Sí. Se fue al centro del pueblo con el hombre que le decía, a buscar un bote y a ver si podían conseguir prestada otra escopeta. Irán después de medianoche.

— ¿No verían mejor si esperaran hasta de día?

— Sí. ¿Y el negro no vería mejor también? Después de medianoche lo más probable es que esté dormido, y ellos pueden moverse por el bosque y buscar su hoguera mucho mejor con la oscuridad, si es que tiene una.

— No se me había ocurrido.

La mujer me seguía mirando con bastante curiosidad, y yo no me sentía nada cómodo. Al poco dijo:

— ¿Cómo dijo que se llamaba, cielo?

—M... Mary Williams.

Por alguna razón no me parecía haber dicho que me llamaba Mary antes, así que no levanté la vista; me parecía haber dicho que me llamaba Sarah; así que me sentí un poco acorralado, y me temí que a lo mejor se me notaba también. Ojalá la mujer dijera algo más; cuanto más tiempo estaba callada más inquieto estaba yo. Pero entonces dijo:

—Cielo, me pareció que dijo que se llamaba Sarah cuando entró.

—Ah, sí, señora, eso dije. Sarah Mary Williams. Sarah es mi nombre de pila. Unos me llaman Sarah, otros me llaman Mary.

—¿Ah, sí, es eso?

—Sí, señora.

Me sentí mejor entonces, pero de todas formas deseaba estar fuera de allí. Todavía no podía levantar la vista.

Bueno, la mujer se puso a hablar de lo mal que iban los tiempos, y de lo pobres que tenían que vivir, y de que los ratones campaban a sus anchas como si fueran los dueños, y así y así, y entonces me tranquilicé otra vez. Tenía razón en lo de los ratones. Cada poco veías asomar uno el hocico por un agujero del rincón. Dijo que cuando estaba sola tenía que tener cosas a mano para tirarles, si no no la dejaban en paz. Me mostró un trozo de plomo retorcido en forma de nudo, y dijo que era buena tiradora con él en general, pero que se había torcido el brazo uno o dos días antes, y no sabía si podría apuntar bien ahora. Pero estuvo al acecho, y de repente le tiró a un ratón; pero falló mucho, y dijo «¡Ay!» porque le dolía el brazo. Luego me dijo que probara yo con el siguiente. Quería largarme antes de que volviera el viejo, pero claro que no lo demostré. Cogí el trozo de plomo, y al primer ratón que asomó el hocico le tiré, y si se hubiera quedado donde estaba habría sido un ratón bastante magullado. Dijo que había sido de primera, y que creía que el siguiente lo pillaría. Fue a buscar el trozo de plomo y lo trajo, y trajo también una madeja de lana con la que quería que la ayudara. Levanté las dos manos y ella puso la madeja sobre ellas, y siguió hablando de ella y de los asuntos de su marido. Pero paró para decir:

—Ojo con los ratones. Será mejor que tenga el plomo en el regazo, a mano.

Y así tiró el trozo en mi regazo justo en ese momento, y yo cerré las piernas sobre él, y ella siguió hablando. Pero solo un minuto. Luego quitó la madeja y me miró directamente a la cara, muy amablemente, y dijo:

—Vamos, ¿cómo se llama usted de verdad?

—¿Q... qué, señora?

—¿Cómo se llama usted de verdad? ¿Es Bill, o Tom, o Bob, o qué?

Creo que temblé como una hoja, y no sabía bien qué hacer. Pero digo:

—Por favor, no se burle de una pobre chica como yo, señora. Si estoy molestando aquí, yo...

—No, de eso nada. Siéntese y quédese donde está. No voy a hacerle daño, ni voy a delatarle tampoco. Solo cuénteme su secreto y confíe en mí. Lo guardaré; y, además, le ayudaré. Mi marido también si quiere. Verá, es usted un aprendiz fugado, nada más. No es ninguna cosa. No hay ningún mal en ello. Le han tratado mal, y ha decidido largarse. No le voy a delatar, no se preocupe. Cuéntemelo todo ahora, sea bueno.

Así que dije que no serviría de nada seguir con la farsa, y que lo reconocería todo y se lo contaría, pero que no podía faltar a su promesa. Luego le dije que mi padre y mi madre habían muerto, y que la ley me había colocado de aprendiz con un granjero viejo y malo a treinta millas del río, y que me trataba tan mal que no podía soportarlo más; que se había ido a estar fuera un par de días, y yo aproveché la oportunidad y robé algo de la ropa vieja de su hija y me fui, y llevaba tres noches haciendo las treinta millas. Viajaba de noche, me escondía de día y dormía, y la bolsa de pan y carne que me llevé de casa me duró todo el camino, y tuve de sobra. Dije que creía que mi tío Abner Moore cuidaría de mí, y por eso me había dirigido a este pueblo de Goshen.

—¿Goshen, criatura? Esto no es Goshen. Esto es San Petersburgo. Goshen está a diez millas río arriba. ¿Quién le dijo que esto era Goshen?

—Pues un hombre que encontré al amanecer esta mañana, justo cuando iba a meterme en el bosque para mi sueño de costumbre. Me dijo que cuando el camino se bifurcara tomara el de la derecha, y que a cinco millas llegaría a Goshen.

—Estaba borracho, supongo. Le dijo exactamente lo contrario.

—Bueno, actuaba como si estuviera borracho, pero da igual ahora. Tengo que seguir camino. Llegaré a Goshen antes del amanecer.

—Espere un momento. Le prepararé algo de comer. Puede que lo necesite.

Así que me preparó algo de comer, y dijo:

—Dígame: cuando una vaca está echada, ¿por qué extremo se levanta primero? Conteste sin pensar, sin pararse a discurrirlo. ¿Por qué extremo se levanta primero?

—Por los cuartos traseros, señora.

—¿Y un caballo?

—Por los cuartos delanteros, señora.

—¿En qué lado del árbol crece el musgo?

—En el lado norte.

—Si quince vacas están pastando en una ladera, ¿cuántas de ellas comen con la cabeza apuntando en la misma dirección?

—Las quince, señora.

—Bueno, creo que sí ha vivido en el campo. Pensé que a lo mejor intentaba volver a engañarme. ¿Cómo se llama de verdad?

—George Peters, señora.

—Pues intente acordarse, George. No se le olvide y me diga que es Alejandro antes de irse, y luego salga del paso diciéndome que es George Alejandro cuando le pille. Y no ande por ahí con esas ropas de algodón viejas entre mujeres. De chica lo hace bastante mal, pero a los hombres podría engañarlos a lo mejor. No se preocupe, criatura; cuando se ponga a enhebrar una aguja, no sujete el hilo y lleve la aguja hacia él; sujete la aguja y pase el hilo por ella: así es como lo hace casi siempre una mujer, pero un hombre siempre lo hace al revés. Y cuando le tire a un ratón o a algo, póngase de puntillas y lleve la mano por encima de la cabeza de la manera más torpe que pueda, y falle el ratón a metro y medio o dos metros. Tire rígido desde el hombro, como si hubiera allí un pivote sobre el que gira, como una chica; no desde la muñeca y el codo, con el brazo extendido a un lado, como un

chico. Y recuerde: cuando una chica intenta coger algo en el regazo, abre las rodillas; no las cierra de golpe, como hizo usted cuando cogió el trozo de plomo. La verdad, le reconocí por chico cuando enhebró la aguja; y lo demás lo arreglé solo para asegurarme. Ahora váyase a casa de su tío, Sarah Mary Williams George Alejandro Peters, y si se mete en algún lío mándeme recado a la señora Judith Loftus, que soy yo, y haré lo que pueda por sacarle de él. Siga el camino del río todo el tiempo, y la próxima vez que salga de excursión llévese zapatos y calcetines. El camino del río es bastante pedregoso, y los pies le quedarán en un estado cuando llegue a Goshen, creo yo.

Subí por la orilla unos cincuenta metros, y luego di media vuelta y me escabullí de vuelta hasta donde estaba mi canoa, bastante por debajo de la casa. Salté dentro y me alejé a toda prisa. Subí bastante río arriba para llegar a la punta de la isla, y luego empecé a cruzar. Me quité el sombrero de sol, porque entonces no quería nada que me tapara la vista. Cuando estaba más o menos en el centro oí al reloj empezar a dar las horas, así que me paré y escuché; el sonido llegó tenue sobre el agua pero nítido: once. Cuando toqué la punta de la isla no me detuve a recuperar el aliento, aunque estaba casi sin él, sino que me metí directamente en el bosque donde antes había estado mi campamento, y encendí un buen fuego en un sitio alto y seco.

Luego salté a la canoa y me lancé a toda velocidad hacia nuestro lugar, a una milla y media río abajo. Desembarqué, me abrí paso chapoteando por el bosque y subí la cresta y entré en la caverna. Allí estaba Jim, profundamente dormido en el suelo. Le desperté sacudiéndole y digo:

— ¡Levanta y espabila, Jim! No hay un minuto que perder. ¡Nos buscan!

Jim no hizo ninguna pregunta, no dijo ni una palabra; pero el modo en que trabajó durante la media hora siguiente mostraba de sobra el susto que tenía. Para entonces todo lo que poseíamos en el mundo estaba en nuestra balsa, y estaba lista para ser sacada del rincón de sauces donde estaba escondida. Apagamos la hoguera de la caverna lo primero de todo, y después de eso no sacamos ni una vela al exterior.

Saqué la canoa de la orilla un poco, y eché una ojeada; pero si había un bote por allí no podía verlo, porque las estrellas y las sombras no son buenas para ver. Luego sacamos la balsa y nos deslizamos río abajo a la som-

bra, pasando por el extremo de la isla en completo silencio; sin decir ni una palabra.

## XII

Debía de ser casi la una de la mañana cuando por fin dejamos atrás la isla, y la balsa parecía ir muy despacio. Si llegaba un bote íbamos a meternos en la canoa y escapar hacia la orilla de Illinois; y menos mal que no llegó ninguno, porque ni siquiera habíamos pensado en meter la escopeta en la canoa, ni un sedal, ni nada de comer. Estábamos demasiado agitados para pensar en tantas cosas. No fue buena idea meter todo en la balsa.

Si los hombres fueron a la isla supongo que encontraron la hoguera que yo encendí, y estuvieron velándola toda la noche esperando a que llegara Jim. De todas formas, se mantuvieron alejados de nosotros, y si encender la hoguera no les engañó no fue culpa mía. Se la jugué lo más bajo que pude.

Cuando empezó a clarear el primer rayo del día, nos atamos a un banco de arena en una gran curva del lado de Illinois, y cortamos ramas de álamos con el hacha, y cubrimos la balsa con ellas para que pareciera que había habido un derrumbe de la orilla allí. Un banco de arena es un banco de arena con álamos encima, tan espesos como los dientes de una rastra.

Teníamos montañas en la orilla de Missouri y bosque espeso en el lado de Illinois, y el canal estaba junto a la orilla de Missouri en aquel punto, así que no teníamos miedo de que nadie diera con nosotros. Nos quedamos allí todo el día, y vimos pasar las balsas y los vapores zumbando junto a la orilla de Missouri, y los vapores que subían peleándose con el gran río en el centro. Le conté a Jim todo lo que había pasado en mi charla con aquella mujer; y Jim dijo que era muy lista, y que si ella misma saliera a buscarnos no se quedaría sentada mirando una hoguera: no, señor, iría a buscar un per-

ro. Bueno, entonces dije: ¿y por qué no podía decirle a su marido que trajera un perro? Jim dijo que apostaba a que sí se le había ocurrido para cuando los hombres estaban listos para salir, y que creía que debían de haber ido al centro a buscar un perro y así habían perdido todo ese tiempo, o si no no estaríamos en este banco de arena a veinticinco o treinta kilómetros por debajo del pueblo: no, señor, estaríamos de vuelta en el mismo pueblo de siempre. Así que dije que me daba igual la razón por la que no nos habían cogido, con tal de que no nos hubieran cogido.

Cuando empezó a oscurecer asomamos la cabeza entre la espesura de los álamos, y miramos arriba y abajo y al otro lado; nada a la vista; así que Jim cogió algunos de los tablones superiores de la balsa y construyó una covacha cómoda en la que guarecerse con el calor y la lluvia, y para tener las cosas secas. Jim hizo un suelo para la covacha, y lo levantó un palmo o más por encima del nivel de la balsa, de modo que ahora las mantas y todos los bártulos estaban fuera del alcance de las olas de los vapores. Justo en el centro de la covacha pusimos una capa de tierra de unos quince centímetros de espesor con un marco alrededor para mantenerla en su sitio; esto era para encender fuego cuando hubiera mal tiempo o frío; la covacha lo ocultaría para que no lo vieran. También hicimos un remo de gobierno de repuesto, porque el otro podría romperse con un tronco o algo así. Fijamos un palo corto con horquilla para colgar el viejo farol, porque siempre teníamos que encender el farol cuando viéramos venir un vapor río abajo, para que no nos pasara por encima; pero no hacía falta encenderlo para los vapores que subían a no ser que viéramos que estábamos en lo que llaman un «cruce»; porque el río estaba todavía bastante alto, y las orillas bajas seguían un poco bajo el agua; así que los vapores que subían no navegaban siempre por el canal, sino que buscaban aguas tranquilas.

Esa segunda noche navegamos entre siete y ocho horas, con una corriente que llevaba más de seis kilómetros por hora. Pescamos y hablamos, y nos dimos algún que otro chapuzón para ahuyentar el sueño. Era algo solemne ir a la deriva por el gran río tranquilo, tumbados boca arriba mirando las estrellas, y nunca nos apetecía hablar en voz alta, y pocas veces nos reíamos: solo una especie de risita suave y baja. Tuvimos muy buen tiempo en general, y no nos pasó absolutamente nada: ni esa noche, ni la siguiente, ni la otra.

Todas las noches pasábamos pueblos, algunos muy arriba en laderas negras, nada más que un brillante lecho de luces; no se veía ni una casa. La quinta noche pasamos por San Luis, y fue como si el mundo entero estuviera iluminado. En San Petersburgo solían decir que en San Luis había veinte o treinta mil personas, pero nunca lo creí hasta que vi aquella maravillosa extensión de luces a las dos de la madrugada, en aquella noche tan quieta. No se oía ni un ruido; todo el mundo dormía.

Todas las noches solía escurrirme a tierra hacia las diez en algún pueblecito, y comprar diez o quince centavos de harina o tocino u otras cosas de comer; y a veces me llevaba un pollo que no estaba posado cómodamente. Pap siempre decía: coge un pollo cuando tengas oportunidad, porque si no lo quieres para ti siempre puedes encontrar alguien que lo quiera, y una buena acción nunca se olvida. Nunca vi a Pap cuando no quisiera el pollo él mismo, pero eso es lo que solía decir, de todas formas.

Por las mañanas, antes de que amaneciera, me metía en los campos de maíz y pedía prestada una sandía, o un melón, o una calabaza, o algo de maíz nuevo, o cosas por el estilo. Pap siempre decía que pedir prestado no era ningún daño si pensabas devolver las cosas algún día; pero la viuda decía que no era más que un nombre suave para robar, y que ninguna persona decente lo haría. Jim dijo que creía que la viuda tenía razón en parte y Pap tenía razón en parte; así que lo mejor sería que eligiéramos dos o tres cosas de la lista y dijéramos que no las pediríamos prestadas más; entonces creía que no habría ningún mal en pedir prestadas las demás. Así que estuvimos hablando de ello toda una noche, derivando río abajo, intentando decidir si dejábamos las sandías, o los melones cantalupos, o los melones de agua, o qué. Pero hacia el amanecer lo arreglamos todo satisfactoriamente, y llegamos a la conclusión de que dejaríamos las manzanas silvestres y los caquis. No nos sentíamos del todo bien antes de eso, pero ahora todo estaba cómodo. Me alegré también de cómo resultó, porque las manzanas silvestres nunca son buenas, y los caquis no estarían maduros en dos o tres meses.

Disparábamos a algún ave acuática de vez en cuando, que se levantaba demasiado pronto por la mañana o no se acostaba bastante pronto por la tarde. En general vivíamos bastante bien.

La quinta noche por debajo de San Luis tuvimos una gran tormenta después de medianoche, con mucho trueno y relámpagos, y la lluvia caía en una cortina sólida. Nos quedamos en la covacha y dejamos que la balsa se gobernara sola. Cuando relampagueaba podíamos ver un gran río recto por delante, y riscos altos y rocosos a ambos lados. Al cabo digo: «¡Eh, Jim, mira allá!». Era un vapor que se había estrellado contra una roca. Íbamos a la deriva directamente hacia él. El relámpago le mostraba muy claramente. Estaba inclinado de lado, con parte de la cubierta superior sobre el agua, y podías ver cada pequeño tirante de las chimeneas limpio y claro, y una silla junto a la gran campana, con un viejo sombrero de ala ancha colgado en el respaldo, cuando llegaban los destellos.

Bueno, estando tan entrada la noche y tan tormentosa, y todo tan misterioso, sentí exactamente lo mismo que habría sentido cualquier otro chico al ver aquel naufragio tendido allí tan melancólico y solitario en el centro del río. Quería subirme a él y andar curioseando un poco, y ver qué había allí. Así que digo:

—Subamos a él, Jim.

Pero Jim se resistió al principio. Dijo:

—No quiero andar metiendo las narices en ningún naufragio. Nos va bien, y más vale no tentar a la suerte, como dice el buen libro. A lo mejor hay un vigilante en ese naufragio.

—Tu abuela, el vigilante —digo—; no hay nada que vigilar salvo el camarote del capitán y la cabina del piloto; ¿y crees que alguien va a arriesgar la vida por un camarote y una cabina del piloto en una noche como esta, cuando puede romperse y ser arrastrado río abajo en cualquier momento?» Jim no pudo replicar nada a eso, así que no lo intentó. «Y además —digo—, podríamos pedir prestado algo que valga la pena del camarote del capitán. Cigarros apuesto yo, a cinco centavos la pieza, en metálico contante. Los capitanes de vapor son siempre ricos, y cobran sesenta dólares al mes, y no les importa lo que cuestan las cosas, ya sabes, con tal de quererlas. Mete una vela en el bolsillo; no puedo descansar, Jim, hasta que le demos una ojeada. ¿Crees que Tom Sawyer pasaría de largo por algo así? Ni hablar. Lo llamaría una aventura: eso es lo que lo llamaría; y se subiría a ese naufragio aunque fuera lo último que hiciera. ¿Y no le metería estilo?, ¿verdad que se

luciría y de qué manera? Hombre, cualquiera diría que era Cristóbal Colón descubriendo el Paraíso. Ojalá estuviera aquí Tom Sawyer.

Jim gruñó un poco, pero cedió. Dijo que no debíamos hablar más de lo necesario, y entonces hablar muy bajo. El relámpago nos mostró el naufragio otra vez justo a tiempo, y llegamos al pescante de estribor, y nos atamos allí.

La cubierta estaba bastante alta aquí. Nos fuimos deslizado por su pendiente hacia babor, en la oscuridad, en dirección al camarote del capitán, avanzando despacio con los pies, y extendiendo las manos para apartar los vientos, porque estaba tan oscuro que no se veía rastro de ellos. Al poco chocamos con el extremo delantero del tragaluz de la cubierta, y nos subimos a él; y el siguiente paso nos puso ante la puerta del camarote del capitán, que estaba abierta, y ¡caramba!, allá en el fondo del corredor del camarote vimos una luz, ¡y al mismo tiempo nos pareció oír voces bajas ahí dentro!

Jim susurró que se encontraba muy mal y que me fuera con él. Digo: de acuerdo, y iba a salir hacia la balsa; pero justo entonces oí una voz que se lamentaba y decía:

—Por favor, no, chicos; juro que nunca lo diré.

Otra voz dijo, bastante alto:

—Eso es mentira, Jim Turner. Ya lo has hecho otras veces. Siempre quieres más que tu parte del botín, y siempre la has conseguido, porque has jurado que si no la tenías lo dirías todo. Pero esta vez lo has dicho una vez de más. Eres el más ruin y el más traicionero de todo el país.

Para entonces Jim ya había ido hacia la balsa. Yo estaba que ardía de curiosidad; y me digo: Tom Sawyer no se echaría atrás ahora, y yo tampoco; voy a ver qué está pasando aquí. Así que me tiré al suelo a gatas en el pequeño pasillo, y fui arrastrándome hacia popa en la oscuridad hasta que no había más que un camarote entre yo y el pasillo transversal del camarote de proa. Entonces vi allí dentro a un hombre tendido en el suelo con las manos y los pies atados, y dos hombres de pie sobre él, y uno de ellos tenía un farol encendido en la mano, y el otro tenía una pistola. Este último no paraba de apuntar la pistola a la cabeza del hombre en el suelo y de decir:

—¡Me gustaría hacerlo! Y debería, ¡miserable canalla!

El hombre en el suelo se encogía y decía: «Por favor, no, Bill; no voy a decírselo nunca a nadie».

Y cada vez que lo decía, el hombre del farol se reía y decía: «¡Ya lo creo que no! Nunca has dicho nada más verdadero que eso, puedes apostararlo». Y una vez dijo: «¡Escúchale suplicar! Y sin embargo, si no le hubiéramos pillado y atado, nos habría matado a los dos. ¿Y por qué? Por nada. Solo porque reclamábamos nuestros derechos: eso es por qué. Pero apuesto a que ya no vas a amenazar a nadie más, Jim Turner. Guarda esa pistola, Bill».

Bill dijo:

—No quiero, Jake Packard. Yo soy de los que le matan: ¿y no mató él al viejo Hatfield de la misma manera?, ¿y no lo merece?

—Pero yo no quiero que le maten, y tengo mis razones para ello.

—¡Bendito sea usted por esas palabras, Jake Packard! ¡No le olvidaré mientras viva! —dijo el hombre en el suelo, medio sollozando.

Packard no le hizo ningún caso, sino que colgó el farol de un clavo y se dirigió hacia donde estaba yo en la oscuridad, y le hizo señas a Bill para que viniera. Me alejé a gatas lo más rápido que pude unos dos metros, pero el barco estaba tan escorado que no podía avanzar mucho; así que para no ser atropellado y atrapado me metí en un camarote del lado de arriba. El hombre venía tanteando en la oscuridad, y cuando Packard llegó a mi camarote dijo:

—Aquí; entra aquí.

Y entró, y Bill tras él. Pero antes de que entraran yo ya estaba en la litera de arriba, acorralado y arrepentido de haber venido. Luego se quedaron allí, con las manos en el borde de la litera, y hablaron. No podía verlos, pero podía saber dónde estaban por el olor a whisky. Me alegré de no beber whisky; aunque tampoco habría cambiado gran cosa, porque casi todo el tiempo no podrían haberme descubierto porque no respiraba. Estaba demasiado asustado. Y además, con esa conversación un cuerpo no podía respirar ni oír al mismo tiempo. Hablaron bajo y en serio. Bill quería matar a Turner. Dijo:

—Ha dicho que lo dirá, y lo dirá. Aunque le diéramos ahora los dos nuestras partes no cambiaría nada después de la pelea y de cómo le hemos trata-

do. Tan seguro como que has nacido, se volverá testigo del Estado; ya me escucha. Yo soy de los que le sacan de sus problemas.

— Yo también —dijo Packard, muy tranquilo.

— Maldita sea, estaba empezando a creer que no. Bueno, pues de acuerdo. Vamos a hacerlo.

— Espera un momento; todavía no he dicho lo mío. Escúchame. Disparar está bien, pero hay maneras más silenciosas si hay que hacerlo. Pero lo que yo digo es esto: no tiene mucho sentido ir buscándose la horca cuando puedes conseguir lo que buscas de alguna manera que sea igualmente buena y que al mismo tiempo no te meta en ningún riesgo. ¿No es así?

— Así es. Pero ¿cómo lo vas a manejar esta vez?

— Bueno, mi idea es esta: rebuscaremos y recogeremos lo que hayamos pasado por alto en los camarotes, y nos vamos a tierra y escondemos el botín. Luego esperamos. Ahora bien, yo digo que en menos de dos horas este naufragio se rompe y se lo lleva el río. ¿Ves? Se ahogará, y no tendrá a nadie a quien echarle la culpa más que a él mismo. Creo que eso es bastante mejor que matarle. Yo soy partidario de no matar a un hombre mientras pueda evitarse; no tiene mucho sentido, ni es buena moral. ¿No tengo razón?

— Sí, creo que la tienes. Pero ¿y si no se rompe y no se lo lleva el río?

— Bueno, podemos esperar las dos horas y ver, ¿no?

— De acuerdo; venga.

Así que se pusieron en marcha, y yo salí corriendo, empapado en sudor frío, y me lancé hacia delante. Estaba oscuro como boca de lobo allí; pero dije, en una especie de susurro ronco: «¡Jim!», y contestó justo a mi lado, con una especie de gemido, y digo:

— Rápido, Jim, no es momento de tonterías y gemidos; hay una banda de asesinos ahí dentro, y si no encontramos su bote y lo dejamos a la deriva río abajo para que estos tíos no puedan escapar del naufragio, uno de ellos va a acabar muy mal. Pero si encontramos su bote podemos ponerlos a todos en un apuro, porque el alguacil los cogerá. Rápido, ¡date prisa! Yo registro el lado de babor, tú registra el de estribor. Empieza por la balsa, y...

— ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿La balsa? ¡Ya no hay balsa; se ha soltado y se ha ido..., y aquí estamos!

## XIII

Bueno, se me cortó la respiración y casi me desmayé. ¡Atrapados en un naufragio con una banda como esa! Pero no era momento de sentimentalismos. Teníamos que encontrar ese bote ahora: lo necesitábamos para nosotros mismos. Así que fuimos temblorosos y sacudidos por el lado de estribor, y era un trabajo lento, parecía una semana antes de llegar a la popa. Ni rastro de bote. Jim dijo que no creía que pudiera ir más lejos: estaba tan asustado que casi no le quedaban fuerzas, dijo. Pero yo dije: venga, que si nos quedamos en este naufragio estamos apañados, seguro. Así que volvimos a avanzar a rastras. Tiramos hacia la popa del camarote del capitán, y la encontramos, y luego fuimos gateando hacia delante por el tragaluz, agarrándonos de postigo en postigo, porque el borde del tragaluz estaba en el agua. Cuando nos acercamos bastante a la puerta del pasillo transversal, ¡ahí estaba el esquiife, vaya si estaba! Apenas podía verlo. Me sentí muy agradecido. En otro segundo habría estado a bordo, pero justo entonces se abrió la puerta. Uno de los hombres asomó la cabeza a no más de medio metro de mí, y pensé que estaba perdido; pero la metió adentro de golpe, y dijo:

— ¡Quita ese maldito farol de la vista, Bill!

Tiró una bolsa de algo al bote, y luego entró él mismo y se sentó. Era Packard. Luego salió Bill y entró. Packard dijo, en voz baja:

— Todo listo. ¡Empujad!

Apenas podía aguantarme a los postigos, de lo débil que estaba. Pero Bill dijo:

— Espera. ¿Le registraste?

— No. ¿Tú sí?

— No. O sea que todavía tiene su parte del dinero.

— Bueno, pues volvamos; no tiene sentido llevarse el botín y dejar el dinero.

— Oye, ¿no sospechará lo que tramamos?

— A lo mejor no. Pero de todas formas hay que tenerlo. Venga.

Así que salieron y entraron.

La puerta se cerró de golpe porque estaba en el lado escorado; y en medio segundo yo estaba en el bote, y Jim fue dando tumbos detrás de mí. Saqué el cuchillo y corté el cabo, ¡y allá fuimos!

No tocamos un remo, y no hablamos ni susurramos, ni apenas respiramos. Fuimos deslizándonos veloces, en completo silencio, pasando la punta de la caja de paletas, y pasando la popa; luego, en uno o dos segundos más, estábamos a cien metros por debajo del naufragio, y la oscuridad lo engulló todo, hasta el último rastro de él, y estábamos a salvo y lo sabíamos.

Cuando estábamos a trescientos o cuatrocientos metros río abajo vimos el farol brillar como una pequeña chispa en la puerta del camarote del capitán durante un segundo, y supimos por eso que los malhechores habían echado de menos su bote, y estaban empezando a comprender que se encontraban en el mismo apuro que Jim Turner.

Entonces Jim tomó los remos, y salimos en busca de nuestra balsa. Fue entonces la primera vez que empecé a preocuparme por los hombres: supongo que antes no había tenido tiempo. Empecé a pensar en lo terrible que era, incluso para unos asesinos, estar en tal apuro. Me digo: nunca se sabe, quizás yo mismo llegue a ser asesino algún día, y entonces ¿cómo me gustaría? Así que le digo a Jim:

— A la primera luz que veamos desembarcaremos a cien metros por encima o por debajo de ella, en un sitio donde haya un buen escondite para ti y el esquife, y luego iré a inventarme alguna historia para que alguien vaya a

sacar a esa banda de su apuro, para que puedan ser ahorcados cuando llegue su hora.

Pero esa idea fracasó; porque al poco empezó a llover otra vez, y esta vez peor que nunca. La lluvia caía a cántaros y no se veía ninguna luz; todo el mundo en la cama, supongo. Fuimos zumbando río abajo, buscando luces y buscando nuestra balsa. Después de mucho rato la lluvia amainó, pero las nubes se quedaron, y los relámpagos seguían centelleando, y al poco un destello nos mostró una cosa negra por delante, flotando, y fuimos hacia ella.

Era la balsa, y menuda alegría nos dio volver a bordo. Vimos una luz allá abajo a la derecha, en tierra. Así que dije que iría a por ella. El esquife estaba medio lleno de botín que aquella banda había robado allá en el naufragio. Lo amontonamos en la balsa, y le dije a Jim que siguiera derivando río abajo, que encendiera una luz cuando calculara que había recorrido como dos millas, y que la mantuviera encendida hasta que yo llegara; luego tomé los remos y me dirigí hacia la luz. Según me acercaba aparecieron tres o cuatro más: en una ladera. Era un pueblo. Me arrié por encima de la luz de la orilla, y me quedé con los remos en alto flotando. Al pasar vi que era un farol colgado en el bauprés de un transbordador de doble casco. Rodeé el barco buscando al vigilante, preguntándome dónde dormiría; y al cabo le encontré dormitando en las bitácoras de proa, con la cabeza entre las rodillas. Le di dos o tres pequeños empujones en el hombro, y me puse a llorar.

Se movió sobresaltado; pero cuando vio que era solo yo bostezó bien y se desperezó, y luego dijo:

—Hola, ¿qué pasa? No llores, chico. ¿Qué tienes?

Digo:

—Papá, y mamá, y mi hermana, y...

Luego me interrumpí. Dijo:

—Vamos, no te pongas así; todos tenemos que tener nuestras penas, y esta se arreglará. ¿Qué les pasa?

—Están... están... ¿Es usted el vigilante del barco?

—Sí —dijo, con aire de bastante satisfacción—. Soy el capitán y el dueño y el conremaestre y el piloto y el vigilante y el primer marinero; y a

veces soy la carga y los pasajeros. No soy tan rico como el viejo Jim Hornback, y no puedo ser tan generoso y bueno con todo el mundo como él lo es, y tirar el dinero como hace él; pero ya le he dicho muchas veces que no cambiaría con él; porque, digo yo, la vida de marinero es la vida para mí, y me condeno si viviría a tres kilómetros del pueblo, donde nunca pasa nada, ni por toda su pasta y otro tanto encima. Yo digo...

Le interrumpí y digo:

—Están en un apuro terrible, y...

—¿Quiénes?

—Pues papá y mamá y mi hermana y la señorita Hooker; y si cogiera usted su transbordador y fuera allá arriba...

—¿Arriba adónde? ¿Dónde están?

—En el naufragio.

—¿Qué naufragio?

—Pues si no hay más que uno.

—¿Cómo, no querrá decir el Walter Scott?

—Sí.

—¡Dios mío! ¿Qué están haciendo allí, por todos los santos?

—Bueno, no fueron adrede.

—¡Ya lo creo que no! ¡Vaya, por todos los cielos, no tienen ninguna posibilidad si no salen de allí enseguida! ¿Cómo diablos se metieron en ese lío?

—Muy fácil. La señorita Hooker estaba de visita allá arriba en el pueblo...

—Sí, en el embarcadero de Booth; siga.

—Estaba de visita allí, en el embarcadero de Booth, y al caer la tarde salió con su criada negra en el transbordador de caballerías para pasar la noche en casa de su amiga, no sé cómo se llama, no me acuerdo del nombre; y perdieron el remo de gobierno, y dieron la vuelta y se fueron a la deriva, de popa, como dos millas, y encallaron en el naufragio, y el barquero y la negra y los caballos se perdieron todos, pero la señorita Hooker agarró y subió

al naufragio. Bueno, como una hora después de que oscureciera pasamos nosotros en nuestro bote de comercio, y estaba tan oscuro que no vimos el naufragio hasta que lo teníamos encima; y así encallamos también; pero todos nos salvamos menos Bill Whipple, que era el mejor hombre del mundo, tan bueno era que casi prefiero que hubiera sido yo.

— ¡Dios santo! Es lo más increíble que me han contado nunca. ¿Y luego qué hicieron todos?

— Pues gritamos y nos lamentamos, pero es tan ancho que no conseguimos que nadie nos oyera. Así que papá dijo que alguien tenía que llegar a tierra y buscar ayuda de algún modo. Yo era el único que sabía nadar, así que me lancé, y la señorita Hooker dijo que si no encontraba ayuda antes, viniera aquí y buscara a su tío, y él arreglaría las cosas. Desembarqué como a una milla por abajo, y llevo todo este rato intentando convencer a la gente para que haga algo, pero dicen: «¿Con esta noche y con esta corriente? No tiene ningún sentido; id a buscar el transbordador de vapor». Ahora bien, si usted va y...

— ¡Caray, me gustaría ir, y maldita sea si no voy!; pero ¿quién demonios lo va a pagar? ¿Cree que su padre...?

— Ah, eso está arreglado. La señorita Hooker me dijo en particular que su tío Hornback...

— ¡Mecachis! ¿Ese es su tío? Mire, corra hacia esa luz de allá, y al llegar gire al oeste, y como a un cuarto de milla encontrará la posada; dígales que le lleven corriendo a casa de Jim Hornback, y él pagará la cuenta. Y no se entretenga, porque él querrá saber las noticias. Dígale que tendré a su sobrina sana y salva antes de que él llegue al pueblo. ¡Espabílese, que voy a dar la vuelta a la esquina a despertar a mi maquinista!

Me lancé hacia la luz, pero en cuanto él dobló la esquina volví y me metí en mi esquife y lo achiché, y luego remé por la orilla en el agua tranquila como seiscientos metros, y me metí entre unos botes de madera; porque no podía estar tranquilo hasta ver salir al transbordador. Pero en general me sentía bastante satisfecho de haberme tomado todas esas molestias por aquella banda, porque no muchos lo habrían hecho. Deseé que la viuda lo supiera. Calculé que estaría orgullosa de mí por haber ayudado a esos

granujas, porque los granujas y los parásitos son la clase de gente en la que más se interesan la viuda y la gente buena.

Bueno, al poco rato llegó el naufragio, oscuro y borroso, deslizándose río abajo. Una especie de escalofrío frío me recorrió, y entonces me lancé hacia él. Estaba muy hundido, y vi al momento que no había muchas posibilidades de que nadie siguiera vivo dentro. Rodeé todo en bote y grité un poco, pero no hubo respuesta; todo en completo silencio. Me sentí un poco apenado por la banda, pero no demasiado, porque pensé que si ellos podían aguantarlo yo también.

Luego llegó el transbordador; así que me metí en el centro del río con un largo sesgo río abajo; y cuando calculé que estaba fuera de la vista me quedé con los remos en alto, y miré atrás y le vi ir a olfatear alrededor del naufragio en busca de los restos de la señorita Hooker, porque el capitán sabría que su tío Hornback los querría; y luego el transbordador se dio por vencido y se fue hacia la orilla, y yo me puse a trabajar a fondo y seguí zumbando río abajo.

Parecía que pasaba una eternidad antes de que apareciera la luz de Jim; y cuando apareció parecía estar a mil millas. Para cuando llegué allí el cielo empezaba a ponerse un poco gris por el este; así que tiramos hacia una isla, escondimos la balsa, hundimos el esquife, y nos acostamos y dormimos como muertos.

## XIV

Al cabo, cuando nos levantamos, revisamos el botín que la banda había robado del naufragio, y encontramos botas, y mantas, y ropa, y toda clase de otras cosas, y un montón de libros, y un catalejo, y tres cajas de cigarros. Nunca en la vida habíamos sido tan ricos ninguno de los dos. Los cigarros

eran de primera. Nos quedamos toda la tarde en el bosque conversando, y leyendo los libros, y pasándolo bien en general. Le conté a Jim todo lo que había pasado dentro del naufragio y en el transbordador, y dije que esas cosas eran aventuras; pero él dijo que no quería más aventuras. Dijo que cuando yo entré en el camarote del capitán y él volvió a rastras a subir a la balsa y la encontró ida, casi se murió, porque calculó que de una u otra manera todo estaba perdido para él; porque si no le salvaban se ahogaría; y si le salvaban, quienquiera que le salvara le devolvería a casa para cobrar la recompensa, y entonces la señorita Watson le vendería al Sur seguro. Bueno, tenía razón; casi siempre la tenía; tenía una cabeza extraordinariamente sensata para ser negro.

Le leí bastante a Jim sobre reyes y duques y condes y demás, y cómo iban de vistosos, y cuánto estilo se daban, y se llamaban mutuamente vuestra majestad, y vuestra gracia, y vuestra señoría, y cosas así, en vez de señor; y a Jim se le pusieron los ojos como platos y le entró interés. Dijo:

—No sabía que hubiera tantos. Casi no había oído hablar de ninguno, salvo del viejo rey Salomón, a no ser que se cuenten los reyes que vienen en una baraja de cartas. ¿Cuánto cobra un rey?

—¿Cobrar? —digo—; pues cobran mil dólares al mes si quieren; pueden tener todo lo que quieran; todo les pertenece.

—¿No es bonito? ¿Y qué tienen que hacer, Huck?

—¡Nada! ¡Vamos, cómo hablas! Se quedan sentados sin más.

—¿No me digas?

—Claro que sí. Se quedan sentados sin más, salvo quizás cuando hay una guerra; entonces van a la guerra. Pero el resto del tiempo holgazanean; o van de caza con halcón: nada más que cazar con hal... ¡Shs! ¿Has oído un ruido?

Salimos corriendo a mirar; pero no era nada más que el aleteo de la rueda de un vapor allá lejos, doblando el recodo; así que volvimos.

—Sí —digo—, y en otros momentos, cuando las cosas están aburridas, se pelean con el parlamento; y si alguien no hace exactamente lo que mandan les cortan la cabeza. Pero sobre todo rondan por el harén.

—¿Por el qué?

—El harén.

—¿Qué es el harén?

—El sitio donde guarda a sus mujeres. ¿No sabes lo que es el harén? Salomón tenía uno; tenía como un millón de mujeres.

—Ah, pues sí; es que... se me había olvidado. Un harén es como una casa de huéspedes, creo yo. Lo más seguro es que en el cuarto de los niños haya mucho barullo. Y creo que las mujeres riñen bastante; lo que aumenta el jaleo. Y sin embargo dicen que Salomón era el hombre más sabio que ha vivido nunca. Yo no me lo creo. ¿Por qué? ¿Querría un hombre sabio vivir en medio de tanto ¡blim-blam! todo el rato? No, claro que no. Un hombre sabio construiría una fábrica de calderas; y así podría pararla cuando quisiera descansar.

—Bueno, pero de todas formas era el más sabio, porque la viuda me lo dijo ella misma.

—Que la viuda diga lo que quiera; tampoco era ningún sabio. Tenía algunas de las costumbres más absurdas que he visto nunca. ¿Sabes lo de aquel niño al que iba a partir en dos?

—Sí, la viuda me lo contó todo.

—¡Pues ya está! ¿Hay noción más disparatada en el mundo? Míralo un momento. Ahí está el tocón: esa es una de las mujeres; aquí estás tú: esa es la otra; yo soy Salomón; y este billete de un dólar es el niño. Los dos lo reclamáis. ¿Qué hago yo? ¿Voy preguntando a los vecinos y averiguo a cuál de las dos le pertenece el billete, y se lo entrego a la que tiene razón, sano y salvo, como haría cualquiera que tuviera dos dedos de frente? No; lo que hago es partirle el billete en dos, darle la mitad a ti y la otra mitad a la otra mujer. Eso es lo que Salomón iba a hacer con el niño. Ahora te pregunto yo: ¿para qué sirve media billete? No puedes comprar nada con él. ¿Y para qué sirve medio niño? No daría nada por un millón de ellos.

—Pero vamos, Jim, te has perdido completamente el punto; te lo has perdido por un kilómetro.

—¿Yo? Anda ya. No me hables de tus puntos. Creo que sé lo que es el sentido común cuando lo veo; y no hay ningún sentido común en hacer eso. La disputa no era sobre medio niño, la disputa era sobre un niño entero; y el

hombre que cree que puede resolver una disputa sobre un niño entero con medio niño no sabe ni salir de la lluvia. No me hables de Salomón, Huck, que le conozco de sobra.

—Pero te digo que no has entendido el punto.

—¡Al punto lo que le den! Yo sé lo que sé. Y mira, el punto de verdad está más abajo: está más hondo. Está en cómo se crió Salomón. Coge a un hombre que solo tiene uno o dos hijos; ¿va ese hombre a ser derrochador con los hijos? No; no puede permitírselo. Sabe lo que valen. Pero coge a un hombre que tiene como cinco millones de hijos corriendo por la casa, y es diferente. Es capaz de partir a un niño por la mitad lo mismo que a un gato. Con más que tiene. Un niño más o menos no le importaba nada a Salomón, ¡maldito sea!

Nunca vi semejante negro. Si se le metía una idea en la cabeza una vez, no había manera de sacársela. Era el más contrario a Salomón de todos los negros que había visto. Así que me puse a hablar de otros reyes y dejé a Salomón de lado. Le hablé de Luis XVI al que le cortaron la cabeza en Francia hace mucho tiempo; y de su hijito, el delfín, que habría sido rey, pero le encerraron en la cárcel, y algunos dicen que allí murió.

—Pobrecito.

—Pero algunos dicen que escapó y se fue a América.

—¡Qué bien! Pero estará muy solo: aquí no hay reyes, ¿verdad, Huck?

—No.

—Entonces no puede encontrar trabajo. ¿Qué va a hacer?

—Pues no sé. Algunos se meten a policías, y otros enseñan a la gente a hablar francés.

—Oye, Huck, ¿es que los franceses no hablan igual que nosotros?

—No, Jim; no entenderías ni una palabra de lo que dicen; ni una sola.

—¡No me digas! ¿Y eso cómo es?

—No sé; pero es así. Saqué algo de su jerigonza de un libro. Supón que un hombre viene a ti y te dice: parlez-vous français, ¿qué pensarías?

—No pensaría nada; le daría un porrazo en la cabeza: eso es, si no fuera blanco. A ningún negro le dejaría llamarme así.

—Hombre, si no te está llamando nada. Solo está diciendo: ¿sabe usted hablar francés?

—Bueno, entonces ¿por qué no lo dice así?

—Pero si lo está diciendo. Esa es la manera que tiene un francés de decirlo.

—Pues es una manera ridícula, y no quiero oír más. No tiene ningún sentido.

—Escucha, Jim; ¿habla un gato como nosotros?

—No, un gato no.

—¿Y una vaca?

—Una vaca tampoco.

—¿Habla un gato como una vaca, o una vaca como un gato?

—No, no lo hacen.

—Es natural y correcto que hablen diferente entre sí, ¿no?

—Claro.

—¿Y no es natural y correcto que un gato y una vaca hablen diferente de nosotros?

—Pues claro que sí.

—Bueno, entonces ¿por qué no es natural y correcto que un francés hable diferente de nosotros? Respóndeme eso.

—¿Es un gato un hombre, Huck?

—No.

—Entonces no tiene ningún sentido que un gato hable como un hombre. ¿Es una vaca un hombre?, ¿o es una vaca un gato?

—No, no es ninguna de las dos cosas.

—Entonces no tiene ningún derecho a hablar como ninguna de las dos.  
¿Es un francés un hombre?

—Sí.

—¡Pues ya está! Que le den, ¿por qué no habla como un hombre? Respóndeme eso.

Vi que no valía la pena gastar más palabras: a un negro no hay quien le enseñe a razonar. Así que lo dejé.

## XV

Calculamos que tres noches más nos llevarían a El Cairo, en el extremo sur de Illinois, donde entra el río Ohio, y eso era lo que buscábamos. Venderíamos la balsa y subiríamos a un vapor y subiríamos bien arriba por el Ohio hasta los Estados libres, y así estaríamos fuera de peligro.

Bueno, la segunda noche empezó a venir niebla, y nos dirigimos a un banco de arena para atarnos, porque no convenía navegar con niebla; pero cuando salí adelante en la canoa, con la cuerda para amarrar, no había nada más que arbolillos pequeños a los que atarse. Pasé la cuerda alrededor de uno, justo en el borde del talud cortado, pero había una corriente fuerte, y la balsa vino zumbando tan animada que lo arrancó de raíz y se fue. Vi que la niebla cerraba, y me dio tal angustia y tal miedo que casi no pude moverme durante lo que me parecieron casi treinta segundos; y luego ya no se veía la balsa por ningún lado; no se veía a veinte metros. Salté a la canoa y volví a popa, y agarré el remo y di un golpe hacia atrás. Pero no venía. Con las prisas no la había desatado. Me levanté e intenté desatarla, pero estaba tan agitado que me temblaban tanto las manos que casi no podía hacer nada con ellas.

En cuanto me puse en marcha salí disparado tras la balsa, a toda prisa, directamente por el banco de arena. Aquello estaba bien por lo que duraba, pero el banco de arena no tenía más de cincuenta metros de largo, y en el momento en que pasé volando por su extremo me lancé a la niebla blanca y sólida, y no tenía ni más idea de qué dirección llevaba que un muerto.

Pienso: no vale la pena remar; en un momento estaré chocando contra la orilla o un banco de arena o algo; tengo que quedarme quieto y flotar, y sin embargo es un asunto muy inquietante tener que estarse con las manos quietas en un momento así. Di un grito y escuché. Allá lejos en algún sitio oí un grito pequeño, y se me levantó el ánimo. Me lancé detrás de él, escuchando con atención para volver a oírlo. La siguiente vez que vino vi que no me dirigía hacia él, sino hacia la derecha. Y la siguiente vez me dirigía hacia la izquierda: y tampoco me acercaba mucho, porque yo daba vueltas de acá para allá, pero él iba recto hacia adelante todo el tiempo.

Ojalá el tonto pensara en golpear una cazuela de hojalata, y la golpeará todo el rato, pero nunca lo hizo, y eran los silencios entre grito y grito los que me hacían el daño. Bueno, luché, y de repente oí el grito detrás de mí. Ahora sí que estaba bien enredado. Era el grito de alguien más, o es que había girado.

Tiré el remo. Volví a oír el grito; todavía estaba detrás de mí, pero en un sitio diferente; seguía viniendo, y seguía cambiando de sitio, y yo seguía contestando, hasta que al cabo volvió a estar delante de mí, y supe que la corriente había girado la proa de la canoa río abajo, y todo iba bien si era Jim y no algún otro balsero el que gritaba. En la niebla no se puede distinguir nada por las voces, porque nada parece natural ni suena natural en la niebla.

Los gritos continuaron, y al cabo de un minuto choqué de frente contra un talud con fantasmas ahumados de árboles grandes en él, y la corriente me desvió a la izquierda y me lanzó entre un montón de troncos sumergidos que rugían de verdad, tan rápido pasaba la corriente por entre ellos.

En uno o dos segundos todo volvió a ser blanco sólido y silencioso. Me quedé perfectamente quieto, escuchando los latidos de mi corazón, y creo que no respiré mientras latió cien veces.

Me rendí entonces. Sabía lo que pasaba. Ese talud era una isla, y Jim había bajado por el otro lado. No era un banco de arena por el que pudieras pasar flotando en diez minutos. Tenía los árboles grandes de una isla de verdad; podía tener ocho o diez kilómetros de largo y más de medio kilómetro de ancho.

Me quedé quieto, con las orejas bien abiertas, unos quince minutos, creo. Iba flotando, claro está, a siete u ocho kilómetros por hora; pero eso no lo piensas. No; tienes la sensación de estar tendido completamente inmóvil sobre el agua; y si un pequeño destello de un tronco sumergido pasa deslizándose a tu lado no piensas qué rápido vas, sino que te cortas la respiración y piensas: ¡caramba, qué rápido va ese tronco! Si alguien cree que no es lúgubre y solitario estar en la niebla así solo de noche, que lo pruebe una vez: ya verá.

Luego, durante como media hora, doy gritos de vez en cuando; al fin oigo la respuesta a lo lejos, e intento seguirla, pero no puedo, y enseguida calculé que me había metido en un nido de bancos de arena, porque los veía vagamente a ambos lados: a veces con solo un angosto canal entre medias, y algunos que no podía ver sabía que estaban porque oía el susurro de la corriente contra los matorrales secos y las basuras que colgaban de las orillas. Bueno, no tardé en perder los gritos entre los bancos de arena; y de todas formas solo intenté perseguirlos un rato, porque era peor que perseguir una luz de pantano. Nunca se ha conocido un sonido que se escurriera así, y cambiara de sitio tan rápido y tantas veces.

Tuve que apartarme de la orilla bastante bruscamente cuatro o cinco veces para no chocar con las islas; y así calculé que la balsa debía de estar dando de cabeza en la orilla de vez en cuando, o si no se habría adelantado y perdido de oído: flotaba un poco más rápido que yo.

Bueno, al cabo me pareció estar en el río abierto otra vez, pero no oía ni rastro de un grito por ningún lado. Calculé que Jim habría dado contra un tronco, a lo mejor, y que todo estaba perdido para él. Estaba bien cansado, así que me tumbé en la canoa y dije que no me molestaría más. No quería dormirme, claro; pero tenía tanto sueño que no podía evitarlo; así que pensé que tomaría tan solo una pequeña cabezada.

Pero creo que fue más que una cabezada, porque cuando me desperté las estrellas brillaban, la niebla había desaparecido del todo, y iba dando

vueltas río abajo de popa. Al principio no supe dónde estaba; pensé que estaba soñando; y cuando las cosas empezaron a volverse parecían llegar borrosas desde la semana pasada.

Era un río monstruosamente grande aquí, con los árboles más altos y más espesos que se puedan ver en ambas orillas: una pared sólida, por lo que podía ver con las estrellas. Miré río abajo, y vi una mancha negra en el agua. Fui tras ella; pero cuando llegué no era más que un par de troncos de sierra amarrados juntos. Luego vi otra mancha, y la perseguí; luego otra, y esta vez di en el blanco. Era la balsa.

Cuando llegué a ella Jim estaba allí sentado con la cabeza entre las rodillas, dormido, con el brazo derecho colgando sobre el remo de gobierno. El otro remo estaba partido, y la balsa estaba cubierta de hojas y ramas y tierra. De modo que había tenido un mal rato.

Me amarré y me tumbé bajo la nariz de Jim en la balsa, y empecé a bostezar y a estirar los puños contra Jim, y digo:

—Hola, Jim, ¿me he quedado dormido? ¿Por qué no me has despertado?

—¡Dios mío! ¿Eres tú, Huck? ¿Y no estás muerto, no te has ahogado, has vuelto? Es demasiado bueno para ser verdad, cielo, es demasiado bueno para ser verdad. Déjame mirarte, criatura, déjame tocarte. ¡No, no estás muerto! ¡Has vuelto, vivo y sano, el mismo viejo Huck de siempre, gracias a Dios!

—¿Qué te pasa, Jim? ¿Has estado bebiendo?

—¿Bebiendo? ¿He estado bebiendo? ¿He tenido yo oportunidad de beber?

—Bueno, entonces ¿por qué hablas tan disparatado?

—¿Qué disparate digo yo?

—¿Cómo que qué? ¿No estabas hablando de que había vuelto, y todo eso, como si me hubiera ido?

—Huck, Huck Finn, mírame a los ojos; mírame a los ojos. ¿No te has ido?

—¿Que me he ido? ¡Pero qué demonios quieres decir? No me he ido a ningún sitio. ¿Adónde iba a ir yo?

—Bueno, mira, jefe, algo va mal, eso sí. ¿Soy yo yo, o quién soy? ¿Estoy aquí, o dónde estoy? Eso es lo que quiero saber.

—Bueno, creo que estás aquí claramente, pero creo que eres un viejo tonto enredado, Jim.

—¿Ah sí? Bueno, entonces respóndeme esto: ¿no llevaste la cuerda en la canoa para amarrarte al banco de arena?

—No, no lo hice. ¿Qué banco de arena? No he visto ningún banco de arena.

—¿Que no has visto ningún banco de arena? Oye, ¿no se soltó la cuerda y la balsa salió zumbando río abajo y te dejó a ti y a la canoa atrás en la niebla?

—¿Qué niebla?

—¡Pues la niebla! ¡La niebla que ha estado por todas partes toda la noche! ¿Y no gritabas tú, y no gritaba yo, hasta que nos perdimos entre las islas y uno de nosotros se perdió y el otro era casi tan bueno como perdido, porque no sabía dónde estaba? ¿Y yo no di contra un montón de esas islas y lo pasé de miedo y casi me ahogué? ¿No es así, jefe? ¿No es así? Respóndeme tú eso.

—Bueno, esto me supera, Jim. Yo no he visto ninguna niebla, ni ninguna isla, ni ningún problema, ni nada. He estado aquí sentado hablando contigo toda la noche hasta que te dormiste hace unos diez minutos, y creo que yo hice lo mismo. En ese tiempo no podrías haberte emborrachado, así que claro que has estado soñando.

—¡Vete tú a saber cómo voy a soñar todo eso en diez minutos!

—Bueno, pues lo has soñado, porque nada de eso ha pasado.

—Pero Huck, está todo tan claro como...

—No importa lo claro que esté; no hay nada en ello. Lo sé porque he estado aquí todo el tiempo.

Jim no dijo nada durante unos cinco minutos, sino que se quedó allí sentado rumiándolo. Luego dijo:

—Bueno, pues entonces creo que lo soñé, Huck; pero maldita sea si no es el sueño más poderoso que he visto nunca. Y nunca antes había tenido un sueño que me dejara tan cansado como este.

—Ah, bueno, está bien, porque un sueño cansa al cuerpo como cualquier otra cosa a veces. Pero este fue un sueño de primera; cuéntamelo todo, Jim.

Así que Jim se puso manos a la obra y me lo contó todo de principio a fin, tal como había ocurrido, aunque con bastante colorido añadido. Luego dijo que tenía que ponerse a «interpretarlo», porque había sido enviado como advertencia. Dijo que el primer banco de arena representaba a un hombre que intentaría hacernos bien, pero que la corriente era otro hombre que nos alejaría de él. Los gritos eran advertencias que nos llegarían de vez en cuando, y si no nos esforzábamos mucho en entenderlos nos llevarían a la mala suerte en vez de alejarnos de ella. Los muchos bancos de arena eran problemas con los que íbamos a meternos con gente pendenciera y toda clase de gente ruin, pero si nos ocupábamos de nuestros asuntos y no contestábamos y no les provocábamos, saldríamos adelante y nos libraríamos de la niebla y entraríamos en el gran río claro, que eran los Estados libres, y no tendríamos más problemas.

Se había puesto bastante oscuro justo después de que yo subí a la balsa, pero se estaba aclarando otra vez.

—Ah, bueno, la interpretación está bastante bien por lo que llega, Jim —digo—; pero ¿qué representan estas cosas?

Eran las hojas y la basura en la balsa y el remo partido. Se veían perfectamente ahora.

Jim miró la basura, y luego me miró a mí, y luego volvió a mirar la basura. Se había fijado tan bien en el sueño en su cabeza que no podía sacudírselo y devolver los hechos a su sitio enseguida. Pero cuando lo enderezó me miró fijamente sin sonreír y dijo:

—¿Qué representan? Te lo voy a decir. Cuando me quedé agotado de trabajar y de llamarte, y me dormí, el corazón casi se me partió porque estabas perdido, y ya no me importaba lo que me pasara a mí ni a la balsa. Y cuando me desperté y te encontré de vuelta, sano y salvo, me vinieron las lágrimas, y podría haberme puesto de rodillas y besarte los pies, de lo agradecido que estaba. Y tú no pensabas en otra cosa que en cómo engañar al viejo

Jim con una mentira. Esa basura de ahí es porquería; y porquería es lo que son las personas que ensucian la cabeza de sus amigos y les hacen pasar vergüenza.

Luego se levantó despacio y fue a la covacha, y entró allí sin decir nada más aparte de eso. Pero fue suficiente. Me hizo sentir tan mezquino que casi le besé los pies para que lo retirara.

Estuve quince minutos sin poder tragarme la vergüenza de humillarme ante un negro; pero lo hice, y nunca me arrepentí después, tampoco. No le volví a gastar más bromas pesadas, y aquella tampoco se la habría gastado si hubiera sabido que le haría sentir así.

## XVI

Dormimos casi todo el día, y salimos de noche, un poco detrás de una balsa monstruosamente larga que tardó en pasar lo que tarda una procesión. Tenía cuatro remos largos en cada extremo, así que calculamos que llevaría hasta treinta hombres, fácil. Tenía cinco covachas grandes a bordo, bien separadas, y una hoguera abierta en el centro, y un mástil alto en cada extremo. Había mucho estilo en ella. Ser balseiro en una embarcación como esa significaba algo.

Fuimos derivando por una gran curva, y la noche se nubló y se puso calurosa. El río era muy ancho y estaba flanqueado por bosque sólido en ambas orillas; no se veía casi ningún claro, ni ninguna luz. Hablamos de El Cairo y nos preguntamos si lo reconoceríamos cuando llegáramos. Dije que lo más probable es que no, porque había oído decir que no había más que una docena de casas, y si no tenían luces encendidas, ¿cómo íbamos a saber que estábamos pasando un pueblo? Jim dijo que si los dos grandes ríos se juntaban allí, eso lo indicaría. Pero dije que a lo mejor pensaríamos que es-

tábamos pasando el extremo de una isla y entrando de nuevo en el mismo viejo río. Eso inquietó a Jim, y a mí también. Así que la pregunta era: ¿qué hacer? Dije: remar hasta la orilla la primera vez que apareciese una luz, y decirles que Pap venía detrás con un bote de comercio, y que era nuevo en el negocio, y quería saber cuánto faltaba para El Cairo. A Jim le pareció una buena idea, así que lo celebramos fumando y esperamos.

No había nada que hacer ahora más que estar ojo avizor mirando el pueblo, y no pasar sin verlo. Jim dijo que se aseguraría de verlo, porque en el momento en que lo viera sería un hombre libre; pero si lo perdía estaría de nuevo en tierra de esclavos y sin ninguna posibilidad de libertad. Cada poco tiempo se levantaba de un brinco y decía:

—¿Es ahí?

Pero no lo era. Eran fuegos fatuos, o luciérnagas; así que volvía a sentarse y seguía mirando, igual que antes. Jim dijo que sentía un temblor por todo el cuerpo y fiebre de estar tan cerca de la libertad. Bueno, os digo que yo también sentía un temblor por todo el cuerpo y fiebre al oírle, porque empezaba a metérseme en la cabeza que él estaba casi libre, ¿y quién tenía la culpa? Pues yo. No podía sacármelo de la conciencia de ningún modo ni manera. Me angustió tanto que no podía descansar; no podía quedarme quieto en un sitio. Nunca antes me había entrado bien lo que era esto que estaba haciendo. Pero ahora sí; y se quedó conmigo, y me quemó más y más. Intenté convencerme de que no tenía la culpa, porque yo no había hecho escapar a Jim de su legítimo dueño; pero no servía de nada, la conciencia se levantaba y decía, cada vez: «Pero sabías que huía para ser libre, y podrías haber remado hasta la orilla y habérselo dicho a alguien». Eso era así; no podía escaparme de ello de ningún modo. Allí estaba el quid. La conciencia me decía: «¿Qué te había hecho la pobre señorita Watson para que dejaras escapar a su negro ante tus propias narices sin decir ni una sola palabra? ¿Qué te había hecho esa pobre vieja para que la trataras tan mal? Vamos, que intentó enseñarte los libros, intentó enseñarte buenos modales, intentó ser buena contigo de todas las maneras que sabía. Eso es lo que hizo».

Me sentí tan mezquino y tan miserable que casi deseé estar muerto. Me agitaba de un lado a otro de la balsa, maltratándome a mí mismo, y Jim se agitaba de un lado a otro a mi lado. Ninguno de los dos podíamos estarnos quietos. Cada vez que daba un salto y decía «¡Ahí está El Cairo!», me pasa-

ba como una bala, y pensaba que si era El Cairo creía que moriría de miseria.

Jim hablaba en voz alta todo el rato mientras yo me hablaba a mí mismo. Decía que lo primero que haría cuando llegara a un Estado libre sería ahorrar dinero y no gastar ni un solo centavo, y cuando tuviera suficiente compraría a su mujer, que era propiedad de una granja cerca de donde vivía la señorita Watson; y entonces los dos trabajarían para comprar a los dos hijos, y si su dueño no se los vendía, buscarían a un abolicionista para que fuera a robarlos.

Casi me helé de oír semejante conversación. Nunca en su vida se habría atrevido a hablar así. Mira lo que le había cambiado en el momento en que creyó que estaba casi libre. Era según el viejo dicho: «Dale una pulgada a un negro y tomará una vara». Pienso: esto es lo que me ha traído no pensar. Aquí estaba este negro, al que tanto como había ayudado a escapar, diciendo abiertamente y sin rodeos que iba a robar a sus hijos: hijos que pertenecían a un hombre al que yo ni siquiera conocía; un hombre que nunca me había hecho ningún daño.

Me dio pena oír a Jim decir eso; le rebajaba mucho. Mi conciencia me estuvo atizando más fuerte que nunca, hasta que al final le digo: «Déjame en paz; que todavía no es tarde; remar hasta la orilla a la primera luz y decíselo». Me sentí ligero y feliz y liviano como una pluma enseguida. Todos mis problemas se habían ido. Me puse a buscar una luz con ojo avizor, cantando algo para mí mismo. Al cabo apareció una. Jim exclamó:

— ¡Estamos salvados, Huck, estamos salvados! ¡Salta y da una patada en el aire! ¡Ese es el buen viejo Cairo por fin, lo sé!

Digo:

— Cogeré la canoa y iré a ver, Jim. A lo mejor no lo es, ¿sabes?

Saltó y preparó la canoa, y puso su viejo abrigo en el fondo para que yo me sentara, y me dio el remo; y cuando me alejé remando, dijo:

— Pronto estaré gritando de alegría, y diré: es todo gracias a Huck; soy un hombre libre, y nunca lo habría sido si no hubiera sido por Huck; Huck lo hizo. Jim no te olvidará nunca, Huck; eres el mejor amigo que ha tenido Jim nunca; y eres el único amigo que tiene el viejo Jim ahora.

Me alejaba remando, todo acalorado por querer delatarle; pero cuando dijo eso, fue como si me quitara todo el empuje. Seguí despacio entonces, y no estaba nada seguro de si me alegraba haber empezado o no. Cuando estaba a cincuenta metros, Jim dijo:

— Ahí vas, el viejo Huck fiel; el único caballero blanco que jamás mantuvo su promesa al viejo Jim.

Bueno, me quedé malo del todo. Pero me digo: tengo que hacerlo; no puedo echarme atrás. Justo entonces llegó un bote con dos hombres con escopetas, y se pararon y yo me paré. Uno de ellos dijo:

— ¿Qué es eso de ahí?

— Un pedazo de balsa — digo.

— ¿Pertenece usted a ella?

— Sí, señor.

— ¿Hay algún hombre en ella?

— Solo uno, señor.

— Bueno, esta noche han huido cinco negros río arriba, por encima de la cabeza de la curva. ¿Su hombre es blanco o negro?

No respondí rápido. Lo intenté, pero las palabras no salían. Intenté durante un segundo o dos esforzarme y soltarlo, pero no tuve agallas: ni las de un conejo. Vi que estaba cediendo; así que dejé de intentarlo, y dije:

— Es blanco.

— Creo que iremos a verlo nosotros mismos.

— Ojalá vayan — digo —, porque es mi padre el que está ahí, y a lo mejor me ayudan a remolcar la balsa a la orilla donde está la luz. Está enfermo, y mi madre también y Mary Ann.

— ¡Vaya por Dios! Tenemos prisa, chico. Pero supongo que hay que ir. Venga, dale al remo y andando.

Le di al remo y ellos pusieron los suyos. Cuando habíamos dado uno o dos golpes, digo:

—Papá les estará muy agradecido, se lo digo yo. Todo el mundo se va cuando quiero que me ayuden a remolcar la balsa a la orilla, y yo solo no puedo.

—Bueno, eso es muy vil. Raro también. Oiga, chico, ¿qué le pasa a su padre?

—Es... es el..., bueno, no es gran cosa.

Dejaron de remar. La balsa no estaba más que a un poco de distancia ahora. Uno dijo:

—Chico, eso es mentira. ¿Qué le pasa a su padre? Responda claro ahora, y le irá mejor.

—Lo haré, señor, lo haré, de verdad; pero no nos dejen, por favor. Es el..., el..., caballeros, si tienen la bondad de seguir adelante, y dejarme pasarles el cabo de proa, no tendrán que acercarse a la balsa; por favor, háganlo.

—¡Para atrás, John, para atrás! —dijo uno. Dieron marcha atrás. — Manténgase alejado, chico: manténgase a sotavento. Maldita sea, creo que el viento nos lo ha traído. Su padre tiene viruela, y usted lo sabe perfectamente. ¿Por qué no lo dijo? ¿Quiere extenderla por todas partes?

—Bueno —digo, llorando—, se lo he dicho a todo el mundo antes y se han ido todos y nos han dejado.

—Pobrecillo, hay algo de verdad en eso. Lo sentimos mucho por usted, pero... vamos, que no queremos la viruela, ¿entiende? Mire, le voy a decir lo que debe hacer. No intente desembarcar solo, o lo destrozará todo. Flote río abajo como veinte millas, y llegará a un pueblo en la orilla izquierda del río. Ya habrá salido el sol para entonces, y cuando pida ayuda diga que toda su familia está enferma con escalofríos y fiebre. No sea tonto otra vez y deje que la gente adivine qué es. Ahora intentamos hacerle un favor; así que ponga veinte millas entre nosotros, sea bueno. No serviría de nada desembarcar donde está esa luz: no es más que un depósito de leña. Oiga, creo que su padre es pobre, y lo cierto es que está en muy mala situación. Aquí, voy a poner una moneda de oro de veinte dólares en este tablón, y la recoge cuando pase flotando. Me da mucha pena dejarle; ¡pero caramba! no se puede bromear con la viruela, ¿no lo entiende?

—Un momento, Parker —dijo el otro hombre—, aquí hay veinte para poner en el tablón de mi parte. Adiós, chico; haga lo que le dijo el señor Parker, y todo irá bien.

—Así es, chico: adiós, adiós. Si ve algún negro fugado, busque ayuda y cójalo, y puede ganar algo de dinero.

—Adiós, señor —digo—; no dejaré pasar a ningún negro fugado si puedo evitarlo.

Se fueron y yo subí a la balsa, sintiéndome mal y abatido, porque sabía muy bien que había hecho mal, y vi que no valía la pena intentar aprender a hacer el bien; un cuerpo que no empieza bien cuando es pequeño no tiene ninguna posibilidad: cuando llega el momento difícil no hay nada que le respalde y le mantenga firme, y así cae. Luego pensé un momento y me dije: un momento; supón que hubieras hecho el bien y hubieras entregado a Jim, ¿te sentirías mejor de lo que te sientes ahora? No, me digo, me sentiría mal: exactamente igual que ahora. Bueno, entonces, me digo, ¿para qué aprender a hacer el bien cuando es trabajoso hacer el bien y no es ningún problema hacer el mal, y el pago es el mismo? Me quedé sin respuesta. No pude contestar. Así que decidí no molestarme más con eso, sino de ahí en adelante hacer siempre lo que saliera más a mano en cada momento.

Entré en la covacha; Jim no estaba. Miré por todas partes; no estaba en ningún sitio. Digo:

—¡Jim!

—Aquí estoy, Huck. ¿Ya no se ven? No hables alto.

Estaba en el río bajo el remo de popa, con solo la nariz fuera. Le dije que ya no se veían, así que subió a bordo. Dijo:

—Estuve escuchando toda la conversación, y me metí en el río y estaba dispuesto a ir a nado hasta la orilla si subían a bordo. Luego pensaba volver a nado a la balsa cuando se fueran. Pero caramba, cómo les engañaste, Huck. ¡Eso fue el truco más listo! Te digo, criatura, que creo que salvó al viejo Jim: el viejo Jim no te va a olvidar por eso, cielo.

Luego hablamos del dinero. Era una buena suma: veinte dólares cada uno. Jim dijo que ahora podíamos hacer el viaje en cubierta en un vapor, y el dinero nos llegaría tan lejos como quisiéramos en los Estados libres. Dijo

que veinte millas más no era mucho para ir en balsa, pero que ojalá ya estuviéramos allí.

Hacia el amanecer atracamos, y Jim fue muy cuidadoso en esconder bien la balsa. Luego trabajó todo el día atando las cosas en fardos y preparándolo todo para dejar la balsa.

Esa noche hacia las diez avistamos las luces de un pueblo allá abajo en una curva de la orilla izquierda.

Salí en la canoa a preguntar. Al poco encontré a un hombre en el río con un bote, tendiendo un palangre. Me acerqué y digo:

— Señor, ¿es ese pueblo El Cairo?

— ¿El Cairo? No. Tiene que ser un tonto de remate.

— ¿Qué pueblo es, señor?

— Si quiere saberlo, vaya a enterarse. Si se queda aquí molestándome durante otro medio minuto va a recibir algo que no quiere.

Remé de vuelta a la balsa. Jim estaba terriblemente decepcionado, pero dije que no importaba, que El Cairo sería el siguiente, calculé.

Pasamos por otro pueblo antes del amanecer, e iba a salir otra vez; pero era terreno alto, así que no salí. En El Cairo no hay terreno alto, dijo Jim. Se me había olvidado. Atracamos para pasar el día en un banco de arena bastante cerca de la orilla izquierda. Empecé a sospechar algo. Jim también. Digo:

— A lo mejor pasamos por El Cairo en la niebla aquella noche.

Dijo:

— No hablemos de eso, Huck. Los negros pobres no pueden tener buena suerte. Siempre sospeché que la piel de esa serpiente de cascabel no había terminado su trabajo.

— Ojalá no hubiera visto nunca esa piel de serpiente, Jim; de verdad que ojalá nunca la hubiera visto.

— No es culpa tuya, Huck; no lo sabías. No te echas la culpa.

Cuando amaneció, allí estaba el agua clara del Ohio en la orilla, efectivamente, ¡y fuera el viejo barro de siempre! Así que todo acabó con El Cairo.

Lo hablamos todo. No convenía desembarcar; no podíamos hacer subir la balsa río arriba, claro. No había más remedio que esperar a que oscureciera, y volver en la canoa y probar suerte. Así que dormimos todo el día entre la espesura de álamos, para estar descansados para el trabajo; y cuando volvimos a la balsa al oscurecer, ¡la canoa había desaparecido!

No dijimos nada durante bastante rato. No había nada que decir. Los dos sabíamos perfectamente que era otro efecto de la piel de la serpiente de cascabel; así que ¿para qué hablar de ello? Solo parecería que nos estábamos quejando, y eso seguramente traería más mala suerte, y seguiría trayéndola, hasta que supiéramos cuándo callarse.

Al cabo hablamos de lo que debíamos hacer, y vimos que no había más remedio que seguir río abajo con la balsa hasta tener oportunidad de comprar una canoa con la que volver. No íbamos a «pedirla prestada» cuando no hubiera nadie alrededor, como hacía Pap, porque eso podría poner a la gente en nuestra busca.

Así que salimos al oscurecer en la balsa.

Quien todavía no crea que es una tontería tocar una piel de serpiente, después de todo lo que esa piel de serpiente nos hizo, lo creerá ahora si sigue leyendo y ve lo que más nos hizo.

El sitio para comprar canoas es en balsas atracadas en la orilla. Pero no vimos ninguna balsa atracada; así que seguimos durante tres horas y más. Bueno, la noche se puso gris y más bien espesa, que es lo más desagradable que hay después de la niebla. No se puede distinguir la forma del río, y no se ve ninguna distancia. Se hizo muy tarde y muy tranquilo, y entonces llegó un vapor río arriba. Encendimos el farol, y calculamos que nos vería. Los vapores que subían generalmente no se acercaban a nosotros; se alejan y siguen los bancos y buscan agua tranquila bajo los arrecifes; pero las noches así se lanzan directamente por el canal contra todo el río.

Podíamos oírle golpeteando, pero no le vimos bien hasta que estuvo cerca. Se dirigía directamente hacia nosotros. A menudo lo hacen e intentan ver lo cerca que pueden pasar sin tocar; a veces la rueda corta un remo, y entonces el piloto saca la cabeza y se ríe, y cree que es muy listo. Bueno, allá venía, y dijimos que iba a intentar rozarnos; pero no parecía desviarse nada. Era un grande, y además venía deprisa, parecía una nube negra con

hileras de luciérnagas a su alrededor; pero de repente se hinchó, grande y aterrador, con una larga fila de puertas de hornos abiertas brillando como dientes al rojo vivo, y su proa monstruosa y sus guardas colgando justo encima de nosotros. Hubo un grito hacia nosotros, y un tintineo de campanas para parar las máquinas, un barullo de maldiciones y silbidos de vapor; y mientras Jim saltaba por un lado y yo por el otro, pasó aplastando la balsa de parte a parte.

Me sumergí: y apunté al fondo también, porque una rueda de diez metros tenía que pasar por encima de mí y quería darle todo el espacio posible. Siempre podía aguantar bajo el agua un minuto; esta vez creo que aguanté minuto y medio. Luego emergí a toda prisa, porque casi reventaba. Salí hasta los sobacos y eché el agua de la nariz, y resoplé un poco. Claro que había una corriente fuerte; y claro que el barco puso las máquinas en marcha diez segundos después de pararlas, porque a los balseros nunca les importaban demasiado; así que ahora iba revolviendo río arriba, fuera de la vista en el tiempo espeso, aunque podía oírle.

Grité por Jim como una docena de veces, pero no obtuve respuesta; así que agarré una tabla que me tocó mientras flotaba, y me lancé hacia la orilla, empujándola delante de mí. Pero logré ver que la deriva de la corriente iba hacia la orilla izquierda, lo que significaba que estaba en un cruce; así que cambié y fui por ese lado.

Era uno de esos cruces largos y en diagonal, de tres kilómetros; así que tardé bastante tiempo en cruzar. Desembarqué sin problemas, y trepé por la orilla. No se veía muy lejos, pero fui avanzando por terreno accidentado durante un cuarto de milla o más, y entonces di de narices con una gran casa antigua de troncos doble antes de darme cuenta. Iba a salir corriendo y largarme, pero un montón de perros salieron y se pusieron a aullar y ladrarme, y supe que no debía moverme ni un paso más.

## XVII

Al cabo de un minuto alguien habló desde una ventana sin asomar la cabeza, y dijo:

— ¡Quietos, chicos! ¿Quién anda ahí?

Digo:

— Soy yo.

— ¿Quién es yo?

— George Jackson, señor.

— ¿Qué quiere?

— No quiero nada, señor. Solo quiero pasar, pero los perros no me dejan.

— ¿Qué anda usted merodeando por aquí a estas horas de la noche?

— No estaba merodeando, señor; me caí del vapor al río.

— Ah, ¿sí? ¿Sí? Que alguien encienda una luz. ¿Cómo dijo que se llamaba?

— George Jackson, señor. Solo soy un chico.

— Mire, si dice la verdad no tiene que tener miedo: nadie le hará daño. Pero no intente moverse; quédese donde está. Que alguien despierte a Bob y a Tom y traigan las escopetas. George Jackson, ¿hay alguien con usted?

— No, señor, nadie.

Oí a la gente moviéndose por la casa ahora, y vi una luz. El hombre gritó:

— Quita esa luz, Betsy, vieja tonta; ¿es que no tienes sentido? Ponla en el suelo detrás de la puerta principal. Bob, si tú y Tom estáis listos, tomad vuestros puestos.

— Listos.

— Ahora, George Jackson, ¿conoce usted a los Shepherdson?

— No, señor; nunca he oído hablar de ellos.

— Puede ser así, y puede que no. Ahora todos listos. Avance, George Jackson. Y recuerde, no se apresure; avance muy despacio. Si hay alguien con usted, que se quede atrás: si se deja ver le dispararán. Adelante ahora.

Adelante despacio; empuje la puerta usted mismo, lo justo para colarse, ¿oye?

No me apresuré; no habría podido aunque hubiera querido. Daba un paso lento a la vez y no se oía nada, solo me parecía oír mi corazón. Los perros estaban tan quietos como las personas, pero me siguieron un poco por detrás. Cuando llegué a los tres escalones de troncos de la entrada, los oí desatancar y descorrer cerrojo y pestillo. Puse la mano en la puerta y la empujé un poco y un poco más hasta que alguien dijo: «Bien, ya basta: meta la cabeza». Lo hice, pero calculé que me la iban a cortar.

La vela estaba en el suelo, y allí estaban todos, mirándome, y yo mirándolos a ellos, durante como un cuarto de minuto: tres hombres grandes con escopetas apuntándome, que me hicieron encogerme, os lo digo; el más viejo, de cabello gris y unos sesenta años, los otros dos de treinta y pico: todos ellos apuestos y bien parecidos; y la señora de más edad más dulce, de cabello gris, y detrás de ella dos mujeres jóvenes a las que no veía bien. El señor mayor dijo:

— Bien; creo que todo está bien. Entre.

En cuanto entré el señor mayor cerró la puerta con llave y pasó los cerrojos y el pestillo, y les dijo a los jóvenes que entraran con las escopetas, y todos fueron a un gran salón que tenía una alfombra de trapo nueva en el suelo, y se pusieron juntos en un rincón que estaba fuera del alcance de las ventanas del frente: no había ninguna en los lados. Sostuvieron la vela y me examinaron bien, y todos dijeron: «Vaya, no es ningún Shepherdson: no hay nada de Shepherdson en él». Luego el señor mayor dijo que esperaba que no me importara que me cachearan en busca de armas, porque no pretendía hacerme daño: era solo para asegurarse. Así que no hurgó en mis bolsillos, sino que solo palpó por fuera con las manos, y dijo que todo estaba bien. Me dijo que me pusiera cómodo y como en casa, y que les contara todo sobre mí; pero la señora mayor dijo:

— Vamos, Saul, el pobre está tan mojado como puede estar; ¿y no crees que a lo mejor tiene hambre?

— Tienes razón, Rachel: se me olvidó.

Así que la señora mayor dijo:

—Betsy —esta era una mujer negra—, corre y tráele algo de comer lo antes que puedas, pobrecillo; y que una de vosotras vaya a despertar a Buck y le diga... ah, aquí está él mismo. Buck, lleva a este forastero y quítale la ropa mojada y vístele con algo tuyo que esté seco.

Buck tenía más o menos mi edad: trece o catorce años o por ahí, aunque era un poco más grande que yo. No llevaba más que una camisa, y tenía el pelo muy revuelto. Entró bostezando y restregándose un ojo con el puño, arrastrando una escopeta con el otro. Dijo:

—¿No hay ningún Shepherdson por aquí?

Dijeron que no, que era una falsa alarma.

—Bueno —dijo—, si hubiera habido alguno, creo que habría cazado a uno.

Todos se rieron, y Bob dijo:

—Vaya, Buck, podrían habernos arrancado el cuero cabelludo a todos, de lo despacio que has venido.

—Bueno, nadie vino a buscarme, y no está bien que siempre me tengan de menos; nunca tengo oportunidad.

—No te preocupes, Buck, hijo —dijo el señor mayor—, tendrás oportunidad de sobra, con el tiempo; no te impacientes. Vete con él ahora y haz lo que te ha dicho tu madre.

Cuando subimos a su cuarto me sacó una camisa basta y una chaqueta y unos pantalones de los suyos, y me los puse. Mientras lo hacía me preguntó cómo me llamaba, pero antes de que pudiera decírselo se puso a contarme lo de un arrendajo azul y un conejito joven que había capturado en el bosque anteayer, y me preguntó dónde estaba Moisés cuando se apagó la vela. Dije que no lo sabía; que nunca había oído hablar de eso.

—Bueno, adivínalo —dijo.

—¿Cómo voy a adivinarlo —digo— si nunca he oído hablar de ello?

—Pero puedes adivinar, ¿no? Es muy fácil.

—¿Qué vela? —digo.

—Pues cualquier vela —dice.

—No sé dónde estaba —digo— ; ¿dónde estaba?

—¡Pues en la oscuridad! ¡Ahí es donde estaba!

—Bueno, si sabías dónde estaba, ¿para qué me lo preguntabas?

—Hombre, maldita sea, es un acertijo, ¿no lo ves? Oye, ¿cuánto tiempo te vas a quedar aquí? Tienes que quedarte siempre. Podemos pasarlo bomba: ahora no hay escuela. ¿Tienes perro? Yo tengo un perro, y salta al río a sacar trozos de madera que tiras. ¿Te gusta peinarte los domingos y todas esas tonterías? Ya lo creo que a mí no, pero mamá me obliga. ¡Malditos estos pantalones viejos! Creo que me los pondré, pero preferiría no; hace tanto calor. ¿Estás listo? Bien. Venga, compadre.

Borona de maíz fría, carne de vaca fría, mantequilla y suero de leche: eso era lo que me tenían, y no he encontrado nada mejor nunca. Buck y su madre y todos fumaban pipas de mazorca de maíz, excepto la mujer negra, que se había ido, y las dos mujeres jóvenes. Todos fumaban y hablaban, y yo comía y hablaba. Las mujeres jóvenes llevaban colchas alrededor y el pelo suelto por la espalda. Todos me hicieron preguntas, y les conté que Pap y yo y toda la familia vivíamos en una pequeña granja en el fondo de Arkansas, y que mi hermana Mary Ann se escapó y se casó y no se supo nada más de ella, y Bill fue a buscarlos y tampoco se supo nada de él, y Tom y Mort murieron, y entonces no quedó nadie más que Pap y yo, y él había quedado reducido a nada por sus desgracias; así que cuando murió cogí lo que quedaba, porque la granja no era nuestra, y empecé a subir el río, en cubierta, y caí al agua; y así fue como llegué aquí. Así que dijeron que podría tener un hogar allí mientras quisiera. Luego era casi el amanecer y todo el mundo se fue a la cama, y yo me fui a la cama con Buck, y cuando me desperté por la mañana, maldita sea, había olvidado cómo me llamaba. Así que estuve tumbado como una hora intentando recordar, y cuando Buck se despertó digo:

—¿Sabes deletrear, Buck?

—Sí —dice.

—Apuesto a que no sabes deletrear mi nombre —digo.

—Apuesto lo que sea a que sí —dice.

—De acuerdo —digo— ; adelante.

—G-e-o-r-g-e J-a-x-o-n: ahí lo tienes —dice.

—Bueno —digo—, lo has conseguido, pero no creía que pudieras. No es un nombre cualquiera para deletrear: así de buenas, sin pensarlo.

Lo apunté mentalmente, porque a lo mejor alguien quería que yo lo deletreara a continuación, y quería tenerlo listo y soltarlo como si estuviera acostumbrado.

Era una familia muy buena, y una casa muy buena también. Nunca antes había visto una casa en el campo que fuera tan buena y tuviera tanto estilo. No tenía cerrojo de hierro en la puerta principal, ni uno de madera con una tira de piel de gamuza, sino un pomo de latón para girar, igual que las casas del pueblo. No había ninguna cama en el salón, ni rastro de ninguna; pero en muchos salones de los pueblos hay camas. Había una chimenea grande que tenía el fondo de ladrillo, y los ladrillos se mantenían limpios y rojos echándoles agua y fregándolos con otro ladrillo; a veces los pintaban con pintura roja al agua que llaman albero, igual que en el pueblo. Tenían unos grandes morillos de latón que podían sostener un tronco de sierra. Había un reloj en el centro de la repisa de la chimenea, con un cuadro de un pueblo pintado en la mitad inferior del cristal frontal, y un sitio redondo en el centro para el sol, y se podía ver el péndulo balanceándose detrás. Daba gusto oír ese reloj dar las horas; y a veces, cuando alguno de esos buhoneros había pasado por allí y lo había limpiado y puesto en forma, empezaba a dar y daba ciento cincuenta antes de agotarse. No lo habrían dado por nada.

Bueno, había un loro grande y estrambótico a cada lado del reloj, hecho de algo parecido a la tiza y pintado vistosamente. Junto a uno de los loros había un gato de loza, y un perro de loza junto al otro; y cuando los apretabas chillaban, pero no abrían la boca ni ponían cara diferente ni de interés. Chillaban por debajo. Había un par de grandes abanicos de alas de pavo silvestre extendidos detrás de esas cosas. Sobre la mesa del centro del cuarto había una especie de bonita cesta de loza con manzanas y naranjas y melocotones y uvas apilados, que eran mucho más rojos y amarillos y bonitos que los de verdad, pero no eran de verdad porque se veía dónde se habían saltado trozos y mostraban la tiza blanca, o lo que fuera, por debajo.

Esta mesa tenía un tapete hecho de hermoso hule, con un águila calva roja y azul pintada encima, y un borde pintado alrededor. Venía desde Filadelfia, dijeron. Había también algunos libros apilados con toda exactitud

en cada esquina de la mesa. Uno era una gran Biblia familiar llena de láminas. Otro era El progreso del peregrino, sobre un hombre que dejó a su familia, sin decir por qué. Lo leí bastante de vez en cuando. Las afirmaciones eran interesantes, pero duras. Otro era Ofrenda de amistad, lleno de cosas bonitas y poesía; pero la poesía no la leía. Otro eran los Discursos de Henry Clay, y otro la Medicina familiar del doctor Gunn, que te decía todo lo que tenías que hacer si alguien estaba enfermo o muerto. Había un himnario, y muchos otros libros. Y había unas bonitas sillas de asiento de tablillas, y en perfectas condiciones además: no combadas por el centro ni rotas, como una cesta vieja.

Tenían cuadros colgados en las paredes: principalmente Washingtons y Lafayettes, y batallas, y Marías de los Highlands, y uno que se llamaba «La firma de la Declaración». Había algunos que llamaban creyones, que una de las hijas que ya había muerto había hecho ella sola cuando no tenía más que quince años. Eran distintos de todos los cuadros que había visto antes: más negros, sobre todo, de lo habitual. Uno era una mujer con un vestido negro ceñido bajo los sobacos, con unos abultamientos como coles en el centro de las mangas, y un gran sombrero negro de pala con velo negro, y unos tobillos blancos y delgados cruzados con cinta negra, y unos zapatitos negros muy pequeños, como un escoplo, y estaba apoyada pensativamente en una lápida con el codo derecho, bajo un sauce llorón, y la otra mano le colgaba a un lado sosteniendo un pañuelo blanco y un ridículo, y debajo del cuadro decía «¿Acaso No Te Veré Nunca Más Ay». Otro era una señorita joven con el pelo peinado todo recto hacia arriba hasta la coronilla y anudado allí delante de un peine como el respaldo de una silla, y lloraba en un pañuelo y tenía un pájaro muerto boca arriba en la otra mano con las patitas en alto, y debajo del cuadro decía «Nunca Más Oiré Tu Dulce Canto Ay». Había uno donde una señorita joven miraba por una ventana hacia la luna, y le corrían lágrimas por las mejillas; y tenía una carta abierta en una mano con un trozo de lacre negro mostrándose en un borde, y apretaba un medallón con cadena contra la boca, y debajo del cuadro decía «¿Y Te Has Ido Sí Te Has Ido Ay». Eran todos bonitos cuadros, creo yo, pero no me llamaban la atención de algún modo, porque cuando estaba un poco triste siempre me daban un soponcio. Todo el mundo lo lamentó cuando murió, porque había pensado hacer muchos más de esos cuadros, y cualquiera podía ver por lo que había hecho lo que habían perdido. Pero calculé que con su carácter lo estaría pasando mejor en el cementerio. Estaba trabajando en lo que decían que era

su mejor cuadro cuando cayó enferma, y todos los días y todas las noches rezaba para que se le permitiera vivir hasta terminarlo, pero nunca tuvo la oportunidad. Era un cuadro de una mujer joven en un largo vestido blanco, de pie en la barandilla de un puente toda dispuesta a tirarse, con el pelo suelto por la espalda, y mirando hacia la luna, con las lágrimas corriéndole por la cara, y tenía dos brazos cruzados sobre el pecho, y dos brazos extendidos por delante, y otros dos alzándose hacia la luna: y la idea era ver qué par quedaba mejor y luego borrar todos los demás; pero, como decía, murió antes de decidirse, y ahora tenían ese cuadro encima de la cabecera de la cama de su cuarto, y cada vez que llegaba su cumpleaños le ponían flores. Los demás momentos estaba oculto con una pequeña cortina. La mujer joven del cuadro tenía una cara bastante dulce y agradable, pero tenía tantos brazos que la hacía parecer demasiado araña, en mi opinión.

Esta chica joven tenía un álbum de recortes cuando vivía, y solía pegar en él esquelas y accidentes y casos de sufrimiento paciente del Presbyterian Observer, y escribir poesía después de ellos de su propia cabeza. Era muy buena poesía. Esto es lo que escribió sobre un chico llamado Stephen Dowling Bots que cayó a un pozo y se ahogó:

Oda a Stephen Dowling Bots, difunto

¿Enfermó el joven Stephen?

¿Murió el joven Stephen?

¿Se llenaron de pena los corazones tristes,  
y lloraron los que lloraban?

No; no fue ese el destino

del joven Stephen Dowling Bots;

aunque los corazones tristes le rodearon,  
no fue por golpes de enfermedad.

Ninguna tos ferina le sacudió el cuerpo,

ni el fúnebre sarampión con sus manchas;

no fue eso lo que dañó el sagrado nombre

de Stephen Dowling Bots.

El amor despreciado no golpeó con dolor  
esa cabeza de rizos prietos,  
ni problemas de estómago le abatieron,  
al joven Stephen Dowling Bots.

Oh, no. Escuchadme entonces con ojo lloroso,  
mientras cuento su destino.

Su alma abandonó este frío mundo  
cayendo dentro de un pozo.

Le sacaron y le vaciaron;  
ay, fue demasiado tarde;  
su espíritu había volado a jugar en las alturas  
en los reinos de los buenos y los grandes.

Si Emmeline Grangerford podía hacer poesía así antes de cumplir los catorce, quién sabe lo que habría conseguido con el tiempo. Buck dijo que podía soltar poesía como nada. Nunca tenía que pararse a pensar. Dijo que soltaba un verso, y si no encontraba nada con qué rimarlo simplemente lo tachaba y soltaba otro, y adelante. No le importaba mucho; podía escribir sobre cualquier cosa que se le propusiera, con tal de que fuera triste. Cada vez que moría un hombre, o una mujer, o un niño, ella estaba allí con su «tributo» antes de que se enfriara. Los llamaba tributos. Los vecinos decían que era primero el médico, luego Emmeline, luego el enterrador: el enterrador nunca se adelantó a Emmeline más que una vez, y entonces ella se atascó en una rima para el nombre del difunto, que era Whistler. Nunca fue la misma después de eso; nunca se quejó, pero fue decayendo y no vivió mucho tiempo. Pobrecilla, muchas veces me obligué a subir al cuartito que había sido el suyo y a sacar su pobre viejo álbum y leerlo cuando sus cuadros me habían molestado y me había enfadado un poco con ella. Me gustaba toda la familia, los muertos y todos, y no iba a dejar que nada se pusiera entre nosotros. La pobre Emmeline hacía poesía sobre todos los muertos cuando vivía, y no me parecía bien que no hubiera nadie que hiciera alguna sobre ella ahora que se había ido; así que intenté exprimir uno o dos versos yo mismo, pero no me salían de ningún modo. Tenían el

cuarto de Emmeline cuidado y limpio, y todas las cosas colocadas en él tal como a ella le gustaba tenerlas cuando vivía, y nadie dormía allí. La señora mayor cuidaba el cuarto ella misma, aunque había criados negros en abundancia, y cosía allí mucho y leía la Biblia principalmente allí.

Bueno, como decía sobre el salón, había unas bonitas cortinas en las ventanas: blancas, con cuadros pintados de castillos con enredaderas por todas las paredes, y ganado bajando a beber. Había también un pianito viejo que tenía cazuelas de hojalata dentro, me parece, y nunca se ha oído nada tan precioso como oír a las señoritas jóvenes cantar «El último eslabón está roto» y tocar «La batalla de Praga» en él. Las paredes de todos los cuartos estaban enlucidas, y la mayoría tenían alfombras en los suelos, y toda la casa estaba encalada por fuera.

Era una casa doble, y el gran espacio abierto entre las dos partes estaba techado y con suelo, y a veces se ponía la mesa allí a mediodía, y era un sitio fresco y cómodo. No podía ser mejor. ¡Y qué bien se comía, y en qué cantidades además!

## XVIII

El coronel Grangerford era un caballero, ya ven. Era un caballero de pies a cabeza; y su familia también. Era de buena cuna, como suele decirse, y eso vale tanto en un hombre como en un caballo, según decía la viuda Douglas, y nadie negó nunca que ella era de la primera aristocracia de nuestro pueblo; y Pap también lo decía siempre, aunque él no tenía más alcurnia que un barbo de barro. El coronel Grangerford era muy alto y muy delgado, y tenía un cutis oscuro y apagado, sin una pizca de rojo en ningún sitio; se afeitaba cada mañana por toda su cara delgada, y tenía los labios más finos que se puedan imaginar, y las aletas de la nariz más finas, y la nariz prominentemente, y las cejas espesas, y unos ojos del negro más negro que se pueda

ver, tan hundidos que parecía como si te miraran desde unas cavernas, por así decir. La frente era alta, y el cabello negro y lacio le caía hasta los hombros. Las manos eran largas y delgadas, y todos los días de su vida se ponía una camisa limpia y un traje completo de pies a cabeza hecho de lino tan blanco que hacía daño a los ojos mirarlo; y los domingos llevaba una levita azul con botones de latón. Llevaba un bastón de caoba con puño de plata. No había en él ni pizca de frivolidad, ni una, y nunca levantaba la voz. Era tan bueno como podía serlo: se notaba, ¿saben?, y por eso uno tenía confianza. A veces sonreía, y daba gusto verlo; pero cuando se irguió como un mástil de bandera y empezaron a despedir relámpagos de debajo de sus cejas, uno quería subirse a un árbol primero y averiguar qué pasaba después. No tenía que decirle nunca a nadie que se portara bien: todo el mundo se portaba bien en su presencia. A todo el mundo le encantaba tenerle cerca además; era casi siempre sol: es decir, hacía parecer que hacía buen tiempo. Cuando se volvía nublado estaba oscuro de verdad durante medio minuto, y con eso bastaba; no volvía a ir nada mal en una semana.

Cuando él y la señora bajaban por la mañana toda la familia se levantaba de las sillas a saludarlos, y no volvía a sentarse hasta que ellos se habían sentado. Luego Tom y Bob iban al aparador donde estaba la licorera, mezclaban un vaso de bíteres y se lo alcanzaban, y él lo sostenía en la mano y esperaba a que los de Tom y Bob estuvieran mezclados, y entonces hacían una reverencia y decían: «A su salud, señor, y señora»; y ellos inclinaban la cabeza apenas nada y daban las gracias, y así bebían los tres, y Bob y Tom echaban una cucharadita de agua sobre el azúcar y el chorrito de whisky o aguardiente de manzana que quedaba en el fondo de sus vasos, y nos lo daban a mí y a Buck, y nosotros también brindábamos por los mayores.

Bob era el mayor y Tom el siguiente: hombres altos y apuestos, de hombres muy anchos y tez morena, y cabello negro largo y ojos negros. Se vestían de lino blanco de pies a cabeza, como el señor mayor, y llevaban amplios sombreros de Panamá.

Luego estaba la señorita Charlotte: tenía veinticinco años, alta y orgullosa y distinguida, pero buenísima cuando no la sacaban de quicio; pero cuando la sacaban tenía una mirada que te dejaba helado en seco, como su padre. Era hermosa.

Su hermana la señorita Sophia también lo era, pero de otra manera. Era suave y dulce como una paloma, y solo tenía veinte años.

Cada persona tenía su propio negro para servirla: Buck también. El mío se la llevaba muy tranquila, porque yo no estaba acostumbrado a que nadie hiciera nada por mí, pero el de Buck andaba saltando casi todo el tiempo.

Esta era toda la familia ahora, pero antes había habido más: tres hijos; los habían matado; y Emmeline, que murió.

El señor mayor era dueño de muchas granjas y de más de cien negros. A veces venían muchas personas a caballo desde diez o quince millas a la redonda, y se quedaban cinco o seis días, y organizaban festines por los alrededores y en el río, y bailes y picnics en el bosque durante el día, y saraos en la casa por la noche. Esta gente era en su mayoría parientes de la familia. Los hombres traían las escopetas. Era mucha gente de calidad, os lo digo.

Había otro clan de aristocracia por allí: cinco o seis familias, la mayoría con el apellido Shepherdson. Eran tan distinguidos y de tan buena cuna y tan ricos y tan señoriales como la tribu de los Grangerford. Los Shepherdson y los Grangerford usaban el mismo embarcadero de vapor, que estaba a unas dos millas por encima de nuestra casa; así que a veces cuando yo iba allí con algunos de los nuestros veía a varios Shepherdson con sus buenos caballos.

Un día Buck y yo andábamos de caza bastante adentro en el bosque, y oímos venir un caballo. Estábamos cruzando el camino. Buck dijo:

— ¡Rápido! ¡Al bosque!

Lo hicimos, y luego nos asomamos al camino entre las hojas. Al poco vino galopando un espléndido joven por el camino, sentado fácilmente en el caballo y con aspecto de soldado. Llevaba la escopeta sobre el arzón. Ya le había visto antes. Era el joven Harney Shepherdson. Oí disparar la escopeta de Buck junto a mi oído, y el sombrero de Harney salió volando de su cabeza. Agarró la escopeta y cabalgó directamente hacia el sitio donde estábamos escondidos. Pero no esperamos. Salimos corriendo por el bosque. El bosque no era espeso, así que miré por encima del hombro para esquivar la bala, y dos veces vi a Harney apuntar a Buck; y luego se alejó por donde había venido: a por el sombrero, calculé, pero no podía verlo. No paramos

de correr hasta llegar a casa. Los ojos del señor mayor llamaron un momento: fue sobre todo de placer, calculé; luego se le alisó la cara, y dijo, con calma:

—No me gusta eso de disparar desde detrás de un arbusto. ¿Por qué no saliste al camino, hijo?

—Los Shepherdson no lo hacen, padre. Siempre sacan ventaja.

La señorita Charlotte mantuvo la cabeza erguida como una reina mientras Buck contaba lo sucedido, y se le dilataron las aletas de la nariz y le brillaron los ojos. Los dos jóvenes pusieron cara seria, pero no dijeron nada. La señorita Sophia se puso pálida, pero le volvió el color cuando supo que el hombre no estaba herido.

En cuanto pude llevarme a Buck por los graneros de maíz bajo los árboles para estar solos, digo:

—¿Querías matarle, Buck?

—Pues vaya si quería.

—¿Qué te había hecho?

—¿Él? No me ha hecho nada.

—Pues entonces ¿para qué querías matarle?

—Pues nada: es por la vendetta.

—¿Qué es una vendetta?

—Vaya, ¿dónde te criaron? ¿No sabes lo que es una vendetta?

—Nunca había oído hablar de eso: cuéntame.

—Bueno —dijo Buck—, una vendetta es así: un hombre tiene una pelea con otro hombre y le mata; luego el hermano de ese otro hombre le mata a él; luego los demás hermanos, de los dos lados, van a por los otros; luego los primos se apuntan: y al cabo todo el mundo ha sido matado, y ya no queda vendetta. Pero es algo lenta y lleva mucho tiempo.

—¿Lleva mucho tiempo esta, Buck?

—¡Vaya si lleva! Empezó hace treinta años, más o menos. Hubo un lío por algo, y luego un pleito para arreglarlo; y el pleito le fue en contra a uno

de los hombres, y así que fue y disparó al hombre que ganó el pleito: lo que haría cualquiera, claro.

—¿Por qué fue el lío, Buck? ¿Por tierras?

—Creo que sí; no sé.

—¿Y quién disparó? ¿Fue un Grangerford o un Shepherdson?

—Vaya, ¿cómo voy a saber yo? Fue hace mucho tiempo.

—¿No lo sabe nadie?

—Oh, sí, papá lo sabe, creo, y algunos de los otros viejos; pero ya no saben cuál fue la razón de la disputa al principio.

—¿Han matado a mucha gente, Buck?

—Sí; bastantes entierros. Pero no siempre matan. A papá le han metido unos perdigones, pero no le importa porque tampoco pesa mucho de todas formas. A Bob le han dado algún navajazo con un bowie, y a Tom le han herido una o dos veces.

—¿Han matado a alguien este año, Buck?

—Sí; hemos matado a uno y ellos han matado a uno. Hace unos tres meses mi primo Bud, de catorce años, iba a caballo por el bosque al otro lado del río, y no llevaba ningún arma, lo que fue una soberana tontería, y en un sitio solitario oyó un caballo que venía detrás de él, y vio al viejo Baldy Shepherdson siguiéndole de cerca con la escopeta en la mano y el pelo blanco volando al viento; y en vez de saltar del caballo y meterse en el matorral, Bud creyó que podía dejarlo atrás; así que fueron, a la par, durante cinco millas o más, ganando terreno el viejo todo el tiempo; así que al final Bud vio que no había caso, y se paró y se dio la vuelta para que los agujeros de bala quedaran delante, ¿sabes?, y el viejo se acercó y le derribó. Pero no tuvo mucho tiempo de disfrutar su suerte, porque en menos de una semana los nuestros le dejaron tieso.

—Calculo que ese viejo era un cobarde, Buck.

—No creo que fuera un cobarde. Ni mucho menos. No hay un cobarde entre los Shepherdson: ni uno. Y tampoco los hay entre los Grangerford. Mira, ese viejo aguantó su puesto en una pelea una vez durante media hora contra tres Grangerfords, y salió ganador. Todos iban a caballo; él se bajó

del suyo y se puso detrás de una pequeña pila de leña, y mantuvo al caballo delante para parar las balas; pero los Grangerfords se quedaron a caballo y caracolearon alrededor del viejo, y le dieron a tiros, y él les dio a tiros. Él y su caballo volvieron a casa bastante agujereados y cojos, pero a los Grangerfords hubo que traerlos a casa: uno estaba muerto, y otro murió al día siguiente. No, señor; si alguien busca cobardes no va a encontrarlos entre los Shepherdson, porque allí no los crían.

El domingo siguiente fuimos todos a la iglesia, como unas tres millas, todos a caballo. Los hombres llevaron las escopetas, Buck también, y las tuvieron entre las rodillas o las apoyaron cerca de la pared. Los Shepherdson hicieron lo mismo. El sermón era bastante mediocre: todo sobre el amor fraterno y ese tipo de pesadeces; pero todo el mundo dijo que era un buen sermón, y todos lo comentaron de camino a casa, y tenían tantísimo que decir sobre la fe y las buenas obras y la gracia libre y la predestinación, y no sé qué más, que me pareció que era uno de los domingos más pesados que había tenido.

Como una hora después de comer todo el mundo estaba dormitando, unos en las sillas y otros en sus cuartos, y se puso bastante aburrido. Buck y un perro estaban tumbados en la hierba al sol, profundamente dormidos. Subí a nuestro cuarto y decidí echar una siesta yo también. Encontré a la dulce señorita Sophia de pie en su puerta, que era la de al lado de la nuestra, y me metió en su cuarto y cerró la puerta muy suavemente, y me preguntó si me caía bien, y le dije que sí; y me preguntó si haría algo por ella sin decírselo a nadie, y le dije que sí. Entonces dijo que había olvidado su Nuevo Testamento, y lo había dejado en el banco de la iglesia entre dos libros, y si podía escurrirme y ir allá a buscárselo sin decírselo a nadie. Dije que sí. Así que me escurrí y me fui caminando por el camino, y no había nadie en la iglesia, a no ser quizás uno o dos cerdos, porque no había cerrojo en la puerta, y a los cerdos les gusta el suelo de tablones en verano porque está fresco. Como suele notarse, la mayoría de la gente no va a la iglesia más que cuando tiene que ir; pero un cerdo es diferente.

Me digo: algo se trae entre manos; no es natural que una chica esté tan agitada por un Nuevo Testamento. Así que lo sacudí y salió un pequeño trozo de papel con «Las dos y media» escrito en lápiz. Lo registré todo, pero no encontré nada más. No pude sacar nada de eso, así que metí el papel en el libro otra vez, y cuando llegué a casa y subí al piso de arriba, la señorita

Sophia estaba en su puerta esperándome. Me metió adentro y cerró la puerta; luego buscó en el Nuevo Testamento hasta encontrar el papel, y en cuanto lo leyó se puso contenta; y antes de que uno pudiera pensarlo me agarró y me dio un abrazo, y dijo que era el mejor chico del mundo, y que no se lo dijera a nadie. Se le puso la cara muy colorada durante un momento, y se le iluminaron los ojos, y eso la puso muy bonita. Me quedé bastante pasmado, pero cuando me recuperé le pregunté qué quería decir el papel, y me preguntó si lo había leído, y le dije que no, y me preguntó si sabía leer letra cursiva, y le dije que «no, solo letra de imprenta», y entonces dijo que el papel no era más que un marcapáginas para guardar su sitio, y que podía irme a jugar.

Fui hacia el río, dándole vueltas a esto, y al poco noté que mi negro me seguía de lejos por detrás. Cuando estábamos fuera de la vista de la casa miró hacia atrás y alrededor un momento, y luego vino corriendo, y dijo:

— Señorito Jorge, si viene usted al pantano le enseño un montón de mocasines de agua.

Pienso: eso es muy raro; ayer dijo lo mismo. Debería saber que a uno no le gustan tanto los mocasines de agua como para salir a buscarlos. ¿Qué se trae entre manos? Así que digo:

— Bien; ve delante.

Le seguí media milla; luego se lanzó por el pantano y anduvo con el agua al tobillo otra media milla más o menos. Llegamos a un pequeño trozo de tierra plana que estaba seco y muy cubierto de árboles y matorrales y enredaderas, y dijo:

— Métase unos pasos por ahí, señorito Jorge; allí es donde están. Ya los he visto antes; no quiero volver a verlos.

Luego siguió andando y se fue, y al poco los árboles le ocultaron. Me adentré un poco en el sitio y llegué a un pequeño claro del tamaño de un dormitorio todo rodeado de enredaderas, y encontré a un hombre tumbado allí durmiendo: ¡y vaya, era mi viejo Jim!

Le desperté, y calculé que iba a ser una gran sorpresa para él verme otra vez, pero no lo fue. Casi lloró de contento, pero no se sorprendió. Dijo que había nadado detrás de mí aquella noche, y me oyó gritar cada vez, pero no

se atrevió a contestar, porque no quería que nadie le recogiera y le devolviera a la esclavitud. Dijo:

—Me hice daño un poco y no podía nadar rápido, así que me iba quedando bastante atrás al final; cuando usted desembarcó calculé que podría alcanzarle en tierra sin tener que gritar, pero cuando vi aquella casa empecé a ir despacio. Estaba demasiado lejos para oír lo que le decían a usted: le tenía miedo a los perros; pero cuando todo se calmó supe que estaba usted en la casa, así que me fui al bosque a esperar el día. A primera hora de la mañana pasaron algunos negros que iban a los campos, y me llevaron y me enseñaron este sitio, donde los perros no pueden seguir el rastro por culpa del agua, y me traen de comer todas las noches, y me cuentan cómo le va a usted.

—¿Por qué no le dijiste antes a mi Jack que me trajera aquí, Jim?

—Pues no valía la pena molestarle, Huck, hasta que pudiéramos hacer algo; pero ahora estamos bien. He ido comprando cazuelas y sartenes y comida según se presentaba la ocasión, y reparando la balsa por las noches cuando...

—¿Qué balsa, Jim?

—La nuestra de siempre.

—¿Quieres decir que nuestra vieja balsa no quedó hecha pedazos?

—No, no quedó. Quedó bastante destrozada por un lado; pero no fue ningún daño grave, solo que los bártulos se perdieron casi todos. Si no hubiéramos buceado tan hondo y nadado tanto bajo el agua, y la noche no hubiera estado tan oscura, y no hubiéramos estado tan asustados y fuéramos tan tontos, como suele decirse, habríamos visto la balsa. Pero es igual que no la viéramos, porque ahora está toda arreglada otra vez casi como nueva, y tenemos un lote nuevo de cosas en lugar de las que se perdieron.

—¿Y cómo conseguiste la balsa otra vez, Jim?, ¿la encontraste flotando?

—¿Cómo la voy a encontrar flotando si estoy en el bosque? No; unos negros la encontraron encallada en un tronco aquí en la curva, y la escondieron en un riachuelo entre los sauces, y hubo tanto jaleo sobre a cuál de ellos pertenecía más que al final me enteré, y así lo resolví diciéndoles que no le pertenecía a ninguno de ellos, sino a usted y a mí; y les pregunté

si iban a robarle la propiedad a un joven caballero blanco y llevarse una paliza por ello. Luego les di diez centavos a cada uno, y quedaron muy satisfechos, y desearon que llegaran más balsas para volver a hacerlos ricos. Son muy buenos conmigo estos negros, y lo que les pido que hagan por mí no hace falta pedírselo dos veces, cielo. Jack es un buen negro, y bastante listo.

—Sí que lo es. Nunca me ha dicho que estuvieras aquí; me dijo que viniera, que me enseñaría un montón de mocasines de agua. Si algo pasa, él no tiene nada que ver. Puede decir que no nos ha visto juntos, y será la verdad.

No me apetece hablar mucho del día siguiente. Creo que lo abreviaré bastante. Me desperté al amanecer y iba a darme la vuelta y a dormirme otra vez cuando noté el silencio: no parecía haber nadie moviéndose. Eso no era habitual. Luego noté que Buck se había levantado y no estaba. Bueno, me levanto, preguntándome qué pasa, y bajo al piso de abajo: no había nadie; todo quieto como un ratón. Lo mismo fuera. Pienso: ¿qué significa esto? Junto a la leñera me encuentro con mi Jack, y digo:

—¿Qué está pasando?

Dijo:

—¿No lo sabe usted, señorito Jorge?

—No —digo—, no lo sé.

—Pues, señor, ¡la señorita Sophia se ha escapado! Así es. Se escapó anoche a alguna hora: nadie sabe exactamente cuándo; se escapó para casarse con ese joven Harney Shepherdson, ¿sabe usted?: por lo menos eso es lo que sospechan. La familia lo supo hace como media hora: puede que un poco más; y le digo a usted que no se perdió tiempo. ¡Nunca se ha visto tal correr a buscar escopetas y caballos! Las mujeres se han ido a avisar a los parientes, y el señorito Saul y los chicos cogieron las escopetas y salieron por el camino del río para intentar coger a ese joven y matarle antes de que pueda cruzar el río con la señorita Sophia. Creo que va a haber un lío muy gordo.

—Buck se fue sin despertarme.

—¡Pues claro que sí! No iban a mezclarle a usted en esto. El señorito Buck cargó su escopeta y dijo que iba a traerse a un Shepherdson o a reven-

tar. Pues habrá bastantes por allí, creo yo, y ya puede usted apostarse algo a que se trae uno si tiene oportunidad.

Me lancé por el camino del río tan deprisa como pude. Al poco empecé a oír tiros a bastante distancia. Cuando llegué a la vista de la tienda de troncos y la leñera donde atracaban los vapores, fui avanzando bajo los árboles y los matorrales hasta encontrar un buen sitio, y entonces me subí a las horquillas de un álamo que estaba fuera del alcance, y observé. Había un rimero de leña de un metro de altura un poco delante del árbol, y primero pensé en esconderme detrás; pero puede que me fuera mejor no hacerlo.

Había cuatro o cinco hombres corvetando a caballo en el espacio abierto delante de la tienda de troncos, maldiciendo y gritando, intentando llegar a un par de muchachos que estaban detrás del rimero de leña junto al embarcadero; pero no podían. Cada vez que uno de ellos se asomaba por el lado del río del rimero le disparaban. Los dos chicos estaban en cuclillas espalda con espalda detrás del rimero, para poder vigilar en las dos direcciones.

Al cabo los hombres dejaron de corvetear y gritar. Empezaron a cabalgar hacia la tienda; entonces uno de los chicos se levantó, apuntó con calma sobre el rimero, y derribó a uno de la silla. Todos los hombres saltaron de los caballos y agarraron al herido y se pusieron a llevarlo a la tienda; y en ese minuto los dos chicos salieron corriendo. Llegaron a la mitad del camino hasta el árbol donde estaba yo antes de que los hombres se dieran cuenta. Entonces los hombres los vieron, y montaron en los caballos y salieron detrás. Ganaban terreno a los chicos, pero no les sirvió de nada; los chicos llevaban demasiada ventaja; llegaron al rimero de leña que estaba delante de mi árbol, y se metieron detrás de él, y así volvían a tener ventaja sobre los hombres. Uno de los chicos era Buck, y el otro era un joven delgado de unos diecinueve años.

Los hombres se agitaron un rato, y luego se fueron. En cuanto salieron de la vista, le grité a Buck y se lo dije. Al principio no supo qué pensar de mi voz saliendo del árbol. Se quedó muy sorprendido. Me dijo que estuviera alerta y le avisara cuando los hombres aparecieran de nuevo; dijo que estaban tramando alguna diablura: que no tardarían. Ojalá hubiera podido bajar del árbol, pero no me atreví. Buck se puso a llorar y a maldecir, y dijo que él y su primo Joe (que era el otro muchacho) se vengarían aquel día. Dijo que su padre y sus dos hermanos habían muerto, y dos o tres del enemigo

también. Dijo que los Shepherdson los habían atacado en una emboscada. Buck dijo que su padre y sus hermanos deberían haber esperado a sus parientes: los Shepherdson eran demasiado fuertes para ellos. Le pregunté qué había sido del joven Harney y la señorita Sophia. Dijo que habían cruzado el río y estaban a salvo. Me alegré de eso; pero lo que se puso Buck porque no había logrado matar a Harney el día que le disparó: nunca he oído nada igual.

De repente, ¡bang! ¡bang! ¡bang!, se oyeron tres o cuatro tiros: ¡los hombres se habían escurrido por el bosque y llegado por detrás sin los caballos! Los chicos saltaron al río: los dos heridos; y mientras nadaban río abajo los hombres corrieron por la orilla disparándoles y gritando: «¡Matadles, matadles!». Me puse tan enfermo que casi me caigo del árbol. No voy a contar todo lo que pasó: me volvería a poner enfermo si lo hiciera. Ojalá no hubiera desembarcado aquella noche para ver tales cosas. No puedo quitármelas de la cabeza: muchas veces las sueño.

Me quedé en el árbol hasta que empezó a oscurecer, sin atreverme a bajar. A veces oía tiros lejos en el bosque; y dos veces vi pequeños grupos de hombres galopar por delante de la tienda de troncos con escopetas; así que calculé que el lío seguía. Estaba muy desanimado; así que decidí no volver nunca más cerca de aquella casa, porque calculé que yo tenía la culpa de algún modo. Calculé que aquel papel significaba que la señorita Sophia tenía que encontrarse con Harney en algún sitio a las dos y media y escaparse; y calculé que debería haberle dicho a su padre lo del papel y lo raro que se había comportado ella, y entonces quizás la habría encerrado, y todo aquel desastre horrible no habría pasado nunca.

Cuando bajé del árbol me arrastré río abajo por la orilla un trecho, y encontré los dos cuerpos en el borde del agua, y tiré de ellos hasta sacarlos a tierra; luego les cubrí las caras, y me fui lo más rápido que pude. Lloré un poco al cubrirle la cara a Buck, porque había sido muy bueno conmigo.

Estaba anocheciendo. No me acerqué a la casa, sino que me fui por el bosque hacia el pantano. Jim no estaba en su islote, así que fui corriendo al riachuelo, y me abrí paso entre los sauces, ansioso por subirme a bordo y salir de aquel país horrible. ¡La balsa había desaparecido! Dios mío, qué asustado me quedé. No pude respirar durante casi un minuto. Entonces lancé un grito. Una voz a no más de ocho metros de mí dijo:

— ¡Dios santo! ¿Eres tú, cielo? No hagas ruido.

Era la voz de Jim: nunca había sonado nada tan bien. Corrí por la orilla un trecho y subí a bordo, y Jim me agarró y me abrazó, de lo contento que estaba de verme. Dijo:

— Que Dios te bendiga, criatura; estaba segurísimo de que habías muerto otra vez. Jack ha estado aquí; dijo que creía que te habían disparado porque no volviste a casa; y yo estaba justo en este momento arrancando la balsa río abajo hacia la boca del riachuelo, para estar listo para salir y marcharnos en cuanto Jack volviera y me dijera con seguridad que estabas muerto. Caramba, qué contento estoy de tenerte de vuelta, cielo.

Digo:

— Bien: menos mal; no me van a encontrar, y van a pensar que me han matado y que me he ido flotando río abajo: hay algo allá arriba que les ayudará a pensarlo; así que no pierdas tiempo, Jim, sino empuja hacia el río grande lo más rápido que puedas.

No me sentí tranquilo hasta que la balsa estuvo dos millas por debajo de allí y en el centro del Misisipi. Entonces colgamos el farol de señales, y calculamos que éramos libres y estábamos a salvo otra vez. No había comido nada desde el día anterior, así que Jim sacó unos bollos de maíz y suero de leche, y cerdo y col y verduras: no hay nada en el mundo tan bueno cuando está bien cocinado; y mientras cenaba hablamos y lo pasamos bien. Me alegré mucho de alejarme de las vendettas, y Jim también de alejarse del pantano. Dijimos que no había hogar como una balsa, después de todo. Los demás sitios parecen tan apretados y sofocantes; pero una balsa no. Uno se siente muy libre y tranquilo y a gusto en una balsa.

## XIX

Pasaron dos o tres días y noches: creo que podría decir que nadaron, se deslizaron tan quietos y suaves y hermosos. Así es como pasábamos el tiempo. Era un río monstruosamente grande allá abajo: a veces de más de dos kilómetros de ancho; navegábamos de noche y nos deteníamos y escondíamos de día; en cuanto la noche estaba casi acabada parábamos de navegar y nos atábamos: casi siempre en el agua quieta bajo un banco de arena; y luego cortábamos álamos y sauces jóvenes y cubríamos la balsa con ellos. Luego echábamos las sedales. Después nos metíamos al río y nos bañábamos para despejarnos y refrescarnos; y luego nos sentábamos en el fondo arenoso donde el agua llegaba a la rodilla, y mirábamos cómo llegaba el día. No se oía nada por ningún sitio: todo en perfecto silencio; como si el mundo entero estuviera dormido, solo que a veces las ranas toro con su croar, quizás. Lo primero que se veía, mirando sobre el agua, era como una línea apagada: ese era el bosque del otro lado; no se distinguía nada más; luego una claridad pálida en el cielo; luego más palidez extendiéndose alrededor; luego el río se suavizaba a lo lejos y ya no era negro sino gris; podían verse pequeñas manchas oscuras derivando muy lejos: botes de comercio y cosas así; y largas franjas negras: balsas; a veces podías oír chirriar un remo; o voces confusas, con tanto silencio como había y los sonidos llegando desde tan lejos; y al cabo se veía una franja en el agua que uno reconocía por el aspecto de la franja como un tronco sumergido en una corriente rápida que rompe en él y hace que esa franja tenga ese aspecto; y se veía la niebla rizarse sobre el agua, y el este enrojecerse, y el río, y se distinguía una cabaña de troncos en el borde del bosque, allá en la orilla del otro lado del río, que era seguramente un depósito de leña, apilada por esos pillos de modo que se puede meter un perro por cualquier parte; y luego la brisa fresca se levanta, y llega abanicándote desde allá, tan fresca y fresca y dulce de oler por el bosque y las flores; pero a veces no, porque han dejado pescados muertos por allí, sotos y cosas así, y se ponen bastante rancios; y luego ya tienes el día pleno, y todo sonriente al sol, ¡y los pájaros cantores dándole con ganas!

Un poco de humo no se notaría ya, así que sacábamos algo de pescado de las sedales y preparábamos un desayuno caliente. Y luego veíamos la soledad del río, y holgazaneábamos un poco, y al cabo nos íbamos quedando dormidos. Nos despertábamos al cabo y mirábamos a ver qué nos había despertado, y quizás veíamos a un vapor tosiendo río arriba, tan lejos hacia el otro lado que no podías saber nada de él salvo si era de rueda de popa o

de rueda lateral; y durante como una hora no había nada que oír ni nada que ver: soledad absoluta. Luego veías pasar una balsa deslizándose allá lejos, y quizás un tipo en ella dando hachazos, porque casi siempre están haciéndolo en una balsa; veías brillar el hacha y caer: no se oía nada; veías el hacha subir otra vez, y para cuando estaba por encima de la cabeza del hombre ya oías el ¡chac!: había tardado todo ese tiempo en llegar sobre el agua. Así pasábamos el día, holgazaneando, escuchando el silencio. Una vez había una niebla espesa, y las balsas y demás que pasaban golpeaban cazuelas de hojalata para que los vapores no pasaran por encima de ellas. Pasó una barca o una balsa tan cerca que podíamos oírles hablar y maldecir y reírse: les oíamos perfectamente; pero no pudimos ver ni rastro de ellos; hacía un efecto inquietante; era como si hubiera espíritus portándose así en el aire. Jim dijo que creía que eran espíritus; pero yo digo:

—No; los espíritus no dirían "Maldita sea la maldita niebla".

En cuanto anochece empujábamos; cuando la sacábamos hacia el centro la dejábamos sola y la dejábamos flotar adonde quería llevarla la corriente; luego encendíamos las pipas y colgábamos las piernas en el agua, y hablábamos de toda clase de cosas: siempre íbamos desnudos, de día y de noche, cuando los mosquitos nos lo permitían: la ropa nueva que me habían hecho los de Buck era demasiado buena para estar cómodo, y además no me entusiasmaba la ropa de todos modos.

A veces teníamos todo el río para nosotros solos durante un buen rato. Allá estaban las orillas y las islas, al otro lado del agua; y quizás una chispa: que era una vela en la ventana de una cabaña; y a veces en el agua se podía ver una chispa o dos: en una balsa o en una barca, ¿saben?; y quizás se oía un violín o una canción llegando desde alguna de esas embarcaciones. Es precioso vivir en una balsa. Teníamos el cielo allá arriba, todo salpicado de estrellas, y solíamos tumbarnos boca arriba y mirarlo, y debatir sobre si las estrellas habían sido creadas o simplemente habían pasado. Jim opinaba que habían sido creadas, pero yo opinaba que habían pasado; calculé que habría llevado demasiado tiempo crear tantas. Jim dijo que la luna podría haberlas puesto; bueno, eso parecía bastante razonable, así que no dije nada en contra, porque he visto a una rana poner casi tantas, así que claro que podría hacerse. También solíamos ver las estrellas fugaces, y las veíamos trazar su estela. Jim opinaba que se habían echado a perder y las habían echado del nido.

Una o dos noches veíamos a un vapor deslizarse en la oscuridad, y de vez en cuando escupía todo un mundo de chispas por las chimeneas, y llovían sobre el río y quedaban preciosas; luego doblaba un recodo y sus luces se apagaban y su estrépito cesaba y dejaba el río quieto otra vez; y al cabo sus olas nos llegaban, mucho tiempo después de que se hubiera ido, y sacudían la balsa un poco, y después de eso no se oía nada durante quién sabe cuánto tiempo, salvo quizás las ranas o algo así.

Después de medianoche la gente de la orilla se iba a la cama, y entonces durante dos o tres horas las orillas estaban negras: ya no había más chispas en las ventanas de las cabañas. Esas chispas eran nuestro reloj: la primera que volvía a aparecer significaba que la mañana se acercaba, así que buscábamos enseguida un sitio para escondernos y atarnos.

Una mañana al amanecer encontré una canoa y crucé un canal hasta la orilla principal: solo había unos doscientos metros, y remé como una milla por un riachuelo entre cipreses, a ver si no encontraba algunas bayas. Justo al pasar por un sitio donde una especie de camino de vacas cruzaba el riachuelo, llegaron corriendo un par de hombres por el camino tan deprisa como podían. Pensé que estaba perdido, porque siempre que alguien iba detrás de alguien calculaba que era yo, o a lo mejor Jim. Iba a largarme de allí corriendo, pero estaban bastante cerca ya, y me gritaron y me suplicaron que les salvara la vida: dijeron que no habían hecho nada y que les perseguían por eso; dijeron que venían hombres y perros. Querían meterse enseguida, pero digo:

—No lo hagan. Todavía no oigo los perros ni los caballos; tienen tiempo de meterse entre los matorrales y subir un poco por el riachuelo; entonces se meten en el agua y vienen a pie hasta mí y se suben: así despistarán a los perros.

Lo hicieron, y en cuanto estuvieron a bordo salí disparado hacia nuestro banco de arena, y en cinco o diez minutos oímos a los perros y a los hombres a lo lejos, gritando. Les oímos acercarse al riachuelo, pero no podíamos verlos; pareció que se paraban y merodeaban un rato; luego, según nos íbamos alejando más y más, apenas podíamos oírlos; para cuando habíamos dejado una milla de bosque atrás y tocamos el río, todo estaba tranquilo, y remamos hasta el banco de arena y nos escondimos entre los álamos y estábamos a salvo.

Uno de estos tipos tenía unos setenta años o más, y era calvo y tenía las patillas muy canosas. Llevaba un viejo sombrero de ala ancha maltratado, y una camisa de lana azul grasosa, y unos viejos pantalones de dril azul raídos metidos en la caña de las botas, y tirantes hechos en casa: bueno, solo tenía uno. Llevaba una vieja levita de dril azul con faldones largos y botones de latón relucientes colgada del brazo, y los dos llevaban grandes maletines de alfombra de aspecto gordo y raído.

El otro tipo tenía unos treinta años, y vestía más o menos igual de pringoso. Después del desayuno nos tumbamos todos y hablamos, y lo primero que salió fue que estos tipos no se conocían el uno al otro.

—¿Qué le metió en líos? —le dijo el calvo al otro.

—Bueno, vendía un artículo para quitar el sarro de los dientes: y sí que lo quita, y generalmente el esmalte también; pero me quedé como una noche más de la que debía, y estaba justo en el momento de escabullirme cuando me encontré con usted en el camino a este lado del pueblo, y usted me dijo que venían, y me suplicó que le ayudara a escapar. Así que le dije que yo también esperaba problemas, y que me largaría con usted. Eso es todo: ¿y lo suyo?

—Pues llevaba como una semana dirigiendo un mitin de templanza por allí, y era el preferido de las mujeres, grandes y chicas, porque les estaba poniendo la vida imposible a los borrachines, y sacando hasta cinco o seis dólares la noche: diez centavos la entrada, niños y negros gratis, y el negocio creciendo todo el tiempo; cuando de algún modo ayer por la noche corrió el rumor de que tenía costumbre de pasar el rato con una botella privada a escondidas. Un negro me despertó esta mañana y me dijo que la gente se estaba reuniendo en silencio con sus perros y caballos, y que llegarían bastante pronto y me darían como media hora de ventaja, y luego me perseguirían si podían; y que si me cogían me embreaban y emplumaban y me paseaban en una barra, seguro. No esperé al desayuno: no tenía hambre.

—Viejo —dijo el joven—, creo que podríamos hacer equipo; ¿qué le parece?

—No me opongo. ¿A qué se dedica usted, principalmente?

—Cajista de imprenta de oficio; un poco de medicamentos de patente; actor de teatro: tragedia, ya sabe; algo de mesmerismo y frenología cuando

se presenta la ocasión; doy clases de canto y geografía como variedad; suelo una conferencia de vez en cuando: ah, hago muchas cosas, casi cualquier cosa que se presente, con tal de que no sea trabajo. ¿Y su negocio?

—He hecho bastante en la medicina con el tiempo. La imposición de manos es mi especialidad: para el cáncer y la parálisis y cosas así; y puedo echar las cartas bastante bien cuando tengo a alguien que me averigüe los datos. La predicación es también mi línea, y los mítines de campo y las misiones ambulantes.

Nadie dijo nada durante un rato; luego el joven lanzó un suspiro y dijo:

—¡Ay!

—¿Y eso de «ay» a qué viene? —dijo el calvo.

—Pensar que he llegado a llevar semejante vida, y a degradarme hasta caer en compañía como esta. —Y empezó a limpiarse el rincón del ojo con un trapo.

—Que te den, ¿es que la compañía no es bastante buena para ti? —dijo el calvo, bastante brusco.

—Sí, es bastante buena para mí; es tan buena como merezco; porque ¿quién me rebajó tanto cuando estaba tan arriba? Yo mismo. No les culpo a ustedes, señores: ni mucho menos; no culpo a nadie. Me lo tengo merecido todo. Que el frío mundo haga lo peor; una cosa sé: hay una tumba en algún sitio para mí. El mundo puede seguir como siempre, y quitarme todo: los seres queridos, la propiedad, todo; pero eso no puede quitármelo. Algún día me tumbaré en ella y lo olvidaré todo, y mi pobre corazón roto descansará. —Siguió limpiándose.

—Al cuerno con tu pobre corazón roto —dijo el calvo—; ¿a qué nos vienes con tu pobre corazón roto? Nosotros no hemos hecho nada.

—No, ya sé que no. No les estoy culpando, señores. Yo me hundí solo: sí, yo solito. Es justo que sufra: completamente justo; no me quejo.

—¿Hundiste desde dónde? ¿Desde dónde te hundiste?

—Ah, no me creerían; el mundo nunca cree: déjenlo pasar: no importa. El secreto de mi nacimiento...

—¿El secreto de su nacimiento! ¿Quiere decir que...?

—Señores —dijo el joven, muy solemne—, se lo revelaré, porque creo que puedo confiar en ustedes. Por derecho, ¡soy un duque!

Los ojos de Jim se pusieron como platos al oír eso; y creo que los míos también. Entonces el calvo dijo: «¿No? ¿De verdad?».

—Sí. Mi bisabuelo, el hijo mayor del duque de Bridgewater, huyó a este país hacia finales del siglo pasado para respirar el aire puro de la libertad; se casó aquí, y murió dejando un hijo, muriendo su propio padre casi al mismo tiempo. El segundo hijo del difunto duque se apoderó de los títulos y las propiedades: el infante duque legítimo fue ignorado. Soy el descendiente directo de ese infante: soy el legítimo duque de Bridgewater; ¡y aquí me tienen, desolado, arrancado de mi alta posición, perseguido de los hombres, despreciado por el frío mundo, harapiento, agotado, con el corazón roto y degradado a la compañía de delincuentes en una balsa!

Jim le compadecía muchísimo, y yo también. Intentamos consolarle, pero dijo que no servía de mucho, que no podía consolarse mucho; dijo que si teníamos a bien reconocerle, eso le haría más bien que casi cualquier otra cosa; así que dijimos que lo haríamos si nos decía cómo. Dijo que debíamos hacer una reverencia cuando le habláramos, y decir «Vuestra Gracia», o «Mi Lord», o «Vuestra Señoría»; y no le importaría que le llamáramos simplemente «Bridgewater», que era un título de todas formas y no un nombre; y que uno de nosotros debía servirle en la cena, y hacerle cualquier pequeña cosa que quisiera.

Bueno, era fácil, así que lo hicimos. Durante toda la cena Jim estuvo merodeando y sirviéndole, y decía: «¿Quiere Vuestra Gracia un poco de esto o un poco de aquello?», y así sucesivamente, y se veía que le complacía mucho.

Pero el viejo se fue poniendo bastante callado con el tiempo: no tenía mucho que decir, y no parecía estar muy cómodo con todos esos mimos que se le prodigaban al duque. Parecía tener algo en la cabeza. Así que, entrada la tarde, dijo:

—Oye, Bilgewater, te compadezco de verdad, pero no eres la única persona que ha tenido problemas así.

—¿No?

—No que no. No eres la única persona que ha sido derribada injustamente de una posición elevada.

—¡Ay!

—No, no eres la única persona que tiene un secreto de nacimiento. —Y, caramba, se pone a llorar.

—¡Un momento! ¿Qué quiere decir?

—Bilgewater, ¿puedo confiar en ti? —dijo el viejo, sollozando todavía.

—¡Hasta la muerte amarga! —Le cogió la mano y se la apretó, y dijo: —El secreto de su ser: ¡hable!

—Bilgewater, ¡soy el difunto delfín!

Ya lo crean, Jim y yo nos quedamos boquiabiertos esta vez. Entonces el duque dijo:

—¿Usted es qué?

—Sí, amigo mío, es demasiado cierto: sus ojos contemplan en este momento al pobre delfín desaparecido, Luis el Diecisiete, hijo de Luis el Dieciséis y María Antonieta.

—¿Usted! ¡A su edad! ¡No! Querrá decir que es el difunto Carlomagno; debe de tener seiscientos o setecientos años por lo menos.

—Las desgracias lo han hecho, Bilgewater, las desgracias lo han hecho; las desgracias han traído estas canas y esta calvicie prematura. Sí, señores, ven ante ustedes, de dril azul y en la miseria, al errante, exiliado, pisoteado y sufriente legítimo rey de Francia.

Pues lloró y se lamentó tanto que Jim y yo no sabíamos qué hacer, de lo que lo sentíamos; y también de lo contentos y orgullosos que estábamos de tenerle con nosotros. Así que nos pusimos, como habíamos hecho antes con el duque, a intentar consolarle. Pero dijo que no servía de nada; que nada más que estar muerto y acabar con todo podría hacerle bien; aunque dijo que muchas veces le hacía sentir más tranquilo y mejor un rato si la gente le trataba según sus derechos, y se ponía de rodillas para hablarle, y siempre le llamaban «Vuestra Majestad», y le servían primero en las comidas, y no se sentaban en su presencia hasta que él les invitara. Así que Jim y yo empezamos a tratar de majestad al rey, y a hacer esto y aquello y lo de más allá

por él, y a estar de pie hasta que nos decía que podíamos sentarnos. Esto le hizo mucho bien, y así se animó y se puso cómodo. Pero el duque se puso algo agrio con él, y no parecía nada satisfecho con cómo iban las cosas; aunque el rey se portó muy amistosamente con él, y dijo que el bisabuelo del duque y todos los demás duques de Bilgewater eran muy considerados por su padre, y podían venir al palacio bastante a menudo; pero el duque se quedó hosco durante un buen rato, hasta que al final el rey dijo:

—Lo más probable es que tengamos que estar juntos una buena temporada en esta balsa, Bilgewater, así que ¿de qué sirve que te pongas agrio? Solo conseguirá que todo sea incómodo. No es culpa mía no haber nacido duque, ni culpa tuya no haber nacido rey: así que ¿para qué amargarse? Hay que sacar lo mejor de las cosas tal como son, digo yo: ese es mi lema. No hemos caído tan mal aquí: mucha comida y vida fácil; venga, dame la mano, duque, y seamos todos amigos.

El duque lo hizo, y Jim y yo nos alegramos mucho de verlo. Se acabó toda la incomodidad, y lo pasamos muy bien, porque habría sido un negocio miserable tener alguna enemistad en la balsa; porque lo que más se quiere, por encima de todo, en una balsa, es que todo el mundo esté satisfecho, y sienta bien y con afecto hacia los demás.

No me llevó mucho tiempo decidir que estos mentirosos no eran ningún rey ni ningún duque, sino unos embaucadores y farsantes de la peor calaña. Pero nunca dije nada, no lo demostré; me lo guardé; es lo mejor; así no se tienen peleas, ni se mete uno en líos. Si querían que les llamáramos reyes y duques, yo no tenía ningún inconveniente, con tal de que mantuviera la paz en la familia; y no valía la pena decírselo a Jim, así que no se lo dije. Si nunca aprendí nada más de Pap, aprendí que la mejor manera de llevarse bien con esa clase de gente es dejarles hacer lo que quieran.

Nos hicieron bastantes preguntas; querían saber por qué cubrimos la balsa de ese modo, y nos deteníamos de día en vez de navegar: ¿era Jim un negro fugado? Digo:

— ¡Dios santo! ¿Un negro fugado iba a huir hacia el sur?

No, reconocieron que no. Tuve que dar alguna explicación, así que digo:

— Mi familia vivía en el condado de Pike, en Missouri, donde nací, y todos murieron menos yo y papá y mi hermano Ike. Papá decidió marcharse y bajar a vivir con el tío Ben, que tiene una pequeña finca en el río, a setenta kilómetros por debajo de Nueva Orleans. Papá era bastante pobre y tenía algunas deudas; así que cuando las saldó no quedó nada más que dieciséis dólares y nuestro negro, Jim. Eso no era suficiente para llevarnos dos mil y pico kilómetros, ni en cubierta ni de ninguna otra manera. Bueno, cuando subió el río papá tuvo un golpe de suerte un día; pilló este pedazo de balsa; así que decidimos bajar a Nueva Orleans en ella. La suerte de papá no duró; un vapor pasó por encima de la esquina de proa de la balsa una noche, y todos fuimos a parar al agua y nos metimos bajo la rueda; Jim y yo salimos bien, pero papá estaba borracho, e Ike tenía solo cuatro años, así que no volvieron a salir. Bueno, los dos o tres días siguientes tuvimos bastante trabajo, porque la gente salía siempre en botes intentando llevarse a Jim, diciendo que creían que era un negro fugado. Ya no navegamos de día; de noche no nos molestan.

El duque dijo:

— Déjame a mí encontrar la manera de poder navegar de día cuando queramos. Pensaré en el asunto: inventaré un plan que lo arregle. Lo dejaremos por hoy, porque claro que no queremos pasar por ese pueblo de ahí a plena luz: podría no ser saludable.

Hacia la noche empezó a oscurecer y a parecer que iba a llover; los relámpagos de calor relampagueaban bajos en el cielo, y las hojas empezaban a temblar: iba a ponerse bastante feo, se veía fácilmente. Así que el duque y el rey se pusieron a registrar nuestra covacha para ver cómo eran las camas. La mía era un colchón de paja, mejor que la de Jim, que era un colchón de cáscara de maíz; siempre hay mazorcas en un colchón de cáscara, y se te clavan y duelen; y cuando te das la vuelta, las cáscaras secas suenan como si te revolvcaras en un montón de hojas muertas: hacen tanto

ruido que te despiertan. Bueno, el duque dijo que se quedaría con mi cama; pero el rey dijo que no. Dijo:

—Habría creído que la diferencia de rango le habría sugerido que una cama de cáscara de maíz no era lo más apropiado para que yo durmiera en ella. Vuestra Gracia se quedará con la de cáscara usted mismo.

Jim y yo volvimos a estar en ascuas un momento, temiendo que fuera a haber más líos entre ellos; así que nos alegramos bastante cuando el duque dijo:

—Es mi destino estar siempre aplastado en el barro bajo el férreo talón de la opresión. La desgracia ha quebrado mi antaño altivo espíritu; cedo, me someto; es mi destino. Estoy solo en el mundo: que sufra; puedo soportarlo.

Nos alejamos en cuanto oscureció bien. El rey nos dijo que nos mantuviéramos bien hacia el centro del río, y que no mostráramos una luz hasta que estuviéramos muy por debajo del pueblo. Avistamos el pequeño grupo de luces al cabo: ese era el pueblo, ¿saben?, y pasamos a como media milla de distancia, sin problema. Cuando estábamos a tres cuartos de milla por debajo izamos el farol de señales; y hacia las diez empezó a llover y a soplar el viento y a tronar y a relampaguear como todo; así que el rey nos dijo que los dos nos quedáramos de guardia hasta que mejorara el tiempo; luego él y el duque se metieron en la covacha y se acostaron. Mi guardia era hasta las doce, pero de todas formas no me habría acostado aunque hubiera tenido cama, porque un cuerpo no ve una tormenta así todos los días, ni mucho menos. Dios mío, ¡cómo aullaba el viento! Y cada segundo o dos venía un destello que iluminaba los cabrilleos a media milla alrededor, y se veían las islas turbias entre la lluvia, y los árboles zarandeándose en el viento; y luego venía un ¡pataplum!, ¡bum! ¡bum! ¡bumbumbum-bum-bum!, y el trueno iba retumbando y gruñendo, y paraba; y luego zas, otro destello y otro zambombazo. Las olas casi me barrieron de la balsa a veces, pero no llevaba ropa y no me importaba. No tuvimos problemas con los troncos sumergidos; los relámpagos parpadeaban y brillaban tan constantemente que los veíamos con tiempo suficiente para meter la cabeza para aquí o para allá y esquivarlos.

Yo tenía la guardia del medio, ya saben, pero estaba bastante dormido para entonces, así que Jim dijo que haría la primera mitad por mí; siempre era muy bueno de ese modo, Jim. Me metí en la covacha, pero el rey y el

duque tenían las piernas tan espatarradas que no había sitio para mí; así que me quedé fuera: no me importaba la lluvia, porque hacía calor y las olas no seguían tan altas. Pero hacia las dos volvieron a subir, y Jim iba a llamarme; pero cambió de idea, porque pensó que todavía no eran bastante altas para hacer daño; pero se equivocó en eso, porque al poco llegó de repente un verdadero trancazo y me barrió de la balsa. Jim casi se muere de risa. Era el negro más fácil para reírse que nunca hubo.

Tomé la guardia, y Jim se tumbó y empezó a roncar; y al cabo la tormenta amainó del todo; y a la primera luz de cabaña que se vio le desperté, y metimos la balsa en el escondite del día.

Después del desayuno el rey sacó una baraja vieja y mugrienta, y él y el duque jugaron al siete y media un rato, a cinco centavos la partida. Luego se cansaron y dijeron que iban a «trazar una campaña», como lo llamaban. El duque metió la mano en su maletín de alfombra y sacó un montón de pequeños impresos y los leyó en voz alta. Uno decía que el «célebre doctor Armand de Montalban, de París», daría «una conferencia sobre la Ciencia de la Frenología» en tal y cual lugar, el día en blanco de en blanco, a diez centavos la entrada, y «suministraría mapas del carácter a veinticinco centavos la pieza». El duque dijo que ese era él. En otro impreso era el «mundialmente famoso actor trágico shakespeariano, Garrick el Joven, del Drury Lane de Londres». En otros impresos tenía otros muchos nombres y hacía otras cosas maravillosas, como encontrar agua y oro con una «varita de zahorí», «disipar hechizos de bruja», y cosas así. Al cabo dijo:

—Pero la musa histriónica es la preferida. ¿Ha pisado usted las tablas alguna vez, Realeza?

—No —dijo el rey.

—Las pisaré, antes de tres días, Grandeza Caída —dijo el duque—. El primer buen pueblo que encontremos alquilaremos una sala y haremos el combate de espadas en Ricardo III y la escena del balcón en Romeo y Julieta. ¿Qué le parece?

—Estoy a tope, dispuesto a cualquier cosa que pague, Bilgewater; pero, ya ven, no sé nada de teatro, y nunca he visto mucho. Era demasiado pequeño cuando papá solía tenerlos en palacio. ¿Cree que puede enseñarme?

—¡Fácil!

—De acuerdo. De todas formas me muero por algo nuevo. Empecemos ahora mismo.

Así que el duque le explicó quién era Romeo y quién era Julieta, y dijo que estaba acostumbrado a hacer de Romeo, así que el rey podía ser Julieta.

—Pero si Julieta es tan jovencita, duque, mi cabeza calva y mis patillas blancas van a quedar bastante raras en ella, a lo mejor.

—No, no se preocupe; estos palurdos del campo no pensarán en eso. Además, ya sabe que irá en traje, y eso lo cambia todo; Julieta está en un balcón disfrutando del claro de luna antes de acostarse, y lleva puesto su camisón y su cofia con volantes. Aquí están los trajes para los personajes.

Sacó dos o tres trajes de calicot con cortinas, que dijo que eran armadura medieval para Ricardo III y el otro tipo, y un camisón largo de algodón blanco y una cofia con volantes a juego. El rey quedó satisfecho; así que el duque sacó su libro y leyó los parlamentos en el estilo más grandioso y ampuloso, paseándose y actuando al mismo tiempo para mostrar cómo tenía que hacerse; luego le dio el libro al rey y le dijo que se aprendiera su parte de memoria.

Había un pequeño pueblo de poca monta a unas tres millas en la curva, y después de comer el duque dijo que había urdido su idea sobre cómo navegar de día sin que fuera peligroso para Jim; así que dijo que bajaría al pueblo a arreglarlo. El rey dijo que también iría, a ver si no podía encontrar algo. Nos habíamos quedado sin café, así que Jim dijo que era mejor que yo fuera con ellos en la canoa y comprara algo.

Cuando llegamos no había nadie moviéndose; las calles vacías, y completamente muertas y quietas, como el domingo. Encontramos a un negro enfermo tomando el sol en un patio trasero, y dijo que todo el que no fuera demasiado joven o demasiado enfermo o demasiado viejo se había ido a un mitin de campo, como a dos millas adentro en el bosque. El rey se hizo dar las instrucciones, y dijo que iría a trabajar ese mitin de campo hasta sacarle todo el jugo, y que yo también podía ir.

El duque dijo que lo que buscaba era una imprenta. La encontramos: un negocio pequeñito, encima de una carpintería: carpinteros e impresores todos idos al mitin, y sin cerrar ninguna puerta. Era un sitio sucio y desordenado, lleno de manchas de tinta y carteles con dibujos de caballos y negros

fugados por todas las paredes. El duque se quitó la levita y dijo que ya estaba listo. Así que el rey y yo nos pusimos en marcha hacia el mitin de campo.

Llegamos en como media hora, completamente empapados, porque hacía un día de un calor atroz. Había como mil personas allí de veinte millas a la redonda. El bosque estaba lleno de tiros y carros, amarrados por todas partes, comiendo de los pesebres y pateando para ahuyentar las moscas. Había cobertizos hechos de palos y techados con ramas, donde vendían limonada y galletas de jengibre, y pilas de sandías y maíz verde y cosas así.

La predicación tenía lugar bajo cobertizos iguales, solo que más grandes y con multitudes. Los bancos estaban hechos de los primeros tablones de los troncos, con agujeros taladrados en el lado redondo para meter palos como patas. No tenían respaldo. Los predicadores tenían tarimas altas en las que ponerse de pie en un extremo de los cobertizos. Las mujeres llevaban sombreros de sol; unas tenían vestidos de tela de lana y lino, otras de guinga, y unas pocas de las jóvenes de algodón estampado. Algunos de los jóvenes iban descalzos, y algunos niños solo llevaban una camisa de estopa. Algunas de las mujeres mayores hacían punto, y algunos de los jóvenes cortejaban a escondidas.

Al primer cobertizo al que llegamos el predicador entonaba un himno. Entonaba dos líneas, todo el mundo las cantaba, y era bastante grandioso oírlo, había tantos y lo hacían con tanto brío; luego entonaba dos más para que cantaran, y así sucesivamente. La gente se fue animando más y más, y cantando más y más alto; y hacia el final algunos empezaron a gemir, y otros a gritar. Luego el predicador empezó a predicar, y con ganas también; y fue moviéndose primero a un lado de la tarima y luego al otro, y luego inclinándose sobre el frente de ella, con los brazos y el cuerpo moviéndose todo el rato, y gritando sus palabras con todas sus fuerzas; y de vez en cuando levantaba la Biblia y la abría de par en par, y la pasaba de un lado a otro de este modo, gritando: «¡Es la serpiente de bronce en el desierto! ¡Mírala y vive!». Y la gente gritaba: «¡Gloria! ¡A-mén!». Y así siguió, y la gente gimiendo y llorando y diciendo amén:

— ¡Oh, venid al banco de los arrepentidos! ¡Venid, negros de pecado! (¡Amén!) ¡Venid, enfermos y llagados! (¡Amén!) ¡Venid, cojos y tullidos y ciegos! (¡Amén!) ¡Venid, pobres y necesitados, hundidos en la vergüenza!

(¡A-A-Mén!) ¡Venid, todos los que estáis gastados y sucios y que sufrís!  
¡Venid con el espíritu quebrantado! ¡Venid con el corazón contrito! ¡Venid  
con vuestros harapos y pecado y suciedad! ¡Las aguas que limpian son gra-  
tuitas, la puerta del cielo está abierta: entrad y descansad! (¡A-A-Mén!  
¡Gloria, Gloria Aleluya!)

Y así. Ya no se podía entender lo que decía el predicador, por los gritos y el llanto. La gente se levantaba por todas partes entre la multitud, y se abría paso a pura fuerza hasta el banco de los arrepentidos, con las lágrimas corriéndole por las caras; y cuando todos los arrepentidos habían llegado a los bancos del frente en tropel, cantaban y gritaban y se tiraban al suelo sobre la paja, locos y desenfrenados.

Bueno, lo primero que supe fue que el rey se había puesto en marcha, y se le oía por encima de todo el mundo; y luego fue cargando hasta la tarima, y el predicador le rogó que hablara al pueblo, y lo hizo. Les contó que era un pirata: que había sido pirata durante treinta años en el Océano Índico, y que su tripulación había quedado bastante reducida la primavera pasada en una pelea, y que había vuelto para reclutar hombres nuevos, y que gracias a Dios le habían robado la noche anterior y le habían dejado en tierra desde un vapor sin un centavo, y que se alegraba; que era lo más bendito que le había pasado nunca, porque era un hombre cambiado ahora, y feliz por primera vez en su vida; y que aunque era pobre, iba a empezar enseguida y a buscarse la vida para volver al Océano Índico, y a pasar el resto de su vida intentando convertir a los piratas al camino verdadero; porque podría hacerlo mejor que nadie, al conocer a todas las tripulaciones de piratas de ese océano; y aunque tardaría mucho tiempo en llegar allí sin dinero, llegaría de todos modos, y cada vez que convenciera a un pirata le diría: «No me des las gracias, no me des a mí el mérito; todo se lo debéis a esa querida gente del mitin de campo de Pokeville, hermanos naturales y benefactores de la humanidad, y a ese querido predicador, el mejor amigo que haya tenido nunca un pirata».

Y entonces rompió a llorar, y todo el mundo también. Luego alguien gritó: «¡Pasen el sombrero por él, pasen el sombrero!». Bueno, media docena se lanzó a hacerlo, pero alguien gritó: «¡Que lo pase él!». Entonces todo el mundo lo dijo, el predicador también.

Así que el rey paseó el sombrero por toda la multitud enjugándose los ojos, y bendiciendo al pueblo y alabándole y dándole las gracias por ser tan bueno con los pobres piratas de allá lejos; y de vez en cuando las chicas más bonitas, con las lágrimas corriéndoles por las mejillas, se levantaban y le pedían que les dejara besarle para recordarle; y él siempre lo hacía; y a algunas las abrazó y las besó hasta cinco o seis veces: y le invitaron a quedarse una semana; y todo el mundo quería que viviera en su casa, y decían que lo considerarían un honor; pero él dijo que como ese era el último día del mitin no podría hacer ningún bien, y además se moría de ganas de llegar al Océano Índico cuanto antes y ponerse a trabajar con los piratas.

Cuando volvimos a la balsa y se puso a contar encontró que había recaudado ochenta y siete dólares y setenta y cinco centavos. Y encima había traído un garrafón de tres galones de whisky que encontró debajo de un carro cuando volvía a casa por el bosque. El rey dijo que, en general, superaba a cualquier día que hubiera pasado en el ramo misionero. Dijo que no valía la pena hablar de eso: los paganos no valían nada comparados con los piratas para trabajar un mitin de campo.

El duque creía haberlo hecho bastante bien hasta que el rey fue a mostrar lo suyo, pero después de eso ya no lo creía tanto. Había compuesto e impreso dos pequeños trabajos para granjeros en esa imprenta: carteles de caballos, y había cobrado el dinero, cuatro dólares. Y había conseguido diez dólares en anuncios para el periódico, que dijo que metería por cuatro dólares si pagaban por adelantado: así lo hicieron. El precio del periódico era dos dólares al año, pero cogió tres suscripciones a medio dólar cada una con la condición de que pagaran por adelantado: iban a pagar con leña y cebollas como de costumbre, pero él dijo que acababa de comprar el negocio y había bajado el precio todo lo que podía, y que lo llevaba en efectivo. Compuso un pequeño poema que él mismo hizo de su propia cabeza: tres estrofas, bastante dulce y triste; se llamaba «Sí, aplástame, frío mundo, este corazón que se rompe», y lo dejó todo compuesto y listo para imprimir en el periódico, sin cobrar nada por él. Bueno, sacó nueve dólares y medio, y dijo que había hecho un día de trabajo bastante honesto.

Luego nos mostró otro pequeño trabajo que había impreso y por el que no había cobrado, porque era para nosotros. Tenía el dibujo de un negro fugado con un fardo en un palo al hombro, y «Recompensa de 200 dólares» debajo. El texto era todo sobre Jim, y le describía al pelo. Decía que había

huido de la plantación de Saint Jacques, a cuarenta millas por debajo de Nueva Orleans, el invierno anterior, y que probablemente había ido al norte, y quien lo cogiera y lo devolviera podría quedarse con la recompensa y los gastos.

— Ahora — dijo el duque —, a partir de esta noche podemos navegar de día si queremos. Cuando veamos venir a alguien, atamos a Jim de pies y manos con una cuerda, y le tumbamos en la covacha y enseñamos este cartel y decimos que le cogimos río arriba, y que somos demasiado pobres para viajar en vapor, así que conseguimos prestada esta pequeña balsa de nuestros amigos y vamos a cobrar la recompensa. Las esposas y cadenas quedarían todavía mejor en Jim, pero no encajaría con la historia de que somos tan pobres. Demasiado parecido a joyas. Las cuerdas son lo correcto: hay que guardar las unidades, como decimos en las tablas.

Todos dijimos que el duque era muy listo, y que no habría ningún problema para navegar de día. Calculamos que aquella noche podríamos hacer millas suficientes para alejarnos del revuelo que creíamos que iba a armar el trabajo del duque en la imprenta en aquel pueblecito; luego podríamos avanzar a buen ritmo si queríamos.

Nos agazapamos y nos quietamos, y no empujamos hasta casi las diez; luego nos deslizamos bastante lejos del pueblo, y no izamos el farol hasta que estábamos completamente fuera de su vista.

Cuando Jim me llamó para que tomara la guardia a las cuatro de la mañana, dijo:

— Huck, ¿crees que nos vamos a encontrar más reyes en este viaje?

— No — digo —, creo que no.

— Pues — dijo —, entonces todo está bien. No me importan uno o dos reyes, pero con ese basta. Este está muy borracho, y el duque tampoco está mucho mejor.

Vi que Jim había intentado que hablara en francés, para oír cómo era; pero dijo que llevaba tanto tiempo en este país, y había pasado tantas desgracias, que lo había olvidado.

## XXI

Ya había salido el sol, pero seguimos sin atar. El rey y el duque se levantaron al cabo con bastante mala cara; pero después de tirarse al agua y darse un baño se animaron bastante. Después del desayuno el rey tomó asiento en una esquina de la balsa, se quitó las botas y se arremangó los pantalones, y dejó las piernas colgando en el agua para estar cómodo, y encendió la pipa, y se puso a aprenderse el Romeo y Julieta de memoria. Cuando lo tenía bastante bien, él y el duque empezaron a ensayarlo juntos. El duque tuvo que enseñarle una y otra vez cómo decir cada parlamento; y le hacía suspirar, y poner la mano en el corazón, y al cabo dijo que lo hacía bastante bien; «solo que», dijo, «no debes berrear ¡Romeo! así, como un toro: tienes que decirlo suave y enfermizo y lánguido, así: ¡R-o-o-meo! Esa es la idea; porque Julieta es una niña dulce y querida, y no rebuzna como un burro».

Bueno, luego sacaron un par de espadas largas que el duque había hecho con listones de roble, y se pusieron a ensayar el combate: el duque se llamó a sí mismo Ricardo III; y el modo en que se lanzaban y caracoleaban por la balsa era grandioso de ver. Pero al cabo el rey tropezó y cayó al agua, y después de eso descansaron y tuvieron una charla sobre toda clase de aventuras que habían tenido en otros tiempos por el río.

Después de comer el duque dijo:

— Bien, Capet, queremos que este sea un espectáculo de primera, ya sabe, así que creo que le añadiremos algo más. Queremos algo para responder a los bises de todas formas.

— ¿Qué son bises, Bilgewater?

El duque se lo explicó, y luego dijo:

— Yo responderé haciendo la danza de las Highlands o el hornpipe del marinero; y usted, veamos: ah, ya lo tengo: puede hacer el monólogo de Hamlet.

— ¿El qué de Hamlet?

—El monólogo de Hamlet, ya sabe; lo más famoso de Shakespeare. Ah, es sublime, ¡sublime! Siempre hace levantarse al público. No lo tengo en el libro: solo tengo un tomo; pero creo que puedo reconstruirlo de memoria. Déjeme pasearme un minuto y ver si puedo llamarlo de vuelta de los sótanos del recuerdo.

Así que se puso a ir de un lado a otro, pensando, y frunciendo el ceño horrorosamente de vez en cuando; luego levantaba las cejas; luego se apretaba la mano en la frente y se tambaleaba hacia atrás y gemía un poco; luego suspiraba, y luego fingía dejar caer una lágrima. Era hermoso verle. Al cabo lo tuvo. Nos dijo que prestáramos atención. Entonces adoptó la actitud más noble, con una pierna echada adelante, y los brazos extendidos bien arriba, y la cabeza echada atrás mirando al cielo; y luego empezó a echar espuma y a delirar y a rechinar los dientes; y después de eso, a lo largo de todo su discurso, aulló, y se paseó, y hinchó el pecho, y dejó en ridículo toda actuación que hubiera visto en mi vida. Este es el discurso: me lo aprendí fácilmente mientras él se lo enseñaba al rey:

Ser o no ser; ese es el puñal desnudo  
que convierte la calamidad en larga vida;  
pues ¿quién cargaría con los fardeles, hasta que el bosque de Birnam  
llegue a Dunsinane,  
si no fuera por el miedo a algo tras la muerte  
que asesina el inocente sueño,  
el segundo plato del gran banquete de la naturaleza,  
y nos hace preferir arrojar las flechas de la fortuna ultrajante  
a volar hacia otros que no conocemos?  
Ahí está la consideración que debe darnos pausa:  
¡despierta a Duncan con tus golpes! Ojalá pudieras;  
pues ¿quién aguantaría los látigos y los escarnios del tiempo,  
la injusticia del opresor, la insolencia del soberbio,  
las dilaciones de la ley, y el quietus que sus dolores podrían tomar?

En el yermo vacío y el centro de la noche, cuando los cementerios bostezan

en trajes habituales de negro solemne,  
pero que el país no descubierto de cuyas fronteras ningún viajero regresa  
exhala contagio sobre el mundo,  
y así el nativo color de la resolución, como el pobre gato del adagio,  
se enferma de pálidos cuidados.

Y todas las nubes que se cernían sobre nuestros tejados  
tuercen sus corrientes con esta consideración  
y pierden el nombre de acción.

Es una consumación devotamente de desear.

Pero suave, la bella Ofelia:

No abras tus ponderas y marmóreas mandíbulas.

Mas vete a un convento: ¡vete!

Bueno, al viejo le gustó ese discurso, y muy pronto lo tuvo tan aprendido que podía recitarlo de primera. Parecía nacido para ello; y cuando le daba la mano y estaba excitado era perfectamente delicioso verle echar espuma y desgarrarse y encabritarse hacia atrás al recitarlo.

A la primera oportunidad, el duque hizo imprimir algunos carteles de espectáculo; y después de eso, durante dos o tres días mientras flotábamos, la balsa era un lugar extraordinariamente animado, porque no había nada más que combates de espadas y ensayos, como los llamaba el duque, todo el rato. Una mañana, cuando ya íbamos bastante adentro del estado de Arkansas, avistamos un pequeño pueblo de poca monta en una gran curva; así que atracamos como a tres cuartos de milla por encima, en la boca de un riachuelo que estaba cerrado como un túnel por los cipreses, y todos menos Jim cogimos la canoa y bajamos allí a ver si había alguna oportunidad para nuestro espectáculo.

La tuvimos muy buena; iba a haber un circo allí aquella tarde, y el campo ya empezaba a llegar en toda clase de carros destartados y viejos, y a caballo. El circo se iría antes de anochecer, así que nuestro espectáculo tendría

bastante buena oportunidad. El duque alquiló la sala del juzgado, y fuimos por allí pegando los carteles. Decían así:

¡¡¡Renacimiento shakespeariano!!!

¡¡Maravillosa Atracción!!

¡¡Por Una Sola Noche!!

Los trágicos de fama mundial,

David Garrick el Joven, del Teatro Drury Lane de Londres,

y

Edmund Kean el Viejo, del Real Teatro Haymarket,

Whitechapel, Pudding Lane, Piccadilly, Londres,

y los Reales Teatros Continentales,

en su sublime Espectáculo shakespeariano titulado

La Escena del Balcón

en

¡¡¡Romeo y Julieta!!!

Romeo . . . . . Sr. Garrick.

Julieta . . . . . Sr. Kean.

¡¡Con la asistencia de toda la fuerza de la compañía!!

¡¡Nuevos trajes, nueva escenografía, nuevas disposiciones!!

También:

El emocionante, magistral y espeluznante

¡¡Combate a espada de dos manos

en Ricardo III!!

Ricardo III . . . . . Sr. Garrick.

Richmond . . . . . Sr. Kean.

además:

(a petición especial,)

¡¡El Inmortal Monólogo de Hamlet!!

¡¡Por el Ilustre Kean!!

¡¡Interpretado por él 300 noches consecutivas en París!!

¡¡Por Una Sola Noche,

por imperativo de compromisos europeos!!

Entrada 25 centavos; niños y criados, 10 centavos.

Luego fuimos paseando por el pueblo. Las tiendas y las casas eran casi todas viejas y desvencijadas construcciones de madera reseca sin pintar nunca; estaban levantadas a un metro o así del suelo sobre pilotes, para estar fuera del alcance del agua cuando el río se inundaba. Las casas tenían pequeños jardines a su alrededor, pero en ellos no parecían crecer apenas más que malas hierbas de estramonio, y girasoles, y montones de ceniza, y viejas botas y zapatos retorcidos, y pedazos de botellas, y trapos, y cacharros de hojalata inservibles. Las cercas estaban hechas de tablones de distintas clases, clavados en distintos momentos, y se torcían en todas las direcciones, y tenían puertas que en general no tenían más que una bisagra, y esa de cuero. Algunas de las cercas habían sido encaladas alguna vez, pero el duque dijo que en tiempos de Colón, seguramente. Generalmente había cerdos en el jardín, y gente ahuyentándolos.

Todas las tiendas estaban en una calle. Tenían toldos de lona blanca por delante, y el campo ataba los caballos a los postes de los toldos. Había cajas de mercería vacías bajo los toldos, y holgazanes posados en ellas todo el día, tallándolas con sus navajas Barlow; mascando tabaco, y bostezeando y estirándose: una pandilla muy ruin. Generalmente llevaban sombreros de paja amarilla casi tan anchos como un paraguas, pero sin chaquetas ni chalecos; se llamaban entre sí Bill, y Buck, y Hank, y Joe, y Andy, y hablaban lento y con deje, y soltaban bastantes palabrotas. Había por lo menos un holgazán apoyado contra cada poste de toldo, y casi siempre tenía las manos en los bolsillos del pantalón, salvo cuando las sacaba para prestar un trozo de tabaco o rascarse. Lo que uno oía entre todos ellos todo el rato era:

—Dame un toque de tabaco, Hank.

—No puedo; solo me queda un toque. Pídele a Bill.

A lo mejor Bill le da un toque; a lo mejor miente y dice que no tiene. Algunos de esos holgazanes no tienen nunca un centavo en el mundo, ni un toque de tabaco propio. Consiguen todo lo que mastican pidiendo prestado; le dicen a un tipo: «Oye, dame un toque, Jack, que acabo de darle a Ben Thompson el último que tenía», lo que es mentira casi siempre; no engaña a nadie más que a un forastero; pero Jack no es ningún forastero, así que dice:

—¿Que le diste un toque? Lo mismo que la abuela del gato de tu hermana. Devuélveme los toques que ya me has pedido prestados, Lafe Buckner, y entonces te prestaré una tonelada o dos, y ni siquiera te cobraré los intereses atrasados.

—Pues es que sí te devolví algo en una ocasión.

—Sí que lo hiciste: como seis toques. Me pediste tabaco de tienda prestado y me devolviste tabaco negro.

El tabaco de tienda es una tableta negra y plana, pero estos tipos sobre todo mastican la hoja natural retorcida. Cuando piden prestado un toque no lo cortan en general con un cuchillo, sino que ponen la pastilla entre los dientes y mastican y tiran de la pastilla con las manos hasta partirla en dos; y luego a veces el dueño del tabaco la mira con aire melancólico cuando se la devuelven, y dice, sarcástico:

—Toma, dame el toque, y tú quédate con la pastilla.

Todas las calles y callejones eran puro barro: no había nada más que barro, tan negro como el alquitrán y casi treinta centímetros de hondo en algunos sitios, y cinco o seis centímetros de hondo en todos los sitios. Los cerdos holgazaneaban y gruñían por todas partes. Se veía a una cerda mugrosa con una camada de lechones llegar perezosa por la calle y tumbarse de golpe en el centro, donde la gente tenía que rodearla, y estirarse y cerrar los ojos y mover las orejas mientras los cerditos la mamaban, y ponerse tan contenta como si cobrara sueldo. Y al poco se oía a un holgazán gritar: «¡Arre! ¡A él, Tige!», y la cerda salía disparada chillando horrorosamente, con un perro o dos colgados de cada oreja, y tres o cuatro docenas más acudiendo; y luego se veía a todos los holgazanes levantarse y seguir el espectáculo hasta que se perdía de vista, riendo de la gracia y agradecidos por el ruido. Luego volvían a acomodarse hasta que hubiera una pelea de perros. Nada podía despertarles del todo y hacerles felices del todo como una pelea

de perros: a no ser quizás echarle trementina a un perro suelto y prenderle fuego, o atarle una lata al rabo y verle correr hasta la muerte.

En el frente del río algunas casas sobresalían por la orilla, combadas y dobladas, a punto de caer al agua. La gente las había abandonado. El banco se había derrumbado bajo una esquina de algunas otras, y esa esquina colgaba en el vacío. Había gente que vivía en ellas todavía, pero era peligroso, porque a veces una franja de terreno tan ancha como una casa se hunde de golpe. A veces una franja de terreno de más de trescientos metros de fondo empieza a hundirse y se va hundiendo hasta que todo se hunde en el río en un verano. Un pueblo así siempre tiene que estar retrocediendo, y retrocediendo, y retrocediendo, porque el río siempre se lo va comiendo.

Cuanto más se acercaba el mediodía más espesos estaban los carros y los caballos por las calles, y más llegaban todo el tiempo. Las familias traían la comida del campo y la comían en los carros. Había bastante whisky circulando, y vi tres peleas. Al cabo alguien gritó:

— ¡Ahí viene el viejo Boggs! Del campo para su borrachera mensual de siempre; ¡ahí viene, chicos!

Todos los holgazanes se alegraron; calculé que estaban acostumbrados a divertirse con Boggs. Uno de ellos dijo:

— A ver a quién se va a zampar esta vez. Si se hubiera zampado a todos los hombres que se ha ido a zampar en los últimos veinte años ya tendría bastante reputación.

Otro dijo: «Ojalá el viejo Boggs me amenazara a mí, porque entonces sabría que no voy a morirme en mil años».

Boggs llegó trotando en su caballo, aullando y gritando como un indio, y voceando:

— ¡Despejen el camino! Estoy en pie de guerra, y el precio de los ataúdes va a subir.

Iba borracho y tambaleándose en la silla; tenía más de cincuenta años, y la cara muy colorada. Todo el mundo le gritaba y se reía de él y le decía insolencias, y él les devolvía las insolencias, y dijo que se ocuparía de ellos y los dejaría tiesos a su turno, pero que ahora no podía esperar porque había

venido al pueblo a matar al viejo coronel Sherburn, y su lema era: «Primero la carne, y las sopas de postre».

Me vio, y cabalgó hasta mí y dijo:

—¿De dónde vienes, chico? ¿Estás preparado para morir?

Luego siguió. Me asusté, pero un hombre dijo:

—No significa nada; siempre hace el loco cuando está borracho. Es el viejo más bonachón de Arkansas: nunca ha hecho daño a nadie, borracho ni sobrio.

Boggs se plantó ante la tienda más grande del pueblo, bajó la cabeza para ver por debajo del toldo, y gritó:

—¡Sal aquí, Sherburn! Sal a encontrarte con el hombre al que has estafado. Eres el canalla al que busco, ¡y te voy a atrapar!

Y así siguió, llamando a Sherburn todo lo que se le ocurría, y toda la calle llena de gente escuchando y riendo y animando. Al cabo un hombre de aspecto orgulloso, de unos cincuenta y cinco años, que era también con mucho el mejor vestido de todo el pueblo, salió de la tienda, y la multitud se apartó a cada lado para dejarle pasar. Le dijo a Boggs, muy tranquilo y despacio:

—Estoy harto de esto, pero lo aguantaré hasta la una en punto. Hasta la una, que conste: no más. Si abre la boca contra mí una sola vez después de esa hora, podrá ir tan lejos como quiera que le encontraré.

Luego se dio la vuelta y entró. La multitud se quedó muy seria; nadie se movió, y no hubo más risas. Boggs se alejó maldiciendo a Sherburn a grito pelado por toda la calle; y al poco volvió y se detuvo ante la tienda, sin parar. Algunos hombres se apiñaron a su alrededor e intentaron que se callara, pero no quiso; le dijeron que la una sería en unos quince minutos, y que tenía que irse a casa: que tenía que irse en ese momento. Pero no sirvió de nada. Siguió maldiciendo con todas sus fuerzas, y tiró el sombrero al barro y pasó por encima, y al poco salió otra vez trotando furioso por la calle con el pelo gris al viento. Todo el que podía acercarse intentaba convencerle para que bajara del caballo y poder encerrarle y que se le pasara la borrachera; pero nada que ver: calle arriba salía a todo galope otra vez, y le lanzaba otra andanada de maldiciones a Sherburn. Al cabo alguien dijo:

— ¡Id a buscar a su hija! Rápido, id a buscar a su hija; a veces la escucha. Si alguien puede convencerle, es ella.

Así que alguien salió corriendo. Me alejé un poco por la calle y me paré. En cinco o diez minutos llegó Boggs otra vez, pero no a caballo. Cruzaba tambaleándose la calle hacia mí, sin sombrero, con un amigo a cada lado cogiéndole de los brazos y llevándole de prisa. Estaba quieto y parecía inquieto; y tampoco se resistía, sino que hacía algo del apresuramiento él mismo. Alguien gritó:

— ¡Boggs!

Miré por allí para ver quién lo decía, y era ese coronel Sherburn. Estaba perfectamente quieto en la calle, con una pistola levantada en la mano derecha: sin apuntar, sino sosteniéndola con el cañón inclinado hacia el cielo. Al mismo momento vi venir corriendo a una chica joven, y dos hombres con ella. Boggs y los hombres se volvieron para ver quién le llamaba, y cuando vieron la pistola los hombres saltaron a un lado, y el cañón de la pistola bajó despacio y con firmeza hasta quedar horizontal: los dos gatillos amartillados. Boggs levantó los dos brazos y dijo: «Señor, no dispare». ¡Bang!, fue el primer disparo, y se tambaleó hacia atrás arañando el aire; ¡bang!, fue el segundo, y cayó hacia atrás en el suelo, pesado y sólido, con los brazos extendidos. Aquella chica joven dio un grito y vino corriendo, y se echó sobre su padre llorando y diciendo: «¡Le ha matado, le ha matado!». La multitud se cerró a su alrededor, se empujaron y apretaron unos a otros, con el cuello estirado, intentando ver, y la gente del interior intentando echarlos hacia atrás y gritando: «¡Atrás, atrás! ¡Denle aire!».

El coronel Sherburn arrojó la pistola al suelo, se dio media vuelta sobre los talones, y se fue.

Llevaron a Boggs a una pequeña farmacia, con la multitud apretándose igual que antes, y todo el pueblo siguiendo, y yo corrí y me busqué un buen sitio en la ventana donde estaba cerca de él y podía ver adentro. Le tendieron en el suelo y pusieron una Biblia grande bajo su cabeza, y abrieron otra y la extendieron sobre su pecho; pero primero le rasgaron la camisa, y vi dónde había entrado una de las balas. Dio como una docena de grandes jadeos, con el pecho levantando la Biblia al inspirar y dejándola caer al espirar; y después de eso se quedó quieto; estaba muerto. Entonces apartaron a su hija de él, chillando y llorando, y se la llevaron. Tenía unos

dieciséis años, y era muy dulce y suave de aspecto, pero terriblemente pálida y asustada.

Bueno, al poco estaba todo el pueblo allí, retorciéndose y apretujándose y empujándose para llegar a la ventana y echar un vistazo, pero los que tenían los sitios no los cedían, y los de detrás decían todo el rato: «Oiga, ya han mirado bastante, compañeros; no está bien ni es justo quedarse ahí todo el tiempo sin darle nunca una oportunidad a nadie; los demás también tienen sus derechos».

Había bastante altercado, así que me escurrí pensando que a lo mejor iba a haber lío. Las calles estaban llenas, y todo el mundo excitado. Todo el que había visto el disparo contaba cómo había pasado, y había una gran multitud apiñada alrededor de cada uno de estos individuos, con el cuello estirado y escuchando. Un hombre alto y enjuto, con el pelo largo y un gran sombrero de copa blanco de piel vuelta hacia atrás en la cabeza, y un bastón de mango torcido, marcó los sitios en el suelo donde había estado Boggs y donde había estado Sherburn, y la gente le siguió de un sitio al otro y observó todo lo que hacía, y asintió con la cabeza para dar a entender que entendían, y se agacharon un poco y apoyaron las manos en los muslos para verle marcar los sitios en el suelo con el bastón; y luego se irguió recto y tieso donde había estado Sherburn, frunciendo el ceño y con el ala del sombrero bajada sobre los ojos, y gritó «¡Boggs!» y luego bajó el bastón despacio hasta quedar horizontal, y dijo «¡Bang!», se tambaleó hacia atrás, dijo «¡Bang!» otra vez, y cayó al suelo boca arriba. Los que habían visto el asunto dijeron que lo había reproducido a la perfección; que era exactamente como había pasado todo. Luego como una docena de personas sacaron sus botellas y le invitaron.

Bueno, al cabo alguien dijo que había que linchar a Sherburn. En un minuto todo el mundo lo decía; así que se fueron, enfurecidos y gritando, arrancando todos los tendederos que encontraban a su paso para usarlos como cuerdas.

Avanzaron en tropel hacia la casa de Sherburn, aullando y enfurecidos como indios, y todo tenía que apartarse o quedar aplastado y pisoteado, y era terrible de ver. Los niños corrían delante de la turba gritando e intentando apartarse del camino; y cada ventana a lo largo del camino estaba llena de cabezas de mujeres, y había niños negros en cada árbol, y hombres y mujeres asomándose por encima de cada valla; y en cuanto la turba se les acercaba demasiado rompían a correr y se alejaban fuera de su alcance. Muchas mujeres y chicas lloraban y se lamentaban, muertas de miedo.

Se apiñaron delante de la empalizada de Sherburn tan espesos como podían amontonarse, y no se oía nada con tanto barullo. Era un pequeño jardín de seis metros. Algunos gritaron: «¡Arriba la valla! ¡Abajo la valla!». Luego hubo un estrépito de crujidos y golpes y destrozos, y cayó, y el frente de la multitud empezó a rodar hacia dentro como una ola.

En ese momento Sherburn salió al tejado de su pequeño porche delantero con una escopeta de dos cañones en la mano, y tomó posición, perfectamente tranquilo y deliberado, sin decir una palabra. El estrépito paró, y la ola se retiró.

Sherburn no dijo ni una palabra: se quedó allí, mirando hacia abajo. El silencio era horriblemente inquietante e incómodo. Sherburn recorrió la multitud despacio con la mirada; y dondequiera que se posaba, la gente intentaba aguantarle la mirada, pero no podía; bajaban los ojos y ponían cara de culpables. Luego, al poco, Sherburn se rió de algún modo; no la risa agradable, sino la clase de risa que te hace sentir como cuando muerdes pan que tiene arena.

Luego dijo, despacio y con desprecio:

— ¡La idea de que ustedes linchen a nadie! Es divertido. ¡La idea de que crean que tienen agallas suficientes para linchar a un hombre! Porque son suficientemente valientes para embrear y emplumar a pobres mujeres sin amigos ni amparo que pasan por aquí, ¿eso les hizo creer que tenían arrestos suficientes para poner las manos encima de un hombre? Vamos, que un hombre está a salvo en manos de diez mil de los de su clase: siempre que sea de día y no estén a su espalda.

— ¿Les conozco yo? Les conozco de parte a parte. Nací y me crié en el Sur, y he vivido en el Norte; así que conozco al término medio de todos la-

dos. El hombre término medio es un cobarde. En el Norte deja que cualquiera le pisotee a su gusto, y va a casa y reza para tener espíritu humilde con que aguantarlo. En el Sur un solo hombre, él solo, ha detenido en pleno día una diligencia llena de hombres y los ha desvalijado a todos. Sus periódicos les llaman a ustedes un pueblo valiente tanto que creen que son más valientes que ningún otro pueblo: cuando en realidad son exactamente igual de valientes, y ni un poco más. ¿Por qué sus jurados no ahorcan a los asesinos? Porque tienen miedo de que los amigos del hombre les disparen por la espalda, en la oscuridad: y es justo lo que harían.

— Así que siempre absuelven; y luego un hombre sale de noche, con cien cobardes enmascarados a su espalda, y lincha al bandido. Su error es que no trajeron a un hombre con ustedes: ese es un error; y el otro es que no vinieron en la oscuridad y no trajeron sus máscaras. Trajeron a medio hombre: Buck Harkness, ahí: y si no lo hubieran tenido para que les empujara, se habrían quedado en bravatas.

— No querían venir. El hombre término medio no le gustan los líos ni el peligro. A ustedes no les gustan los líos ni el peligro. Pero si un solo medio hombre, como Buck Harkness ahí, grita "¡Linchadle! ¡Linchadle!", tienen miedo de echarse atrás: miedo de que se descubra lo que son: unos cobardes; y así levantan el grito, y se cuelgan de los faldones del medio hombre, y vienen trotando hasta aquí, jurando las barbaridades que van a hacer. Lo más lastimoso que existe es una turba; eso es lo que es un ejército: una turba; no pelean con el valor que nace en ellos, sino con el valor que toman prestado de su masa y de sus oficiales. Pero una turba sin ningún hombre a la cabeza está por debajo de lo lastimoso. Ahora lo que tienen que hacer es bajar el rabo y irse a casa y meterse en un agujero. Si va a haber algún linchamiento de verdad, se hará en la oscuridad, a la manera del Sur; y cuando vengan traerán las máscaras, y traerán un hombre de verdad. Ahora, váyanse: y llévense con ustedes a su medio hombre.

Dicho esto, pasó la escopeta sobre el brazo izquierdo y la amartilló.

La multitud se retiró de golpe, y luego se dispersó en todas direcciones, y salieron corriendo por todos lados, y Buck Harkness les siguió los talones con bastante cara de tonto. Yo podría haberme quedado si hubiera querido, pero no quería.

Fui al circo y merodeé por la parte de atrás hasta que pasó el vigilante, y luego me metí por debajo de la carpa. Tenía mi moneda de oro de veinte dólares y algo más de dinero, pero calculé que mejor guardármelo, porque nunca se sabe cuándo vas a necesitarlo, lejos de casa y entre desconocidos. Nunca se es demasiado precavido. No me opongo a gastarlo en el circo cuando no hay otra manera, pero no tiene ningún sentido malgastarlo en ellos.

Era un circo de primera. Era el espectáculo más espléndido que se había visto nunca cuando entraron todos montando, de dos en dos, un caballero y una dama, lado a lado, los hombres solo en calzoncillos y camiseta interior, sin zapatos ni estribos, y con las manos apoyadas relajadas en los muslos: debía de haber unos veinte; y cada dama con un cutis precioso, perfectamente hermosas, con el aspecto de toda una pandilla de reinas de verdad, vestidas con ropa que valía millones de dólares, y llenas de diamantes. Era un espectáculo imponente; nunca había visto nada tan hermoso. Y luego una a una se levantaron y se pusieron de pie, y fueron dando vueltas por la pista tan suaves y ondulantes y elegantes, con los hombres pareciendo tan altos y ligeros y erguidos, con las cabezas bamboleando y deslizándose allá arriba bajo el techo de la carpa, y el vestido de pétalos de rosa de cada dama aleteando suave y sedoso alrededor de sus caderas, pareciéndose a la más preciosa sombrilla.

Y luego cada vez más rápido fueron, bailando todos, primero un pie en el aire y luego el otro, los caballos inclinándose cada vez más, y el director de pista yendo de vuelta alrededor del poste central, restallando el látigo y gritando «¡Eh! ¡Eh!» y el payaso soltando chistes detrás de él; y al cabo todos soltaron las riendas, y cada dama puso los nudillos en las caderas y cada caballero cruzó los brazos, ¡y entonces cómo se inclinaron los caballos y se arquearon! Y así uno tras otro fueron saltando todos a la pista, e hicieron la reverencia más elegante que he visto en mi vida, y luego salieron corriendo, y todo el mundo aplaudió y se volvió loco.

Bueno, durante todo el circo hicieron las cosas más asombrosas; y todo el rato el payaso se portaba de tal forma que casi mataba a la gente de risa. El director de pista no podía decirle una palabra sin que el payaso estuviera de vuelta en un abrir y cerrar de ojos con las cosas más graciosas que un cuerpo ha oído nunca; y cómo podía ocurrírsele tantas, y tan de repente y tan oportunas, era algo que no podía entender en modo alguno. Yo no habría

podido pensar en ellas en un año. Y al cabo un borracho intentó meterse en la pista: dijo que quería montar; dijo que podía montar tan bien como cualquiera que hubiera existido nunca. Discutieron e intentaron impedirse-lo, pero no quiso escuchar, y todo el espectáculo se paró. Entonces la gente empezó a increparlo y a burlarse de él, y eso le enfadó, y se puso a vociferar y agitarse; lo que alteró al público, y un montón de hombres empezaron a bajar de los bancos y a lanzarse hacia la pista diciendo: «¡Tumbadlo! ¡Echadle fuera!», y una o dos mujeres empezaron a gritar. Así que el director de pista hizo un pequeño discurso, y dijo que esperaba que no hubiera ningún alboroto, y que si el hombre prometía no causar más problemas le dejaría montar si creía que podía mantenerse en el caballo. Así que todo el mundo se rió y dijo de acuerdo, y el hombre montó. En cuanto estuvo encima, el caballo empezó a corcovear y a saltar, con dos hombres del circo colgados de la brida intentando sujetarlo, y el borracho colgado del cuello, y los talones volando por el aire a cada salto, y toda la multitud puesta de pie gritando y riéndose hasta que les rodaban las lágrimas. Y al final, como era de esperar, por más que hicieron los del circo, el caballo se soltó, y salió disparado como el mismísimo demonio, dando vueltas y vueltas a la pista, con ese borrachín tumbado encima y colgando del cuello, con primero una piedad casi llegando al suelo por un lado y luego la otra por el otro, y el público completamente loco. A mí no me hacía gracia, sin embargo; estaba todo tembloroso viendo su peligro. Pero al poco se irguió a horcajadas y agarró la brida, tambaleándose de acá para allá; y al minuto siguiente dio un salto y soltó la brida y ¡se puso de pie! Y el caballo yendo como alma que lleva el diablo también. Se quedó allí de pie, navegando tranquilo y cómodo como si no hubiera estado borracho en su vida; y luego empezó a quitarse la ropa y a lanzarla. Se la quitó en tan espesa cantidad que casi atasca el aire, y en total se quitó diecisiete trajes. Y entonces estaba allí, esbelto y apuesto, vestido de lo más vistoso y bonito que se pueda imaginar, y se lanzó sobre ese caballo con el látigo y le hizo casi silbar: y por fin saltó, hizo su reverencia y se fue bailando al vestuario, y todo el mundo en el más puro paroxismo de placer y asombro.

Entonces el director de pista se dio cuenta de cómo le habían engañado, y fue el director de pista más en ridículo que se haya visto en la vida, calculé. ¡Vamos, si era uno de sus propios hombres! Se había inventado toda la broma de su propia cabeza, y no se lo había dicho a nadie. Bueno, me sentí bastante tonto de haberme dejado engañar; pero no habría estado en el lugar

de ese director de pista ni por mil dólares. No sé; puede que haya circos mejores que ese, pero yo no los he encontrado todavía. De todas formas era más que suficientemente bueno para mí; y donde quiera que me lo encuentre, puede tener toda mi clientela siempre.

Bueno, esa noche tuvimos nuestro espectáculo; pero no había más que unas doce personas: las justas para cubrir gastos. Y se rieron todo el rato, lo que enfadó al duque; y de todas formas todo el mundo se fue antes de que terminara el espectáculo, salvo un chico que se había dormido. Así que el duque dijo que estos palurdos de Arkansas no estaban a la altura de Shakespeare; lo que querían era comedia baja: y quizás algo peor que comedia baja, calculó. Dijo que sabía cómo eran. Así que a la mañana siguiente consiguió unas hojas grandes de papel de embalaje y pintura negra, y dibujó unos carteles y los pegó por todo el pueblo. Los carteles decían:

¡¡En el juzgado!!

¡¡Solo 3 noches!!

Los Trágicos de Fama Mundial

¡¡David Garrick el Joven!!

y

¡¡Edmund Kean el Viejo!!

De los Teatros de Londres y Continentales,

En su Emocionante Tragedia de

El Camelopardo del Rey

o

¡¡¡El Incomparable Real!!!

Entrada 50 centavos.

Señoras y niños no admitidos.

— Ahí está — dijo —, si esa línea no les engancha, no conozco Arkansas.

## XXIII

Bueno, todo el día él y el rey estuvieron manos a la obra montando un escenario y una cortina y una fila de velas para las candilejas; y aquella noche la sala estaba a tope de hombres en un santiamén. Cuando el lugar no podía admitir más, el duque dejó de atender la puerta y fue por la parte de atrás y salió al escenario y se puso delante de la cortina e hizo un pequeño discurso, y elogió esta tragedia, y dijo que era la más emocionante que había existido nunca; y así estuvo jactándose de la tragedia y de Edmund Kean el Viejo, que interpretaría el papel principal; y al final, cuando tenía las expectativas de todo el mundo suficientemente altas, subió la cortina, y al minuto siguiente el rey salió pavoneándose a cuatro patas, desnudo; y estaba pintado de arriba abajo, con rayas y franjas circulares de toda clase de colores, tan espléndido como un arco iris. Y... bueno, no hace falta describir el resto de su atuendo; era una locura, pero era tremendamente gracioso. La gente casi se mató de risa; y cuando el rey terminó de hacer cabriolas y las hizo hacia bastidores, el público rugió y aplaudió y armó tal escándalo que tuvo que volver y repetirlo, y después de eso le hicieron repetirlo otra vez. Vamos, habría hecho reír a una vaca las gracias que hacía ese viejo idiota.

Luego el duque bajó la cortina, e hizo una reverencia al público, y dijo que la gran tragedia se representaría solo dos noches más, por compromisos urgentes en Londres, donde las localidades ya estaban todas vendidas para ella en el Drury Lane; y luego hizo otra reverencia, y dijo que si había logrado complacerles e instruirles, estaría muy agradecido si lo mencionaran a sus amigos y les animaran a venir a verla.

Veinte personas gritaron a la vez:

—¿Cómo, ya ha acabado? ¿Es todo?

El duque dijo que sí. Luego se armó una buena. Todo el mundo gritó «¡Timo!» y se levantó furioso, y se lanzó hacia el escenario y los trágicos. Pero un hombre grande y de buen aspecto saltó sobre un banco y gritó:

—¡Esperen! Solo una palabra, señores. —Se pararon a escuchar. —Nos han timado: de lo lindo. Pero no queremos ser el hazmerreír de todo este pueblo, creo yo, ni oír hablar de esto el resto de nuestra vida. No. Lo que queremos es salir de aquí tranquilamente, y hablar bien del espectáculo, ¡y timar al resto del pueblo! Así estaremos todos en el mismo barco. ¿No tiene sentido? («¡Pues claro que sí! ¡El juez tiene razón!», gritó todo el mundo.) De acuerdo, pues: ni una palabra sobre ningún timo. Vayan a casa, y aconsejen a todo el mundo que venga a ver la tragedia.

Al día siguiente no se oía nada por todo el pueblo más que lo espléndido que había sido el espectáculo. La sala volvió a estar a tope aquella noche, y timamos a este público de la misma manera. Cuando el rey, el duque y yo volvimos a la balsa, cenamos todos; y al cabo, hacia medianoche, le dijeron a Jim y a mí que la empujáramos y la lleváramos flotando al centro del río, y la metiéramos y la escondiéramos como a dos millas por debajo del pueblo.

La tercera noche la sala volvía a estar a tope: pero esta vez no eran recién llegados, sino gente que había estado en el espectáculo las otras dos noches. Me quedé junto al duque en la puerta, y vi que cada hombre que entraba tenía los bolsillos abultados, o algo envuelto bajo la levita; y vi que no era perfume, ni de lejos. Olí huevos podridos a barriles, y coles podridas, y esas cosas; y si conozco las señales de que hay un gato muerto por los alrededores, y apuesto a que sí, entraron sesenta y cuatro. Me metí dentro un momento, pero era demasiado variado para mí; no pude aguantarlo. Bueno, cuando el lugar no podía admitir más gente el duque le dio un cuarto de dólar a un tipo y le dijo que le atendiera la puerta un minuto, y luego se dirigió a la puerta del escenario, yo detrás; pero en el momento en que doblamos la esquina y estábamos en la oscuridad dijo:

—Camina rápido hasta que te alejes de las casas, y luego corre a la balsa como si el diablo te persiguiera.

Lo hice, y él también. Llegamos a la balsa al mismo tiempo, y en menos de dos segundos nos deslizábamos río abajo, todo oscuro y tranquilo, acercándonos al centro del río, sin que nadie dijera una palabra. Calculé que al pobre rey le esperaba un tiempo animado con el público, pero nada de eso; al poco se arrastró fuera de la covacha y dijo:

—Bueno, ¿cómo ha funcionado el asunto esta vez, duque? —No había ido al pueblo en absoluto.

No encendimos ninguna luz hasta que estuvimos como a diez millas por debajo del pueblo. Entonces encendimos y cenamos, y el rey y el duque se rieron a mandíbula batiente de la manera en que habían tratado a esa gente. El duque dijo:

—¡Paletos, papanatas! Sabía que los del primer día guardarían silencio y dejarían que el resto del pueblo cayera en la trampa; y sabía que nos tenderían una emboscada la tercera noche, creyendo que les tocaba a ellos. Bueno, sí que les toca, y daría algo por saber cuánto estarían dispuestos a cobrar por ello. Me encantaría saber cómo están aprovechando su oportunidad. Pueden convertirlo en un picnic si quieren: trajeron provisiones en abundancia.

Esos granujas sacaron cuatrocientos sesenta y cinco dólares en esas tres noches. Nunca había visto recoger dinero a carretadas como eso antes. Al cabo, cuando estaban dormidos y roncando, Jim dijo:

—¿No te sorprende cómo se portan esos reyes, Huck?

—No —digo—, no me sorprende.

—¿Por qué no, Huck?

—Bueno, no me sorprende porque está en la raza. Creo que son todos iguales.

—Pero, Huck, estos reyes nuestros son unos granujas de verdad: eso es lo que son; unos granujas de verdad.

—Bueno, eso es lo que digo yo: todos los reyes son en su mayoría granujas, que yo haya podido ver.

—¿De verdad?

—Lee sobre ellos una vez: ya verás. Mira a Enrique VIII; este nuestro es un superintendente de escuela dominical comparado con él. Y mira a Carlos II, y a Luis XIV, y a Luis XV, y a Jaime II, y a Eduardo II, y a Ricardo III, y a otros cuarenta; además de todas esas heptarquías sajonas que iban por ahí alborotando en los viejos tiempos. Ay, tendrías que haber visto al viejo Enrique VIII en sus tiempos. Era todo un ejemplar. Se casaba con una mujer

nueva cada día, y le cortaba la cabeza a la mañana siguiente. Y lo hacía con la misma indiferencia que si estuviera pidiendo huevos. «Que suba Nell Gwyn», dice. La suben. A la mañana siguiente: «¡Cortadle la cabeza!». Y se la cortan. «Que suba Jane Shore», dice; y sube. A la mañana siguiente: «¡Cortadle la cabeza!»: y se la cortan. «Que aparezca la bella Rosamund». La bella Rosamund responde a la llamada. A la mañana siguiente: «¡Cortadle la cabeza!». Y les hacía a todas contarle un cuento todas las noches; y lo mantuvo hasta que se había apoderado de mil y un cuentos de ese modo, y luego los metió todos en un libro y lo llamó el Libro del Juicio Final: que era un buen nombre y describía la situación. No conoces a los reyes, Jim, pero yo sí; y este viejo sinvergüenza nuestro es uno de los más presentables que me he encontrado en la historia. Bueno, Enrique se le ocurre que quiere buscarse un lío con este país. ¿Cómo lo hace? ¿Lo avisa? ¿Le da al país una oportunidad? No. De repente tira todo el té del puerto de Boston por la borda, y saca una declaración de independencia, y les reta a que vengan. Así era él: nunca le daba una oportunidad a nadie. Tenía sospechas de su padre, el duque de Wellington. Bueno, ¿qué hizo? ¿Le pidió que se explicara? No: le ahogó en un tonel de malvasía, como a un gato. Supón que la gente dejara dinero donde él estaba: ¿qué hacía? Se lo quedaba. Supón que se comprometiera a hacer algo, y le pagaras, y no te quedaras allí mirando para asegurarte de que lo hacía: ¿qué hacía? Siempre hacía lo contrario. Supón que abría la boca: ¿qué pasaba? Si no la cerraba deprisa perdía una mentira cada vez. Esa era la clase de bicho que era Enrique; y si le hubiéramos tenido a él en vez de a nuestros reyes habría engañado a ese pueblo mucho peor de lo que lo hicieron los nuestros. No digo que los nuestros sean corderos, porque no lo son cuando se llega a los hechos fríos; pero no hay comparación con ese viejo carnero, de todas formas. Todo lo que digo es que los reyes son reyes, y hay que hacer concesiones. Tomándolos en conjunto, son una pandilla muy ruin. Es la manera en que los crían.

—Pero este huele de una manera horrible, Huck.

—Bueno, todos huelen, Jim. No podemos evitar el olor que tiene un rey; la historia no dice cómo.

—Ahora bien, el duque es un hombre bastante decente en algunos aspectos.

—Sí, un duque es diferente. Pero no muy diferente. Este es un tipo bastante duro para ser duque. Cuando está borracho ningún corto de vista podría distinguirlo de un rey.

—Bueno, de todos modos, no tengo ganas de más, Huck. Con estos tengo bastante.

—Yo igual, Jim. Pero los tenemos encima, y hay que recordar lo que son, y hacer concesiones. A veces desearía poder oír hablar de algún país que esté libre de reyes.

¿Para qué decirle a Jim que estos no eran reyes ni duques de verdad? No habría servido de nada; y además era tal como yo decía: no los podrías distinguir de los de verdad.

Me dormí, y Jim no me llamó cuando me tocaba el turno. Lo hacía a menudo. Cuando me desperté justo al amanecer él estaba allí sentado con la cabeza caída entre las rodillas, gimiendo y lamentándose para sí mismo. No le presté atención ni lo demostré. Sabía de qué se trataba. Estaba pensando en su mujer y sus hijos, allá lejos, y estaba triste y añoraba su hogar; porque nunca antes en su vida se había alejado de casa; y de verdad que creo que les quería tanto como los blancos quieren a los suyos. No parece natural, pero creo que es así. Muchas noches gemía y se lamentaba así, cuando calculaba que yo estaba dormido, y decía: «¡Pobrecita Lizabeth! ¡Pobrecito Johnny! Es muy duro; creo que nunca voy a volveros a ver, nunca más». Era un negro muy bueno, Jim.

Pero esta vez de algún modo me puse a hablar con él de su mujer y sus hijos; y al cabo dijo:

—Lo que me tiene tan triste esta vez fue que oí algo al otro lado de la orilla como un golpe, o un portazo, hace un rato, y me recordó la vez que traté tan mal a mi pequeña Lizabeth. No tenía más que unos cuatro años, y le dio la escarlatina, y tuvo una mala racha; pero se puso bien, y un día estaba por allí, y le digo, le digo:

—Cierra la puerta.

No lo hizo; se quedó allí, como sonriéndome. Me enfadé; y digo otra vez, muy alto, digo:

—¿No me oyes? ¡Cierra la puerta!

Se quedó igual, como sonriéndome. ¡Estaba que echaba humo! Digo:

— ¡Ya te voy a hacer obedecer!

Y con eso le di un tortazo en un lado de la cabeza que la mandó de morros al suelo. Luego me fui al otro cuarto, y estuve como diez minutos; y cuando volví allí estaba esa puerta todavía abierta, y esa criatura de pie casi en ella, mirando abajo y lamentándose, con las lágrimas corriendo. ¡Caramba, pero si estaba furioso! Iba a ir a por la criatura, pero justo entonces: era una puerta que se abría hacia adentro: justo entonces vino el viento y la cerró de golpe detrás de la criatura, ¡pam!: y Dios mío, ¡la criatura no se movió! Se me cortó casi la respiración; y me sentí... me sentí... no sé cómo me sentí. Me acerqué a gatas, todo tembloroso, y rodeé y abrí la puerta despacito y con cuidado, y asomé la cabeza por detrás de la criatura, suave y quieto, y de repente digo ¡pum! tan fuerte como pude gritar. ¡No se movió! Oh, Huck, rompí a llorar y la cogí en brazos, y digo: «¡Oh, pobrecita! ¡Que el Señor Dios Todopoderoso perdone al pobre viejo Jim, porque nunca va a perdonarse a sí mismo mientras viva!». Oh, Huck, estaba completamente sorda y muda, completamente sorda y muda: ¡y yo la había estado tratando así!

## XXIV

Al día siguiente, hacia la noche, atracamos bajo un pequeño banco de arena con sauces en el centro, donde había un pueblo a cada lado del río, y el duque y el rey empezaron a trazar un plan para trabajar esos pueblos. Jim le habló al duque, y dijo que esperaba que no llevaría más que unas pocas horas, porque se le hacía muy pesado y aburrido cuando tenía que pasar todo el día en la covacha atado con la cuerda. Ya ven: cuando le dejábamos solo teníamos que atarle, porque si alguien se lo encontraba completamente solo y sin atar no parecería mucho que fuera un negro fugado, ¿saben? Así que

el duque dijo que era bastante duro tener que estar atado todo el día, y que daría con alguna manera de resolverlo.

Era extraordinariamente listo el duque, y pronto lo encontró. Vistió a Jim con el traje del rey Lear: era una larga bata de calicot con cortinas, y una peluca de crin blanca con patillas; y luego sacó la pintura de teatro y pintó la cara y las manos y las orejas y el cuello de Jim de un azul apagado, muerto, sólido, como el de un hombre que lleva nueve días ahogado. Maldita sea si no era el aspecto más horroroso que había visto en mi vida. Luego el duque cogió y escribió un letrero en una tablilla así:

Árabe enfermo: pero inofensivo cuando no está fuera de sí.

Y clavó esa tablilla en un listón, y puso el listón a un metro y medio más o menos delante de la covacha. Jim quedó satisfecho. Dijo que era mucho mejor que estar atado un par de años todos los días, temblando de miedo cada vez que se oía un ruido. El duque le dijo que se pusiera cómodo y tranquilo, y que si alguien se acercaba a husmear, tenía que saltar de la covacha y hacer un poco el loco, y soltar un aullido o dos como una bestia salvaje, y calculaba que se largarían y le dejarían en paz. Lo cual era un juicio bastante sensato; pero tomad al hombre término medio, y no esperarías a que aullara. Vamos, no es que solo pareciera muerto: parecía considerablemente más que eso.

Estos granujas querían probar el Incomparable otra vez, porque había mucho dinero en ello, pero calcularon que no sería seguro, porque puede que la noticia se hubiera corrido por allá abajo para entonces. No se les ocurría ningún proyecto que les convenciera del todo; así que al final el duque dijo que creía que se tomaría un rato y le daría vueltas una o dos horas a ver si podía montar algo en el pueblo de Arkansas; y el rey dijo que se pasaría al otro pueblo sin ningún plan, sino confiando en la Providencia para guiarle por el camino rentable: queriendo decir el diablo, calculé yo. Todos habíamos comprado ropa de tienda donde paramos la última vez; y ahora el rey se puso la suya, y me dijo que me pusiera la mía. Lo hice, claro. La ropa del rey era toda negra, y tenía un aspecto muy elegante y tieso. Nunca había sabido cómo puede cambiar la ropa a una persona. Vamos, antes parecía el sinvergüenza más ruin que había existido; pero ahora, cuando se quitaba el nuevo castor blanco, hacía una reverencia y esbozaba una sonrisa, tenía un aspecto tan distinguido y bondadoso y piadoso que

uno diría que había salido directamente del arca, y que quizás era el mismísimo Levítico. Jim limpió la canoa, y yo preparé el remo. Había un gran vapor atracado en la orilla allá arriba bajo el promontorio, como a tres millas por encima del pueblo: llevaba un par de horas allí cargando mercancías. El rey dijo:

—Viendo cómo voy vestido, quizás sería mejor que llegara desde San Luis o Cincinnati, o algún otro sitio grande. Ve a por el vapor, Huckleberry; bajaremos al pueblo en él.

No hubo que pedirme dos veces que fuera a dar un paseo en vapor. Me acerqué a la orilla a media milla por encima del pueblo, y luego fui avanzando pegado a la orilla escarpada en el agua tranquila. Al poco llegamos a un joven del campo de aspecto inocente sentado en un tronco enjugándose el sudor de la cara, porque hacía un calor imponente; y tenía un par de maletines grandes junto a él.

—Arrima a la orilla —dijo el rey. Lo hice. —¿Adónde va usted, joven?

—Al vapor; voy a Nueva Orleans.

—Suba —dijo el rey—. Un momento, mi criado le ayudará con esas bolsas. Salte y ayuda al señor, Adolfo: queriendo decir yo, ya lo vi.

Lo hice, y luego los tres salimos. El joven estaba muy agradecido; dijo que era muy duro cargar el equipaje con este tiempo. Le preguntó al rey adónde iba, y el rey le dijo que había bajado por el río y desembarcado en el otro pueblo esta mañana, y que ahora iba a subir unas millas a ver a un viejo amigo en una granja por allí. El joven dijo:

—Cuando le vi primero me dije: «Es el señor Wilks, seguro, y ha llegado casi a tiempo». Pero luego me dije de nuevo: «No, no creo que sea él, porque si no no estaría remando río arriba». ¿No es usted él, verdad?

—No, me llamo Blodgett: Elexander Blodgett; el reverendo Elexander Blodgett debo decir, supongo, siendo como soy uno de los pobres servidores del Señor. Pero aun así soy perfectamente capaz de lamentarme por el señor Wilks por no llegar a tiempo, si es que se ha perdido algo por ello: lo que espero que no sea así.

—Bueno, no se pierde ninguna propiedad por ello, porque eso lo recibirá sin problemas; pero se ha perdido ver morir a su hermano Peter: lo que

puede que no le importe, nadie puede saberlo; pero su hermano habría dado cualquier cosa del mundo por verle antes de morir; no hablaba de otra cosa en estas tres semanas; no le había visto desde que eran niños juntos: y nunca había visto a su hermano William en absoluto: ese es el sordomudo: William no tiene más que treinta o treinta y cinco años. Peter y George fueron los únicos que vinieron aquí; George era el hermano casado; él y su mujer murieron el año pasado. Harvey y William son los únicos que quedan ahora; y, como decía, no han llegado a tiempo.

—¿Les mandó alguien recado?

—Oh, sí; hace un mes o dos, cuando Peter cayó enfermo por primera vez; porque Peter dijo entonces que tenía como la sensación de que esta vez no iba a ponerse bien. Ya ven, era bastante mayor, y las chicas de George eran demasiado jóvenes para hacerle mucha compañía, excepto Mary Jane, la pelirroja; y así estaba bastante solo después de que murieran George y su mujer, y no parecía tener muchas ganas de vivir. Tenía un deseo desesperado de ver a Harvey: y a William también, dicho sea de paso; porque era de esos que no pueden soportar hacer testamento. Dejó una carta para Harvey, y dijo que en ella le había dicho dónde estaba escondido el dinero, y cómo quería que se repartiera el resto de la propiedad para que las chicas de George estuvieran bien atendidas: porque George no dejó nada. Y esa carta fue lo único que pudieron conseguir que firmara.

—¿Por qué cree usted que Harvey no viene? ¿Dónde vive?

—Oh, vive en Inglaterra: en Sheffield: predica allí: nunca ha estado en este país. No ha tenido demasiado tiempo: y además puede que no haya recibido la carta, ya saben.

—Qué pena, qué pena que no haya podido vivir para ver a sus hermanos, pobrecillo. ¿Va usted a Nueva Orleans, dice?

—Sí, pero eso no es más que una parte. Voy en barco el miércoles que viene a Río de Janeiro, donde vive mi tío.

—Es un viaje bastante largo. Pero será precioso; ojalá fuera yo. ¿Mary Jane es la mayor? ¿Qué edad tienen las demás?

—Mary Jane tiene diecinueve, Susan quince, y Joanna tiene como catorce: esa es la que se dedica a las buenas obras y tiene un labio leporino.

— ¡Pobrecillas! Quedarse solas en el frío mundo así.

— Bueno, podrían estar peor. El viejo Peter tenía amigos, y no van a dejar que les pase nada. Está Hobson, el predicador bautista; y el diácono Lot Hovey, y Ben Rucker, y Abner Shackelford, y Levi Bell, el abogado; y el doctor Robinson, y sus mujeres, y la viuda Bartley, y: bueno, hay muchos; pero estos son con los que Peter trataba más, y sobre los que escribía a veces cuando escribía a casa; así que Harvey sabrá dónde buscar amigos cuando llegue.

Bueno, el viejo siguió haciendo preguntas hasta que prácticamente vació a ese joven. Maldita sea si no preguntó por todo el mundo y todo en ese bendito pueblo, y todo sobre los Wilks; y sobre el negocio de Peter: que era curtidor; y sobre el de George: que era carpintero; y sobre el de Harvey: que era un pastor disidente; y así sucesivamente. Luego dijo:

— ¿Para qué ha caminado hasta el vapor?

— Porque es un barco de Nueva Orleans, y tenía miedo de que no parara allí. Cuando van muy cargados no paran aunque les llamen. Un barco de Cincinnati sí para, pero este es de San Luis.

— ¿Era Peter Wilks un hombre acomodado?

— Oh, sí, bastante acomodado. Tenía casas y tierras, y se calcula que dejó tres o cuatro mil en efectivo escondidos en algún sitio.

— ¿Cuándo dijo que murió?

— No lo dije, pero fue anoche.

— El entierro mañana, seguramente.

— Sí, hacia mediodía.

— Bueno, es todo muy triste; pero todos tenemos que irnos, tarde o temprano. Así que lo que hay que hacer es estar preparados; entonces estamos bien.

— Sí, señor, es la mejor manera. Mamá siempre decía eso.

Cuando llegamos al barco estaba casi terminando de cargar, y al poco se puso en marcha. El rey no dijo nada de subir a bordo, así que al final me

perdí el viaje. Cuando el barco se fue el rey me hizo remar otra milla hasta un sitio solitario, y luego desembarcó y dijo:

— Ahora regresa deprisa, enseguida, y trae al duque hasta aquí, y los maletines nuevos. Y si se ha ido al otro lado, ve allá y tráele. Y dile que se arregle como Dios manda. Anda, muévete.

Vi lo que tramaba; pero claro que no dije nada. Cuando volví con el duque escondimos la canoa, y luego se sentaron en un tronco, y el rey le contó todo, exactamente como se lo había dicho el joven: palabra por palabra. Y todo el rato que lo estaba haciendo intentaba hablar como un inglés; y lo hacía bastante bien, para ser un gahnápiro. No puedo imitarle, así que no lo voy a intentar; pero realmente lo hacía bastante bien. Luego dijo:

— ¿Qué tal con el sordomudo, Bilgewater?

El duque dijo que le dejara eso a él; dijo que había interpretado a un sordomudo en las tablas histriónicas. Así que esperaron un vapor.

Hacia el mediodía llegaron un par de barcas pequeñas, pero no venían de bastante arriba del río; pero al fin llegó una grande, y la llamaron. Mandó su bote auxiliar, y subimos a bordo, y venía de Cincinnati; y cuando se enteraron de que solo queríamos ir cuatro o cinco millas se pusieron furiosos y nos echaron una maldición, y dijeron que no nos desembarcarían. Pero el rey estaba tranquilo. Dijo:

— Si unos caballeros pueden permitirse pagar un dólar la milla para que les embarquen y desembarquen en bote auxiliar, un vapor puede permitirse llevarlos, ¿no?

Así que se ablandaron y dijeron que estaba bien; y cuando llegamos al pueblo el bote auxiliar nos dejó en tierra. Unos dos docenas de hombres acudieron cuando vieron venir el bote auxiliar, y cuando el rey dijo:

— ¿Pueden decirme, señores, dónde vive el señor Peter Wilks? — Se miraron unos a otros, y asintieron con la cabeza, como diciendo: «¿Qué les dije?». Luego uno de ellos dijo, suave y amablemente:

— Lo siento, señor, pero lo mejor que podemos hacer es decirle dónde vivía ayer por la tarde.

De repente, como un parpado, el viejo granuja se deshizo todo, y se desplomó contra el hombre, y le puso el mentón en el hombro, y lloró sobre su

espalda, y dijo:

— ¡Ay, ay, nuestro pobre hermano: se ha ido, y nunca llegamos a verle; oh, es demasiado, demasiado duro!

Luego se dio la vuelta, sollozando, e hizo un montón de señas idiotas al duque con las manos, y maldita sea si el duque no dejó caer un maletín y rompió a llorar. Si no eran los más redomados de todos, esos dos farsantes, que yo haya visto nunca.

Bueno, los hombres se reunieron a su alrededor y les compadecieron, y les dijeron toda clase de cosas amables, y les subieron los maletines colina arriba, y les dejaron apoyarse en ellos y llorar, y le contaron al rey todos los últimos momentos de su hermano, y el rey se los repitió todos al duque por señas, y los dos se lamentaron por ese curtidor muerto como si hubieran perdido a los doce apóstoles. Bueno, si alguna vez he visto algo así, que me llamen negro. Era suficiente para hacer sentir a uno avergonzado de la raza humana.

## XXV

La noticia corrió por todo el pueblo en dos minutos, y se veía a la gente bajar corriendo desde todas partes, algunos poniéndose la chaqueta mientras venían. Al poco estábamos en medio de una multitud, y el ruido de los pasos era como una marcha militar. Las ventanas y los patios estaban llenos; y a cada momento alguien decía desde una valla:

— ¿Son ellos?

Y alguien que trotaba junto a la pandilla contestaba:

— Pues claro que sí.

Cuando llegamos a la casa la calle de delante estaba abarrotada, y las tres chicas estaban en la puerta. Mary Jane era pelirroja, pero eso no importa, era de una hermosura imponente, y tenía la cara y los ojos iluminados como la gloria, de lo contenta que estaba de que hubieran llegado sus tíos. El rey extendió los brazos, y Mary Jane se lanzó hacia ellos, y la del labio leporino se lanzó hacia el duque, ¡y allí estaban! Casi todo el mundo, por lo menos las mujeres, lloró de alegría al verles reunirse al fin y pasarlo tan bien.

Luego el rey le dio un codazo al duque en privado: le vi hacerlo; y luego miró alrededor y vio el ataúd, en el rincón sobre dos sillas; así que él y el duque, con un brazo sobre el hombro del otro y la otra mano en los ojos, caminaron despacio y solemnes hasta allá, retrocediendo todos para dejarles paso, y cesando toda charla y ruido, diciendo la gente «chist», y todos los hombres quitándose el sombrero y bajando la cabeza, de modo que se habría podido oír caer un alfiler. Y cuando llegaron se inclinaron y miraron dentro del ataúd, y echaron un vistazo, y entonces rompieron a llorar de tal forma que casi se les habría oído desde Nueva Orleáns; y luego se pusieron los brazos alrededor del cuello del otro, y apoyaron el mentón en el hombro del otro; y durante tres minutos, quizás cuatro, nunca vi a dos hombres gotear de ese modo. Y, fíjense, todo el mundo hacía lo mismo; y el lugar estaba tan húmedo que nunca había visto nada igual. Luego uno se puso a un lado del ataúd, y el otro al otro lado, y se arrodillaron y apoyaron la frente en el ataúd, y fingieron rezar para sus adentros. Bueno, cuando llegó a eso, obró sobre la multitud como nunca se ha visto nada igual, y todo el mundo se derrumbó y se echó a sollozar a pleno pulmón: las pobres chicas también; y casi todas las mujeres se acercaron a las chicas, sin decir una palabra, y les dieron un beso solemne en la frente, y luego les pusieron la mano en la cabeza, y miraron al cielo con las lágrimas corriendo, y luego rompieron a llorar y se alejaron sollozando y enjugándose, y le dejaron el sitio a la siguiente. Nunca vi nada tan repugnante.

Bueno, al cabo el rey se levantó y avanzó un poco, y se puso en marcha y soltó un discurso todo lleno de lágrimas y pamplinas sobre lo dura prueba que era para él y su pobre hermano perder al difunto, y no haber podido ver al difunto con vida después del largo viaje de seis mil kilómetros, pero que es una prueba que nos han endulzado y santificado esta querida simpatía y estas lágrimas sagradas, y por eso les da las gracias de corazón y del corazón de su hermano, porque de su boca no pueden, siendo las palabras

demasiado débiles y frías, y todo ese tipo de basura y blandenguerías, hasta que daba náuseas; y luego solloza un piadoso amén de santurrón, y se suelta y se pone a llorar a moco tendido.

Y al minuto de terminar las palabras alguien de la multitud entonó la doxología, y todo el mundo se unió con todas sus fuerzas, y te calentaba el corazón y te hacía sentir tan bien como cuando sale uno de la iglesia. La música es una buena cosa; y después de tanta manteca de alma y tanta sandez nunca la vi refrescar las cosas así, y sonar tan honesta y tan bien.

Luego el rey vuelve a abrir el pico, y dice que él y sus sobrinas estarían encantados de que unos pocos de los principales amigos de la familia cenaran allí con ellos esta noche, y les acompañaran en el velatorio de las cenizas del difunto; y dice que si su pobre hermano que yace allí pudiera hablar sabe muy bien a quién nombraría, porque eran nombres que le eran muy queridos y que mencionaba a menudo en sus cartas; y así los nombrará él mismo, a saber, como sigue, es decir: el reverendo señor Hobson, y el diácono Lot Hovey, y el señor Ben Rucker, y Abner Shackelford, y Levi Bell, y el doctor Robinson, y sus señoras, y la viuda Bartley.

El reverendo Hobson y el doctor Robinson estaban al otro extremo del pueblo de cacería juntos: es decir, el doctor estaba despachando a un enfermo al otro mundo, y el predicador le apuntaba bien el camino. El abogado Bell estaba en Louisville por negocios. Pero los demás estaban presentes, y todos vinieron y le estrecharon la mano al rey y le dieron las gracias y hablaron con él; y luego le estrecharon la mano al duque y no dijeron nada, sino que siguieron sonriendo y asintiendo con la cabeza como una pandilla de papanatas mientras él hacía toda clase de señas con las manos y decía «gu-gu, gu-gu-gu» todo el tiempo, como un bebé que no sabe hablar.

Así que el rey siguió parloteando, y se las arregló para preguntar por casi todo el mundo y todo perro del pueblo, por su nombre, y mencionó toda clase de pequeñas cosas que habían ocurrido en una u otra ocasión en el pueblo, o a la familia de George, o a Peter. Y siempre daba a entender que Peter se las había escrito; pero era mentira: sacó cada una de ellas de ese joven papanatas al que habíamos llevado en canoa hasta el vapor.

Luego Mary Jane trajo la carta que su padre había dejado, y el rey la leyó en voz alta y lloró sobre ella. Dejaba la casa y tres mil dólares en oro a las chicas; y dejaba la tenería (que iba bien), junto con otras casas y tierras (que

valían unos siete mil), y tres mil dólares en oro a Harvey y William, y decía dónde estaban escondidos los seis mil en efectivo en el sótano. Así que estos dos farsantes dijeron que irían a buscarlos, y que todo sería recto y transparente; y me dijeron que viniera con una vela. Cerramos la puerta del sótano detrás de nosotros, y cuando encontraron la bolsa la vaciaron en el suelo, y era una vista preciosa, todos esos cintillos amarillos. ¡Cómo brillaban los ojos del rey! Le da una palmada al duque en el hombro y dice:

— ¡Vaya, esto no está nada mal! ¡Oh, no, ya lo creo que no! Vamos, vaya, supera al Incomparable, ¿a que sí?

El duque reconoció que sí. Manosearon los cintillos, y los hicieron pasar por entre los dedos y los dejaron repiquetear en el suelo; y el rey dijo:

— No hay nada que hablar; ser hermanos de un muerto rico y representantes de herederos extranjeros que se han quedado sin nada es el negocio para tú y para mí, Bilge. Esto viene de confiar en la Providencia. Es la mejor manera, a la larga. Las he probado todas, y no hay manera mejor.

A la mayoría le habría bastado con el montón y se lo habría tomado sin más; pero ellos no: tenían que contarlos. Lo cuentan, y resultan cuatrocientos quince dólares menos. Dice el rey:

— Maldita sea, me pregunto qué habrá hecho con esos cuatrocientos quince dólares.

Se preocuparon por eso un rato, y registraron por todos lados buscándolos. Luego el duque dijo:

— Bueno, estaba bastante enfermo, y probablemente se equivocó; creo que fue algo así. Lo mejor es dejarlo correr y callarse. Podemos prescindir de ellos.

— Oh, vamos, sí que podemos. No me importa nada eso: es la cuenta lo que me preocupa. Aquí queremos ser muy rectos y abiertos y transparentes, ¿saben? Queremos subir este dinero arriba y contarlos delante de todos: así no hay nada sospechoso. Pero cuando el muerto dice que hay seis mil dólares, ya saben, no queremos...

— Espera — dijo el duque —. Completemos el déficit. — Y se puso a sacar cintillos del bolsillo.

—Es una idea estupendísima, duque: tienes una cabeza de lo más lista — dijo el rey—. Bendito sea si el viejo Incomparable no nos echa una mano otra vez. —Y se puso a sacar cintillos y a apilarlos.

Casi les dejó en la ruina, pero completaron los seis mil limpios y claros.

—Oye —dijo el duque—, se me ocurre otra cosa. Subamos arriba y contemos este dinero, y luego dáselo a las chicas.

—¡Dios mío, duque, déjame que te abrace! Es la idea más deslumbrante que se le ha ocurrido nunca a un hombre. Tienes sin duda la cabeza más asombrosa que he visto en mi vida. Oh, este es el truco maestro, no hay duda. Que vengan ahora con sus sospechas si quieren: esto las deja sin argumentos.

Cuando subimos arriba todo el mundo se reunió alrededor de la mesa, y el rey lo contó y lo apiló, trescientos dólares en montón: veinte montoncitos elegantes. Todo el mundo los miraba con hambre y se relamía los labios. Luego lo metieron de vuelta en la bolsa, y vi al rey ponerse a hincharse para otro discurso. Dijo:

—Amigos todos, mi pobre hermano que yace allí se ha portado con generosidad con los que quedan en el valle de lágrimas. Se ha portado con generosidad con estos pobres corderitos que amó y amparó, y que han quedado huérfanos de padre y de madre. Sí, y los que le conocíamos sabemos que habría sido más generoso con ellos de no haber tenido miedo de herir a su querido William y a mí. ¿Verdad que sí? En mi mente no hay ninguna duda al respecto. Bien, ¿qué clase de hermanos serían los que se pusieran en su camino en un momento como este? ¿Y qué clase de tíos serían los que robarían: sí, robarían, a estos pobres dulces corderitos a los que tanto quería en un momento como este? Si conozco a William, y creo que sí, él... bueno, se lo voy a preguntar. —Se vuelve y se pone a hacer un montón de señas al duque con las manos, y el duque le mira un momento con cara de pasmo y cabeza de cuero; de repente parece captarle el significado, y se lanza hacia el rey haciendo guguús con todas sus fuerzas de alegría, y le abraza unas quince veces antes de soltarle. Entonces el rey dijo: —Lo sabía; creo que eso le convencerá a cualquiera de lo que siente. Aquí, Mary Jane, Susan, Joanna, tomad el dinero: tomadlo todo. Es el regalo del que yace allí, frío pero dichoso.

Mary Jane se lanzó hacia él, Susan y la del labio leporino hacia el duque, y entonces tales abrazos y besos como nunca he visto. Y todo el mundo se apiñó con las lágrimas en los ojos, y casi le arrancaron las manos a esos farsantes, diciendo todo el rato:

— ¡Almas queridas y buenas! ¡Qué hermoso! ¡Cómo han podido!

Bueno, pues al poco todos se pusieron a hablar otra vez del difunto, y de lo bueno que era, y qué pérdida tan grande, y todo eso; y al poco un hombre grande de mandíbula de hierro se abrió paso desde fuera y se quedó escuchando y mirando, sin decir nada; y nadie le dijo nada tampoco, porque el rey estaba hablando y todos estaban ocupados escuchando. El rey decía, en medio de algo que había empezado:

— ...por ser amigos íntimos del difunto. Por eso se les ha invitado aquí esta noche; pero mañana queremos que vengan todos: todo el mundo; porque respetaba a todo el mundo, le gustaba todo el mundo, y por eso es justo que sus exequias fúnebres sean públicas.

Y siguió ensimismado y ensimismado, gustándole oírse hablar, y de vez en cuando volvía a meter sus exequias fúnebres, hasta que el duque ya no pudo aguantarlo más; así que escribe en un pedacito de papel «Honras fúnebres, viejo idiota», lo dobla, y se pone a hacer guguús y a pasárselo por encima de las cabezas de la gente. El rey lo lee y se lo mete en el bolsillo, y dice:

— El pobre William, por muy afligido que esté, siempre tiene el corazón en su sitio. Me pide que invite a todo el mundo al entierro: quiere que les dé la bienvenida a todos. Pero no tenía que haberse preocupado: era justo lo que estaba haciendo.

Luego siguió como si nada, perfectamente tranquilo, y volvió a meter sus exequias fúnebres de vez en cuando, igual que antes. Y cuando lo hizo por tercera vez dijo:

— Digo exequias, no porque sea el término corriente, porque no lo es: honras fúnebres es el término corriente; sino porque exequias es el término justo. Honras fúnebres ya no se usa en Inglaterra: ha caído en desuso. En Inglaterra decimos exequias ahora. Exequias es mejor, porque significa lo que se busca con más exactitud. Es una palabra formada del griego orgo,

afuera, abierto, al descubierto; y del hebreo jeesum, plantar, cubrir; de ahí inter. Así que, como ven, exequias fúnebres es un entierro abierto o público.

Era lo más grande que había visto. Bueno, el hombre de mandíbula de hierro se rió en su cara. Todo el mundo se escandalizó. Todo el mundo dijo: «Pero, doctor», y Abner Shackelford dijo:

—Pero Robinson, ¿no ha oído las noticias? Este es Harvey Wilks.

El rey sonrió ansioso y extendió la zarpa, y dijo:

—¿Es el querido y buen amigo y médico de mi pobre hermano? Yo...

—¡Quite las manos de encima! —dijo el doctor—. Habla usted como un inglés, ¿verdad? Es la peor imitación que he oído en mi vida. ¿El hermano de Peter Wilks? ¡Es usted un farsante, eso es lo que es!

¡Vaya cómo se pusieron todos! Se apiñaron alrededor del doctor e intentaron calmarle, e intentaron explicarle y decirle de cuarenta maneras que Harvey había demostrado ser Harvey, y que conocía a todo el mundo por su nombre, y los nombres de todos los perros, y le suplicaron que no hiriese los sentimientos de Harvey ni los sentimientos de las pobres chicas, y todo eso. Pero de nada sirvió; siguió arrasando, y dijo que cualquier hombre que fingiera ser inglés y no supiera imitar el habla mejor de lo que lo hacía era un farsante y un mentiroso. Las pobres chicas estaban colgadas del rey llorando; y de repente el doctor se volvió hacia ellas. Dijo:

—Era amigo de su padre, y soy amigo de ustedes; y les advierto como amigo, y uno honesto que quiere protegerlas y alejarlas del daño y los problemas, que le vuelvan la espalda a ese bribón y no tengan nada que ver con él, el vagabundo ignorante, con su griego y su hebreo idiotas, como él los llama. Es el impostor más evidente que existe: ha llegado aquí con un montón de nombres y datos vacíos que recogió en algún sitio, y ustedes los toman por pruebas, y se dejan engañar por estos amigos tontos de aquí, que deberían saber más. Mary Jane Wilks, usted me conoce como su amigo, y como un amigo desinteresado también. Escúcheme ahora; eche a este miserable bellaco: se lo ruego. ¿Lo hará?

Mary Jane se irguió, ¡y vaya si era hermosa! Dijo:

—Aquí está mi respuesta. —Levantó la bolsa de dinero y se la puso en las manos al rey, y dijo: —Tome estos seis mil dólares, e inviértalos por mí

y por mis hermanas como quiera, y no nos dé ningún recibo.

Luego puso el brazo alrededor del rey por un lado, y Susan y la del labio leporino hicieron lo mismo por el otro. Todo el mundo aplaudió y dio patadas en el suelo como una tormenta perfecta, mientras el rey levantaba la cabeza y sonreía orgulloso. El doctor dijo:

—Muy bien; me lavo las manos del asunto. Pero les advierto a todos que llegará un momento en que se pondrán enfermos cada vez que piensen en este día. —Y se fue.

—Muy bien, doctor —dijo el rey, burlándose un poco—; procuraremos que le manden a buscar. —Lo que hizo reír a todos, y dijeron que era un golpe de primera.

## XXVI

Bueno, cuando todos se hubieron ido el rey le preguntó a Mary Jane de cuartos de sobra disponían, y ella dijo que tenía uno libre, que serviría para el tío William, y que le daría su propio cuarto al tío Harvey, que era un poco más grande, y que ella se pasaría al cuarto con sus hermanas y dormiría en un catre; y en el desván había un cuartucho pequeño con un jergón. El rey dijo que el cuartucho le serviría a su ayuda de cámara: queriendo decir yo.

Así que Mary Jane nos subió, y les mostró sus cuartos, que eran sencillos pero agradables. Dijo que sacaría sus vestidos y algunas otras cosas de su cuarto si estorbaban al tío Harvey, pero él dijo que no estorbaban. Los vestidos colgaban a lo largo de la pared, y delante de ellos había una cortina de calicot que llegaba hasta el suelo. Había un viejo baúl de pelo en un rincón, y una caja de guitarra en otro, y toda clase de pequeñas chucherías y baratijas por allí, como las que usan las chicas para animar un cuarto. El rey dijo que todo resultaba más acogedor y más agradable por esos adornos, así que

que no los tocaran. El cuarto del duque era bastante pequeño, pero más que suficiente, y el mío también.

Esa noche celebraron una gran cena, y todos esos hombres y mujeres estuvieron allí, y yo me puse detrás de las sillas del rey y del duque y les serví, y los negros sirvieron al resto. Mary Jane presidía la mesa, con Susan a su lado, y decía lo malos que estaban los bollos, y lo mediocres que estaban las conservas, y lo ordinarios y duros que estaban los pollos fritos: y toda esa clase de tonterías que hacen siempre las mujeres para provocar cumplidos; y la gente sabía que todo estaba de primera y lo decía: «¿Cómo consigue que los bollos se doren tan bien?» y «¿Dónde demonios ha conseguido estos encurtidos tan asombrosos?» y toda esa clase de charla adulatoria de pacotilla, como hace siempre la gente en las cenas, ya saben.

Y cuando todo acabó, Joanna y yo cenamos en la cocina con las sobras, mientras los demás ayudaban a los negros a limpiar las cosas. Joanna se puso a sonsacarme sobre Inglaterra, y bendita sea si no creí que el hielo se estaba poniendo muy fino a veces. Dijo:

—¿Has visto al rey alguna vez?

—¿A quién? ¿A Guillermo IV? Pues claro que sí: va a nuestra iglesia. — Sabía que llevaba años muerto, pero no lo demostré. Así que cuando digo que va a nuestra iglesia, ella dice:

—¿Cómo? ¿Con regularidad?

—Sí, con regularidad. Su banco está justo enfrente del nuestro, al otro lado del púlpito.

—Creía que vivía en Londres.

—Bueno, sí vive. ¿Dónde si no?

—Pero creía que tú vivías en Sheffield.

Vi que me había metido en un atolladero. Tuve que fingir que me atragantaba con un hueso de pollo, para ganar tiempo para pensar cómo salir. Luego dije:

—Quiero decir que va a nuestra iglesia con regularidad cuando está en Sheffield. Eso es solo en verano, cuando viene a tomar los baños de mar.

—Pero vamos, cómo hablas: Sheffield no está en el mar.

—¿Y quién ha dicho que sí?

—Pues tú.

—Eso no es lo que he dicho.

—¡Que sí!

—Que no.

—¡Que sí!

—No he dicho nada de eso.

—Bueno, ¿qué has dicho entonces?

—He dicho que viene a tomar los baños de mar: eso es lo que he dicho.

—Bueno, entonces ¿cómo va a tomar los baños de mar si no está en el mar?

—Oye —digo—, ¿has visto alguna vez agua de Marienbad?

—Sí.

—¿Y has tenido que ir a Marienbad para conseguirla?

—Pues no.

—Bueno, pues Guillermo IV tampoco tiene que ir al mar para tomar un baño de mar.

—¿Cómo lo consigue entonces?

—Lo consigue de la misma manera que la gente de aquí consigue el agua de Marienbad: en barriles. Allí en el palacio de Sheffield tienen calderas, y quiere el agua caliente. No pueden hervir esa cantidad de agua allá lejos en el mar. No tienen las instalaciones para ello.

—Ah, ya entiendo. Podrías haberlo dicho desde el principio y haberte ahorrado tiempo.

Cuando dijo eso vi que había salido del bosque otra vez, y me sentí cómodo y contento. Luego dijo:

—¿Tú también vas a la iglesia?

—Sí, con regularidad.

—¿Dónde te sientas?

—Pues en nuestro banco.

—¿En el banco de quién?

—En el nuestro: en el de tu tío Harvey.

—¿En el suyo? ¿Para qué quiere él un banco?

—Para sentarse. ¿Para qué creías que lo quería?

—Bueno, creía que estaría en el púlpito.

Maldita sea, me olvidé de que era predicador. Vi que me había metido en otro atolladero, así que usé otro hueso de pollo y me tomé otro momento para pensar. Luego dije:

—Diantres, ¿crees que no hay más que un predicador en una iglesia?

—Pues ¿para qué quieren más?

—¿Cómo? ¿Para predicar delante de un rey? Nunca he visto una chica como tú. No tienen menos de diecisiete.

—¡Diecisiete! ¡Santo cielo! Pues yo no me quedaría sentada aguantando semejante sarta, ni aunque fuera el único modo de llegar a la gloria. Tiene que llevarles una semana.

—Vamos, no predicán todos el mismo día: solo uno.

—Entonces ¿qué hacen los demás?

—Oh, nada mucho. Holgazanear, pasar el cepillo, y una cosa y otra. Pero principalmente no hacen nada.

—Entonces ¿para qué sirven?

—Pues son para el boato. ¿Es que no sabes nada?

—Bueno, no quiero saber semejante bobada. ¿Cómo tratan a los criados en Inglaterra? ¿Los tratan mejor que nosotros a nuestros negros?

—¡No! Un criado no es nadie allí. Los tratan peor que a los perros.

—¿No les dan fiestas, como hacemos nosotros en Navidad y en Año Nuevo, y el Cuatro de Julio?

— ¡Escucha eso! Cualquiera sabría que nunca has estado en Inglaterra. Pues, Jo..., Joanna, no ven una fiesta de un año para otro; nunca van al circo, ni al teatro, ni a los espectáculos de negros, ni a ningún sitio.

— ¿Ni a la iglesia?

— Ni a la iglesia.

— Pero tú siempre ibas a la iglesia.

Bueno, me había metido en otro lío. Me olvidé de que era el criado del viejo. Pero al minuto siguiente me lancé con una especie de explicación de cómo un ayuda de cámara era diferente de un criado corriente y tenía que ir a la iglesia quisiera o no, y sentarse con la familia, por ser ley. Pero no lo hice muy bien, y cuando terminé vi que no estaba satisfecha. Dijo:

— A ver, de verdad de la buena, ¿no me has estado contando un montón de mentiras?

— De verdad de la buena — dije yo.

— ¿Ninguna?

— Ninguna. Ni una mentira — dije yo.

— Pon la mano en este libro y dilo.

Vi que no era más que un diccionario, así que puse la mano y lo dije. Entonces pareció estar un poco más satisfecha y dijo:

— Bueno, entonces me creeré algo; pero que me aspen si me creo el resto.

— ¿Qué es lo que no te crees, Juana? — dijo Mary Jane entrando con Susan detrás—. No está bien ni es amable hablarle así a él, siendo forastero y tan lejos de los suyos. ¿Cómo te gustaría a ti que te trataran así?

— Esa eres siempre tú, Maim: siempre metiéndote a ayudar a alguien antes de que le hayan hecho daño. Yo no le he hecho nada. Ha contado algunos embustes, creo yo, y he dicho que no me lo tragaría todo; y eso es todo lo que he dicho, lo que hay y no hay más. Supongo que puede aguantar una cosita así, ¿no?

— No me importa si es pequeña o si es grande; está en nuestra casa y es forastero, y no estuvo bien que lo dijeras. Si estuvieras en su lugar te daría

vergüenza; y por eso no deberías decirle a otra persona algo que le haga sentir vergüenza.

—Pero, Mam, él dijo...

—No importa lo que dijera: ese no es el asunto. El asunto es tratarle bien, y no decir cosas que le hagan recordar que no está en su país y entre los suyos.

Me dije: ¡esta es una chica a la que estoy dejando que ese viejo reptil le robe el dinero!

Luego Susan entró airosa; y si me lo creen, le dio a la del labio leporino lo suyo de verdad.

Me dije: ¡y esta es otra a la que le estoy dejando que le robe el dinero!

Luego Mary Jane volvió a coger carrerilla, y entró dulce y adorable de nuevo, que era su manera; pero cuando acabó apenas quedaba nada de la pobre Joanna. Así que esta se echó a llorar.

—Bien —dijeron las otras chicas—: entonces pídele perdón.

Y lo hizo; y lo hizo de una manera preciosa. Lo hizo tan bien que daba gusto escucharlo; y deseé poder contarle mil mentiras para que pudiera volver a hacerlo.

Me dije: esta es otra a la que le estoy dejando que le robe el dinero. Y cuando terminó, todas se volcaron en hacerme sentir como en casa y que estaba entre amigos. Me sentí tan ruin y rastroso y mezquino que me dije: tengo el propósito tomado; voy a salvar ese dinero para ellas o lo intentaré hasta reventar.

Así que me despedí: a la cama, dije, queriendo decir en algún momento u otro. Cuando me quedé solo me puse a darle vueltas al asunto. Me dije: ¿voy a ese doctor en privado, y les delato a estos farsantes? No: eso no vale. Podría decir quién se lo había contado; entonces el rey y el duque me harían la vida imposible. ¿Voy en privado y le cuento a Mary Jane? No: no me atrevo. Su cara les daría una pista seguro; tienen el dinero, y se escurrirían y se irían con él. Si ella pedía ayuda yo me vería mezclado en el asunto antes de que terminara, calculo. No; no hay más que una buena manera. Tengo que robar ese dinero de algún modo; y tengo que robarlo de manera que no sospechen que fui yo. Tienen aquí un buen filón, y no se van a ir hasta que

hayan sacado todo el jugo a esta familia y a este pueblo, así que tendré tiempo de encontrar ocasión. Lo robaré y lo esconderé; y luego, cuando esté río abajo cien o doscientas millas, le escribiré a Mary Jane una carta diciéndole dónde está escondido. Pero mejor que lo guarde esta noche si puedo, porque el doctor quizás no ha aflojado tanto como aparenta; podría asustarles y sacarles de aquí todavía.

Así que pienso: iré a registrar esos cuartos. Arriba el pasillo estaba oscuro, pero encontré el cuarto del duque y empecé a palpar por él con las manos; pero recordé que no sería muy propio del rey dejar que nadie más que él mismo cuidara ese dinero; así que fui a su cuarto y empecé a palpar por allí. Pero vi que no podía hacer nada sin una vela, y claro que no me atrevía a encender una. Así que calculé que tendría que hacer lo otro: esperarles al acecho y escuchar a escondidas. Justo en ese momento oí sus pasos venir, e iba a escurrirme bajo la cama; lo busqué, pero no estaba donde creía; pero toqué la cortina que ocultaba los vestidos de Mary Jane, así que me metí detrás y me acomodé entre los vestidos, y me quedé allí perfectamente quieto.

Entraron y cerraron la puerta; y lo primero que hizo el duque fue agacharse y mirar bajo la cama. Entonces me alegré de no haber encontrado la cama cuando la quería. Y sin embargo, ya saben, es bastante natural esconderse bajo la cama cuando uno está haciendo algo privado. Se sentaron, y el rey dijo:

—Bueno, ¿de qué se trata? Y hazlo bastante breve, porque es mejor para nosotros estar abajo animando el duelo que aquí dándoles la oportunidad de hablar de nosotros.

—Bueno, es esto, Capet. No estoy tranquilo; no estoy cómodo. El doctor me pesa en la cabeza. Quería saber cuáles son tus planes. Se me ha ocurrido algo, y creo que es sensato.

—¿Qué es, duque?

—Que es mejor que nos deslicemos fuera de aquí antes de las tres de la mañana, y nos lancemos río abajo con lo que tenemos. Sobre todo teniendo en cuenta que lo conseguimos tan fácilmente: nos lo dieron, nos lo arrojaron a la cabeza, por así decir, cuando claro que pensábamos que tendríamos que robárselo de vuelta. Estoy a favor de dejarlo y largarnos.

Eso me hizo sentir bastante mal. Una hora o dos antes habría sido un poco diferente, pero ahora me hizo sentir mal y decepcionado. El rey soltó:

—¿Cómo? ¿Y sin vender el resto de la propiedad? ¿Largarnos como una pandilla de tontos y dejar ocho o nueve mil dólares en propiedad tirados ahí sufriendo para que alguien los recoja, y todo de buena calidad y vendible también?

El duque rezongó; dijo que la bolsa de oro era suficiente, y que no quería meterse más hondo: no quería robarle a un montón de huérfanos todo lo que tenían.

—¡Vaya forma de hablar! —dijo el rey—. No les vamos a robar nada más que este dinero. Los que compren la propiedad son los que sufren; porque en cuanto se descubra que no éramos los dueños: que no tardará mucho después de que nos hayamos ido, la venta no será válida, y todo volverá a la herencia. Estos huérfanos recuperarán su casa, y con eso tienen bastante; son jóvenes y vivarachos, y pueden ganarse la vida fácilmente. No van a sufrir. Vamos, piénsalo: hay miles y miles que no están ni de lejos tan bien. Bendita sea, no tienen nada de qué quejarse.

Bueno, el rey le dejó sin argumentos; así que al final cedió, y dijo de acuerdo, pero dijo que creía que era una solemne tontería quedarse, con ese doctor encima de ellos. Pero el rey dijo:

—¡Al diablo con el doctor! ¿Qué nos importa a nosotros? ¿No tenemos a todos los tontos del pueblo de nuestra parte? ¿Y no es eso mayoría suficiente en cualquier pueblo?

Así que se prepararon para bajar otra vez. El duque dijo:

—No creo que hayamos puesto el dinero en un buen sitio.

Eso me animó. Había empezado a pensar que no iba a conseguir ninguna pista de ningún tipo que me ayudara. El rey dijo:

—¿Por qué?

—Porque Mary Jane va a estar de luto desde ahora; y lo primero que sabes es que el negro que arregla los cuartos recibirá la orden de empaquetar esas ropas y guardarlas; ¿y crees que un negro puede dar con dinero y no tomarse prestado algo?

—Tienes la cabeza bien puesta otra vez, duque —dijo el rey; y vino hurgando bajo la cortina a dos o tres pies de donde yo estaba. Me pegué a la pared y me quedé muy quieto, aunque temblando; y me pregunté qué le dirían esos tipos si me cogían; e intenté pensar qué era lo mejor que podía hacer si me cogían. Pero el rey cogió la bolsa antes de que yo pudiera pensar más que medio pensamiento, y nunca sospechó que yo estaba por allí. Metieron y empujaron la bolsa por un rasgón en el colchón de paja que había bajo el colchón de plumas, y la introdujeron un pie o dos entre la paja y dijeron que ya estaba bien, porque un negro solo hace el colchón de plumas, y no da vuelta al colchón de paja más que unas dos veces al año, y así no había peligro de que la robaran ahora.

Pero yo lo sabía mejor. La saqué de allí antes de que hubieran llegado a mitad de la escalera. Fui a tientas hasta mi cuartucho, y la escondí allí hasta que pudiera encontrar algo mejor. Calculé que era mejor esconderla fuera de la casa en algún sitio, porque si la echaban de menos registrarían bien la casa: eso lo sabía muy bien. Luego me acosté, con la ropa puesta; pero no habría podido dormir aunque lo hubiera intentado, de lo nervioso que estaba por acabar con el asunto. Al cabo oí subir al rey y al duque; así que me bajé del jergón y me quedé tumbado con el mentón en lo alto de la escalerilla, esperando a ver si iba a pasar algo. Pero no pasó nada.

Así que aguanté hasta que todos los ruidos de última hora habían cesado y los de primera hora todavía no habían empezado; y luego bajé la escalerilla.

## XXVII

Me arrastré hasta sus puertas y escuché: roncaban. Así que avancé de puntillas y bajé las escaleras sin problemas. No había ningún ruido en ningún sitio. Me asomé por una rendija de la puerta del comedor, y vi a los hom-

bres que velaban el cadáver profundamente dormidos en sus sillas. La puerta al salón, donde estaba el cadáver, estaba abierta, y había una vela en ambos cuartos. Pasé, y la puerta del salón estaba abierta; pero vi que no había nadie allí más que los restos de Peter; así que pasé de largo; pero la puerta delantera estaba cerrada con llave y la llave no estaba. Justo entonces oí venir a alguien escaleras abajo, por detrás de mí. Corrí al salón y eché un vistazo rápido alrededor, y el único sitio donde vi para esconder la bolsa era en el ataúd. La tapa estaba corrida como un palmo, mostrando la cara del muerto allá dentro, con un paño húmedo encima, y su mortaja puesta. Metí la bolsa de dinero bajo la tapa, justo más abajo de donde tenía las manos cruzadas, lo que me puso la piel de gallina, de lo frías que estaban, y luego volví corriendo al otro lado del cuarto y me metí detrás de la puerta.

La persona que venía era Mary Jane. Fue al ataúd muy suavemente, y se arrodilló y miró dentro; luego sacó el pañuelo, y vi que empezó a llorar, aunque no podía oírla, y me daba la espalda. Me escurrí, y al pasar por el comedor pensé que era mejor asegurarme de que los vigilantes no me habían visto; así que miré por la rendija, y todo estaba bien. No se habían movido.

Subí a la cama sintiéndome bastante triste, por la manera en que las cosas habían salido después de tanto trabajo y tanto riesgo que me había tomado. Me dije: si pudiera quedarse donde está, bien; porque cuando hayamos bajado cien o doscientas millas por el río podría escribirle a Mary Jane, y ella podría desenterrarle y recogerlo; pero eso no es lo que va a pasar; lo que va a pasar es que el dinero se encontrará cuando vengán a atornillar la tapa. Entonces el rey lo tendrá de vuelta, y pasará mucho tiempo antes de que le dé a alguien otra oportunidad de sisárselo. Claro que quería bajar deslizándome y sacarlo de allí, pero no me atrevía. Cada minuto se iba haciendo más claro, y pronto alguno de los vigilantes empezaría a moverse, y podría que me cogieran: me cogieran con seis mil dólares en las manos que nadie me había encargado cuidar. No quiero meterme en semejantes líos, me dije.

Cuando bajé por la mañana el salón estaba cerrado, y los vigilantes se habían ido. No había nadie más que la familia y la viuda Bartley y nuestra tribu. Observé las caras para ver si había pasado algo, pero no podía decirlo.

Hacia mediodía llegó el enterrador con su ayudante, y pusieron el ataúd en el centro del cuarto sobre un par de sillas, y luego pusieron todas nues-

tras sillas en filas, y tomaron más prestadas de los vecinos hasta que el recibidor y el salón y el comedor estuvieron llenos. Vi que la tapa del ataúd estaba como antes, pero no me atreví a mirar por debajo con gente alrededor.

Luego la gente empezó a afluir, y los impostores y las chicas ocuparon sus asientos en la primera fila a la cabecera del ataúd, y durante media hora la gente desfiló despacio, en fila individual, y miró la cara del muerto un momento, y algunos dejaron caer una lágrima, y todo era muy tranquilo y solemne, solo las chicas y los impostores con los pañuelos en los ojos y las cabezas gachas, sollozando un poco. No había ningún otro sonido más que el arrastre de los pies en el suelo y el sonarse las narices, porque la gente siempre se suena más en un entierro que en cualquier otro sitio excepto en la iglesia.

Cuando el lugar estuvo lleno, el enterrador fue deslizándose con sus guantes negros y sus maneras suaves y reconfortantes, dando los últimos toques, y poniendo a la gente y las cosas en orden y a gusto, sin hacer más ruido que un gato. No habló nunca; movió a la gente de sitio, apretó a los que llegaban tarde, abrió pasillos, y todo con gestos de cabeza y señas con las manos. Luego ocupó su puesto junto a la pared. Era el hombre más suave, más deslizante, más sigiloso que he visto nunca; y no tenía más sonrisa que un jamón.

Habían tomado prestado un armonio: uno con mala salud; y cuando todo estuvo listo una joven se sentó y lo tocó, y estaba bastante chillón y destemplado, y todo el mundo se unió y cantó, y Peter era el único que estaba bien, en mi opinión. Luego el reverendo Hobson empezó, despacio y solemne, y comenzó a hablar; y de repente estalló en el sótano el escándalo más descomunal que un cuerpo haya oído nunca; era solo un perro, pero armaba un ruido poderosísimo, y siguió y siguió; el pastor tuvo que quedarse allí de pie, sobre el ataúd, esperando: no se podía oír ni el pensamiento. Era de lo más incómodo, y nadie parecía saber qué hacer. Pero al poco vieron a ese enterrador de piernas largas hacer una seña al predicador que venía a decir: «No se preocupe: confíe en mí». Luego se agachó y empezó a deslizarse por la pared, mostrando solo los hombros por encima de las cabezas de la gente. Así se fue deslizando, y el alboroto y el escándalo haciéndose más y más descomunal todo el rato; y al final, cuando había rodeado dos lados del cuarto, desapareció por el sótano. Luego en dos segundos se oyó un golpe,

y el perro acabó con un aullido o dos de lo más increíble, y luego todo quedó perfectamente silencioso, y el pastor empezó su solemne discurso desde donde lo había dejado. En un momento o dos volvieron los hombros y la espalda del enterrador deslizándose por la pared de nuevo; y así se deslizó y deslizó alrededor de tres lados del cuarto, y luego se irguió, y se tapó la boca con las manos, y estiró el cuello hacia el predicador, por encima de las cabezas de la gente, y dijo, en una especie de cuchicheo ronco: «¡Tenía una rata!». Luego se agachó y volvió a deslizarse por la pared hasta su sitio. Se veía que fue una gran satisfacción para la gente, porque naturalmente querían saber. Una pequeña cosa así no cuesta nada, y son precisamente las pequeñas cosas las que hacen que a un hombre se le respete y se le quiera. No había hombre más popular en el pueblo que ese enterrador.

Bueno, el sermón del entierro fue muy bueno, pero larguísimo y pesado; y luego el rey se metió y soltó sus habituales majaderías, y al fin acabó el asunto, y el enterrador se acercó sigilosamente al ataúd con el destornillador. Estaba muy nervioso entonces, y le observé con mucha atención. Pero no tocó nada; simplemente deslizó la tapa suavemente como la mantequilla, y la atornilló apretada y firme. ¡Y así estaba yo! No sabía si el dinero estaba dentro o no. Me digo: supón que alguien ha cogido esa bolsa a escondidas: ahora ¿cómo sé si escribirle a Mary Jane o no? Supón que la desentierra y no encuentra nada, ¿qué pensaría de mí? Maldita sea, me digo, puede que me busquen y me encarcelen; más vale que me quede callado y no escriba nada; el asunto está horriblemente enredado ahora; intentando mejorarlo, lo he empeorado cien veces, y ojalá lo hubiera dejado en paz, ¡qué se lleve el diablo todo el negocio!

Le enterraron, y volvimos a casa, y me puse a observar caras otra vez: no podía evitarlo, y no podía estar tranquilo. Pero no hubo nada; las caras no me dijeron nada.

El rey visitó por las casas por la tarde, y endulzó a todo el mundo, y se hizo muy amigable con todos; y dio a entender que su congregación en Inglaterra estaría preocupada por él, así que tenía que apresurarse a arreglar la herencia enseguida y marcharse a casa. Le pesaba mucho tener tanta prisa, y a todo el mundo también; deseaban que pudiera quedarse más tiempo, pero decían que veían que no era posible. Y dijo que claro que él y William se llevarían a las chicas a casa con ellos; y eso también contentó a todo el mundo, porque así las chicas estarían bien situadas y entre los

suyos; y también contentó a las chicas: les hizo tanta ilusión que se olvidaron completamente de todos sus problemas, y le dijeron que vendiera todo lo que quisiera, que estarían listas. Las pobres estaban tan contentas y felices que me partía el corazón verlas engañadas y mentidas así, pero no veía ninguna manera segura de meterme yo y cambiar el tono general.

Bueno, maldita sea si el rey no anunció la casa y los negros y toda la propiedad para subasta de inmediato: la venta dos días después del entierro; aunque cualquiera podía comprar en privado antes si quería.

Así que el día siguiente después del entierro, hacia mediodía, la alegría de las chicas recibió el primer golpe. Llegaron un par de tratantes de esclavos, y el rey les vendió los negros a buen precio, a pagaré a tres días como lo llamaban, y se fueron: los dos hijos río arriba hacia Memphis, y su madre río abajo hacia Nueva Orleans. Pensé que esas pobres chicas y esos negros se partirían el corazón de pena; lloraban unos en brazos de los otros, y se lamentaban de tal forma que casi me dejó enfermo verlo. Las chicas dijeron que nunca habían soñado con ver a la familia separada ni vendida lejos del pueblo. Nunca puedo quitármelo de la memoria, la visión de esas pobres y desgraciadas chicas y negros colgados unos del cuello de los otros y llorando; y creo que no lo habría aguantado, sino que habría tenido que estallar y delatar a nuestra pandilla, de no haber sabido que la venta no valía nada y que los negros estarían de vuelta en casa en una semana o dos.

El asunto causó mucho revuelo en el pueblo también, y mucha gente dijo abiertamente que era un escándalo separar así a la madre y los hijos. Perjudicó algo a los farsantes; pero el viejo idiota siguió adelante a pesar de todo lo que el duque pudo decir o hacer, y les digo que el duque estaba muy inquieto.

Al día siguiente era el día de la subasta. Al amanecer el rey y el duque subieron al desván y me despertaron, y vi por su cara que había problemas. El rey dijo:

—¿Estuviste en mi cuarto anteanoche?

—No, Vuestra Majestad: así le llamaba siempre cuando no había nadie más que nuestra pandilla.

—¿Estuviste allí ayer o anoche?

—No, Vuestra Majestad.

—Habla claro, sin mentiras.

—Claro y sin mentiras, Vuestra Majestad, le digo la verdad. No me he acercado a su cuarto desde que la señorita Mary Jane les mostró a usted y al duque.

El duque dijo:

—¿Has visto a alguien más entrar allí?

—No, Vuestra Gracia, que yo recuerde, creo.

—Para y piensa.

Estuve un rato pensando y vi mi oportunidad; luego dije:

—Bueno, vi a los negros entrar allí varias veces.

Los dos dieron un pequeño respingo, y parecieron no haberlo esperado, y luego parecieron haberlo esperado. Luego el duque dijo:

—¿Cómo, todos ellos?

—No: por lo menos, no todos a la vez: es decir, no creo haber visto nunca que salieran todos a la vez, salvo una sola ocasión.

—¡Anda! ¿Cuándo fue eso?

—Fue el día del entierro. Por la mañana. No era temprano, porque me quedé dormido. Estaba justo empezando a bajar la escalerilla, y les vi.

—Bueno, sigue, sigue. ¿Qué hicieron? ¿Cómo se comportaron?

—No hicieron nada. Y tampoco se comportaron de ninguna manera especial, que yo viera. Se alejaron de puntillas; de modo que vi fácilmente que habían entrado para arreglar el cuarto de Su Majestad, o algo así, creyendo que estaba levantado; y encontraron que no lo estaba, y así esperaban escurrirse sin molestarlo, si es que no le habían molestado ya.

—¡Caramba, buena está la cosa! —dijo el rey; y los dos parecían bastante enfermos y bastante estúpidos. Se quedaron allí pensando y rascándose la cabeza un momento, y el duque soltó una especie de risilla ronca, y dijo:

—Es el colmo lo bien que jugaron su mano esos negros. ¡Fingieron estar tristes de irse de esta región! Y yo les creí tristes, y tú también, y todo el mundo. No me vuelvas a decir nunca que un negro no tiene talento

histriónico. Vamos, la manera en que jugaron eso engañaría a cualquiera. En mi opinión, hay una fortuna en ellos. Si tuviera capital y un teatro, no querría mejor reparto que ese: y aquí los hemos ido y vendido por una miseria. Sí, y todavía no tenemos permiso para cantar la miseria. Oye, ¿dónde está esa miseria, ese pagaré?

—En el banco para ser cobrado. ¿Dónde iba a estar?

—Bueno, entonces todo está bien, gracias a Dios.

Dije yo, con voz algo tímida:

—¿Ha pasado algo malo?

El rey se volvió hacia mí y soltó:

—¡No es asunto tuyo! Cierra el pico y ocúpate de tus propios asuntos: si es que tienes. Mientras estés en este pueblo no te olvides de eso, ¿oyes? — Luego le dijo al duque: —Tenemos que tragárnoslo y no decir nada: silencio es la consigna para nosotros.

Mientras bajaban la escalerilla el duque volvió a soltar una risilla, y dijo:

—¡Ventas rápidas y pequeñas ganancias! Buen negocio, sí.

El rey le gruñó y dijo:

—Intentaba hacer lo mejor vendiéndolos tan rápido. Si las ganancias han resultado ser ninguna, faltando bastante, y sin nada que llevarse, ¿es culpa mía más que tuya?

—Bueno, seguirían en esta casa y nosotros también si me hubieran hecho caso.

El rey le replicó todo lo que se atrevió, y luego se volvió y se metió conmigo otra vez. Me puso de vuelta y media por no haber ido a contarle que había visto a los negros salir de su cuarto comportándose así: dijo que cualquier tonto habría visto que algo pasaba. Y luego se puso a maldecirse a sí mismo un rato, y dijo que todo vino de no haberse quedado acostado y tomado su descanso natural esa mañana, y que se condenaba si lo volvería a hacer. Así que se fueron regañando; y me sentí muy contento de haber echado la culpa a los negros, y sin embargo de no haberles hecho ningún daño con ello.

## XXVIII

Al cabo llegó la hora de levantarse. Así que bajé la escalerilla y me encaminé escaleras abajo; pero al llegar al cuarto de las chicas la puerta estaba abierta, y vi a Mary Jane sentada junto a su viejo baúl de pelo, que estaba abierto y había estado metiendo cosas en él: preparándose para ir a Inglaterra. Pero se había parado ahora con un vestido doblado en el regazo, y tenía la cara entre las manos, llorando. Me sentí muy mal al verlo; claro que cualquiera lo sentiría. Entré y dije:

— Señorita Mary Jane, usted no puede soportar ver sufrir a la gente, y yo tampoco: casi siempre. Cuénteme.

Y lo hizo. Y eran los negros: lo esperaba. Dijo que el hermoso viaje a Inglaterra estaba casi echado a perder para ella; que no sabía cómo iba a ser feliz allí, sabiendo que la madre y los hijos no volverían a verse nunca: y luego rompió más amargamente que nunca, y levantó las manos, y dijo:

— ¡Oh, Dios mío, pensar que no van a volver a verse nunca!

— Pero sí se verán: en menos de dos semanas, y yo lo sé — dije yo.

¡Dios mío, salió antes de que pudiera pensarlo! Y antes de que pudiera moverme me echó los brazos al cuello y me dijo que lo repitiera, que lo repitiera, que lo repitiera.

Vi que había hablado demasiado de repente y dicho demasiado, y que estaba en un aprieto. Le pedí que me dejara pensar un momento; y se quedó allí sentada, muy impaciente y excitada y hermosa, pero con un aspecto de algo contenta y aliviada, como una persona a quien le han sacado una muela. Así que me puse a pensar. Me dije: supongo que un cuerpo que sale con la verdad cuando está en aprietos se arriesga bastante, aunque yo no tengo experiencia y no puedo decirlo con certeza; pero me lo parece de todas formas; y sin embargo aquí hay un caso en que me maldiga si no me parece que la verdad es mejor y realmente más segura que una mentira. Tengo que guardarlo en la cabeza, y pensarlo algún día u otro, es tan raro y

fuera de lo corriente. Nunca he visto nada igual. Bueno, me digo al fin: voy a arriesgarme; voy a salir con la verdad esta vez, aunque parece un poco como sentarse sobre un barril de pólvora y prenderle fuego solo para ver adónde vas a ir a parar. Luego dije:

— Señorita Mary Jane, ¿hay algún sitio fuera del pueblo no muy lejos donde pudiera ir y quedarse tres o cuatro días?

— Sí: casa de los Lothrop. ¿Por qué?

— No importa el porqué por ahora. Si le cuento cómo sé que los negros se verán otra vez en menos de dos semanas, aquí en esta casa, y le demuestro cómo lo sé, ¿irá a casa de los Lothrop y se quedará cuatro días?

— ¿Cuatro días? — dijo ella — . ¡Me quedo un año!

— De acuerdo — digo — , no quiero nada más de usted que solo su palabra: prefiero tenerla a que otro me jure sobre la Biblia. — Ella sonrió y se ruborizó muy dulcemente, y dije: — Si no le importa, voy a cerrar la puerta con el pestillo.

Luego volví y me senté otra vez, y dije:

— No chille. Quédese quieta y aguante como un hombre. Tengo que decir la verdad, y tiene que estar preparada, señorita Mary, porque es de la mala, y va a ser dura de tragar, pero no hay remedio. Estos tíos suyos no son tíos en absoluto: son un par de farsantes, unos tramposos redomados. Ya está, ya hemos pasado lo peor, puede aguantar el resto bastante bien.

La sacudió como nada, claro; pero ya estaba yo sobre aguas llanas, así que seguí adelante, con sus ojos encendiéndose más y más todo el rato, y le conté todo maldito lo que había pasado, desde cuando nos encontramos con ese joven tonto de camino al vapor, hasta cuando ella se lanzó al pecho del rey a la puerta delantera y él la besó dieciséis o diecisiete veces: y entonces se levantó de un salto, con la cara ardiendo como una puesta de sol, y dijo:

— ¡El bruto! Vamos, no perdamos ni un minuto: ni un segundo: ¡les embrearemos y emplamaremos, y les tiraremos al río!

Dije yo:

— Por supuesto. ¿Pero quiere decir antes de ir a casa de los Lothrop, o...?

—Oh —dijo ella—, ¿en qué estaba pensando? —Y se sentó de nuevo—. No haga caso de lo que he dicho: por favor: no lo hará, ¿verdad? —Poniéndome su mano de seda en la mía de tal manera que dije que antes moriría—. No lo pensé, estaba tan alterada —dijo—; ahora siga, y no lo haré más. Dígame qué hacer, y haré lo que diga.

—Bueno —dije—, son una pandilla dura, esos dos farsantes, y estoy en la situación de tener que viajar con ellos un tiempo más, quiéralo o no: prefiero no decirle por qué; y si usted les delata este pueblo me sacaría de sus garras, y estaría bien; pero habría otra persona que usted no conoce que estaría en un grave aprieto. Bueno, tenemos que salvarle, ¿verdad? Claro. Bueno, pues no les delatamos.

Decir esas palabras me puso una buena idea en la cabeza. Vi cómo podía librar a Jim y a mí de los farsantes: meterles en la cárcel aquí, y luego marcharnos. Pero no quería navegar la balsa de día sin que hubiera nadie a bordo para responder preguntas más que yo; así que no quería que el plan empezara a funcionar hasta bastante tarde esa noche. Dije:

—Señorita Mary Jane, le diré lo que haremos, y no tendrá que quedarse tanto tiempo en casa de los Lothrop tampoco. ¿A qué distancia está?

—Un poco menos de seis kilómetros: aquí mismo en el campo, hacia atrás.

—Bueno, eso sirve. Ahora váyase allá, y escóndase hasta las nueve o las nueve y media de esta noche, y luego haga que la traigan a casa de vuelta: dígales que se le ha ocurrido algo. Si llega antes de las once ponga una vela en esta ventana, y si yo no aparezco espere hasta las once, y luego si no aparezco significa que me he ido, y estoy fuera de peligro y a salvo. Entonces salga y corra la voz, y haga que encarcelen a estos impostores.

—De acuerdo —dijo ella—, lo haré.

—Y si resulta que no logro escapar, sino que me cogen junto con ellos, tiene que decir que yo le conté todo de antemano, y tiene que defenderme todo lo que pueda.

—¿Defenderle? Pues claro que sí. ¡No le tocarán ni un pelo! —dijo, y vi que se le dilataron las aletas de la nariz y le centellearon los ojos cuando lo dijo.

—Si me voy no voy a estar aquí —digo—, para probar que estos bribones no son sus tíos, y no podría aunque estuviera. Podría jurar que eran impostores y tramposos, y nada más, aunque algo vale eso. Bueno, hay otros que pueden hacerlo mejor que yo, y son personas en las que no van a dudar tan pronto como dudarían en mí. Le diré cómo encontrarlos. Déme un lápiz y un papel. Aquí: "El Incomparable Real, Bricksville". Guárdelo y no lo pierda. Cuando el juzgado quiera averiguar algo sobre estos dos, que manden a Bricksville y digan que tienen a los hombres que representaron el Incomparable Real, y que pidan testigos: pues tendrá a todo ese pueblo aquí antes de que pueda parpadear, señorita Mary. Y vendrán ardiendo.

Calculé que ya teníamos todo arreglado bastante bien. Así que dije:

—Deje que la subasta siga adelante sin preocuparse. Nadie tiene que pagar lo que compra hasta un día entero después de la subasta por el poco aviso que se ha dado, y ellos no van a salir de aquí hasta que cobren ese dinero; y con lo que hemos arreglado la venta no va a valer, y no van a cobrar nada. Es igual que lo de los negros: no fue una venta, y los negros volverán pronto. Vamos, que todavía no pueden cobrar el dinero de los negros: están en el peor aprieto posible, señorita Mary.

—Bueno —dijo ella—, bajaré a desayunar ahora, y luego saldré directamente para casa de los Lothrop.

—Eso no, de ninguna manera, señorita Mary Jane —dije—; vaya antes del desayuno.

—¿Por qué?

—¿Para qué creía que quería que fuera, señorita Mary?

—Pues no lo pensé... y pensándolo, no sé. ¿Cuál era la razón?

—Pues es porque usted no es de esas personas de cara de cuero. No quiero mejor libro que su cara. Uno puede sentarse y leerla como letra de imprenta. ¿Cree que puede ir a enfrentarse a sus tíos cuando vengán a darle los buenos días, y nunca...?

—Basta, basta, no diga más. Sí, iré antes del desayuno: con mucho gusto. ¿Y dejando a mis hermanas con ellos?

—Sí; no se preocupe de ellas. Tienen que aguantarlo todavía un poco. Podrían sospechar algo si todas se fueran. No quiero que las vea a ellas, ni a

sus hermanas, ni a nadie del pueblo; si un vecino le pregunta cómo están sus tíos esta mañana, su cara diría algo. No, váyase enseguida, señorita Mary Jane, y yo lo arreglaré con todos. Le diré a la señorita Susan que dé sus recuerdos a sus tíos y diga que ha salido unas horas a descansar y cambiarse un poco, o a ver a una amiga, y que volverá esta noche o mañana temprano.

—Ir a ver a una amiga está bien, pero no quiero que les mande mis recuerdos.

—Bueno, pues no se los mandaré. —Bien valía decírselo: no hacía daño. Era solo una pequeña cosa, y sin problema; y son las pequeñas cosas las que más allanan el camino a la gente aquí abajo; haría sentir cómoda a Mary Jane, y no costaba nada. Luego dije: —Hay una cosa más: esa bolsa de dinero.

—Bueno, ellos la tienen; y me hace sentir bastante tonta pensar cómo la consiguieron.

—No, se equivoca. No la tienen.

—¿Pues quién la tiene?

—Ojalá lo supiera, pero no lo sé. La tuve yo, porque se la robé; y se la robé para dársela a usted; y sé dónde la escondí, pero me temo que ya no está allí. Lo siento muchísimo, señorita Mary Jane, lo siento de verdad; pero hice lo que pude; lo hice con honradez. Estuve a punto de que me cogieran, y tuve que meterla en el primer sitio que encontré, y salir corriendo: y no era un buen sitio.

—Oh, deje de echarse la culpa: está muy mal hacerlo, y no lo voy a permitir: no podía evitarlo; no fue culpa suya. ¿Dónde la escondió?

No quería ponerla a pensar en sus problemas otra vez; y no parecía que mi boca pudiera decirle lo que le haría ver ese cadáver en el ataúd con esa bolsa de dinero sobre el estómago. Así que durante un momento no dije nada; luego dije:

—Preferiría no decirle dónde la puse, señorita Mary Jane, si no le importa dispensarme; pero se lo escribiré en un papel, y puede leerlo de camino a casa de los Lothrop, si quiere. ¿Le parece bien?

—Oh, sí.

Así que escribí: «La puse en el ataúd. Estaba allí dentro cuando usted lloraba, de noche. Yo estaba detrás de la puerta, y lo sentí mucho por usted, señorita Mary Jane».

Se me humedecieron un poco los ojos al recordarla llorando allí sola por la noche, y esos demonios tumbados allí mismo bajo su propio techo, avergonzándola y robándola; y cuando lo doblé y se lo di vi que a ella también se le humedecieron los ojos; y me estrechó la mano con fuerza, y dijo:

—Adiós. Voy a hacer todo lo que me has dicho; y si no vuelvo a verte nunca, nunca te olvidaré y pensaré en ti muchas y muchas veces, ¡y rezaré por ti también! —Y se fue.

¡Rezar por mí! Calculé que si me conociera elegiría una tarea que estuviera más a su alcance. Pero apuesto a que lo hizo de todas formas: era justo así de buena. Tenía la entereza de rezar por Judas si se le ocurría: en ella no había rendirse, calculo. Digan lo que quieran, pero en mi opinión tenía más agallas que ninguna chica que haya visto nunca; en mi opinión estaba llena de agallas. Suena a lisonja, pero no es lisonja. Y en cuanto a hermosura, y bondad también, está por encima de todas. No la he vuelto a ver desde la vez que la vi salir por esa puerta; no, no la he vuelto a ver desde entonces, pero creo que he pensado en ella muchas y muchísimas veces, y en lo de que rezaría por mí; y si alguna vez hubiera creído que me iba a servir de algo rezar por ella, maldita sea si no lo habría hecho o reventado en el intento.

Bueno, Mary Jane salió por la parte de atrás, creo; porque nadie la vio irse. Cuando me encontré con Susan y la del labio leporino, dije:

—¿Cómo se llama esa familia del otro lado del río a la que vais a veces a ver?

Dijeron:

—Hay varias; pero son los Proctor, principalmente.

—Ese es el nombre —dije—; casi se me había olvidado. Bueno, la señorita Mary Jane me dijo que les dijera que ha ido allá con mucha prisa: uno de ellos está enfermo.

—¿Cuál?

—No sé; por lo menos me parece que no recuerdo bien; pero creo que es...

—¡Por Dios, espero que no sea Hanna!

—Lo siento decir —digo yo—, pero Hanna es la que es.

—¡Dios mío, y tan bien que estaba la semana pasada! ¿Está muy grave?

—No hay palabras para describirlo. Estuvieron toda la noche con ella, dijo la señorita Mary Jane, y no creen que aguante muchas horas.

—¡Pensar en eso! ¿Qué le pasa?

No se me ocurrió nada razonable en ese momento así, que digo:

—Las paperas.

—¡Paperas, a buenas horas! Que yo sepa no se queda nadie de vela con quien tiene las paperas.

—¿Que no? Puedes apostar a que sí con estas paperas. Estas paperas son diferentes. Es una variedad nueva, dijo la señorita Mary Jane.

—¿Cómo que es nueva variedad?

—Porque está mezclada con otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Bueno, sarampión, y tos ferina, y erisipela, y tisis, y ictericia amarilla, y fiebre cerebral, y no sé qué más.

—¡Santo cielo! ¿Y le llaman paperas?

—Eso es lo que dijo la señorita Mary Jane.

—Bueno, ¿y cómo demonios le llaman paperas?

—Pues porque son paperas. Con eso empieza.

—Bueno, no tiene ningún sentido. Uno podría tropezarse con un dedo del pie, y envenenarse, y caerse en el pozo, y romperse el cuello, y estrellarse los sesos, y que llegara alguien y preguntara qué le mató, y algún estúpido dijera: "Pues se tropezó con un dedo del pie." ¿Tendría eso algún sentido? No. Y esto tampoco tiene ningún sentido. ¿Es contagioso?

—¿Que si es contagioso? Pero cómo hablas. ¿Es contagiosa una rastra en la oscuridad? Si no te enganchas en un diente, te enganchas en otro, ¿no? ¿Y no puedes soltarte de ese diente sin arrastrar la rastra entera, verdad? Bueno, esta clase de paperas es una especie de rastra, por así decir: y no es una rastra de poca monta, tampoco, una vez que te enganchas bien.

—Bueno, es horrible, creo —dijo la del labio leporino—. Iré a decírselo al tío Harvey y...

—Oh, sí —digo—, hazlo. Claro que sí. No pierdas tiempo.

—¿Y por qué no?

—Piénsalo un momento, a ver si puedes verlo. ¿No están tus tíos obligados a volver a Inglaterra lo más rápido posible? ¿Y crees que serían tan mezquinos como para irse y dejarte hacer ese viaje sola? Ya sabes que esperarán. Hasta aquí bien. Tu tío Harvey es predicador, ¿verdad? Bien, ¿va a engañar un predicador a un empleado de vapor? ¿Va a engañar a un empleado de barco para que dejen embarcar a la señorita Mary Jane? Pues sabes que no. ¿Qué hará entonces? Pues dirá: "Es una gran lástima, pero mis asuntos de la iglesia tendrán que arreglarse como puedan; porque mi sobrina ha estado expuesta a las terribles paperas pluribus-unum, y por lo tanto mi deber ineludible es quedarme aquí y esperar los tres meses que tarda en aparecer si las ha cogido o no." Pero no importa, si crees que es mejor decírselo al tío Harvey...

—Vamos, y quedarnos aquí perdiendo el tiempo cuando podríamos estar pasándolo bien en Inglaterra mientras esperábamos saber si Mary Jane las ha cogido o no. Hablas como un mentecato.

—Bueno, de todas formas, quizás sería mejor decírselo a algunos vecinos.

—Escucha eso. Eres el colmo de la estupidez natural. ¿No ves que irían a decírselo? No hay manera más que no decírselo a nadie.

—Bueno, quizás tienes razón: sí, creo que tienes razón.

—Pero creo que deberíamos decirle al tío Harvey que ha salido un rato, de todas formas, para que no esté preocupado por ella, ¿no?

—Sí, eso es lo que quería la señorita Mary Jane que hicierais. Dice: "Diles que le den mis recuerdos y un beso al tío Harvey y a William, y que

digán que he cruzado el río a ver al señor..." Al señor... ¿cómo se llama esa familia rica a la que el tío Peter apreciaba tanto? Quiero decir la que...

—Pues debe de ser los Apthorp, ¿no?

—Claro; qué fastidio esos nombres, uno nunca parece poder recordarlos a la mitad de las veces. Sí, dijo: digan que ha cruzado a pedirles a los Apthorp que vengan seguro a la subasta y compren esta casa, porque creía que su tío Peter prefería que la tuvieran ellos a que la tuviera cualquier otro; y que va a insistir hasta que digan que vendrán, y luego, si no está muy cansada, vendrá a casa; y si lo está, estará en casa por la mañana de todos modos. Dijo que no dijerais nada de los Proctor, sino solo de los Apthorp: lo que será perfectamente verdad, porque sí va allí para hablar de que compren la casa; lo sé porque ella misma me lo dijo.

—De acuerdo —dijeron, y salieron a buscar a sus tíos para darles los recuerdos y los besos y entregarles el recado.

Todo estaba bien ahora. Las chicas no dirían nada porque querían ir a Inglaterra; y el rey y el duque preferían que Mary Jane estuviera fuera trabajando para la subasta antes que cerca del alcance del doctor Robinson. Me sentí muy bien; calculé que lo había hecho bastante limpiamente: calculé que ni Tom Sawyer podría haberlo hecho más limpiamente. Claro que él le habría dado más estilo, pero yo no puedo hacer eso muy bien, no siendo como soy de esa cuna.

Bueno, celebraron la subasta en la plaza pública, hacia el final de la tarde, y fue alargándose, y alargándose, y el viejo estaba allí haciendo su mayor esfuerzo de veneno, ahí junto al subastador, metiendo un poco de Escritura de vez en cuando, o algún dicho de santurrón, y el duque andaba por allí haciendo guguús en busca de simpatía todo lo que podía, y extendiéndose por lo general.

Pero al cabo la cosa acabó arrastrándose, y todo estaba vendido: todo excepto un pequeño e insignificante terreno en el cementerio. Así que tenían que rematar ese también: nunca vi a nadie tan ávido de tragarlo todo como el rey. Bueno, mientras estaban con ello atracó un vapor, y en dos minutos llegó una multitud aullando y gritando y riendo y haciendo aspavientos, y voceando:

— ¡Aquí tienen la línea de la competencia! ¡Aquí tienen sus dos conjuntos de herederos del viejo Peter Wilks: y ustedes pagan su dinero y eligen!

## XXIX

Traían a un anciano de aspecto muy agradable, y a un joven también de aspecto agradable, con el brazo derecho en cabestrillo. Y, Dios mío, cómo gritó y se rió la gente, y siguió y siguió. Pero yo no le vi ninguna gracia, y calculé que al duque y al rey les costaría algo verla. Pensé que se pondrían pálidos. Pero no: ni un ápice de pálidos se pusieron. El duque no dio señal de sospechar lo que pasaba, sino que siguió haciendo guguús de un lado para otro, contento y satisfecho, como una jarra que gorgotea leche de mantequilla; y en cuanto al rey, se quedó mirando y mirando tristemente a los recién llegados, como si le doliera en el corazón pensar que podía haber en el mundo tales farsantes y bribones. Oh, lo hizo de maravilla. Mucha gente principal se agrupó alrededor del rey para demostrarle que estaban de su lado. Ese anciano que acababa de llegar parecía completamente desconcertado. Al poco empezó a hablar, y vi enseguida que pronunciaba como un inglés: no como el rey, aunque la imitación del rey era bastante buena. No puedo reproducir las palabras del anciano, ni puedo imitarle; pero se volvió hacia la multitud y dijo, más o menos así:

— Esto es una sorpresa para mí que no esperaba; y reconozco, con toda franqueza y sinceridad, que no estoy en buenas condiciones para afrontarla y responder a ella; pues mi hermano y yo hemos tenido contratiempos: él se ha roto el brazo, y nuestro equipaje nos lo dejaron en un pueblo más arriba anoche por error. Soy Harvey Wilks, el hermano de Peter, y este es su hermano William, que no puede oír ni hablar, y ahora tampoco puede hacer señas de mucho valor, teniendo como tiene solo una mano con la que hacerlas. Somos quienes decimos ser; y en uno o dos días, cuando consiga el

equipaje, podré probarlo. Hasta entonces no diré nada más, sino ir al hotel y esperar.

Así que él y el nuevo sordomudo se pusieron en marcha; y el rey se rió, y soltó:

— ¡Se ha roto el brazo! Muy probable, ¿verdad? ¡Y muy conveniente también para un farsante que tiene que hacer señas y no sabe cómo! ¡Han perdido el equipaje! ¡Estupendo! ¡Y muy ingenioso: dadas las circunstancias!

Así que volvió a reírse; y todos los demás también, salvo tres o cuatro, o quizás media docena. Uno de estos era el doctor; otro era un caballero de aspecto perspicaz, con un maletín del tipo antiguo hecho de tejido de alfombra, que acababa de bajar del vapor y le hablaba en voz baja, mirando al rey de vez en cuando y asintiendo con la cabeza: era Levi Bell, el abogado que había ido a Louisville; y otro era un grandullón fornido que se acercó y escuchó todo lo que dijo el anciano, y estaba escuchando al rey ahora. Y cuando el rey acabó, ese grandullón dijo:

— Oiga, a ver: si usted es Harvey Wilks, ¿cuándo llegó a este pueblo?

— El día antes del entierro, amigo — dijo el rey.

— ¿Pero a qué hora del día?

— Por la tarde: una hora o dos antes del anochecer.

— ¿Cómo llegó?

— Bajé en el Susan Powell desde Cincinnati.

— Bueno, entonces ¿cómo es que estaba usted en el Promontorio por la mañana, en una canoa?

— Yo no estaba en el Promontorio por la mañana.

— Es mentira.

Varios se lanzaron hacia él y le rogaron que no hablara así a un anciano y a un predicador.

— Predicador, y un cuerno: es un farsante y un mentiroso. Estaba en el Promontorio esa mañana. Yo vivo allí, ¿no? Bueno, yo estaba allí, y él estaba allí. Le vi. Llegó en una canoa, junto con Tim Collins y un chico.

El doctor se adelantó y dijo:

—¿Reconocería al chico si le viera, Hines?

—Creo que sí, pero no sé. Pues mire, ahí está ahora mismo. Le reconozco perfectamente.

Era yo a quien señalaba. El doctor dijo:

—Vecinos, no sé si la nueva pareja es farsante o no; pero si estos dos no lo son, yo soy un idiota, y punto. Creo que es nuestro deber asegurarnos de que no se vayan de aquí hasta que hayamos investigado este asunto. Venga, Hines; vengan, los demás. Llevaremos a estos tipos a la posada y los confrontaremos con la otra pareja, y creo que sabremos algo antes de acabar.

Era pan para la multitud, aunque quizás no para los amigos del rey; así que todos nos pusimos en marcha. Era hacia el anochecer. El doctor me llevaba de la mano, y era muy amable, pero no me soltó la mano.

Todos nos metimos en una sala grande del hotel, y encendimos unas velas, y trajeron a la nueva pareja. Primero el doctor dijo:

—No deseo ser demasiado duro con estos dos hombres, pero creo que son farsantes, y puede que tengan cómplices de los que no sabemos nada. Si los tienen, ¿no se escaparán los cómplices con esa bolsa de oro que dejó Peter Wilks? No es improbable. Si estos hombres no son farsantes, no pondrán objeción a que mandemos a buscar ese dinero y lo retengamos hasta que demuestren que están en regla: ¿no es así?

Todo el mundo estuvo de acuerdo. Así que calculé que tenían a nuestra pandilla bastante apretada desde el principio. Pero el rey solo puso cara de tristeza, y dijo:

—Señores, ojalá estuviera el dinero, pues no tengo ningún deseo de poner obstáculos a una investigación franca, abierta y completa de este miserable asunto; pero, ay, el dinero no está; pueden mandar a comprobarlo si quieren.

—¿Dónde está entonces?

—Bueno, cuando mi sobrina me lo dio para guardarlo lo escondí dentro del colchón de paja de mi cama, no queriendo depositarlo en el banco los pocos días que íbamos a estar aquí, y considerando que la cama era un sitio

seguro, no estando nosotros acostumbrados a los negros, y suponiendo que eran honestos, como los criados en Inglaterra. Los negros lo robaron a la mañana siguiente después de que yo hubiera bajado; y cuando los vendí todavía no había echado de menos el dinero, así que se escurrieron limpiamente con él. Mi criado aquí puede contárselo, señores.

El doctor y varios dijeron «¡Pamplinas!», y vi que nadie le creía del todo. Un hombre me preguntó si había visto a los negros robar el dinero. Dije que no, pero que les había visto escabullirse del cuarto y alejarse a toda prisa, y que no le había dado importancia, solo que calculé que tenían miedo de haber despertado a mi amo y estaban intentando irse antes de que les metiera en líos. Eso fue todo lo que me preguntaron. Luego el doctor se volvió hacia mí y dijo:

—¿También eres inglés?

Dije que sí; y él y otros se rieron y dijeron: «¡Venga ya!».

Bueno, luego se lanzaron a la investigación general, y allí que estuvimos, para arriba y para abajo, hora tras hora, y nadie dijo una palabra de cenar, ni pareció pensarlo siquiera; y así siguieron y siguieron; y era el asunto más enredado que se haya visto nunca. Hicieron que el rey contara su historia, y hicieron que el anciano contara la suya; y cualquiera que no fuera una pandilla de mentecatos con ideas fijas habría visto que el anciano estaba hilando la verdad y el otro mentiras. Y al cabo me llamaron a mí para que dijera lo que sabía. El rey me echó una mirada de soslayo por el rabillo del ojo, y así supe que tenía que hablar del lado bueno. Empecé a hablar de Sheffield, y de cómo vivíamos allí, y de todo sobre los Wilks ingleses, y así sucesivamente; pero no llegué muy lejos hasta que el doctor empezó a reírse; y Levi Bell, el abogado, dijo:

—Siéntate, chico; yo en tu lugar no me forzaría. Creo que no estás acostumbrado a mentir, no parece salirte con facilidad; lo que necesitas es práctica. Lo haces bastante torpemente.

El cumplido me importó un bledo, pero me alegré de que me dejaran en paz de todas formas.

El doctor empezó a decir algo, y se volvió y dijo:

—Si hubieras estado en el pueblo desde el principio, Levi Bell... —El rey le interrumpió y extendió la mano, y dijo:

—¿Es este el viejo amigo de mi pobre hermano difunto sobre el que tanto escribía?

El abogado y él se estrecharon la mano, y el abogado sonrió y pareció complacido, y estuvieron hablando un buen rato, y luego se apartaron y hablaron en voz baja; y al final el abogado habló y dijo:

—Eso lo arreglaré. Tomaré el pedido y lo enviaré, junto con el de su hermano, y entonces sabrán que está todo en regla.

Así que consiguieron papel y pluma, y el rey se sentó y ladeó la cabeza y estuvo mordisqueándose la lengua, y garabateó algo; y luego le dieron la pluma al duque: y entonces, por primera vez, el duque puso cara de enfermo. Pero cogió la pluma y escribió. Luego el abogado se volvió hacia el nuevo anciano y dijo:

—Usted y su hermano, hagan el favor de escribir unas líneas y firmar sus nombres.

El anciano escribió, pero nadie pudo leerlo. El abogado pareció muy asombrado y dijo:

—Bueno, esto me supera. —Y sacó un montón de cartas viejas del bolsillo y las examinó, y luego examinó la letra del anciano, y luego las cartas de nuevo; y luego dijo: —Estas cartas viejas son de Harvey Wilks; y aquí están estas dos letras, y cualquiera puede ver que no las escribieron ellos —el rey y el duque pusieron cara de timados y estúpidos, se lo digo, al ver cómo el abogado les había atrapado—; y aquí está la letra de este anciano caballero, y cualquiera puede ver fácilmente que tampoco las escribió él: el caso es que los garabatos que hace no son propiamente escritura en absoluto. Ahora bien, aquí hay unas cartas de...

El nuevo anciano dijo:

—Si me lo permite, déjeme explicar. Nadie puede leer mi letra más que mi hermano: así que él la copia para mí. Es su letra la que tienen aquí, no la mía.

—¡Vaya! —dijo el abogado—. Esto es una situación. Tengo también algunas cartas de William; así que si consigue que escriba una línea o algo podemos com...

—No puede escribir con la mano izquierda —dijo el anciano—. Si pudiera usar la derecha, verían que escribió tanto sus cartas como las mías. Miren ambas, por favor: son de la misma mano.

El abogado lo hizo, y dijo:

—Creo que es así; y si no es así, hay un parecido mucho más fuerte del que yo había notado antes, de todas formas. ¡Bueno, bueno, bueno! Creía que estábamos justo en la pista de una solución, pero se ha esfumado en parte. Pero de todos modos, una cosa está demostrada: estos dos no son ninguno de los dos Wilks. —Y señaló con la cabeza hacia el rey y el duque.

Bueno, ¿qué creen? ¡Ese viejo terco no cedió ni entonces! En absoluto. Dijo que no era una prueba justa. Dijo que su hermano William era el bromista más empedernido del mundo, y que no había intentado escribir: vio que William iba a gastar una de sus bromas en cuanto pusiera la pluma en el papel. Y así se calentó y siguió parlotando y parlotando hasta que empezaba a creerse de verdad lo que decía; pero al poco el nuevo caballero le interrumpió y dijo:

—Se me ha ocurrido algo. ¿Hay alguien aquí que haya ayudado a preparar a mi her... que haya ayudado a preparar al difunto Peter Wilks para el entierro?

—Sí —dijo alguien—, Ab Turner y yo lo hicimos. Los dos estamos aquí.

Entonces el anciano se volvió hacia el rey y dijo:

—¿Puede decirme este caballero qué tenía tatuado en el pecho?

Maldita sea si el rey no tuvo que recomponerse de lo más rápido, o se habría derrumbado como una orilla de barro que el río ha socavado por debajo, de tan de repente que le cogió; y, fíjense, era algo calculado para derribar a casi cualquiera que le soltaran un golpe tan sólido como ese sin aviso, porque ¿cómo iba a saber él lo que tenía tatuado el hombre? Palideció un poco: no podía evitarlo; y el silencio era tremendo, y todo el mundo inclinado un poco hacia adelante mirándole fijamente. Me dije: ahora se rinde: no sirve de nada más. Bueno, ¿lo hizo? Uno apenas puede creerlo, pero no lo hizo. Calculé que pensó que seguiría con la cosa hasta cansar a la gente, para que se fueran dispersando, y él y el duque pudieran zafarse y escapar. De todas formas, se quedó allí sentado, y al poco empezó a sonreír, y dijo:

— ¡Hm! Es una pregunta muy comprometida, ¿verdad? Sí, señor, puedo decirles lo que tiene tatuado en el pecho. Es solo una pequeña y delgada flechita azul: eso es lo que es; y si no miran bien, no pueden verla. Bueno, ¿qué les parece ahora?

Nunca había visto a nadie como ese viejo sinvergüenza para el descarado más puro y descarado.

El nuevo anciano se volvió vivamente hacia Ab Turner y su compañero, y se le encendieron los ojos como si calculara que esta vez tenía al rey, y dijo:

— ¡Ahí está! ¿Han oído lo que ha dicho? ¿Había alguna tal marca en el pecho de Peter Wilks?

Los dos hablaron a la vez y dijeron:

— No vimos ninguna tal marca.

— ¡Bien! — dijo el anciano—. Ahora bien, lo que sí vieron en su pecho era una pequeña P borrosa, y una B (que era una inicial que abandonó de joven), y una W, con guiones entre ellas, así: P-B-W. — Y lo marcó de esa manera en un trozo de papel—. Vamos, ¿no es eso lo que vieron?

Los dos volvieron a hablar a la vez y dijeron:

— No, no lo vimos. No vimos ninguna marca en absoluto.

Bueno, todo el mundo estaba muy agitado ahora, y gritaron:

— ¡Son todos unos farsantes! ¡A zambullirlos! ¡A ahogarlos! ¡A pasearlos en una valla! — Y todo el mundo vociferaba a la vez, y había un alboroto de todos los demonios. Pero el abogado se subió a la mesa y gritó, y dijo:

— ¡Señores! ¡Señores! ¡Escúchenme solo una palabra, una sola palabra, por favor! Hay todavía una manera: vayamos a desenterrar el cadáver y miremos.

Eso les detuvo.

— ¡Hurra! — gritaron todos, y estaban saliendo en ese momento; pero el abogado y el doctor vocearon:

— ¡Esperen, esperen! ¡Cojan a estos cuatro hombres y al chico, y tráiganlos también!

— ¡Lo haremos! — gritaron todos —; ¡y si no encontramos esas marcas, linchamoslos a todos!

Estaba asustado, se lo digo. Pero no había manera de escapar, claro. Nos agarraron a todos, y nos marcharon bien derecho hacia el cementerio, que estaba a dos kilómetros y medio río abajo, y todo el pueblo pisándonos los talones, porque hacíamos ruido suficiente, y solo eran las nueve de la noche.

Al pasar por delante de nuestra casa deseé no haber mandado a Mary Jane fuera del pueblo; porque ahora si pudiera hacerle una seña ella saldría corriendo y me salvaría, y delataría a nuestros tramposos.

Bueno, fuimos en tropel por el camino del río, portándonos como salvajes; y para hacerlo más aterrador el cielo se estaba oscureciendo, y los relámpagos empezaban a centellear y titilar, y el viento a susurrar entre las hojas. Era el aprieto más terrible y peligroso en que me había visto nunca; y estaba como aturdido; todo iba tan diferente de lo que había calculado; en vez de estar en posición de tomarme mi tiempo si quería, y ver toda la diversión, y tener a Mary Jane a mi espalda para salvarme y liberarme cuando llegara el momento crítico, aquí no había nada en el mundo entre yo y una muerte repentina más que esas marcas del tatuaje. Si no las encontraban...

No podía soportar pensarlo; y sin embargo, de algún modo, no podía pensar en otra cosa. Se fue haciendo cada vez más oscuro, y era un momento magnífico para escabullirse de la multitud; pero ese grandullón me tenía agarrado por la muñeca: Hines; y bien podría uno intentar escabullirse de Goliat. Me arrastró sin parar, estaba tan emocionado, y tuve que correr para seguirle el paso.

Cuando llegaron, se lanzaron al cementerio y lo inundaron como una crecida. Y cuando llegaron a la tumba encontraron que tenían unas cien veces más palas de las que hacían falta, pero nadie había pensado en traer un farol. Pero se pusieron a cavar de todas formas al destello de los relámpagos, y mandaron a un hombre a la casa más cercana, a medio kilómetro, a pedir uno prestado.

Así que cavaron y cavaron como locos; y se fue haciendo horrible de oscuro, y empezó a llover, y el viento silbaba y zumbaba, y los relámpagos se fueron haciendo más y más vivos, y tronó; pero esa gente no prestó atención a nada de eso, tan absortos estaban en el asunto; y un momento podías

ver todo y cada cara en esa gran multitud, y las paletadas de tierra saliendo volando de la tumba, y al segundo siguiente la oscuridad lo borraba todo, y no se veía nada en absoluto.

Por fin sacaron el ataúd y empezaron a desatornillar la tapa, y entonces hubo un empuje y un codeo y un apretujarse como nunca se ha visto, para abrirse paso y echar un vistazo; y en la oscuridad, así, era terrible. Hines me hizo un daño horrible en la muñeca de tanto tirar y jalar, y creo que se olvidó completamente de que yo existía, de lo emocionado y jadeante que estaba.

De repente el relámpago soltó un torrente perfecto de luz blanca, y alguien gritó:

— ¡Por el Dios vivo, aquí está la bolsa de oro en su pecho!

Hines soltó un alarido, como todo el mundo, y me soltó la muñeca y se lanzó a empujones para abrirse paso y ver; y la manera en que salí corriendo y eché a volar por el camino en la oscuridad no hay nadie que pueda contarlo.

Tenía el camino para mí solo, y volaba literalmente: por lo menos lo tenía para mí solo excepto la oscuridad sólida, y los destellos de vez en cuando, y el zumbido de la lluvia, y el azote del viento, y el estallido del trueno; ¡y que me maten si no corría a toda pastilla!

Cuando llegué al pueblo vi que no había nadie en la calle con la tormenta, así que no busqué callejuelas traseras, sino que fui directo por la principal; y cuando me acerqué a nuestra casa apunté la mirada y la fijé. Sin luz: la casa completamente oscura: lo que me hizo sentir triste y decepcionado, no sé por qué. Pero al fin, justo cuando pasaba volando, ¡apareció la luz en la ventana de Mary Jane! y el corazón se me hinchó de repente hasta casi reventar; y en ese mismo segundo la casa y todo quedó atrás en la oscuridad, y no iba a estar nunca más delante de mí en este mundo. Era la mejor chica que había visto nunca, y la que tenía más agallas.

En cuanto estuve suficientemente lejos del pueblo para ver que podía alcanzar el banco de arena, me puse a buscar con atención una barca que tomar prestada, y la primera vez que el relámpago me mostró una que no estaba encadenada la agarré y empujé. Era una canoa, y no estaba asegurada más que con una cuerda. El banco de arena estaba a una distancia enorme,

allá lejos en el centro del río, pero no perdí tiempo; y cuando llegué al fin a la balsa estaba tan agotado que me habría tumbado a soplar y jadear si me lo hubiera podido permitir. Pero no me lo permití. Cuando salté a bordo grité:

— ¡Sal, Jim, y suéltala! ¡Gloria a Dios, nos hemos librado de ellos!

Jim salió corriendo y venía hacia mí con los dos brazos abiertos, de lo lleno de alegría que estaba; pero cuando le vi en el relámpago se me subió el corazón a la boca y caí de espaldas al agua; porque me olvidé de que era el viejo rey Lear y un árabe ahogado todo en uno, y casi me da un susto de muerte. Pero Jim me sacó a pescar, e iba a abrazarme y bendecirme, y todo eso, de lo contento que estaba de que hubiera vuelto y de que nos hubiéramos librado del rey y del duque; pero dije:

— Ahora no; ¡para el desayuno, para el desayuno! ¡Suéltala y a deslizarse!

Así que en dos segundos nos fuimos deslizando río abajo, y qué bien se sentía estar libres otra vez y solos en el gran río, y nadie que nos molestara. Tuve que moverse un poco, y saltar y chasquear los talones unas cuantas veces: no podía evitarlo; pero al tercer chasquido percibí un sonido que conocía muy bien, y contuve el aliento y escuché y esperé; y como era de esperar, cuando el siguiente destello estalló sobre el agua, ¡allí venían!, remando con todas sus fuerzas y haciendo silbar su bote. ¡Eran el rey y el duque!

Así que me dejé caer sobre las tablones, y me rendí; y me costó todo lo que pude no echarme a llorar.

**XXX**

Cuando subieron a bordo el rey se lanzó hacia mí, y me sacudió por el cuello, y dijo:

— ¡Intentando escaparte de nosotros, eh, granuja! ¿Harto de nuestra compañía, eh?

Dije:

— No, Vuestra Majestad, no, por favor, Vuestra Majestad.

— ¡Rápido, y dinos cuál era tu idea, o te sacudo las tripas!

— Le juro que le cuento todo tal como pasó, Vuestra Majestad. El hombre que me tenía agarrado era muy bueno conmigo, y seguía diciéndome que tenía un chico del mismo tamaño que yo que murió el año pasado, y que le daba pena ver a un chico en tan peligroso aprieto; y cuando todos se quedaron sorprendidos al encontrar el oro, y se lanzaron en tropel hacia el ataúd, me soltó y me susurró: «¡Lárgate ahora, o te colgarán seguro!», y salí corriendo. No me parecía buena idea quedarme: no podía hacer nada, y no quería que me colgaran si podía escapar. Así que no paré de correr hasta encontrar la canoa; y cuando llegué aquí le dije a Jim que se diera prisa, o nos alcanzarían y me colgarían aun así, y dije que tenía miedo de que usted y el duque ya no estuvieran vivos, y que lo sentía muchísimo, y Jim también, y que nos alegramos mucho al verles venir; puede preguntarle a Jim si no es así.

Jim dijo que era verdad; y el rey le dijo que se callara, y dijo: «Oh, sí, muy probable», y me sacudió de nuevo, y dijo que calculaba que me iba a ahogar. Pero el duque dijo:

— ¡Suelta al chico, viejo idiota! ¿Tú habrías hecho algo diferente? ¿Le buscaste cuando te soltaron? Yo no lo recuerdo.

Así que el rey me soltó, y se puso a maldecir ese pueblo y a todos los de él. Pero el duque dijo:

— A quien deberías maldecir bien a fondo es a ti mismo, porque tú eres el que más se lo merece. No has hecho nada con sentido desde el principio, excepto salir tan fresco y descarado con esa imaginaria marca de la flechita azul. Eso estuvo listo: fue de primera; y fue lo que nos salvó. Porque si no hubiera sido por eso nos habrían metido en la cárcel hasta que llegara el equipaje de los ingleses, y entonces al penal, a que sí. Pero ese truco los

llevó al cementerio, y el oro nos hizo un favor aún mayor; porque si esos locos emocionados no hubieran soltado todo y se hubieran lanzado a ver, esta noche habríamos dormido con corbata: corbata garantizada para durar más de lo que la necesitaríamos.

Se quedaron callados un momento, pensando; luego el rey dijo, como ausente:

— ¡Hm! ¡Y nosotros calculando que fueron los negros quienes lo robaron!

¡Eso me hizo retorcerme!

— Sí — dijo el duque, despacio y deliberado y sarcástico —, lo calculamos.

Después de como medio minuto el rey dijo arrastrando las palabras:

— Por lo menos, yo lo calculé.

El duque dijo, de la misma manera:

— Al contrario, yo lo calculé.

El rey se erizó un poco y dijo:

— Oye, Bilgewater, ¿a qué te refieres?

El duque dijo, bastante vivo:

— Cuando llegamos a eso, quizás me dejas preguntar a mí: ¿a qué te referías tú?

— ¡Pamplinas! — dijo el rey, muy sarcástico —; pero no sé: quizás estabas dormido, y no sabías lo que hacías.

El duque se erizó ahora, y dijo:

— Oh, déjate de estas malditas tonterías; ¿me tomas por un perfecto idiota? ¿No crees que sé quién escondió ese dinero en el ataúd?

— ¡Pues claro que lo sabes, porque lo hiciste tú mismo!

— ¡Es mentira! — y el duque se lanzó hacia él. El rey gritó:

— ¡Quita las manos! ¡Suéltame el cuello! ¡Me retracto de todo!

El duque dijo:

— Bueno, primero reconoce que tú escondiste ese dinero allí, con intención de darme esquinazo algún día, y volver a desenterrarlo y quedártelo todo.

— Espera solo un momento, duque: contéstame a esta pregunta, honrada y limpiamente; si no pusiste el dinero allí, dílo, y te creeré, y me retractaré de todo lo que he dicho.

— Viejo sinvergüenza, yo no lo hice, y tú sabes que no lo hice. ¡Ahí está!

— Bueno, pues te creo. Pero contéstame solo a esto más: no te enfades: ¿no tenías en la cabeza el propósito de birlar el dinero y esconderlo?

El duque no dijo nada durante un momento; luego dijo:

— Bueno, me importa poco si lo tenía: el caso es que no lo hice. Pero tú no solo lo tenías en la cabeza: lo hiciste.

— Que me muera en este momento si lo hice, duque, y es la verdad. No diré que no iba a hacerlo, porque sí iba; pero tú: quiero decir alguien, se me adelantó.

— ¡Es mentira! Lo hiciste, y tienes que decir que lo hiciste, o...

El rey empezó a gorgoritar, y luego dijo con voz ahogada:

— ¡Basta! ¡Lo reconozco!

Me alegró mucho oírle decir eso; me hizo sentir mucho más tranquilo de lo que me sentía antes. Así que el duque le soltó las manos y dijo:

— Si alguna vez lo niegas de nuevo te ahogo. Bien que te está quedarte ahí llorando como un bebé: te lo mereces, después de cómo te has portado. Nunca he visto un viejo avestruz tan ansioso de tragarlo todo: y yo confiando en ti todo el tiempo, como si fueras mi propio padre. Deberías haber tenido vergüenza de quedarte allí parado oyendo cómo se la cargaban a esos pobres negros, sin decir una palabra en su favor. Me da vergüenza pensar que fui tan blando como para creerme ese cuento. Maldito seas, ahora ya entiendo por qué tenías tanto empeño en completar el déficit: querías sacar el dinero que yo había conseguido con el Incomparable y demás, ¡y quedártelo todo!

El rey dijo, tímido y todavía sollozando:

—Pero, duque, fuiste tú quien dijo que completáramos el déficit: no fui yo.

—¡Cállate! No quiero oír nada más de ti —dijo el duque—. Y ahora ya ves lo que has sacado. Se han quedado con todo su dinero, y con todo el nuestro menos un par de monedas encima. ¡Vete a la cama, y no me andes con más déficits en tu vida!

Así que el rey se escabulló a la covacha y se echó a la botella para consolarse, y al poco el duque atacó también la suya; y así en como media hora estaban tan amigos como siempre, y cuanto más bebían más cariñosos se ponían, y se fueron roncando el uno en brazos del otro. Los dos se pusieron bastante alegres, pero noté que el rey no se puso bastante alegre como para olvidarse de recordar que no debía negar lo de haber escondido la bolsa de dinero otra vez. Eso me hizo sentir tranquilo y satisfecho. Claro que cuando se pusieron a roncar tuvimos una larga charla, y le conté a Jim todo.

## XXXI

No nos atrevimos a parar en ningún pueblo durante días y días; seguimos río abajo sin parar. Estábamos ya en el sur con el calor, y a una distancia enorme de casa. Empezamos a ver árboles con musgo español en ellos, colgando de las ramas como largas barbas grises. Era la primera vez que lo veía creciendo, y hacía que el bosque pareciera solemne y lúgubre. Así que ahora los farsantes calcularon que estaban fuera de peligro, y empezaron a trabajar los pueblos de nuevo.

Primero dieron una conferencia sobre la templanza; pero no sacaron bastante para emborracharse los dos. Luego en otro pueblo pusieron una escuela de baile; pero no sabían bailar más que un canguro; así que al primer paseo que dieron el público en general se lanzó y les paseó fuera del pueblo.

Otra vez intentaron la elocución; pero no elocutaron mucho hasta que el público se levantó y les echó una buena maldición, y les hizo escabullirse. Probaron con el misionado, y el mesmerismo, y la medicina, y la adivinación, y un poco de todo; pero no parecían tener suerte ninguna. Así que al final estaban casi completamente en la ruina, y se quedaban tumbados en la balsa mientras flotaba río abajo, pensando y pensando, y sin decir nunca nada, durante medio día seguido, de un azul profundo y desesperados.

Y al final dieron un giro y empezaron a juntar las cabezas en la covacha y a hablar en voz baja y confidencialmente durante dos o tres horas seguidas. Jim y yo nos pusimos nerviosos. No nos gustó el aspecto de aquello. Calculamos que estaban tramando alguna clase de diablura peor que nunca. Le dimos vueltas y más vueltas, y al final llegamos a la conclusión de que iban a entrar a robar en la casa o tienda de alguien, o iban a meterse en el negocio de moneda falsa, o algo así. Así que nos asustamos bastante, e hicimos un acuerdo de que no íbamos a tener nada que ver en el mundo con tales cosas, y que si alguna vez teníamos la más mínima oportunidad les daríamos esquinazo y nos largaríamos dejándoles atrás. Bueno, una mañana temprano escondimos la balsa en un sitio bueno y seguro como a dos millas por debajo de un pequeño y desvencijado pueblecito llamado Pikesville, y el rey bajó a tierra y nos dijo a todos que nos quedáramos escondidos mientras él subía al pueblo y husmeaba para ver si alguien había oído hablar del Incomparable Real por allí. («Quieres decir una casa para robar», me dije; «y cuando termines de robarla volverás aquí y te preguntarás qué ha sido de Jim y de mí y de la balsa: y tendrás que quedarte con las ganas de saberlo».) Y dijo que si no había vuelto al mediodía el duque y yo sabríamos que todo estaba bien, y que fuéramos.

Así que nos quedamos donde estábamos. El duque estaba de un humor muy agrio, yendo de un lado para otro inquieto y sudando. Nos regañó por todo, y no había manera de hacer nada bien; le encontraba defectos a cada pequeña cosa. Se estaba tramando algo, seguro. Me alegré mucho cuando llegó el mediodía y el rey sin aparecer: un cambio de todas formas, y quizás una oportunidad de cambio encima. Así que el duque y yo subimos al pueblo y buscamos al rey por allí, y al cabo le encontramos en el cuarto trasero de una pequeña y sórdida taberna, muy borracho, y un montón de holgazanes burlándose de él para divertirse, y él maldiciendo y amenazando con todas sus fuerzas, y tan borracho que no podía andar, y sin poder hacer

nada contra ellos. El duque se puso a insultarle llamándole viejo idiota, y el rey empezó a replicarle, y en el momento en que estaban plenamente a ello salí disparado y me sacudí las patas de atrás, y me lancé por el camino del río como un ciervo, porque vi nuestra oportunidad; y me propuse firmemente que pasaría mucho tiempo antes de que me volvieran a ver a Jim y a mí. Llegué allá sin aliento pero cargado de alegría, y grité:

— ¡Suéltala, Jim! ¡Ya estamos a salvo!

Pero no hubo respuesta, y nadie salió de la covacha. ¡Jim se había ido! Pegué un grito, y luego otro, y luego otro más; y corrí de aquí para allá por el bosque aullando y chillando; pero no sirvió de nada: el viejo Jim se había ido. Entonces me senté y lloré: no podía evitarlo. Pero no pude quedarme quieto mucho tiempo. Al poco salí al camino intentando pensar qué hacer, y me encontré con un chico que andaba por allí, y le pregunté si había visto a un negro desconocido vestido de tal y tal manera, y dijo:

— Sí.

— ¿Dónde? — digo yo.

— Allá abajo en la finca de Silas Phelps, dos millas más abajo. Es un negro fugado, y le han cogido. ¿Le buscabas tú?

— ¡Ni hablar! Me lo encontré en el bosque hace una hora o dos, y dijo que si chillaba me sacaría el hígado: y me dijo que me tumbara y me quedara donde estaba; y lo hice. Llevo allí desde entonces; con miedo de salir.

— Bueno — dijo —, ya no tienes que tener miedo, porque le han cogido. Escapó de abajo del sur, de algún sitio.

— Menos mal que le cogieron.

— ¡Ya lo creo! Tiene doscientos dólares de recompensa. Es como recoger dinero del suelo.

— Sí, ya lo es; y yo podría haberla tenido si hubiera sido más grande: le vi primero. ¿Quién le agarró?

— Fue un viejo: un desconocido; y vendió su parte en él por cuarenta dólares, porque tiene que subir río arriba y no puede esperar. ¡Piensa en eso! Yo esperaré aunque fueran siete años.

—Eso haría yo siempre —dije yo—. Pero quizás su parte no vale más que eso, si la vende tan barata. Quizás hay algo que no está en regla.

—Pero si está, sí: limpio como una patena. Yo mismo vi el cartel. Le describe hasta el último detalle: le pinta como una fotografía, y dice de qué plantación es, por debajo de Nueva Orleans. No, señor, en esa apuesta no hay ningún problema, puede apostar. Oye, ¿me das un poco de tabaco?

No tenía, así que se fue. Fui a la balsa y me senté en la covacha a pensar. Pero no podía llegar a ninguna conclusión. Pensé hasta que me dolió la cabeza, pero no veía ninguna salida al aprieto. Después de todo este largo viaje, y después de todo lo que habíamos hecho por esos sinvergüenzas, aquí todo se había venido abajo y estaba destruido, porque tuvieron el corazón de hacerle a Jim semejante trastada, y devolverle a la esclavitud para toda su vida, y entre desconocidos también, por cuarenta miserables dólares.

Una vez me dije que sería mil veces mejor para Jim ser esclavo en casa donde estaba su familia, ya que tenía que ser esclavo de todas formas, así que más valía que escribiera una carta a Tom Sawyer y le dijera que le dijera a la señorita Watson dónde estaba. Pero pronto abandoné esa idea por dos razones: ella se pondría furiosa y le repugnaría su bribonería e ingratitud por haberle abandonado, y así le vendería directamente río abajo; y aunque no lo hiciera, todo el mundo desprecia naturalmente a un negro ingrato, y se lo harían notar siempre a Jim, y así Jim se sentiría ruin y deshonorado. Y luego piensa en mí. Se correría la voz de que Huck Finn había ayudado a un negro a conseguir la libertad; y si alguna vez me volvía a encontrar a alguien de ese pueblo estaría dispuesto a lamerle los zapatos de vergüenza. Así son las cosas: uno hace algo ruin, y luego no quiere asumir las consecuencias. Piensa que mientras pueda esconderlo no es una deshonra. Esa era exactamente mi situación. Cuanto más le daba vueltas, más me iba royendo la conciencia, y más malvado y ruin y rastro me sentía. Y al final, cuando de repente me golpeó que aquí estaba la mano evidente de la Providencia abofeteándome en la cara y haciéndome saber que mi maldad estaba siendo vigilada todo el tiempo desde allá arriba en el cielo, mientras yo le robaba el negro a una pobre anciana que nunca me había hecho ningún daño, y que ahora me estaba mostrando que hay Alguien que siempre está vigilando, y que no va a permitir que semejantes actos miserables vayan solo hasta cierto punto y no más allá, casi caí redondo de tanto miedo

que tenía. Bueno, intenté lo mejor que pude suavizarlo un poco para mí diciéndome que me habían criado malvado, y que por tanto no tenía tanta culpa; pero algo dentro de mí seguía diciéndome: «Estaba la escuela dominical: podrías haber ido; y si lo hubieras hecho, allí te habrían enseñado que los que se portan como yo me he portado con ese negro van al fuego eterno».

Me hizo temblar. Y casi me decidí a rezar, y a ver si podía intentar dejar de ser la clase de chico que era y ser mejor. Así que me arrodillé. Pero las palabras no venían. ¿Por qué no venían? No servía de nada intentar ocultárselo a Él. Ni a mí mismo tampoco. Sabía muy bien por qué no venían. Era porque mi corazón no estaba en su sitio; era porque no era íntegro; era porque estaba jugando a dos bandas. Estaba fingiendo renunciar al pecado, pero en lo más hondo de mí me aferraba al más grande de todos. Estaba intentando hacer que mi boca dijera que haría lo recto y lo limpio, e ir a escribirle al amo de ese negro y decirle dónde estaba; pero en lo más profundo de mí sabía que era mentira, y Él lo sabía. No se puede rezar una mentira: eso lo descubrí.

Así que estaba lleno de angustia, lleno hasta los bordes; y no sabía qué hacer. Al final se me ocurrió una idea; y me dije: iré a escribir la carta, y luego veré si puedo rezar. Vaya, fue asombroso lo ligero que me sentí al momento, y todos mis problemas desaparecidos. Así que cogí un trozo de papel y un lápiz, todo contento y excitado, y me senté y escribí:

Señorita Watson: su negro fugado Jim está aquí dos millas por debajo de Pikesville, y el señor Phelps le tiene y le entregará a cambio de la recompensa si usted manda.

Huck Finn.

Me sentí bien y completamente lavado del pecado por primera vez en mi vida, y supe que podía rezar ahora. Pero no lo hice enseguida, sino que deposité el papel y me quedé allí pensando: pensando en lo bueno que era que todo hubiera pasado así, y en lo cerca que había estado de perderme y ir al infierno. Y seguí pensando. Y me puse a repasar nuestro viaje río abajo; y veía a Jim delante de mí todo el rato: de día y de noche, a veces con luna, a veces con tormenta, y nosotros flotando, hablando y cantando y riendo. Pero de alguna manera no podía encontrar ningún momento para endurecerme contra él, solo lo contrario. Le veía haciendo mi guardia encima de la

suya en vez de llamarme, para que pudiera seguir durmiendo; y veía lo contento que estaba cuando volví de la niebla; y cuando llegué a él otra vez en la ciénaga, allá arriba donde estaba la vendetta; y momentos así; y siempre me llamaba cariño, y me mimaba e intentaba hacer por mí todo lo que podía, y lo bueno que siempre era; y al final recordé el momento en que le salvé diciéndoles a los hombres que teníamos viruela a bordo, y él estaba tan agradecido, y dijo que yo era el mejor amigo que el viejo Jim había tenido nunca en el mundo, y el único que tiene ahora; y entonces di la casualidad de que miré alrededor y vi ese papel.

Era un momento decisivo. Lo cogí, y lo sostuve en la mano. Estaba temblando, porque tenía que decidir, para siempre, entre dos cosas, y lo sabía. Estuve pensando un momento, como conteniendo la respiración, y luego me dije:

—De acuerdo, pues: iré al infierno. — Y lo rompí.

Eran pensamientos terribles y palabras terribles, pero estaban dichas. Y las dejé estar dichas; y nunca pensé más en reformarme. Aparté todo el asunto de mi cabeza, y dije que volvería a ocuparme de la maldad, que era mi línea por haber sido criado en ella, y la otra no lo era. Y para empezar me pondría a trabajar y robaría a Jim de la esclavitud otra vez; y si podía pensar en algo peor, también lo haría; porque ya que estaba metido, y metido a fondo, bien podría ir a por todo.

Luego me puse a pensar cómo hacerlo, y le di muchas vueltas en la cabeza; y al final fijé un plan que me convenció. Así que tomé los rumbos de una isla boscosa que estaba río abajo un poco, y en cuanto oscureció salí con mi balsa y me dirigí a ella, y la escondí allí, y luego me acosté. Dormí toda la noche, y me levanté antes de que hubiera luz, y desayuné, y me puse la ropa de tienda, y até otras y una cosa y otra en un hatillo, y cogí la canoa y me lancé a la orilla. Desembarqué por debajo de donde calculaba que estaba la finca Phelps, y escondí el hatillo en el bosque, y luego llené la canoa de agua, y le cargué piedras y la hundí donde pudiera encontrarla otra vez cuando la necesitara, como a un cuarto de milla por debajo de un pequeño aserradero de vapor que había en la orilla.

Luego tomé el camino, y cuando pasé por delante del molino vi un letrero que decía «Aserradero de Phelps», y cuando llegué a las casas de la granja, a doscientos o trescientos metros más adelante, estuve muy alerta,

pero no vi a nadie por allí, aunque ya era plena luz del día. Pero no me importó, porque no quería ver a nadie todavía: solo quería reconocer el terreno. Según mi plan, iba a aparecer allí desde el pueblo, no desde abajo. Así que di un vistazo, y seguí directo hacia el pueblo. Bueno, el primer hombre que vi cuando llegué allí era el duque. Estaba pegando un cartel del Incomparable Real: función tres noches, como aquella otra vez. ¡Qué cara tenían esos farsantes! Estaba encima de él antes de que pudiera apartarme. Pareció sorprendido, y dijo:

— ¡Hola! ¿De dónde has salido? — Luego dijo, con cierta alegría y avidez —: ¿Dónde está la balsa? ¿La has puesto en un buen sitio?

Digo:

— Pero si eso era exactamente lo que iba a preguntarle a Su Gracia.

Entonces no pareció tan alegre, y dijo:

— ¿Para qué me lo preguntas a mí?

— Bueno — digo —, cuando vi al rey en esa taberna ayer me dije: no podemos llevarle a casa en horas hasta que esté más sobrio; así que me fui a vagabundear por el pueblo para pasar el tiempo y esperar. Un hombre se me acercó y me ofreció diez centavos para que le ayudara a jalar un bote al otro lado del río y volver a buscar una oveja, y así me fui; pero cuando la estábamos arrastrando hacia el bote, y el hombre me dejó agarrado a la cuerda y fue por detrás a empujarla, era demasiado fuerte para mí y se soltó de un tirón y salió corriendo, y nosotros detrás. No teníamos perro, y tuvimos que perseguirla por todo el campo hasta cansarla. No la cogimos hasta el anochecer; luego la cruzamos, y me dirigí río abajo hacia la balsa. Cuando llegué allí y vi que se había ido, me dije: «Se han metido en algún lío y han tenido que irse; y se han llevado a mi negro, que es el único negro que tengo en el mundo, y ahora estoy en tierra extraña, y no tengo nada de propiedad, y no tengo manera de ganarme la vida»; así que me senté y lloré. Dormí en el bosque toda la noche. ¿Pero qué pasó con la balsa entonces, y con Jim, el pobre Jim?

— Maldita sea si lo sé: quiero decir, lo que ha sido de la balsa. Ese viejo idiota hizo un trato y sacó cuarenta dólares, y cuando le encontramos en la taberna los holgazanes le habían apostado a cara o cruz y le habían sacado hasta el último centavo excepto lo que había gastado en whisky; y cuando le

llevé a casa anoche tarde y encontramos la balsa desaparecida, dijimos: "Ese pequeño granuja nos ha robado la balsa y nos ha dado esquinazo, y se ha largado río abajo."

—¿Yo iba a darle esquinazo a mi negro? ¿Al único negro que tenía en el mundo, y a toda mi propiedad?

—No lo pensamos. El caso es que creo que habíamos llegado a considerarle nuestro negro; sí, le consideramos así: Dios sabe que nos dio bastante trabajo. Así que cuando vimos que la balsa había desaparecido y estábamos completamente en la ruina, no había nada que hacer más que probar el Incomparable Real otra vez. Y llevo así desde entonces, seco como una pólvora. ¿Dónde están esos diez centavos? Dámelos.

Tenía bastante dinero, así que le di diez centavos, pero le pedí que los gastara en algo de comer y me diera algo, porque era todo el dinero que tenía, y no había comido nada desde el día anterior. No dijo nada. Al minuto se volvió hacia mí y dijo:

—¿Crees que ese negro nos delataría? ¡Le despellejaríamos si lo hiciera!

—¿Cómo va a delatarnos? ¿No es un fugado?

—¡No! Ese viejo idiota le vendió, y no lo repartió conmigo, y el dinero se ha ido.

—¿Vendido? —digo yo, y empecé a llorar—; pero si era mi negro, y ese era mi dinero. ¿Dónde está? Quiero a mi negro.

—Bueno, no puedes tener a tu negro, y ya está: así que deja de lloriquear. Oye: ¿crees que te arriesgarías a delatarnos? Maldita sea si creo que me fíe de ti. Porque si nos delataras...

Se paró, pero nunca le había visto al duque una mirada tan siniestra en los ojos. Seguí lloriqueando, y dije:

—No quiero delatar a nadie; y tampoco tengo tiempo de delatar a nadie. Tengo que salir y encontrar a mi negro.

Pareció algo preocupado, y se quedó allí de pie con sus carteles ondeando en el brazo, pensando y frunciendo el ceño. Al final dijo:

—Te voy a decir algo. Tenemos que estar aquí tres días. Si prometes que no nos delatas, y no dejas que el negro lo haga, te diré dónde encontrarle.

Así que lo prometí, y dijo:

—Un granjero llamado Silas Ph... —y entonces se paró. Ya ven, empezó a decirme la verdad; pero al pararse así, y ponerse a pensar de nuevo, calculé que estaba cambiando de opinión. Y así era. No se fiaba de mí; quería asegurarse de tenerme fuera de en medio los tres días completos. Así que al poco dijo:

—El hombre que le compró se llama Abram Foster: Abram G. Foster; y vive a sesenta kilómetros de aquí tierra adentro, en el camino a Lafayette.

—De acuerdo —dijo—, puedo andar eso en tres días. Y saldré esta misma tarde.

—No, saldrás ahora mismo; y no pierdas tiempo, ni te pongas a charlar por el camino. Mantén la lengua quieta en la boca y sigue adelante, y así no tendrás problemas con nosotros, ¿oyes?

Esa era la orden que quería, y la que me había buscado. Quería que me dejaran libre para ejecutar mis planes.

—Así que lárgate —dijo—; y puedes decirle al señor Foster lo que quieras. A lo mejor consigues que se crea que Jim es tu negro: hay idiotas que no exigen documentos: por lo menos he oído que los hay aquí abajo en el Sur. Y cuando le cuentes que el cartel y la recompensa son falsos, a lo mejor te cree cuando le expliques cuál era la idea para sacarles de allí. Vete ya, y dile lo que quieras; pero cuidado con mover la lengua entre aquí y allá.

Así que me fui, y me dirigí hacia el campo. No miré atrás, pero como que sentí que me estaba observando. Pero sabía que podía cansarle de eso. Fui directo hacia el campo unos dos kilómetros antes de parar; luego di la vuelta por el bosque hacia la finca Phelps. Calculé que era mejor empezar con mi plan enseguida sin perder el tiempo, porque quería impedir que Jim hablara hasta que esos tipos pudieran largarse. No quería tener problemas con su clase. Ya había visto bastante de ellos, y quería librarme de ellos por completo.

## XXXII

Cuando llegué allí todo estaba silencioso y dominical, y hacía calor y brillaba el sol; los jornaleros habían ido a los campos; y había ese tenue zumbido de insectos y moscas en el aire que hace que todo parezca tan solitario y como si todo el mundo hubiera muerto y se hubiera ido; y si una brisa pasa y hace temblar las hojas te da melancolía, porque parece que son espíritus que susurran: espíritus que llevan muchos años muertos, y siempre piensas que hablan de ti. En general hace que uno desee estar muerto también, y haberse acabado todo.

La finca de los Phelps era una de esas pequeñas plantaciones de algodón de un solo caballo, y todas tienen el mismo aspecto. Una valla de raíles alrededor de un patio de dos acres; un escalón de acceso hecho de troncos serrados y puestos de pie como escalones, como barriles de diferente longitud, para saltar la valla, y para que las mujeres se suban cuando van a montar a caballo; algunos parches de hierba enfermiza en el patio grande, pero en su mayor parte era liso y pelado, como un sombrero viejo con el pelo gastado; una gran casa doble de troncos para los blancos: troncos escuadrados, con las juntas tapadas con barro o argamasa, y esas rayas de barro encaladas en algún momento; cocina de troncos redondos, con un pasadizo ancho y descubierto pero techado que la unía a la casa; ahumadero de troncos detrás de la cocina; tres pequeñas cabañas de troncos para los negros en fila al otro lado del ahumadero; una pequeña choza toda sola allá abajo junto a la valla trasera, y algunos cobertizos un poco más allá al otro lado; un recipiente para las cenizas y un caldero grande para hacer jabón junto a la chozita; un banco junto a la puerta de la cocina, con un cubo de agua y una calabaza; un perro dormido al sol; más perros dormidos por allí; unos tres árboles de sombra allá lejos en un rincón; algunos arbustos de grosellas y grosellas espinosas en un sitio junto a la valla; fuera de la valla un huerto y un melonar; luego empiezan los campos de algodón, y después de los campos el bosque.

Fui bordeando y trepé por el escalón trasero junto al recipiente de cenizas, y me dirigí hacia la cocina. Cuando llevaba un poco de camino oí el tenue zumbido de una rueca que subía gimiendo y luego volvía a bajar; y entonces supe con certeza que deseaba estar muerto: porque ese es el sonido más solitario del mundo entero.

Seguí adelante sin tener ningún plan concreto, sino confiando simplemente en que la Providencia me pusiera las palabras justas en la boca cuando llegara el momento; pues había observado que la Providencia siempre me ponía las palabras justas en la boca si la dejaba hacer.

Cuando llevaba la mitad del camino, primero un perro y luego otro se levantaron y vinieron a por mí, y claro que me paré y les planté cara, y me quedé quieto. ¡Y menudo alboroto armaron! En un cuarto de minuto era una especie de cubo de rueda, por así decirlo: radios hechos de perros, un círculo de quince de ellos apretados a mi alrededor, con los cuellos y los hocicos estirados hacia mí, ladrando y aullando; y más que venían; se les podía ver saltando vallas y doblando esquinas desde todas partes.

Una mujer negra salió corriendo de la cocina con un rodillo en la mano, gritando: «¡Fuera, Tige! ¡Fuera, Mancha! ¡Fuera de ahí!», y le atizó primero a uno y luego a otro y les mandó aullando, y luego los demás les siguieron; y al segundo siguiente la mitad de ellos volvió meneando el rabo a mi alrededor y haciéndose amigos míos. No hay maldad en un sabueso, de todas formas.

Y detrás de la mujer salieron una niña negra y dos niños negros sin más ropa que camisas de estopa, que se agarraron al vestido de su madre y me miraron por detrás de ella, tímidos, como siempre hacen. Y aquí viene la mujer blanca corriendo desde la casa, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, sin sombrero y con su palo de hilar en la mano; y detrás de ella sus hijos blancos pequeños, portándose igual que los niños negros. Sonreía con toda la cara, apenas podía tenerse en pie, y dijo:

— ¡Eres tú, por fin! ¿A que sí?

Solté un «Sí, señora» antes de pensarlo.

Me agarró y me abrazó fuerte; y luego me cogió por las dos manos y las agitó y las agitó; y le vinieron las lágrimas a los ojos, y corrieron; y no parecía poder abrazar y agitar bastante, y no paraba de decir: «No te pareces

tanto a tu madre como creía que te parecerías; pero Dios mío, eso no me importa, estoy tan contenta de verte. ¡Querido, querido, parece que me te comería! Niños, es vuestro primo Tom. Decidle hola».

Pero agacharon la cabeza y se pusieron los dedos en la boca y se escondieron detrás de ella. Así que ella siguió:

—Lize, date prisa y hazle un desayuno caliente enseguida, o ¿desayunaste en el barco?

Dije que había desayunado en el barco. Entonces se encaminó hacia la casa llevándome de la mano, y los niños siguiéndonos. Cuando llegamos me sentó en una silla de asiento de tiras, y ella se sentó en un taburete bajo delante de mí, cogiéndome las dos manos, y dijo:

—Ahora puedo mirarte bien; y, válgame Dios, he tenido hambre de eso muchas y muchas veces, en todos estos largos años, ¡y por fin ha llegado! Llevábamos un par de días o más esperándote. ¿Qué te retuvo? ¿Encalló el barco?

—Sí, señora: se...

—No digas «sí, señora»: di «tía Sally». ¿Dónde encalló?

No sabía bien qué decir, porque no sabía si el barco vendría río arriba o río abajo. Pero me fío mucho del instinto; y mi instinto me dijo que vendría río arriba: desde abajo, de la dirección de Nueva Orleans. Eso no me ayudó mucho, aunque; porque no sabía los nombres de los bancos de arena de por allá. Vi que tenía que inventarme un banco, o fingir que olvidaba el nombre del que encallamos, o... Entonces se me ocurrió una idea y la solté:

—No fue el encallamiento: eso nos retrasó solo un poco. Reventamos la cabeza de un cilindro.

—¡Dios mío! ¿Alguien herido?

—No, señora. Mató a un negro.

—Bueno, menos mal; porque a veces la gente sí sale herida. Hace dos años por Navidad tu tío Silas venía de Nueva Orleans en el viejo Lally Rook, y reventó una cabeza de cilindro y dejó tullido a un hombre. Y creo que murió después. Era baptista. Tu tío Silas conocía a una familia en Baton Rouge que le conocía muy bien. Sí, ahora lo recuerdo: sí que murió. Le en-

tró la gangrena y tuvieron que amputarle. Pero no le salvó. Sí, fue la gangrena: eso fue. Se puso azul por todas partes y murió con la esperanza de una gloriosa resurrección. Dicen que era un espectáculo verle. Tu tío ha ido al pueblo todos los días a recogerte. Y ha vuelto a irse, hace no más de una hora; volverá en cualquier momento. Debes de haberte cruzado con él en el camino, ¿no? Un hombre ya entrado en años, con una...

—No, no vi a nadie, tía Sally. El barco atracó al amanecer, y dejé el equipaje en el barco del muelle y estuve paseando por el pueblo y un poco por el campo, para pasar el tiempo y no llegar demasiado pronto; así que bajé por el camino de atrás.

—¿A quién le dejaste el equipaje?

—A nadie.

—¡Pero, hijo, te lo robarán!

—Donde lo escondí creo que no —digo yo.

—¿Cómo desayunaste tan temprano en el barco?

Era terreno algo resbaladizo, pero digo:

—El capitán me vio por allí, y me dijo que sería mejor que comiera algo antes de bajar a tierra; así que me llevó al camarote del capitán al almuerzo de los oficiales, y me dio todo lo que quise.

Me estaba poniendo tan nervioso que no podía escuchar bien. Tenía la mente puesta en los niños todo el tiempo; quería sacarlos aparte y sonsacarles un poco, y averiguar quién era yo. Pero no conseguía oportunidad, la señora Phelps seguía y seguía hablando sin parar. Al poco me puso el frío en la espalda, porque dijo:

—Pero aquí estamos hablando así, y no me has dicho ni una palabra de Sis, ni de ninguno de ellos. Ahora descansaré un poco y te cedo la palabra; cuéntame todo: cuéntame todo de todos, uno por uno; cómo están, y qué hacen, y qué te mandaron decirme; y todo lo último que se te ocurra.

Bueno, vi que estaba en un buen atolladero, y de los buenos. La Providencia me había acompañado hasta aquí bastante bien, pero ahora estaba encallado de firme. Vi que no servía de nada intentar seguir: tenía que tirar las cartas. Así que me dije: aquí hay otro lugar donde tengo que arriesgar la

verdad. Abrí la boca para empezar; pero ella me agarró y me metió a empujones detrás de la cama, y dijo:

— ¡Aquí viene! Agacha más la cabeza: así; ya no pueden verte. No des señales de estar aquí. Le voy a gastar una broma. Niños, ni una palabra.

Vi que estaba en un aprieto. Pero no servía de nada preocuparse; no había nada que hacer más que quedarse quieto, y tratar de estar listo para apartarse cuando cayera el rayo.

Solo tuve un breve vistazo del anciano cuando entró; luego la cama le ocultó. La señora Phelps se lanzó hacia él y dijo:

— ¿Ha llegado?

— No — dijo su marido.

— ¡Dios mío! — dijo —. ¿Qué puede haberle pasado?

— No me lo imagino — dijo el anciano —; y debo decir que me tiene muy inquieto.

— ¿Inquieto? — dijo ella —. ¡Estoy a punto de volverme loca! Tiene que haber llegado; y tú te le has cruzado en el camino. Sé que es así: algo me lo dice.

— Pero, Sally, no podría haberme cruzado con él en el camino: tú lo sabes.

— Pero ay, Dios mío, ¿qué dirá Sis! Tiene que haber llegado. Debes haberte cruzado con él. Él...

— Oh, no me angusties más de lo que ya estoy. No sé qué pensar. Estoy al límite, y no me importa reconocer que estoy verdaderamente asustado. Pero no hay esperanza de que haya llegado; porque no podría haber llegado sin que yo le viera. Sally, es terrible: sencillamente terrible: ¡algo le ha pasado al barco, seguro!

— ¡Silas! ¡Mira allá! ¡Por el camino! ¿No viene alguien?

Corrió a la ventana en la cabecera de la cama, y eso le dio a la señora Phelps la oportunidad que quería. Se agachó rápidamente a los pies de la cama y me dio un tirón, y salí; y cuando él se volvió de la ventana allí esta-

ba ella, radiante y sonriendo como una casa en llamas, y yo de pie bastante tímido y sudoroso a su lado. El anciano me miró fijamente y dijo:

—¿Quién es este?

—¿Quién crees que es?

—No tengo ni idea. ¿Quién es?

—¡Es Tom Sawyer!

¡Por todos los santos, casi me hundí por el suelo! Pero no había tiempo para cambios; el anciano me agarró de la mano y la agitó y la agitó; y todo el tiempo cómo bailaba la mujer y reía y lloraba; y luego los dos dispararon preguntas sobre Sid, y Mary, y el resto de la tribu.

Pero si ellos estaban contentos, eso no era nada comparado con lo que yo estaba; porque era como nacer de nuevo, de lo contento que estaba de saber quién era. Bueno, se aferraron a mí durante dos horas; y al final, cuando tenía la barbilla tan cansada que apenas podía moverse más, les había contado más sobre mi familia: quiero decir la familia Sawyer, que lo que le había pasado a seis familias Sawyer juntas. Y expliqué todo sobre cómo reventamos la cabeza de un cilindro en la desembocadura del río White, y nos llevó tres días arreglarla. Lo que estuvo bien y funcionó de primera; porque ellos no sabían si no se tardarían tres días en arreglarla. Si lo hubiera llamado una cabeza de perno habría servido igual de bien.

Ahora me sentía bastante cómodo por un lado, y bastante incómodo por el otro. Ser Tom Sawyer era fácil y cómodo, y se mantuvo fácil y cómodo hasta que al cabo oí un vapor tosiendo río abajo. Entonces me dije: ¿y si Tom Sawyer baja en ese barco? ¿Y si entra aquí en cualquier momento y grita mi nombre antes de que pueda hacerle un guiño para que se calle?

Bueno, no podía ser así; no iba bien de ninguna manera. Tenía que ir al camino y cortarle el paso. Así que le dije a la familia que creía que iría al pueblo a recoger mi equipaje. El anciano quería venir conmigo, pero dije que no, que podía llevar el caballo yo solo, y que prefería que no se tomara molestia por mí.

## XXXIII

Así que me puse en marcha hacia el pueblo en el carro, y cuando llevaba la mitad del camino vi venir otro carro, y claro que era Tom Sawyer, y me detuve y esperé hasta que llegó. Digo: «¡Para!», y se detuvo a mi lado, y su boca se abrió como un baúl, y se quedó así; y tragó saliva dos o tres veces como una persona con la garganta seca, y luego dijo:

—Nunca te hice ningún daño. Lo sabes. Entonces ¿para qué vuelves a rondarme?

Digo:

—No vuelvo: nunca me fui.

Cuando oyó mi voz se recompuso algo, pero todavía no estaba del todo convencido. Dijo:

—No me gastes ninguna broma, porque yo no te la gastaría a ti. De verdad de la buena: ¿no eres un fantasma?

—De verdad de la buena, no —digo yo.

—Bueno... yo... yo... bueno, eso debería zanjarlo, claro; pero de alguna manera no consigo entenderlo. Oye, ¿es que no te asesinaron?

—No. No me asesinaron: les engañé a ellos. Ven aquí y pálpame si no me crees.

Y lo hizo; y le convenció; y estaba tan contento de volverte a ver que no sabía qué hacer. Y quería saberlo todo enseguida, porque era una aventura grandiosa y misteriosa, y eso le llegaba donde le llegaba. Pero dije que lo dejáramos para después; y le dije al cochero que esperara, y nos alejamos un poco, y le conté en qué clase de aprieto estaba y qué creía que debíamos hacer. Dijo que le dejara pensar un momento y que no le molestara. Así que pensó y pensó, y al poco dijo:

—Está bien; ya lo tengo. Mete mi baúl en tu carro, y haz como si fuera el tuyo; y tú da la vuelta y ve despacio para llegar a la casa más o menos cuan-

do debías; y yo me acercaré al pueblo un poco, y tomaré un nuevo punto de partida, y llegaré allí un cuarto o media hora después de ti; y no tienes que dar señales de conocerme al principio.

Digo:

—De acuerdo; pero espera un momento. Hay una cosa más: algo que no sabe nadie más que yo. Y es que hay un negro aquí al que estoy intentando sacar de la esclavitud, y se llama Jim: el viejo Jim de la señorita Watson.

Él dijo:

—¿Cómo? Pero si Jim es...

Se paró y se puso a pensar. Digo:

—Sé lo que vas a decir. Dirás que es un negocio ruin y miserable; pero ¿y qué? Soy rastrero; y voy a robarle, y quiero que te calles y no digas nada. ¿Lo harás?

Se le encendió el ojo, y dijo:

—¡Te ayudaré a robarle!

Bueno, me solté por completo, como si me hubieran pegado un tiro. Era el discurso más asombroso que había oído nunca: y estoy obligado a decir que Tom Sawyer bajó bastante en mi estimación. Solo que no podía creerlo. ¡Tom Sawyer robando un negro!

—¡Venga ya! —digo—. Estás de broma.

—Que no estoy de broma.

—Bueno, entonces —digo—, bromeando o no bromeando, si oyes decir algo de un negro fugado, no te olvides de acordarte de que tú no sabes nada de él, y yo no sé nada de él.

Entonces cogimos el baúl y lo pusimos en mi carro, y él siguió su camino y yo el mío. Pero claro que me olvidé completamente de ir despacio por estar contento y lleno de pensamientos; así que llegué a casa con mucha más velocidad de la necesaria para ese recorrido. El anciano estaba en la puerta, y dijo:

—¡Pero si es increíble! ¿Quién hubiera pensado que esa yegua daba para eso? Ojalá la hubiéramos cronometrado. Y ni siquiera ha sudado un pelo: ni

uno. Es increíble. Vaya, ahora no la daría por cien dólares, no la daría de verdad; y antes la habría vendido por quince, y pensé que era todo lo que valía.

Eso fue todo lo que dijo. Era el viejo más inocente y bueno que he visto nunca. Pero no era de extrañar; porque no solo era granjero, sino también predicador, y tenía una pequeña iglesia de troncos de un solo caballo allá detrás de la plantación, que construyó él mismo a su propia costa, para iglesia y escuela, y no cobraba nada por predicar, y bien que lo valía también. Había bastantes otros granjeros predicadores como él, que hacían lo mismo, en el Sur.

Al cabo de media hora el carro de Tom se acercó al escalón delantero, y la tía Sally lo vio por la ventana, porque no estaba más que a unos cincuenta metros, y dijo:

— ¡Pues si viene alguien! Me pregunto quién será. Pues creo que es un desconocido. Jimmy —ese es uno de los niños—, corre y dile a Lize que ponga otro plato para la cena.

Todo el mundo corrió a la puerta delantera, porque claro, no viene un desconocido todos los años, y así supera a la fiebre amarilla en interés cuando viene. Tom había salvado el escalón y se encaminaba hacia la casa; el carro iba cuesta arriba hacia el pueblo, y todos estábamos apiñados en la puerta delantera. Tom llevaba la ropa de tienda, y un público: y eso siempre era pan para Tom Sawyer. En esas circunstancias no le costaba ningún trabajo añadir la cantidad de estilo que correspondía. No era un chico de avanzar mansamente por ese patio como una oveja; no, venía tranquilo e importante, como el morueco. Cuando llegó frente a nosotros se quitó el sombrero con mucha gracia y delicadeza, como si fuera la tapa de una caja que tenía mariposas dormidas dentro y no quisiera molestarlas, y dijo:

— ¿El señor Archibald Nichols, supongo?

— No, muchacho —dijo el anciano—, lo siento, pero tu cochero te ha engañado; la finca de Nichols está como tres millas más abajo. Entra, entra.

Tom echó un vistazo por encima del hombro y dijo: «Demasiado tarde: ya no se le ve».

— Sí, se ha ido, hijo, y tienes que entrar a comer con nosotros; y luego engancharemos y te llevaremos a casa de Nichols.

—Oh, no puedo causarles tanto trastorno; no podría pensarlo. Iré andando: no me importa la distancia.

—Pero no le dejaremos andar: no sería hospitalidad sureña. Entre usted mismo.

—Oh, venga —dijo la tía Sally—; no nos da ninguna molestia, ninguna en el mundo. Tiene que quedarse. Son tres millas largas y polvorientas, y no podemos dejarle andar. Y además, ya les dije que pusieran otro plato cuando le vi venir; así que no puede decepcionarnos. Entre y póngase cómodo.

Así que Tom les dio las gracias muy cordialmente y con mucha elegancia, y se dejó convencer, y entró; y cuando estuvo dentro dijo que era un desconocido de Hicksville, Ohio, y que su nombre era William Thompson: e hizo otra reverencia.

Bueno, siguió y siguió y siguió, inventando cosas sobre Hicksville y sobre todos los que se le ocurrían de allí, y yo me estaba poniendo algo nervioso, preguntándome cómo iba a ayudarme eso a salir de mi aprieto; y al final, todavía hablando, se inclinó y le dio un beso a la tía Sally en plena boca, y luego se recostó cómodamente en su silla y seguía hablando; pero ella se levantó de un salto y se lo limpió con el dorso de la mano, y dijo:

—¡Descarado!

Él puso cara de ofendido, y dijo:

—Me sorprende, señora.

—¿Le sorprende? ¡Cómo! ¿Qué cree que soy yo? Me dan ganas de... Diga, ¿qué significa besarme?

Puso cara de humilde, y dijo:

—No quería decir nada, señora. No quería hacer ningún daño. Yo... yo... pensé que le gustaría.

—¡Pero si eres un perfecto idiota! —Cogió el palo de hilar, y parecía que le costaba todo lo que podía no darle un golpe con él—. ¿Qué te hizo pensar que me gustaría?

—Bueno, no sé. Solo que... que me lo dijeron.

—Te lo dijeron. Quien te lo dijo es otro lunático. Nunca he oído nada igual. ¿Quiénes son «ellos»?

—Pues todo el mundo. Todos lo dijeron, señora.

Le costaba todo lo que podía contenerse; y le chispeaban los ojos, y los dedos se le movían como si quisiera arañarle; y dijo:

—¿Quién es «todo el mundo»? Sus nombres, o aquí va a faltar un idiota.

Él se levantó con cara de angustia, y se revolvió el sombrero, y dijo:

—Lo siento, y no lo esperaba. Me lo dijeron. Me lo dijeron todos. Todos dijeron: «Bésala, y le gustará». Lo dijeron todos: todos y cada uno. Pero lo siento, señora, y no lo haré más: no lo haré, de verdad.

—¿Que no lo harás? ¡Pues claro que no lo harás!

—No, señora, lo digo en serio; no lo volveré a hacer nunca: hasta que me lo pida.

—¡Hasta que te lo pida! ¡Bueno, jamás he oído nada igual en toda mi vida! Diría que serás el mayor mentecato de la creación antes de que yo te lo pida: o a alguien como tú.

—Bueno —dijo—, me sorprende de verdad. No me lo explico de ninguna manera. Dijeron que usted querría, y yo creí que querría. Pero... —Se paró y miró alrededor despacio, como si deseara cruzarse con un ojo amigable en algún sitio, y se encontró con el del anciano, y dijo—: ¿No creía usted que le gustaría que la besara, señor?

—Pues no; yo... yo... bueno, no, creo que no.

Luego miró alrededor de la misma manera hacia mí, y dijo:

—Tom, ¿no creías que la tía Sally abriría los brazos y diría: "Sid Sawyer..."?

—¡Madre mía! —dijo ella, interrumpiéndole y lanzándose hacia él—. ¡Granujilla descarado, para gastarle una broma a una así...! —y iba a abrazarle, pero él la paró, y dijo:

—No, hasta que me lo pida.

Así que ella no perdió tiempo, sino que se lo pidió; y le abrazó y le besó una y otra vez, y luego le entregó al anciano, y este recibió lo que quedaba.

Y cuando se calmaron un poco dijo:

—Pues vaya, nunca he visto semejante sorpresa. No te esperábamos a ti en absoluto, solo a Tom. Sis no me escribió sobre nadie más que viniera aparte de él.

—Es porque no estaba previsto que viniéramos ninguno más que Tom —dijo él—; pero supliqué y supliqué, y en el último momento me dejó venir también; así que, bajando por el río, Tom y yo pensamos que sería una sorpresa de primera que él viniera primero a la casa, y que yo llegara después rezagado y apareciera haciéndome pasar por desconocido. Pero fue un error, tía Sally. Este no es un lugar sano para que venga un desconocido.

—No: no para descarados cachorros, Sid. Te merecías una bofetada; no he estado tan apurada desde no sé cuándo. Pero no me importa, no me importan las condiciones: estaría dispuesta a aguantar mil bromas así con tal de tenerte aquí. ¡Pensar en semejante actuación! No lo niego: me quedé casi petrificada de asombro cuando me diste ese beso.

Comimos en ese amplio pasadizo descubierta entre la casa y la cocina; y había cosas suficientes en esa mesa para siete familias, y todas calientes también; nada de esa carne fofa y dura que ha estado en un armario en un sótano húmedo toda la noche y sabe como un trozo de caníbal frío por la mañana. El tío Silas hizo una bendición bastante larga sobre ella, pero bien que lo valía; y tampoco la enfrió nada, a diferencia de lo que he visto hacer a ese tipo de interrupciones muchas veces. Hubo bastante conversación toda la tarde, y Tom y yo estuvimos atentos todo el rato; pero no sirvió de nada: no hubo casualidad de que dijeran nada de ningún negro fugado, y teníamos miedo de intentar llevarlo hacia allí. Pero en la cena, ya de noche, uno de los niños pequeños dijo:

—Papá, ¿pueden ir Tom y Sid y yo al espectáculo?

—No —dijo el anciano—; creo que no va a haber ninguno; y aunque lo hubiera no podrías ir; porque el negro fugado le contó a Burton y a mí todo sobre ese espectáculo escandaloso, y Burton dijo que se lo diría a la gente; así que creo que habrán echado a esos holgazanes descarados del pueblo para este momento.

¡Así que allí estaba! Pero no podía hacer nada. Tom y yo íbamos a dormir en el mismo cuarto y la misma cama; así que, como estábamos cansados,

dijimos buenas noches y subimos a la cama justo después de la cena, y salimos por la ventana y bajamos por el pararrayos, y nos lanzamos hacia el pueblo; porque no creía que nadie fuera a darle un aviso al rey y al duque, y si no me daba prisa y se lo daba yo se meterían en un lío seguro.

Por el camino Tom me contó todo sobre cómo se creyó que me habían asesinado, y cómo papá desapareció bastante pronto y no volvió más, y qué revuelo hubo cuando Jim escapó; y yo le conté a Tom todo sobre nuestros bribones del Incomparable Real, y todo lo del viaje en balsa que tuve tiempo de contar; y cuando entramos al pueblo y fuimos por el medio: eran las ocho y media y pico, entonces, aquí viene una turba embravecida con antorchas, y un aullido y un griterío terrible, y golpes de cazuelas y bocinas; y nos apartamos a un lado para dejarles pasar; y al pasar vi que llevaban al rey y al duque a horcajadas sobre una valla: es decir, sabía que era el rey y el duque, aunque estaban cubiertos de alquitrán y plumas de pies a cabeza, y no parecían nada del mundo que fuera humano: solo parecían un par de penachos de soldado monstruosamente grandes. Bueno, me puso malo verlo; y sentí pena por esos pobres y miserables bribones, parecía que nunca más podría tenerles rencor en el mundo. Era una cosa espantosa de ver. Los seres humanos pueden ser terriblemente crueles unos con otros.

Vimos que llegábamos demasiado tarde: no había nada que hacer. Le preguntamos a algunos rezagados, y dijeron que todo el mundo fue al espectáculo con cara de inocencia; y se estuvieron quietos y callados hasta que el pobre viejo rey estaba en el centro de sus cabriolas en el escenario; luego alguien dio una señal, y el público se levantó y se lanzó sobre ellos.

Así que nos volvimos a casa con paso lento, y yo no me sentía tan gallardo como antes, sino ruin y humilde y como con culpa de alguna manera: aunque yo no había hecho nada. Pero así son siempre las cosas; no importa si uno hace lo correcto o lo incorrecto, la conciencia de uno no tiene ningún sentido, y se lanza contra uno de todas formas. Si tuviera un perro amarillo que no supiera más que lo que sabe la conciencia de una persona, le envenenarla. Ocupa más espacio que todo el resto de las entrañas de una persona, y sin embargo no sirve para nada de nada. Tom Sawyer dice lo mismo.

## XXXIV

Dejamos de hablar y nos pusimos a pensar. Al cabo Tom dijo:

—Oye, Huck, qué tontos somos por no haberlo pensado antes. Apuesto a que sé dónde está Jim.

—¡No! ¿Dónde?

—En esa choza junto al recipiente de cenizas. Mira: cuando estábamos comiendo, ¿no viste entrar a un hombre negro con comida?

—Sí.

—¿Para qué creías que era la comida?

—Para un perro.

—Yo también. Bueno, no era para un perro.

—¿Por qué?

—Porque parte de ella era sandía.

—Pues sí: me di cuenta. Bueno, es increíble que nunca se me ocurriera que un perro no come sandía. Eso muestra cómo uno puede ver y no ver al mismo tiempo.

—Bueno, el negro abrió el candado cuando entró, y lo cerró cuando salió. Le traje al tío la llave hacia la hora en que nos levantamos de la mesa: la misma llave, apuesto. La sandía indica hombre, el candado indica prisionero; y no es probable que haya dos prisioneros en una plantación tan pequeña, y donde la gente es tan amable y buena. Jim es el prisionero. Bien: me alegra que lo hayamos averiguado a la manera de los detectives; no daría un comino por ninguna otra manera. Ahora tú dale vueltas a la cabeza, y piensa un plan para robar a Jim, y yo también pensaré uno; y nos quedaremos con el que más nos guste.

¡Qué cabeza para ser solo un chico! Si tuviera la cabeza de Tom Sawyer no la cambiaría por ser duque, ni timonel de vapor, ni payaso de circo, ni

nada que se me ocurra. Me puse a pensar un plan, pero solo por hacer algo; sabía muy bien de dónde iba a venir el plan bueno. Al poco Tom dijo:

—¿Listo?

—Sí —digo yo.

—Bien. Suéltalo.

—Mi plan es este —digo—. Podemos averiguar fácilmente si es Jim el que está allí. Luego recuperar mi canoa mañana por la noche, y traer mi balsa desde la isla. Luego la primera noche oscura que venga robar la llave de los pantalones del anciano cuando se haya acostado, y lanzarnos río abajo en la balsa con Jim, escondiéndonos de día y navegando de noche, como hacíamos Jim y yo antes. ¿No funcionaría ese plan?

—¿Funcionar? Pues claro que funcionaría, como ratas peleando. Pero es demasiado simplón; no tiene nada. ¿Para qué sirve un plan que no da más trabajo que ese? Es tan insulso como leche de oca. Vamos, Huck, no levantaría más comentario que entrar a robar en una fábrica de jabón.

No dije nada, porque no esperaba nada diferente; pero sabía perfectamente que cuando él tuviera su plan listo no tendría ninguna de esas objeciones.

Y no las tenía. Me dijo en qué consistía, y vi en un momento que valía quince veces más que el mío en cuanto a estilo, y dejaría a Jim tan libre como el mío, y quizás además nos mataría a todos. Así que me quedé satisfecho, y dije que nos lanzaríamos a por ello. No hace falta que lo cuente aquí, porque sabía que no se quedaría como estaba. Sabía que lo iría cambiando de todas las formas posibles según avanzáramos, y metiendo nuevas majaderías brillantes donde tuviera oportunidad. Y eso fue lo que hizo.

Bueno, una cosa estaba bien segura, y era que Tom Sawyer iba en serio, y que en realidad iba a ayudar a robar a ese negro de la esclavitud. Eso era demasiado para mí. Aquí había un chico que era respetable y bien criado; y que tenía una reputación que perder; y gente en casa que también tenía reputación; y que era listo y no cabecihueco; y sabido y no ignorante; y no malo, sino bueno; y sin embargo aquí estaba, sin más orgullo, ni sentido del bien, ni sentimientos, que para rebajarse a este negocio, y hacerse a sí mismo una vergüenza, y a su familia una vergüenza, delante de todo el mundo. No podía entenderlo de ninguna manera. Era un escándalo, y sabía que de-

bía levantarme y decírselo; y así ser su verdadero amigo, y dejarle abandonar el asunto justo donde estaba y salvarse. Y empecé a decírselo; pero él me cortó, y dijo:

—¿No crees que sé lo que hago? ¿No sé generalmente lo que hago?

—Sí.

—¿No dije que iba a ayudar a robar al negro?

—Sí.

—Bueno, pues.

Eso fue todo lo que dijo, y eso fue todo lo que dije yo. No servía de nada decir más; porque cuando él decía que haría una cosa, siempre la hacía. Pero no podía entender cómo estaba dispuesto a meterse en esto; así que lo dejé correr, y no me preocupé más. Si estaba decidido a que fuera así, yo no podía hacer nada.

Cuando llegamos a casa la casa estaba toda oscura y silenciosa; así que bajamos a la choza junto al recipiente de cenizas a examinarla. Pasamos por el patio para ver qué harían los perros. Nos conocían, y no hicieron más ruido del que hacen siempre los perros de campo cuando pasa algo de noche. Cuando llegamos a la cabaña le echamos un vistazo a la parte delantera y a los dos lados; y en el lado que no conocía: que era el lado norte, encontramos un hueco cuadrado de ventana, bastante alto, con solo un tablón robusto clavado a través. Digo:

—Aquí está la solución. El hueco es suficientemente grande para que Jim pase si arrancamos el tablón.

Tom dijo:

—Es tan sencillo como el tres en raya, y tan fácil como hacer novillos. Espero que podamos encontrar una manera algo más complicada que esa, Huck Finn.

—Bueno, entonces —digo—, ¿qué tal si le serramos para sacarle, como hice yo antes de que me «asesinaran» aquella vez?

—Eso ya es más —dijo—. Es de verdad misteriosa, y trabajosa, y buena —dijo—; pero apuesto a que podemos encontrar una manera que lleve el doble de tiempo. No hay prisa: sigamos mirando.

Entre la choza y la valla, en la parte trasera, había un cobertizo que se unía a la choza por los aleros, y estaba hecho de tablones. Tenía el largo de la choza, pero era estrecho: solo como dos metros de ancho. La puerta estaba en el extremo sur, y tenía un candado. Tom fue al caldero del jabón y buscó por allí, y trajo la palanca de hierro con que se levantaba la tapa; así que la tomó y sacó una de las grampas. La cadena cayó, y abrimos la puerta y entramos, y la cerramos, y encendimos una cerilla, y vimos que el cobertizo estaba solo construido contra la cabaña y no tenía ninguna conexión con ella; y no había suelo en el cobertizo, ni nada en él más que unos viejos azadones y palas y picos oxidados y estropeados, y un arado inservible. La cerilla se apagó, y nosotros también salimos, y volvimos a meter la grampa, y la puerta quedó cerrada tan bien como antes. Tom estaba contento. Dijo:

— Ahora estamos bien. Le sacaremos cavando. ¡Llevará como una semana!

Luego nos dirigimos hacia la casa, y yo entré por la puerta trasera: solo tienes que tirar de la cuerda de tripa de venado del pestillo, no aseguran las puertas; pero eso no era lo bastante romántico para Tom Sawyer; ninguna manera le valía más que subir por el pararrayos. Pero después de haber llegado a mitad de camino unas tres veces y de haber fallado y caído cada vez, y la última casi partiéndose la cabeza, pensó que tendría que rendirse; pero después de descansar dijo que le daría un intento más por suerte, y esta vez logró el ascenso.

Por la mañana nos levantamos al amanecer, y bajamos a las cabañas de los negros a mimar a los perros y a hacernos amigos del negro que daba de comer a Jim: si era Jim el que estaba siendo alimentado. Los negros estaban acabando de desayunar y saliendo hacia los campos; y el negro de Jim estaba apilando en un cazo de lata pan y carne y cosas; y mientras los demás se iban, llegó la llave de la casa.

Este negro tenía una cara bonachona y un poco boba, y el pelo atado todo en pequeños mechones con hilo. Era para mantener alejadas a las brujas. Dijo que las brujas le estaban molestando horriblemente esas noches, y le hacían ver toda clase de cosas raras, y oír toda clase de palabras y ruidos raros, y que creía que nunca le habían hechizado tanto tiempo en su vida. Se fue animando tanto, y se puso a hablar tan largo de sus problemas, que se olvidó completamente de lo que iba a hacer. Así que Tom dijo:

—¿Para qué es la comida? ¿Para darle de comer al perro?

El negro sonrió poco a poco por toda la cara, como cuando se tira un ladrillo en un charco de barro, y dijo:

—Sí, señorito Sid. Un perro. Un perro muy raro. ¿Quiere ir a mirarlo?

—Sí.

Le di un codazo a Tom y susurré:

—¿Vas a ir ahora, a pleno amanecer? Ese no era el plan.

—No, no lo era; pero ahora sí lo es.

Así que, maldita sea, fuimos, aunque a mí no me gustó mucho. Cuando entramos apenas podíamos ver nada, de lo oscuro que estaba; pero Jim estaba allí, seguro, y podía vernos; y exclamó:

—¡Pero si es Huck! ¡Y buenos cielos! ¿No es el señorito Tom?

Sabía cómo iba a ser; lo esperaba. No sabía qué hacer; y si lo hubiera sabido tampoco podría haberlo hecho, porque el negro irrumpió y dijo:

—¡Pero, válgame Dios! ¿Les conoce a ustedes, señoritos?

Ya podíamos ver bastante bien. Tom miró al negro, firme y con cara de desconcertado, y dijo:

—¿Quién les conoce a nosotros?

—Pues este negro fugado.

—No creo que lo haga; pero ¿qué te ha puesto eso en la cabeza?

—¿Qué me lo puso? ¿No acaba de exclamar ahora mismo como si les conociera?

Tom dijo, con cara de confundido:

—Bueno, eso es muy curioso. ¿Quién exclamó? ¿Cuándo exclamó? ¿Qué exclamó? —Y se volvió hacia mí, perfectamente tranquilo, y dijo—: ¿Tú oíste a alguien exclamar?

Claro que no había más que una cosa que decir; así que digo:

—No; no he oído a nadie decir nada.

Luego se volvió hacia Jim, y le miró como si no le hubiera visto nunca antes, y dijo:

—¿Exclamaste tú?

—No, señor —dijo Jim—; no he dicho nada, señor.

—¿Ni una palabra?

—No, señor, no he dicho ni una palabra.

—¿Nos has visto antes?

—No, señor; que yo sepa, no.

Así que Tom se volvió hacia el negro, que tenía cara de agitado y angustiado, y dijo, con cierta severidad:

—¿Qué crees que te pasa, de todas formas? ¿Por qué pensaste que alguien había exclamado?

—Oh, son esas malditas brujas, señor, y ojalá estuviera muerto. Siempre me están molestando, señor, y casi me matan, de tanto que me asustan. Por favor, no le diga nada a nadie, señor, o el viejo señor Silas me regañará; porque él dice que no hay brujas. ¡Ojalá estuviera aquí ahora: a ver qué diría él! Apuesto a que no encontraría ninguna manera de darle la vuelta esta vez. Pero siempre es así; la gente que tiene ideas fijas, las mantiene; no se molestan en investigar las cosas y averiguarlas por sí mismos; y cuando tú las averiguas y se las cuentas, no te creen.

Tom le dio una moneda de diez centavos, y dijo que no se lo contaríamos a nadie; y le dijo que comprara más hilo para atarse el pelo; y luego miró a Jim, y dijo:

—Me pregunto si el tío Silas va a colgar a este negro. Si yo cogiera a un negro tan ingrato como para escaparse, no le entregaría: le colgaría yo mismo. —Y mientras el negro se acercó a la puerta para mirar la moneda y morderla para ver si era buena, le susurró a Jim y dijo—: No des nunca señales de conocernos. Y si oyes cavar por las noches, somos nosotros; vamos a ponerte en libertad.

Jim solo tuvo tiempo de agarrarnos de la mano y apretarla; luego el negro volvió, y dijimos que volveríamos otro día si el negro quería; y dijo que

querría, sobre todo si era de noche, porque las brujas se le echaban encima principalmente de noche, y era bueno tener gente cerca entonces.

## XXXV

Faltaba casi una hora para el desayuno, así que salimos y bajamos hacia el bosque; porque Tom dijo que necesitábamos algo de luz para ver cómo cavar, y un farol da demasiada y podría meternos en problemas; lo que necesitábamos era un montón de esos trozos de madera podrida que llaman fuego de zorro, que solo dan un suave resplandor cuando los pones en un lugar oscuro. Trajimos un brazado y lo escondimos entre las malas hierbas, y nos sentamos a descansar, y Tom dijo, con cierto disgusto:

—Maldita sea, todo este asunto es de lo más fácil y torpe que puede haber. Y eso hace que sea de lo más difícil elaborar un plan difícil. No hay ningún vigilante al que narcotizar: y debería haber un vigilante. Ni siquiera hay un perro al que dar un somnífero. Y Jim está encadenado por una pierna, con una cadena de tres metros, a la pata de su cama: pues bien, todo lo que hay que hacer es levantar el bastidor de la cama y quitarse la cadena. Y el tío Silas se fía de todo el mundo; le manda la llave al negro cabezahueca, y no manda a nadie a vigilar al negro. Jim podría haberse salido por ese hueco de la ventana hace tiempo, solo que no serviría de nada intentar viajar con una cadena de tres metros en la pierna. Maldita sea, Huck, es el sistema más estúpido que he visto nunca. Hay que inventarse todas las dificultades. Bueno, no podemos hacer nada; tenemos que apañarnos con los materiales que tenemos. De todas formas, hay una cosa: hay más honor en sacarle a través de muchas dificultades y peligros, cuando ninguna de ellas te la han proporcionado las personas que tenían obligación de proporcionarlas, y tú tienes que inventártelas todas de tu propia cabeza. Mira solo eso del farol. Bajando a los hechos fríos, simplemente tenemos que dar por

sentado que un farol es arriesgado. Vamos, podríamos trabajar con una procesión de antorchas si quisiéramos, creo yo. Ahora, mientras lo pienso, tenemos que buscar algo para hacernos una sierra en cuanto tengamos ocasión.

—¿Para qué queremos una sierra?

—¿Para qué la queremos? ¿Es que no tenemos que serrar la pata de la cama de Jim para soltar la cadena?

—Pero si acabas de decir que uno podría levantar el bastidor y quitarse la cadena.

—Bueno, eso es muy propio de ti, Huck Finn. Tienes las maneras más infantiles de ir a las cosas. Vamos, ¿es que no has leído nunca ningún libro? ¿El barón Trenck, ni Casanova, ni Benvenuto Chelleeny, ni Enrique IV, ni ninguno de esos héroes? ¿Quién ha oído nunca hablar de soltar a un prisionero de una manera tan sosaína como esa? No; la manera que siguen todas las mejores autoridades es serrar la pata de la cama por la mitad, y dejarla así, y tragarse el serrín para que no puedan encontrarlo, y poner un poco de suciedad y grasa alrededor del sitio serrado para que ni el senescal más avisado pueda ver señal alguna de que ha sido serrada, y crea que la pata de la cama está perfectamente sana. Luego, la noche que estás listo, le das una patada a la pata, cae; te quitas la cadena, y ya está. Solo hay que atar la escala de cuerda a las almenas, descolgarse por ella, romperse la pierna en el foso: porque una escala de cuerda siempre tiene seis metros de menos, ya sabes, y ahí están tus caballos y tus fieles vasallos, y te recogen y te lanzan a través de una silla de montar, y a galope te vas a tu Languedoc natal, o Navarra, o donde sea. Es magnífico, Huck. Ojalá esta cabaña tuviera un foso. Si tenemos tiempo, la noche de la fuga, cavaremos uno.

Digo:

—¿Para qué queremos un foso si vamos a sacarle por debajo de la cabaña?

Pero no me oyó. Se había olvidado de mí y de todo lo demás. Tenía el mentón en la mano, pensando. Al poco suspiró y sacudió la cabeza; luego suspiró de nuevo, y dijo:

—No, no serviría: no hay suficiente necesidad para ello.

—¿Para qué? —digo yo.

—Pues para serrarle la pierna a Jim —dijo.

—¡Dios mío! —digo—; pues no hay ninguna necesidad para ello. ¿Y para qué ibas a querer serrarle la pierna de todas formas?

—Bueno, algunas de las mejores autoridades lo han hecho. No podían quitarse la cadena, así que simplemente se cortaban la mano y adelante. Y una pierna sería aún mejor. Pero tenemos que dejarlo correr. No hay suficiente necesidad en este caso; y además, Jim es un negro, y no entendería las razones para ello, ni que es la costumbre en Europa; así que lo dejamos. Pero hay una cosa: puede tener una escala de cuerda; podemos rasgar nuestras sábanas y hacerle una escala de cuerda fácilmente. Y podemos mandársela en un pastel; generalmente se hace así. Y yo he comido pasteles peores.

—Vamos, Tom Sawyer, cómo hablas —digo—; Jim no tiene ningún uso para una escala de cuerda.

—Sí que lo tiene. Cómo hablas tú, mejor diría; no sabes nada del asunto. Tiene que tener una escala de cuerda; todos la tienen.

—¿Qué demonios va a hacer con ella?

—¿Qué hacer con ella? Puede esconderla en su cama, ¿no? Eso es lo que hacen todos; y él también tiene que hacerlo. Huck, nunca pareces querer hacer nada que sea lo normal; siempre quieres estar empezando algo nuevo. Supón que no hace nada con ella. ¿Acaso no está ahí en su cama, como pista, cuando se haya ido? ¿Y no crees que querrán pistas? Claro que querrán. ¿Y tú no les dejarías ninguna? Eso sí que estaría bueno, ¿no? Nunca he oído cosa igual.

—Bueno —digo—, si está en el reglamento, y tiene que tenerla, de acuerdo, que la tenga; porque no quiero ir contra ningún reglamento; pero hay una cosa, Tom Sawyer: si nos ponemos a rasgar nuestras sábanas para hacerle a Jim una escala de cuerda, nos vamos a meter en un lío con la tía Sally, tan seguro como que existimos. Ahora bien, a mi manera de verlo, una escala de corteza de nogal no cuesta nada, y no desperdicia nada, y sirve igual de bien para cargar un pastel, y esconderse en un colchón de paja, como cualquier escala de trapo que se te ocurra; y en cuanto a Jim, él no tiene experiencia, y así no le importa qué clase de...

— ¡Oh, vamos, Huck Finn, si yo fuera tan ignorante como tú me callaría: eso es lo que haría! ¿Quién ha oído nunca hablar de un prisionero de Estado que escapara por una escala de corteza de nogal? Vamos, es perfectamente ridículo.

— Bueno, de acuerdo, Tom, arréglalo a tu manera; pero si me haces caso, me dejarás tomar prestada una sábana del tendedero.

Dijo que eso valía. Y eso le dio otra idea, y dijo:

— Toma prestada también una camisa.

— ¿Para qué queremos una camisa, Tom?

— Para que Jim lleve un diario en ella.

— ¡Diario, narices! Jim no sabe escribir.

— Supón que no sabe escribir: puede hacer marcas en la camisa, ¿no, si le hacemos una pluma de una vieja cuchara de peltre o de un trozo de un aro de barril de hierro viejo?

— Vamos, Tom, podemos arrancarle una pluma a un ganso y hacerle una mejor; y más rápido también.

— Los prisioneros no tienen gansos corriendo por la mazmorra de los que sacar plumas, mentecato. Siempre hacen sus plumas del trozo de candelero de latón viejo más duro, más resistente y más trabajoso que pueden conseguir; y les lleva semanas y semanas y meses y meses limarla, también, porque tienen que hacerlo frotándola contra la pared. No usarían una pluma de ganso aunque la tuvieran. No está en el reglamento.

— Bueno, entonces ¿de qué le haremos la tinta?

— Muchos la hacen de óxido de hierro y lágrimas; pero esa es la clase corriente, y de mujeres; las mejores autoridades usan su propia sangre. Jim puede hacer eso; y cuando quiera mandar algún pequeño mensaje corriente ordinario misterioso para hacer saber al mundo dónde está cautivo, puede escribirlo en el fondo de un plato de hojalata con un tenedor y tirarlo por la ventana. El Hombre de la Máscara de Hierro siempre lo hacía así, y es una maldita buena manera también.

— Jim no tiene platos de hojalata. Le dan de comer en un cazo.

—Eso no es nada; podemos conseguirle algunos.

—Nadie podrá leer sus platos.

—Eso no tiene nada que ver, Huck Finn. Todo lo que tiene que hacer es escribir en el plato y tirarlo. No tienes que poder leerlo. Vamos, la mitad de las veces no puedes leer nada de lo que escribe un prisionero en un plato de hojalata, ni en ningún otro sitio.

—Bueno, entonces ¿de qué sirve desperdiciar los platos?

—Pues maldita sea, no son los platos del prisionero.

—Pero son los platos de alguien, ¿no?

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué le importa al prisionero de quién son los...?

Se interrumpió ahí, porque oímos sonar el cuerno del desayuno. Así que salimos corriendo hacia la casa.

Durante la mañana tomé prestada una sábana y una camisa blanca del tendadero; y encontré un saco viejo y lo metí todo en él, y bajamos y cogimos el fuego de zorro, y lo metimos también. Yo lo llamé tomar prestado, porque así lo llamaba siempre papá; pero Tom dijo que no era tomar prestado, sino robar. Dijo que estábamos representando a prisioneros; y los prisioneros no se preocupan de cómo consiguen una cosa mientras la consiguen, y nadie les culpa tampoco. No es ningún crimen en un prisionero robar lo que necesita para escapar, dijo Tom; es su derecho; y así, mientras estuviéramos representando a un prisionero, teníamos todo el derecho de robar cualquier cosa de esta finca que necesitáramos en lo más mínimo para salir de la prisión. Dijo que si no fuéramos prisioneros sería una cosa muy diferente, y que solo una persona mezquina y ruin robaría cuando no fuera prisionero. Así que acordamos que robaríamos todo lo que hubiera que estuviera a mano. Y sin embargo armó una bronca enorme, un día después de eso, cuando yo robé una sandía del melonar de los negros y me la comí; y me hizo ir y darle a los negros diez centavos sin decirles para qué. Tom dijo que lo que quería decir era que podíamos robar cualquier cosa que necesitáramos. Pues bien, digo yo, yo necesitaba la sandía. Pero él dijo que no la necesitaba para salir de la prisión; ahí estaba la diferencia. Dijo que si la hubiera querido para esconder un cuchillo dentro, y pasárselo a Jim para que matara al senescal, habría estado bien. Así que lo dejé correr, aunque no veía ninguna ventaja en que yo representara a un prisionero si tenía que sen-

tarme a rumiar un montón de distinciones muy finas cada vez que veía la oportunidad de agenciarme una sandía.

Bueno, como iba diciendo, esperamos esa mañana hasta que todo el mundo se había puesto a lo suyo, y no había nadie a la vista por el patio; luego Tom llevó el saco al cobertizo mientras yo me quedaba un poco apartado haciendo guardia. Al cabo salió, y fuimos a sentarnos en el montón de leña a hablar. Dijo:

— Todo está bien ahora excepto las herramientas; y eso se arregla fácilmente.

— ¿Herramientas? — digo yo.

— Sí.

— ¿Herramientas para qué?

— Pues para cavar. No vamos a roerle para sacarle, ¿no?

— ¿Es que esos picos y cosas viejas e inservibles de allí dentro no son suficientemente buenos para cavar y sacar a un negro? — digo yo.

Se volvió hacia mí con una cara de lástima suficiente para hacerle llorar a uno, y dijo:

— Huck Finn, ¿has oído alguna vez hablar de un prisionero que tuviera picos y palas y todas las comodidades modernas en su armario para cavarse la salida? Ahora quiero preguntarte: si tienes algo de sentido común, ¿qué oportunidad le daría eso de ser un héroe? Vamos, lo mismo darían prestarle la llave y acabar. Picos y palas: vamos, no se los proporcionarían ni a un rey.

— Bueno, entonces — digo —, si no queremos los picos y las palas, ¿qué queremos?

— Un par de navajillas de mesa.

— ¿Para cavar los cimientos de debajo de esa cabaña?

— Sí.

— Maldita sea, es una tontería, Tom.

— No importa lo tonta que sea: es la manera correcta, y es la manera reglamentaria. Y no hay ninguna otra manera, que yo haya oído, y he leído

todos los libros que dan información sobre estas cosas. Siempre cavan con una navajilla de mesa: y no a través de tierra, fíjate; generalmente es a través de roca sólida. Y les lleva semanas y semanas, y una eternidad. Mira a uno de esos prisioneros en el calabozo del fondo del Castillo D'If, en el puerto de Marsella, que se cavó la salida de esa manera; ¿cuánto tiempo crees que tardó?

—No sé.

—Bueno, adivina.

—No sé. Un mes y medio.

—Treinta y siete años: y salió en China. Así es como hay que hacer las cosas. Ojalá el suelo de esta fortaleza fuera de roca sólida.

—Jim no conoce a nadie en China.

—¿Qué tiene que ver eso? Tampoco aquel otro. Pero siempre andas desviándote por las ramas. ¿Por qué no puedes ceñirte al punto principal?

—De acuerdo: no me importa por dónde salga, con tal de que salga; y a Jim tampoco, creo. Pero hay una cosa, de todas formas: Jim es demasiado viejo para que le saquen con una navajilla de mesa. No aguantará.

—Sí que aguantará. No crees que va a llevar treinta y siete años cavar a través de unos cimientos de tierra, ¿no?

—¿Cuánto llevará, Tom?

—Bueno, no podemos arriesgarnos a tardar tanto como deberíamos, porque puede que no lleve mucho tiempo para que el tío Silas tenga noticias de allá abajo por Nueva Orleans. Se enterará de que Jim no es de allá. Entonces su siguiente movimiento será anunciarlo, o algo así. Así que no podemos arriesgarnos a tardar tanto cavándole como deberíamos. En realidad creo que deberíamos tardar un par de años; pero no podemos. Estando las cosas tan inseguras, lo que recomiendo es esto: que cavemos de verdad, lo más rápido que podamos; y después de eso, podremos darnos a nosotros mismos por satisfechos de que llevamos treinta y siete años. Luego podemos sacarle de golpe y alejarnos corriendo a la primera alarma que haya. Sí, creo que será la mejor manera.

—Eso sí tiene sentido —digo—. Darse por satisfechos no cuesta nada; darse por satisfechos no da ningún trabajo; y si sirve para algo, no me importa darme por satisfecho de que llevamos ciento cincuenta años. No me costaría nada, una vez que le cogiera el truco. Así que me iré a pasear ahora, y mangaré un par de navajillas de mesa.

—Manga tres —dijo—; necesitamos una para hacer una sierra.

—Tom, si no es antirreglamentario e irreligioso sugerirlo —digo—, hay una vieja hoja de sierra oxidada por ahí clavada debajo del revestimiento detrás del ahumadero.

Puso cara de cansado y desanimado, y dijo:

—No hay manera de enseñarte nada, Huck. Vete a mangarte los cuchillos: tres. —Y así lo hice.

## XXXVI

En cuanto calculamos que todos dormían esa noche bajamos por el pararrayos, y nos encerramos en el cobertizo, y sacamos nuestro montón de fuego de zorro, y nos pusimos a trabajar. Despejamos todo lo que había, unos metro y medio a lo largo del centro del tronco inferior. Tom dijo que ahora estaba justo detrás de la cama de Jim, y que cavaríamos por debajo, y que cuando termináramos nadie de la cabaña podría saber jamás que había allí ningún agujero, porque la colcha de Jim colgaba casi hasta el suelo, y habría que levantarla y mirar por debajo para ver el agujero. Así que cavamos y cavamos con las navajillas de mesa hasta casi medianoche; y entonces estábamos rendidos, y teníamos las manos con ampollas, y sin embargo apenas se veía que hubiéramos hecho nada. Al final digo:

—Este no es un trabajo de treinta y siete años: este es un trabajo de treinta y ocho, Tom Sawyer.

No dijo nada. Pero suspiró, y al poco paró de cavar, y luego durante un buen rato supe que estaba pensando. Luego dijo:

—No sirve de nada, Huck, no va a funcionar. Si fuéramos prisioneros sí funcionaría, porque entonces tendríamos todos los años que quisiéramos, y sin prisa; y no conseguiríamos más que unos minutos para cavar cada día, mientras cambiaban los guardias, y así no se nos harían ampollas en las manos, y podríamos seguir sin parar, año tras año, y hacerlo bien, y como debe hacerse. Pero no podemos entretenernos; tenemos que darnos prisa; no tenemos tiempo que perder. Si pasáramos otra noche así tendríamos que parar una semana para que se nos curaran las manos: no podríamos tocar una navajilla de mesa antes.

—Bueno, entonces ¿qué vamos a hacer, Tom?

—Te lo digo. No está bien, y no es moral, y no me gustaría que se supiera; pero no hay más que una sola manera: tenemos que cavar con los picos, y hacer como si fueran navajillas de mesa.

—¡Ahora hablas! —digo—; tu cabeza se pone más y más sensata todo el tiempo, Tom Sawyer —digo—. Los picos son lo que toca, sean morales o no; y en cuanto a mí, me importa un comino la moralidad del asunto. Cuando me pongo a robar un negro, o una sandía, o un libro de la escuela dominical, no me preocupo nada de cómo se hace con tal de que se haga. Lo que quiero es mi negro; o lo que quiero es mi sandía; o lo que quiero es mi libro de la escuela dominical; y si un pico es lo más a mano, eso es lo que voy a usar para cavar ese negro, o esa sandía, o ese libro de la escuela dominical; y me importa un rábano muerto lo que piensen las autoridades tampoco.

—Bueno —dijo—, hay excusa para los picos y el hacerse a la idea en un caso como este; si no la hubiera, no lo aprobaría, ni me quedaría mirando cómo se rompen las reglas: porque lo recto es recto, y lo torcido es torcido, y uno no tiene ningún derecho a hacer lo torcido cuando no es ignorante y sabe distinguir. Podría valer para ti cavar a Jim con un pico, sin hacerte ninguna idea, porque tú no sabes distinguir; pero para mí no, porque yo sí sé. Dame una navajilla de mesa.

Tenía la suya a mano, pero le di la mía. La tiró al suelo, y dijo:

—Dame una navajilla de mesa.

No sabía bien qué hacer: pero entonces pensé. Busqué entre las herramientas viejas, y cogí un pico y se lo di, y él lo tomó y se puso a trabajar, y no dijo ni una palabra.

Siempre fue así de escrupuloso. Lleno de principios.

Así que cogí yo una pala, y luego picamos y palamos, turnándonos, e hicimos volar la tierra. Lo aguantamos durante media hora, que era todo lo que podíamos resistir; pero teníamos un buen trecho de agujero que mostrar. Cuando subí arriba miré por la ventana y vi a Tom haciendo todo lo posible con el pararrayos, pero no podía conseguirlo, de tan doloridas que tenía las manos. Al final dijo:

—No sirve de nada, no puede hacerse. ¿Qué crees que debería hacer? ¿No se te ocurre ninguna manera?

—Sí —digo—, pero creo que no está en el reglamento. Sube por las escaleras, y haz como si fuera el pararrayos.

Y así lo hizo.

Al día siguiente Tom robó una cuchara de peltre y un candelero de latón de la casa, para hacerle a Jim algunas plumas, y seis velas de sebo; y yo rondé por las cabañas de los negros y acechando una oportunidad, robé tres platos de hojalata. Tom dijo que no eran suficientes; pero yo dije que nadie vería nunca los platos que tirara Jim, porque caerían en las hierbas del huerto y las malas hierbas bajo el hueco de la ventana: entonces podríamos llevarlos de vuelta y los podría usar de nuevo. Así que Tom se quedó satisfecho. Luego dijo:

—Ahora, lo que hay que estudiar es cómo hacerle llegar las cosas a Jim.

—Metérselas por el agujero —digo—, cuando lo tengamos hecho.

Solo me miró con desprecio, y dijo algo de que nadie había oído nunca una idea tan idiota, y luego se puso a pensar. Al cabo dijo que había calculado dos o tres maneras, pero que no había necesidad de decidirse por ninguna todavía. Dijo que primero había que poner a Jim al corriente.

Esa noche bajamos por el pararrayos un poco después de las diez, y llevamos una de las velas, y escuchamos bajo el hueco de la ventana, y oímos roncar a Jim; así que la tiramos dentro, y no le despertó. Luego nos lanzamos con el pico y la pala, y en unas dos horas y media el trabajo estuvo

hecho. Nos arrastramos bajo la cama de Jim y entramos a la cabaña, y palpamos por allí y encontramos la vela y la encendimos, y estuvimos un rato sobre Jim, y le vimos con buen aspecto y saludable, y luego le despertamos suave y poco a poco. Estaba tan contento de vernos que casi lloró; y nos llamó cariño, y todos los nombres cariñosos que se le ocurrieron; y quería que buscáramos un cincel frío para cortarle la cadena de la pierna ahora mismo, y largarnos sin perder ningún tiempo. Pero Tom le mostró lo antirreglamentario que sería eso, y se sentó y le contó todos nuestros planes, y cómo podríamos cambiarlos en un momento en cualquier momento que hubiera una alarma; y que no tuviera el más mínimo miedo, porque nos encargaríamos de que escapara, seguro. Así que Jim dijo que todo estaba bien, y nos sentamos allí y hablamos de los viejos tiempos un rato, y luego Tom hizo un montón de preguntas, y cuando Jim le contó que el tío Silas venía cada uno o dos días a rezar con él, y que la tía Sally venía a ver si estaba cómodo y tenía suficiente de comer, y que los dos eran todo lo amables que podían ser, Tom dijo:

— Ahora sé cómo arreglarlo. Les mandaremos cosas a través de ellos.

Yo dije: «No hagas nada de eso; es una de las ideas más absurdas que he oído nunca»; pero no me prestó ninguna atención; siguió adelante. Era su manera cuando tenía los planes fijados.

Así que le dijo a Jim cómo tendríamos que colarle el pastel de la escala de cuerda y otras cosas grandes a través de Nat, el negro que le daba de comer, y que tenía que estar atento, y no sorprenderse, y no dejar que Nat le viera abrirlas; y que meteríamos cosas pequeñas en el bolsillo de la chaqueta del tío, y que las tenía que robar de allí; y que ataríamos cosas a los cordones del delantal de la tía o las meteríamos en su bolsillo del delantal, si teníamos oportunidad; y le dijo qué serían y para qué eran. Y le dijo cómo llevar un diario en la camisa con su sangre, y todo eso. Le dijo todo. Jim no le veía el sentido a la mayor parte de ello, pero reconoció que nosotros éramos blancos y sabíamos más que él; así que se quedó satisfecho, y dijo que haría todo tal como dijera Tom.

Jim tenía abundantes pipas de maíz y tabaco; así que tuvimos un buen rato de charla sociable; luego nos arrastramos hacia afuera por el agujero, y así a casa a la cama, con unas manos que parecían que les habían dado mordiscos. Tom estaba muy animado. Dijo que era la diversión más grande

que había tenido en su vida, y la más intelectual; y dijo que si pudiera ver la manera lo mantendríamos todo el resto de nuestras vidas y les dejaríamos a Jim a nuestros hijos para que lo sacaran; porque creía que Jim llegaría a gustarle más y más cuanto más se acostumbrara. Dijo que de esa manera podría prolongarse hasta ochenta años, y sería el mejor pasatiempo del que hubiera constancia. Y dijo que nos haría famosos a todos los que habíamos tomado parte en ello.

Por la mañana fuimos al montón de leña y cortamos el candelero de latón en trozos manejables, y Tom los metió junto con la cuchara de peltre en su bolsillo. Luego fuimos a las cabañas de los negros, y mientras yo entretenía la atención de Nat, Tom metió un trozo de candelero en el centro de un bodoque de maíz que estaba en el cazo de Jim, y fuimos junto con Nat a ver cómo funcionaría, y funcionó de maravilla; cuando Jim le dio un mordisco casi se le rompieron todos los dientes; y nunca hubiera podido funcionar mejor. El propio Tom lo dijo. Jim no dio ninguna señal de que fuera otra cosa que un trozo de piedra o algo parecido que siempre se mete en el pan, ya saben; pero después de eso nunca le daba un mordisco a nada sin clavarle primero el tenedor en tres o cuatro sitios.

Y mientras estábamos allí de pie en la luz mortecina, aquí vienen un par de sabuesos irrumpiendo por debajo de la cama de Jim; y siguieron entrando a montones hasta que había once, y apenas había sitio para respirar. ¡Por todos los santos, nos habíamos olvidado de cerrar la puerta del cobertizo! El negro Nat solo alcanzó a gritar «¡Brujas!» una vez, y se desplomó al suelo entre los perros, y empezó a gemir como si se estuviera muriendo. Tom abrió la puerta de un tirón y arrojó un pedazo de la carne de Jim, y los perros se lanzaron sobre ella, y en dos segundos él ya estaba fuera y de vuelta y cerró la puerta, y supe que también había cerrado la otra. Luego se puso a trabajar en el negro, consolándole y mimándole, y preguntándole si había creído ver algo otra vez. El negro se incorporó, parpadeó mirando alrededor, y dijo:

— Señorito Sid, va a decir que soy un tonto, pero si no creo que he visto casi un millón de perros, o diablos, o algo, que me muera aquí mismo en el sitio. Lo vi, segurísimo. Señorito Sid, los sentí: los sentí, señor; estaban por todas partes encima de mí. Maldita sea, si pudiera echarle la mano encima a una de esas brujas solo una vez, nada más que una vez, es todo lo que pediría. Pero lo que más quisiera es que me dejaran en paz, eso es.

Tom dijo:

—Bueno, te voy a decir lo que creo yo. ¿Por qué vienen aquí justo a la hora del desayuno de este negro fugado? Es porque tienen hambre: esa es la razón. Hazles un pastel de bruja; eso es lo que tienes que hacer.

—Pero, Dios mío, señorito Sid, ¿cómo voy a hacerles un pastel de bruja? No sé cómo hacerlo. Nunca he oído hablar de semejante cosa antes.

—Bueno, entonces tendré que hacerlo yo mismo.

—¿Lo hará, cariño? ¿Lo hará? ¡Le besaré el suelo que pise, lo haré!

—De acuerdo, lo haré, ya que eres tú, y has sido bueno con nosotros y nos has enseñado al negro fugado. Pero tienes que tener mucho cuidado. Cuando nosotros vengamos, da la vuelta; y entonces lo que hayamos puesto en el cazo, no des señales de verlo. Y no mires cuando Jim vacíe el cazo: podría pasar algo, no sé qué. Y sobre todo, no toques las cosas de las brujas.

—¿Tocarlas, señorito Sid? ¿De qué está hablando? No les pondría el peso de un dedo encima, ni por diez mil millones de dólares, no lo haría.

## XXXVII

Con eso quedó arreglado. Así que nos fuimos al montón de basura del patio trasero, donde guardan las botas viejas, y los trapos, y los trozos de botellas, y las cosas de hojalata estropeadas, y toda esa clase de trastos, y rebuscamos y encontramos una vieja palangana de hojalata, y tapamos los agujeros lo mejor que pudimos, para cocer el pastel en ella, y la bajamos al sótano y la llenamos de harina robada y nos dirigimos hacia el desayuno, y encontramos un par de clavos de ripias que Tom dijo que le vendrían bien a un prisionero para escribir su nombre y sus penas en las paredes de la mazmorra, y dejamos uno en el bolsillo del delantal de la tía Sally, que colgaba

de una silla, y el otro lo metimos en la cinta del sombrero del tío Silas, que estaba en el tocador, porque habíamos oído a los niños decir que su papá y su mamá iban a ir esa mañana a la casa del negro fugado, y luego fuimos al desayuno, y Tom dejó caer la cuchara de peltre en el bolsillo de la chaqueta del tío Silas, y la tía Sally no había llegado todavía, así que tuvimos que esperar un poco.

Y cuando llegó estaba acalorada y colorada y de mal humor, y apenas podía esperar la bendición; y luego se puso a servir el café con una mano y a darle con el dedal al niño más cercano con la otra, y dijo:

—He buscado por arriba y he buscado por abajo, y es para volverse loca lo que puede haber sido de tu otra camisa.

El corazón se me cayó entre los pulmones y las tripas y todo, y un trozo duro de pan de maíz empezó a bajarme por la garganta detrás de él y se encontró en el camino con una tos, y salió disparado por encima de la mesa, y le dio a uno de los niños en el ojo y le dejó retorcido como una lombriz, y le arrancó un grito del tamaño de un alarido de guerra, y Tom se puso algo azul alrededor de las agallas, y todo aquello llegó a un estado de cosas considerable durante un cuarto de minuto o así, y yo habría vendido por la mitad de precio si hubiera habido un comprador. Pero después de eso todo volvió a estar bien: fue la sorpresa repentina lo que nos dejó tan helados. El tío Silas dijo:

—Es de lo más raro, no me lo explico. Sé perfectamente que me la quité, porque...

—Porque no tienes más que una puesta. ¡Escucha al hombre! Sé que te la quitaste, y lo sé mejor que por tu memoria de pez, porque estaba en el tendedero ayer: yo misma la vi allí. Pero ha desaparecido, y eso es todo, y tendrás que cambiarte a una de franela roja hasta que tenga tiempo de hacer una nueva. Y será la tercera que hago en dos años. Uno tiene que estar siempre en danza para tenerte en camisas; y lo que haces con todas ellas es más de lo que yo alcanzo a entender. Cualquiera pensaría que a tu edad aprenderías a tener algún cuidado con ellas.

—Lo sé, Sally, e intento todo lo que puedo. Pero no debería ser del todo culpa mía, porque, ya sabes, no las veo ni tengo nada que ver con ellas ex-

cepto cuando las llevo puestas; y no creo haber perdido nunca ninguna de las que llevaba puesta.

—Bueno, no es culpa tuya si no lo has hecho, Silas; lo habrías hecho si hubieras podido, supongo. Y la camisa no es lo único que ha desaparecido, tampoco. Falta una cuchara; y eso no es todo. Había diez, y ahora solo hay nueve. El ternero se llevó la camisa, supongo, pero el ternero no se llevó la cuchara, eso es seguro.

—¿Y qué más falta, Sally?

—Faltan seis velas: eso es lo que. Las ratas podrían haberse llevado las velas, y supongo que lo hicieron; me pregunto que no se lleven todo el sitio, con lo que siempre vas a tapar sus agujeros y no lo haces; y si no fueran tontas dormirían en tu pelo, Silas: tú nunca lo notarías; pero la cuchara no se la puedes cargar a las ratas, y eso lo sé yo muy bien.

—Bueno, Sally, tengo la culpa, y lo reconozco; he sido negligente; pero no dejaré pasar mañana sin tapar esos agujeros.

—Oh, no te apresures; el año que viene está bien. ¡Matilda Angélica Araminta Phelps!

Zas con el dedal, y la niña sacó las garras del azucarero sin entretenerse. Justo entonces la mujer negra apareció en el pasadizo, y dijo:

—Señora, falta una sábana.

—¡Una sábana! ¡Válgame Dios!

—Taparé esos agujeros hoy —dijo el tío Silas, con cara de apesadumbrado.

—¡Oh, cállate ya! ¿Supones que las ratas se llevaron la sábana? ¿Dónde se ha ido, Lize?

—Pues a saber, señorita Sally. Ayer estaba en el tendedero, pero se ha ido: ya no está ahí.

—Creo que el mundo se está acabando. Nunca he visto nada igual en todos mis días. Una camisa, y una sábana, y una cuchara, y seis vel...

—Señora —entró una joven negra—, falta un candelero de latón.

—¡Fuera de aquí, desvergonzada, o te pongo una sartén encima!

Bueno, estaba que hervía. Empecé a buscar la ocasión; calculé que me escurriría y me iría al bosque hasta que amainara el temporal. Siguió bramando sin parar, llevando ella sola su revolución, y todos los demás muy mansos y callados; y al final el tío Silas, con cara de bobo, sacó esa cuchara del bolsillo. Ella se paró, con la boca abierta y las manos en alto; y en cuanto a mí, ojalá estuviera en Jerusalén o en algún otro sitio. Pero no duró mucho, porque dijo:

—Exactamente lo que me esperaba. Así que la tenías en el bolsillo todo el tiempo; y lo más probable es que tengas las demás cosas allí también. ¿Cómo llegó ahí?

—De verdad que no lo sé, Sally —dijo, como disculpándose—; porque si lo supiera te lo diría. Estaba estudiando mi texto de los Hechos diecisiete antes del desayuno, y creo que lo metí allí sin darme cuenta, pensando meter el Nuevo Testamento, y debe de ser así, porque mi Nuevo Testamento no está; pero iré a verlo; y si el Testamento está donde lo tenía, sabré que no lo metí allí, y eso demostrará que dejé el Testamento y cogí la cuchara, y...

—¡Oh, por Dios! ¡Déjame respirar! Marchaos ya, todos, hasta el último; y no os me acerquéis hasta que haya recuperado la paz de espíritu.

La habría obedecido aunque se lo hubiera dicho a sí misma, por no decir diciéndolo en voz alta; y me habría levantado y obedecido aunque estuviera muerto. Al pasar por la sala el anciano cogió el sombrero, y el clavo de ripia se cayó al suelo, y él simplemente lo recogió y lo puso en la repisa de la chimenea, y no dijo nada, y salió. Tom le vio hacerlo, y se acordó de la cuchara, y dijo:

—Bueno, no sirve de nada mandarle cosas a través de él, no es de fiar. —Luego dijo—: Pero nos hizo un buen servicio con la cuchara, aunque sin saberlo, así que vamos a hacerle uno a él sin que lo sepa: tapar sus agujeros de rata.

Había una cantidad noble de ellos en el sótano, y nos llevó una hora entera, pero lo hicimos bien, apretado y limpio. Luego oímos pasos en las escaleras, y apagamos la luz y nos escondimos; y aquí viene el anciano, con una vela en una mano y un hatillo de cosas en la otra, con un aire de ausencia mental como del año de la pera. Fue deambulando, primero a un agujero de rata y luego a otro, hasta que los había visitado todos. Luego estuvo unos

cinco minutos de pie, quitando gotas de sebo de su vela y pensando. Luego se volvió lento y soñador hacia las escaleras, diciendo:

—Bueno, que me maten si recuerdo cuándo lo hice. Ahora podría demostrarle que no era culpa mía por culpa de las ratas. Pero no importa: dejémoslo. Creo que no serviría de nada.

Y así siguió mascullándolo escaleras arriba, y luego nos marchamos. Era un anciano muy bueno. Y siempre lo es.

Tom estaba bastante preocupado por lo de la cuchara, pero dijo que la necesitábamos; así que se puso a pensar. Cuando lo hubo calculado me dijo cómo debíamos hacerlo; luego fuimos y esperamos rondando alrededor del cestillo de las cucharas hasta que vimos llegar a la tía Sally, y luego Tom se puso a contar las cucharas y a colocarlas a un lado, y yo me deslicé una manga arriba, y Tom dijo:

—Pero, tía Sally, solo hay nueve cucharas todavía.

Ella dijo:

—A jugar, y no me molestéis. Yo sé más; las conté yo misma.

—Bueno, las he contado dos veces, tita, y no me salen más que nueve.

Puso cara de haber perdido la paciencia del todo, pero claro que vino a contar: cualquiera lo haría.

—¡Declaro ante Dios que no hay más que nueve! —dijo—. Pero, ¿qué demonios...? ¡Malditas cosas, las voy a contar otra vez!

Así que volví a deslizar la que tenía, y cuando terminó de contar dijo:

—¡Maldita la porquería revoltosa, ahora hay diez! —Y tenía una cara de contrariada y de desconcertada a la vez. Pero Tom dijo:

—Pero, tita, yo no creo que haya diez.

—Mentecato, ¿no me viste contarlas?

—Ya lo sé, pero...

—Bueno, las contaré otra vez.

Así que mangué una, y salieron nueve, igual que la otra vez. Bueno, estaba hecha una fiera: temblaba toda de rabia. Pero contó y contó hasta que se

armó tal lío que a veces empezaba a contar en el cestillo buscando una cuchara; y así, tres veces salieron bien y tres veces salieron mal. Luego agarró el cestillo y lo tiró por la habitación y le dio al gato de un golpe soberano; y dijo que nos largáramos y la dejáramos en paz, y que si volvíamos a molestarla antes de la cena nos desollaría. Así que nos quedamos con la cuchara sobrante, y la dejamos caer en su bolsillo del delantal mientras nos daba las órdenes de marcha, y Jim la recibió bien, junto con su clavo de ripia, antes del mediodía. Estábamos muy satisfechos con este asunto, y Tom dijo que valía el doble del trabajo que costó, porque dijo que ahora nunca más podría contar esas cucharas dos veces iguales aunque le fuera la vida; y que no se creería haberlas contado bien aunque lo hubiera hecho; y que después de haberse devanado la cabeza contando durante los tres días siguientes calculaba que se rendiría y ofrecería matar a quien le pidiera que las contara otra vez.

Así que esa noche pusimos la sábana de vuelta en el tendedero, y robamos una de su armario; y seguimos poniéndola de vuelta y robándola de nuevo durante un par de días hasta que ya no sabía cuántas sábanas tenía, y no le importaba, y no iba a amargarse el resto del alma con eso, y no las volvería a contar ni a riesgo de la vida; prefería morirse primero.

Así que ya estábamos bien en cuanto a la camisa y la sábana y la cuchara y las velas, con la ayuda del ternero y las ratas y la cuenta enredada; y en cuanto al candelero, no tenía importancia, pasaría pronto.

Pero el pastel fue una faena; tuvimos un sinfín de problemas con ese pastel. Lo preparamos allá abajo en el bosque, y lo cocimos allí; y al final lo terminamos, y muy satisfactorio también; pero no en un solo día; y tuvimos que gastar tres palanganas llenas de harina antes de terminar, y nos quemamos bastante por todos sitios, y con los ojos llenos de humo; porque, ya saben, no queríamos más que una corteza, y no podíamos apuntalarla bien, y siempre se hundía. Pero claro que al final dimos con la manera correcta: que era cocinar también la escala dentro del pastel. Así que al segundo día nos quedamos con Jim hasta tarde, y rasgamos la sábana entera en tiritas y las retorcimos juntas, y mucho antes del amanecer teníamos una cuerda preciosa con la que se habría podido colgar a una persona. Hicimos como si hubiera llevado nueve meses hacerla.

Y por la mañana temprano la llevamos al bosque, pero no cabía en el pastel. Siendo de una sábana entera de esa manera, había cuerda suficiente para cuarenta pasteles si los hubiéramos querido, y sobraba abundantemente para sopa, o salchichas, o lo que se quisiera. Podríamos haber tenido una cena entera.

Pero no la necesitábamos. Todo lo que necesitábamos era suficiente para el pastel, así que tiramos el resto. No cocimos ninguno de los pasteles en la palangana: miedo de que se derritiera la soldadura; pero el tío Silas tenía una magnífica cazuela de latón de calentar por la que sentía bastante aprecio, porque pertenecía a uno de sus antepasados con un largo mango de madera que llegó de Inglaterra con Guillermo el Conquistador en el Mayflower o en uno de esos barcos primitivos, y estaba guardada allá arriba en el desván con un montón de otras ollas y cosas viejas que eran valiosas, no por tener ningún valor en sí, porque no lo tenían, sino por ser reliquias, ya saben, y la sacamos a escondidas, en privado, y la llevamos allá abajo, pero falló en los primeros pasteles, porque no sabíamos cómo, pero salió sonriente en el último. Lo forramos con masa, y lo pusimos en las brasas, y lo cargamos con cuerda de trapo, y le pusimos un techo de masa encima, y cerramos la tapa, y pusimos brasas encendidas por arriba, y nos pusimos a cinco pasos de distancia, con el mango largo, frescos y cómodos, y en quince minutos produjo un pastel que era una satisfacción mirarlo. Pero la persona que se lo comiera querría traer un par de fardos de palillos, porque si esa escala de cuerda no le ponía en verdaderos aprietos es que yo no sé nada de lo que hablo, y además le dejaba suficiente dolor de tripa para la siguiente vez también.

Nat no miró cuando pusimos el pastel de bruja en el cazo de Jim; y pusimos los tres platos de hojalata en el fondo del cazo bajo la comida; y así Jim lo recibió todo bien, y en cuanto se quedó solo reventó el pastel y escondió la escala de cuerda dentro de su colchón de paja, y rayó algunas marcas en un plato de hojalata y lo tiró por el hueco de la ventana.

Hacer esas plumas era un trabajo de lo más agotador y penoso, y lo mismo la sierra; y Jim reconoció que la inscripción iba a ser lo más duro de todo. Es la que el prisionero tiene que rayar en la pared. Pero tenía que tenerla; Tom dijo que tenía que ser así; no había ningún caso de un prisionero de Estado que no rayara su inscripción para dejar detrás, y su escudo de armas.

—Mira a Lady Juana Grey —dijo—; mira a Gilford Dudley; mira al viejo Northumberland. Vamos, Huck, suponte que supone bastante trabajo: ¿qué vas a hacer? ¿Cómo lo vas a esquivar? Jim tiene que hacer su inscripción y su escudo de armas. Todos lo hacen.

Jim dijo:

—Pero, señorito Tom, yo no tengo ningún escudo de armas; no tengo más que esta vieja camisa, y ya sabe que tengo que llevar el diario en ella.

—Oh, no lo entiendes, Jim; un escudo de armas es algo muy diferente.

—Bueno —digo yo—, Jim tiene razón de todas formas cuando dice que no tiene ningún escudo de armas, porque no lo tiene.

—Creo que ya lo sabía —dijo Tom—, pero apuesto a que lo tendrá antes de salir de aquí: porque va a salir bien, y no va a haber ningún defecto en su expediente.

Así que mientras Jim y yo limábamos las plumas en un trozo de ladrillo cada uno, Jim haciendo la suya del latón y yo la mía de la cuchara, Tom se puso a pensar el escudo de armas. Al cabo dijo que había dado con tantos buenos que apenas sabía cuál tomar, pero había uno con el que creía que se decidía. Dijo:

—En el escudón tendremos una banda de oro en la base diestra, un aspa de gúmeo en el centro, con un perro echado por carga común, y bajo su pata una cadena almenada, por la esclavitud, con un chevrnón verde en un jefe denticulado, y tres líneas onduladas en campo de azur, con los puntos del ombligo rampantes en una danza dentada; cimera, un negro fugado, de sable, con su hatillo al hombro en una barra siniestra; y un par de gules por tenantes, que somos tú y yo; divisa, Maggiore Fretta, Minore Otto. Lo sacé de un libro: significa cuanto más prisa menos avance.

—Caray —digo—, pero ¿qué significa el resto?

—No tenemos tiempo de preocuparnos por eso —dijo—; tenemos que cavar a fondo.

—Bueno, de todas formas —digo—, ¿qué es algo de ello? ¿Qué es el centro?

—El centro: el centro es... no necesitas saber qué es el centro. Se lo mostraré cómo hacerlo cuando llegue a eso.

—Vamos, Tom —digo—, creo que podrías decírselo a uno. ¿Qué es una barra siniestra?

—Oh, no lo sé. Pero tiene que tenerla. Toda la nobleza la tiene.

Así era él siempre. Si no le conveniente explicarle algo a uno, no lo hacía. Podrías interrogarle una semana entera, no serviría de nada.

Tenía ya todo el asunto del escudo de armas resuelto, así que ahora se puso a terminar el resto de esa parte del trabajo, que era proyectar una inscripción lúgubre: dijo que Jim tenía que tener una, como habían hecho todos. Compuso muchas, y las escribió en un papel, y las leyó en voz alta, así:

Aquí estalló un corazón cautivo.

Aquí un pobre prisionero, abandonado por el mundo y los amigos, consumió su vida en pena.

Aquí se rompió un corazón solitario, y un espíritu agotado fue a su descanso, tras treinta y siete años de solitario cautiverio.

Aquí, sin hogar y sin amigos, tras treinta y siete años de amargo cautiverio, pereció un noble forastero, hijo natural de Luis XIV.

La voz de Tom tembló mientras las leía, y casi se derrumbó. Cuando terminó no podía decidirse de ninguna manera por cuál rayar Jim en la pared, eran todas tan buenas; pero al final dijo que le dejaría rayarlas todas. Jim dijo que le llevaría un año rayar tantísima cosa en los troncos con un clavo, y además no sabía hacer letras; pero Tom dijo que se las delinearía él, y entonces no tendría más que seguir las líneas. Luego al poco dijo:

—Pensándolo bien, los troncos no van a servir; las mazmorras no tienen paredes de troncos: tenemos que grabar las inscripciones en una roca. Buscaremos una roca.

Jim dijo que la roca era peor que los troncos; dijo que le llevaría tanto tiempo grabarlas en una roca que no saldría nunca. Pero Tom dijo que me dejaría ayudarlo. Luego echó un vistazo para ver cómo iban Jim y yo con las plumas. Era un trabajo de lo más tedioso y duro y lento, y no daba ninguna oportunidad a las manos de curarse de las llagas, y casi no parecía que avanzáramos; así que Tom dijo:

— Sé cómo arreglarlo. Necesitamos una roca para el escudo de armas y las inscripciones lúgubres, y podemos matar dos pájaros de un tiro con esa misma roca. Hay una muela estúpidamente grande en el molino, y nos la llevaremos, y grabaremos las cosas en ella, y limaremos también las plumas y la sierra en ella.

No era una idea de poco mérito; y tampoco era una muela de poco mérito; pero dijimos que la intentaríamos. Aún no era medianoche, así que salimos hacia el molino, dejando a Jim trabajando. Nos llevamos la muela, y nos pusimos a hacerla rodar hasta casa, pero fue un trabajo de los más diabólicamente durísimos. A veces, por más que hiciéramos, no podíamos evitar que se cayera de lado, y estuvo a punto de aplastarnos cada vez. Tom dijo que se iba a cargar a uno de nosotros, seguro, antes de que termináramos. La llevamos hasta la mitad del camino; y entonces estábamos completamente agotados, y casi ahogados de sudor. Vimos que no había manera; teníamos que ir a buscar a Jim. Así que él levantó la cama y deslizó la cadena de la pata de la cama, y se la enrolló al cuello una y otra vez, y nos arrastramos hacia afuera por nuestro agujero y bajamos allí, y Jim y yo nos pusimos a empujar esa muela y la hicimos rodar como si nada; y Tom lo superintendió. Podía superar en superintendencia a cualquier chico que haya visto. Sabía hacerlo todo.

Nuestro agujero era bastante grande, pero no lo suficiente para pasar la muela; pero Jim cogió el pico y pronto lo hizo suficientemente grande. Luego Tom marcó las cosas en ella con el clavo, y puso a Jim a trabajar en ellas, con el clavo como cincel y un perno de hierro de la basura del cobertizo como martillo, y le dijo que trabajara hasta que se le gastara el resto de la vela, y entonces podría irse a la cama y esconder la muela bajo su colchón de paja y dormirse sobre ella. Luego le ayudamos a poner de nuevo la cadena en la pata de la cama, y estábamos listos para ir a la cama también. Pero Tom pensó en algo, y dijo:

—¿Tienes aquí arañas, Jim?

—No, señor, gracias a Dios que no, señorito Tom.

—De acuerdo, te conseguiremos algunas.

—Pero, Dios me libre, cariño, yo no quiero ninguna. Les tengo miedo. Lo mismo me da que haya serpientes de cascabel alrededor.

Tom pensó un minuto o dos, y dijo:

—Es una buena idea. Y supongo que se ha hecho. Tiene que haberse hecho; es lógico. Sí, es una idea de primera. ¿Dónde podrías tenerla?

—¿Tener qué, señorito Tom?

—Pues una serpiente de cascabel.

—¡Misericordia, señorito Tom! Pues si hubiera una serpiente de cascabel que entrara aquí, atravesaría esa pared de troncos de cabeza, lo juro.

—Vamos, Jim, no le tendrías miedo en poco tiempo. Podrías amansarla.

—¡Ámansarla!

—Sí: fácil. Todo animal agradece la bondad y las caricias, y no piensan en hacerle daño a una persona que les hace mimos. Cualquier libro te lo dirá. Inténtalo: eso es todo lo que pido; inténtalo dos o tres días. En poco tiempo puedes ponerle de manera que te quiera; y duerma contigo; y no se aparte de ti ni un minuto; y te deje enrollarla alrededor del cuello y meterse la cabeza en la boca.

—Por favor, señorito Tom, no hable así. No lo puedo aguantar. ¿Que me deje meter su cabeza en la boca? Vaya favor. Apuesto a que esperaría muchísimo tiempo antes de que yo se lo pidiera. Y además, no quiero que duerma conmigo.

—Jim, no seas tan tonto. Un prisionero tiene que tener alguna clase de animal mudo de compañía, y si una serpiente de cascabel no se ha probado nunca, pues hay más gloria en que tú seas el primero en probarla que de cualquier otra manera que se te pudiera ocurrir para salvarte la vida.

—Vamos, señorito Tom, yo no quiero esa clase de gloria. Si la serpiente me muerde en la barbilla, ¿dónde está la gloria? No, señor, no quiero esas cosas.

—Maldita sea, ¿no puedes intentarlo? Solo quiero que lo intentes: no tienes que seguir si no funciona.

—Pero todo el problema estará hecho si la serpiente me muerde mientras la estoy intentando. Señorito Tom, estoy dispuesto a enfrentarme a casi cualquier cosa que no sea irrazonable, pero si usted y Huck me traen aquí una serpiente de cascabel para que la amanse, me marchó, eso es seguro.

—Bueno, entonces dejémoslo, dejémoslo, si eres tan cabezota. Podemos conseguirte culebras de liga, y puedes atarles botones en la cola, y hacemos como si fueran serpientes de cascabel, y supongo que con eso tendremos que conformarnos.

—Esas puedo aguantarlas, señorito Tom, pero maldita sea si no podría apañarme sin ellas, le digo. Nunca supe antes que ser prisionero era tanto lío y tanto trabajo.

—Bueno, siempre es así cuando se hace bien. ¿Tienes ratas por aquí?

—No, señor, no he visto ninguna.

—Bueno, te conseguiremos ratas.

—Vamos, señorito Tom, yo no quiero ratas. Son las criaturas más molestas que hay para perturbar a uno, y corretear por encima, y morderle los pies cuando está intentando dormir, que se ha visto. No, señor, dame culebras de liga, si tengo que tenerlas, pero no me des ratas; no les encuentro ninguna utilidad, casi.

—Pero, Jim, tienes que tenerlas: todos las tienen. Así que no armes más alboroto. Los prisioneros nunca están sin ratas. No hay ningún caso. Y las amaestran, y las hacen mimos, y les enseñan trucos, y llegan a ser tan sociales como moscas. Pero tienes que tocarles música. ¿Tienes algo con qué tocar música?

—No tengo más que un peine tosco y un trozo de papel, y una armónica de boca; pero creo que no les hará mucho caso una armónica de boca.

—Claro que sí. No les importa qué clase de música sea. Una armónica de boca es suficientemente buena para una rata. A todos los animales les gusta la música: en una prisión les encanta. Especialmente la música dolorosa; y no se puede sacar ninguna otra clase de una armónica de boca. Siempre les interesa; salen a ver qué te pasa. Sí, estás muy bien servido. Tienes que sen-

tarte en la cama de noche antes de dormirte, y temprano por las mañanas, y tocar la armónica de boca; toca «El último eslabón se ha roto»: eso es lo que atrapa a una rata más rápido que cualquier otra cosa; y cuando hayas tocado dos minutos verás a todas las ratas, y las serpientes, y las arañas, y todo, empezar a preocuparse por ti y venir. Y se amontonarán encima de ti, y pasarán un rato de primera.

—Sí, así será, supongo, señorito Tom, pero ¿qué clase de rato está pasando Jim? A ver si entiendo el punto. Pero lo haré si tengo que hacerlo. Supongo que es mejor tener contentos a los animales, y no tener problemas en casa.

Tom se quedó pensando por si había algo más que se le olvidara; y al poco dijo:

—Oh, hay una cosa que se me olvidó. ¿Podrías criar una flor aquí, crees tú?

—No sé si podría, señorito Tom; pero aquí está bastante oscuro, y no le encuentro ningún uso a ninguna flor de todas formas, y sería una cantidad de trabajo tremenda.

—Bueno, inténtalo de todas formas. Algunos otros prisioneros lo han hecho.

—Una de esas grandes matas de verbasco como de totora crecería aquí, señorito Tom, creo yo, pero no valdría ni la mitad del trabajo que costaría.

—No lo creas. Te traeremos una pequeña y la plantas en ese rincón de allá, y la crías. Y no la llares verbasco; llámala Pitchiola: ese es su nombre correcto cuando está en prisión. Y tienes que regarla con tus lágrimas.

—Pero si tengo abundante agua de manantial, señorito Tom.

—No quieres agua de manantial; quieres regarla con tus lágrimas. Es como siempre se hace.

—Vamos, señorito Tom, apuesto a que puedo criar una de esas matas de verbasco dos veces con agua de manantial mientras otro hombre está empezando una con lágrimas.

—Esa no es la idea. Tienes que hacerlo con lágrimas.

—Se me morirá entre las manos, señorito Tom, seguro que sí; porque casi nunca lloro.

Así que Tom estaba en un aprieto. Pero le dio vueltas, y luego dijo que Jim tendría que apañárselas lo mejor que pudiera con una cebolla. Prometió que iría a las cabañas de los negros y dejaría una, sin que se notara, en el puchero de café de Jim por la mañana. Jim dijo que él «justó lo mismo prefiero tabaco en el café»; y puso tantos peros a eso, y al trabajo y lío de criar el verbasco, y tocarle la armónica de boca a las ratas, y hacerle mimos y lisonjas a las serpientes y arañas y demás, encima de todo el demás trabajo que tenía con las plumas, e inscripciones, y diarios, y cosas, que lo hacía todo más trabajoso y preocupante y responsable ser prisionero que cualquier otra cosa que había emprendido nunca, que Tom casi perdió toda la paciencia con él; y dijo que estaba cargado con más oportunidades espléndidas que ningún prisionero en el mundo para hacerse un nombre, y sin embargo no tenía bastante cabeza para apreciarlas, y que se estaban desperdiciando casi del todo en él. Así que Jim se disculpó, y dijo que no se portaría así más, y luego Tom y yo nos fuimos a la cama.

## XXXIX

Por la mañana fuimos al pueblo y compramos una ratonera de alambre y la trajimos, y destapamos el mejor agujero de rata, y en como una hora teníamos quince de los mejores que se han visto; y luego los llevamos y los pusimos en un sitio seguro bajo la cama de la tía Sally. Pero mientras estábamos fuera buscando arañas, el pequeño Thomas Franklin Benjamin Jefferson Alejandro Phelps la encontró allí, y abrió la puerta para ver si las ratas saldrían, y salieron; y llegó la tía Sally, y cuando volvimos estaba subida encima de la cama armando un escándalo, y las ratas hacían lo que podían para aliviarle el aburrimiento. Así que nos zurró a los dos con la

vara de nogal, y estuvimos como dos horas cazando otros quince o dieciséis, maldito entrometido, y no eran los mejores tampoco, porque la primera redada era la flor del rebaño. Nunca he visto un lote de ratas más selecto que el de esa primera redada.

Conseguimos un espléndido surtido de arañas, y bichos, y ranas, y orugas, y una cosa y otra; y casi conseguimos un avispero, pero no pudimos. La familia estaba en casa. No lo dejamos enseguida, sino que aguantamos con ellas todo lo que pudimos; porque calculamos que las cansaríamos o ellas nos cansarían a nosotros, y lo hicieron ellas. Luego conseguimos ángelica y nos la untamos en los sitios, y ya estábamos casi bien otra vez, pero no podíamos sentarnos cómodamente. Y entonces fuimos a por las serpientes, y agarramos un par de docenas de culebras de liga y culebras de casa, y las metimos en un saco, y lo pusimos en nuestra habitación, y para entonces ya era la hora de cenar, y un día de trabajo honrado y de primera: ¿éramos los más hambrientos del mundo? Oh no, ¿qué va! Y no había ni una bendita serpiente allí cuando volvimos: no habíamos atado bien el saco, y se escurrieron de alguna manera y se fueron. Pero no importaba mucho, porque seguirían en el lugar en alguna parte. Así que calculamos que podríamos volver a conseguir algunas. No, no hubo ninguna escasez real de serpientes en la casa durante un tiempo considerable. Las verías cayendo de las vigas y sitios de vez en cuando; y generalmente aterrizaban en tu plato, o por el cogote, y la mayor parte del tiempo donde no las querías. Bueno, eran elegantes y rayadas, y no había mal alguno en un millón de ellas; pero eso nunca suponía ninguna diferencia para la tía Sally; ella detestaba las serpientes, fuera cual fuera su especie, y no podía aguantarlas de ninguna manera; y cada vez que se le caía una encima, no importaba lo que estuviera haciendo, dejaba el trabajo allí y salía disparada. Nunca vi semejante mujer. Y se la podría oír gritar hasta Jérico. No se la podía convencer de que cogiera una con las tenazas. Y si se daba la vuelta en la cama y encontraba una allí, salía a rastras y soltaba un alarido que uno pensaría que la casa se incendiaba. Perturbaba tanto al anciano que dijo que casi deseaba que no se hubieran creado nunca las serpientes. Vamos, después de que hasta la última serpiente hubiera desaparecido del todo de la casa durante como una semana, la tía Sally no lo había superado todavía; ni de lejos lo había superado; cuando estaba sentada pensando en algo podías tocarle el cogote con una pluma y daría un salto que se le saldrían los zapatos. Era muy curioso. Pero Tom dijo

que todas las mujeres eran así. Dijo que estaban hechas de esa manera por alguna razón u otra.

Recíbimos una paliza cada vez que una de nuestras serpientes se la cruzaba, y dijo que esas palizas no eran nada comparado con lo que nos haría si volvíamos a cargar el lugar de ellas. No me importaban las palizas, porque no suponían gran cosa; pero sí me importaba el trabajo que teníamos para hacernos con otro lote. Pero lo conseguimos, y todas las demás cosas; y nunca se ha visto una cabaña tan animada como la de Jim cuando todos se amontonaban para la música y se le echaban encima. A Jim no le gustaban las arañas, y las arañas no le gustaban a Jim; y así le acechaban, y le hacían pasar muy mal rato. Y dijo que entre las ratas y las serpientes y la muela no había apenas sitio en la cama para él; y cuando lo había, uno no podía dormir, de lo movido que estaba, y siempre estaba movido, dijo, porque nunca dormían todos a la vez, sino por turnos, así que cuando las serpientes dormían las ratas estaban de guardia, y cuando las ratas se recogían las serpientes entraban de guardia, así que siempre tenía una pandilla debájó de él, estorbándole, y la otra pandilla armádo un circo encima, y si se levantaba a buscar un nuevo sitio las arañas aprovechaban para lanzársele al cruzar. Dijo que si alguna vez salía esta vez no volvería a ser prisionero jamás, ni por un sueldo.

Bueno, al cabo de tres semanas todo estaba en bastante buen estado. La camisa se mandó dentro temprano, en un pastel, y cada vez que una rata le mordía a Jim él se levantaba y escribía un poco en su diario mientras la tinta estaba fresca; las plumas estaban hechas, las inscripciones y demás estaban todas grabadas en la muela; la pata de la cama estaba serrada por la mitad, y nos habíamos comido el serrín, y nos causó un dolor de tripas de los más terribles. Calculamos que nos íbamos a morir todos, pero no. Era el serrín más indigesto que he visto nunca; y Tom dijo lo mismo.

Pero como iba diciendo, ya teníamos todo el trabajo hecho, por fin; y estábamos todos bastante agotados, pero principalmente Jim. El anciano había escrito un par de veces a la plantación de abajo de Nueva Orléans para que vinieran a recoger a su negro fugado, pero no había recibido respuesta, porque no había tal plantación; así que dijo que anunciaría a Jim en los periódicos de San Luis y Nueva Orléans; y cuando mencionó los de San Luis se me pusieron los pelos de punta, y vi que no teníamos tiempo que perder. Así que Tom dijo: ahora, las cartas anónimas.

—¿Qué son esas? —digo.

—Avisos a la gente de que algo se está tramando. A veces se hace de una manera, a veces de otra. Pero siempre hay alguien que espía alrededor y da aviso al gobernador del castillo. Cuando Luis XVI iba a escaparse de las Tullerías, una criada lo hizo. Es una muy buena manera, y las cartas anónimas también. Las usaremos las dos. Y lo corriente es que la madre del prisionero cambie de ropa con él, y ella se quede dentro, y él se escurra con su ropa. También lo haremos.

—Pero oye, Tom, ¿para qué queremos avisar a nadie de que algo se está tramando? Que lo descubran ellos solos: es su problema.

—Sí, ya lo sé; pero no se puede contar con ellos. Así se han portado desde el principio mismo: dejándonos hacer todo a nosotros. Son tan confiados y cabezahuecas que no se fijan en nada de nada. Así que si no les damos aviso no habrá nadie ni nada que nos interfiera, y así después de todo nuestro duro trabajo y esfuerzo esta evasión va a salir perfectamente sosa; no va a significar nada: no habrá nada en ella.

—Bueno, por mi parte, Tom, así es como me gustaría.

—¡Vamos! —dijo, y puso cara de disgustado. Así que digo:

—Pero no voy a poner ninguna queja. Cualquiera manera que te convenga a ti me conviene a mí. ¿Qué vas a hacer con lo de la criada?

—Tú serás ella. Te cueles a medianoche y birlas el vestido de la chica negra.

—Vamos, Tom, eso dará problemas por la mañana; porque claro, probablemente no tiene más que ese.

—Lo sé; pero solo lo necesitas quince minutos, para llevar la carta anónima y meterla por debajo de la puerta delantera.

—De acuerdo, entonces, lo haré; pero podría llevarla igual de bien con mi ropa.

—Entonces no parecerías una criada, ¿verdad?

—No, pero de todas formas no va a haber nadie que vea cómo parezco.

—Eso no tiene nada que ver. Lo que tenemos que hacer es cumplir con nuestro deber, y no preocuparnos de si alguien nos ve hacerlo o no. ¿No tienes ningún principio?

—De acuerdo, no digo nada; yo soy la criada. ¿Quién es la madre de Jim?

—Yo soy su madre. Birlaré un vestido de la tía Sally.

—Bueno, entonces tendrás que quedarte en la cabaña cuando Jim y yo nos vayamos.

—Nada de eso. Rellenaré la ropa de Jim de paja y la pondré en su cama para representar a su madre disfrazada, y Jim se quitará el vestido de mujer negra que llevo yo y se lo pondrá, y los tres evadiremos juntos. Cuando un prisionero de categoría escapa se llama una evasión. Siempre se llama así cuando escapa un rey, por ejemplo. Y lo mismo con el hijo de un rey; no importa si es natural o ilegítimo.

Así que Tom escribió la carta anónima, y yo birle el vestido de la chica negra esa noche, y me lo puse, y lo metí por debajo de la puerta delantera, como me dijo Tom. Decía:

Cuidado. Se está tramando un problema. Esté muy atento.

Un Amigo Desconocido.

La noche siguiente pegamos un dibujo que Tom hizo con sangre, de una calavera y unos huesos en cruz en la puerta delantera; y la siguiente noche otro de un ataúd en la puerta trasera. Nunca he visto a una familia tan asustada. No podrían haber estado más aterrorizados si el lugar hubiera estado lleno de fantasmas echándoles el ojo detrás de cada cosa y debajo de las camas y atravesando el aire. Si una puerta se golpeaba, la tía Sally daba un brinco y decía «ay»; si algo caía, daba un brinco y decía «ay»; si la tocabas por casualidad cuando no estaba pendiente, hacía lo mismo; no podía mirar a ninguna parte y quedarse tranquila, porque le parecía que siempre había algo detrás de ella: así que siempre se volvía de repente, y decía «ay», y antes de haberse vuelto del todo giraba de nuevo y decía «ay» otra vez; y tenía miedo de irse a la cama, pero tampoco se atrevía a quedarse levantada. Así que el asunto estaba funcionando muy bien, dijo Tom; dijo que nunca había visto que algo funcionara más satisfactoriamente. Dijo que demostraba que se estaba haciendo bien.

Así que dijo: ¡ahora, el gran empuje! Así que a la mañana siguiente, al primer albor del día, teníamos lista otra carta, y nos preguntábamos qué hacer con ella, porque les habíamos oído decir en la cena que iban a tener a un negro de guardia en las dos puertas toda la noche. Tom bajó por el pararrayos a espiar; y el negro de la puerta trasera estaba dormido, y se la metí por el cogote y volvió. Esta carta decía:

No me traicione, deseo ser su amigo. Hay una banda desesperada de asesinos del Territorio Indio que van a robar a su negro fugado esta noche, y han estado intentando asustarle para que se quede en casa y no les moleste. Yo soy uno de la banda, pero me he convertido y deseo dejarlo y llevar una vida honrada de nuevo, y traicionaré el infernal plan. Bajarán desde el norte, a lo largo de la valla, a medianoche en punto, con una llave falsa, y entrarán en la cabaña del negro a por él. Yo debo estar apartado y tocar un cuerno de hojalata si veo algún peligro; pero en vez de eso balaré como una oveja en cuanto entren y no tocaré el cuerno; entonces mientras les sueltan las cadenas, usted se acerca allí y les cierra por dentro, y puede matarles cuando quiera. No haga nada más que exactamente lo que le digo; si lo hace sospecharán algo y armarán un tremendo alboroto. No deseo ninguna recompensa más que saber que he hecho lo correcto.

Un Amigo Desconocido.

## XL

Después del desayuno nos sentíamos bastante bien, y cogimos mi canoa y fuimos al otro lado del río a pescar, con un almuerzo, y lo pasamos bien, y echamos un vistazo a la balsa y la encontramos en buen estado, y llegamos a casa tarde para cenar, y les encontramos tan agitados y preocupados que no sabían de qué pie tenerse, y nos mandaron a la cama en cuanto terminamos de cenar, y no nos quisieron decir cuál era el problema, y no dijeron

ni palabra de la nueva carta, pero no necesitaban hacerlo, porque nosotros sabíamos tanto del asunto como cualquiera, y en cuanto estábamos a mitad de las escaleras y ella tenía la espalda vuelta nos escurrimos al armario del sótano y nos hicimos con un buen almuerzo y lo subimos a nuestra habitación y nos fuimos a la cama, y nos levantamos hacia las once y media, y Tom se puso el vestido de la tía Sally que había robado e iba a ponerse en marcha con el almuerzo, pero dijo:

—¿Dónde está la mantequilla?

—Dejé un trozo —digo—, en un trozo de bodoque de maíz.

—Pues te lo dejaste ahí: no está aquí.

—Podemos apañarnos sin ella —digo.

—Con ella también podemos apañarnos —dijo—; tú baja al sótano y tráela. Y luego baja por el pararrayos y vén. Yo iré a meter la paja en la ropa de Jim para representar a su madre disfrazada, y estaré listo para balar como una oveja y lanzarme en cuanto tú llegues.

Así que salió él, y yo bajé al sótano. El trozo de mantequilla, del tamaño del puño de una persona, estaba donde lo había dejado, así que cogí la rebanada de bodoque de maíz con él encima, y apagué la luz, y empecé a subir muy sigilosamente, y llegué bien al piso principal, pero aquí viene la tía Sally con una vela, y le metí el cacharro en el sombrero, y me puse el sombrero en la cabeza, y al segundo siguiente ella me vio; y dijo:

—¿Has estado en el sótano?

—Sí, señora.

—¿Qué has estado haciendo allí abajo?

—Nada.

—¡Nada!

—No, señora.

—Bueno, entonces ¿qué te dio por bajar allí a estas horas de la noche?

—No lo sé, señora.

—¿Que no lo sabes? No me respondas así. Tom, quiero saber qué has estado haciendo allí abajo.

—No he estado haciendo ni una sola cosa, tía Sally, ojalá me caiga muerta si lo he hecho.

Calculé que me dejaría ir ahora, y en general lo habría hecho; pero supuse que había tantas cosas raras sucediendo que estaba alterada por cada pequeña cosa que no era perfectamente normal; así que dijo, muy decidida:

—Marcha ahora mismo a esa sala y quédate allí hasta que yo vaya. Has estado haciendo algo que no debías, y yo me encargaré de averiguar qué es antes de que haya terminado contigo.

Así que se fue mientras yo abría la puerta y entraba a la sala. ¡Válgame Dios, si había allí una multitud! Quince granjeros, y cada uno de ellos con un arma. Me puse bastante malo, y me escurrí a una silla y me senté. Estaban sentados por allí, algunos hablando un poco, en voz baja, y todos nerviosos e inquietos, pero intentando parecer que no; pero lo sabía porque siempre se estaban quitando el sombrero y poniéndoselo, y rascándose la cabeza, y cambiando de sitio, y revolviendo los botones. Yo tampoco estaba tranquilo, pero no me quité el sombrero de todas formas.

Ojalá hubiera venido la tía Sally de una vez, y se hubiera acabado conmigo, y me hubiera zurrado, si quería, y me hubiera dejado irme y decirle a Tom cómo nos habíamos pasado en esto, y en qué tremendo avispero nos habíamos metido, para poder dejar de jugar de una vez y largarnos con Jim antes de que esos tipos se impacientaran y vinieran a por nosotros.

Al fin llegó y empezó a hacerme preguntas, pero no podía contestarlas bien, no sabía ni dónde tenía la cabeza; porque estos hombres estaban tan nerviosos ahora que algunos querían salir en ese momento y esperar a los desesperados, y decían que faltaban solo unos minutos para medianoche; y otros estaban intentando convencerles de que aguantaran y esperaran la señal de la oveja; y allí estaba la tía machacándome con las preguntas, y yo temblando de pies a cabeza y a punto de caerme, de tanto miedo que tenía; y el ambiente poniéndose más y más caliente, y la mantequilla empezando a derretirse y correrme por el cuello y detrás de las orejas; y bastante pronto, cuando uno de ellos dijo: «Yo soy partidario de ir ahora mismo y meterse en la cabaña primero y cogerles cuando lleguen», casi caí redondo; y un hilo de mantequilla empezó a correrme por la frente, y la tía Sally lo vio, y se puso blanca como una sábana, y dijo:

— ¡Dios mío, qué le pasa al chico! Tiene fiebre cerebral seguro, y se le están saliendo los sesos!

Y todo el mundo corrió a ver, y ella me arrancó el sombrero de la cabeza, y salió el pan y lo que quedaba de la mantequilla, y me agarró, y me abrazó, y dijo:

— ¡Oh, qué susto me diste! Y qué contenta y agradecida estoy de que no sea peor; porque la suerte está en contra nuestra, y llueve sobre mojado, y cuando vi eso pensé que te habíamos perdido, porque sabía por el color y todo que era igual que como serían tus sesos si... Querido, querido, ¿por qué no me dijiste que eso era para lo que habías bajado? No me habría importado. ¡Ahora vete a la cama, y no quiero verte más hasta por la mañana!

En un segundo estaba escaleras arriba, y en otro bajando por el pararrayos, y corriendo por la oscuridad hacia el cobertizo. A duras penas podía sacar las palabras, de lo ansioso que estaba; pero le dije a Tom lo más rápido que pude que teníamos que lanzarnos ahora, y que no había ni un minuto que perder: ¡la casa llena de hombres, allá adentro, con armas!

Los ojos le brillaron; y dijo:

— ¡No! ¿De verdad? ¡Es fabuloso! Vamos, Huck, si tuviera que hacerse de nuevo, apuesto a que podría traer a doscientos. Si pudiéramos aplazarlo hasta...

— ¡Date prisa! ¡Date prisa! — digo—. ¿Dónde está Jim?

— Justo a tu lado; si extiendes el brazo puedes tocarle. Está vestido, y todo listo. Ahora nos escurriremos y daremos la señal de la oveja.

Pero entonces oímos los pasos de los hombres acercándose a la puerta, y les oímos empezar a forcejear con el candado, y oímos a un hombre decir:

— Os dije que llegaríamos demasiado pronto; no han venido: la puerta está cerrada con llave. A ver, cerraré a algunos dentro de la cabaña, y esperad en la oscuridad y matadlos cuando lleguen; y los demás dispersaos un poco y escuchad si les oís llegar.

Así que entraron, pero no podían vernos en la oscuridad, y casi nos pisaron mientras nos lanzábamos a meternos debajo de la cama. Pero nos metimos bien, y salimos por el agujero, rápido pero silencioso: Jim primero, yo después, y Tom el último, que era según las órdenes de Tom. Ahora es-

tábamos en el cobertizo, y oíamos pisadas cerca afuera. Así que nos arrastramos hasta la puerta, y Tom nos detuvo allí y pegó el ojo a la rendija, pero no podía distinguir nada, de lo oscuro que estaba; y susurró y dijo que escucharía hasta que los pasos se alejaran, y cuando nos diera un codazo Jim debía deslizarse fuera primero, y él el último. Así que pegó el oído a la rendija y escuchó, y escuchó, y escuchó, y los pasos arrastrándose por allí fuera todo el tiempo; y al final nos dio el codazo, y nos deslizamos hacia afuera, y nos agachamos, sin respirar, y sin hacer el más mínimo ruido, y nos escurrimos sigilosamente hacia la valla en fila india, y llegamos bien a ella, y Jim y yo la saltamos; pero los pantalones de Tom se engancharon en una astilla del rail de arriba, y entonces oíó los pasos que se acercaban, así que tuvo que soltarse de un tirón, lo que quebró la astilla e hizo ruido; y cuando cayó junto a nosotros y se puso en marcha alguien gritó:

—¿Quién va ahí? ¡Responda, o disparo!

Pero no respondimos; simplemente desatámos los talones y nos lanzamos. Luego hubo una carga, y ¡Bang, Bang, Bang!, y las balas silbaron a nuestro alrededor. Les oímos gritar:

—¡Aquí están! ¡Se dirigen al río! ¡Detrás de ellos, muchachos, y soltad los perros!

Así que allá vinieron a toda velocidad. Podíamos oírles porque llevaban botas y gritaban, pero nosotros no llevábamos botas y no gritábamos. Estábamos en el camino del molino; y cuando se nos pusieron bastante cercanos metimos entre la espesura y les dejamos pasar, y luego nos pusimos detrás de ellos. Tenían a todos los perros encerrados para que no asustaran a los ladrones; pero a esas alturas alguien los había soltado, y allá venían, armando un alboroto para un millón; pero eran nuestros perros; así que nos paramos en seco hasta que nos alcanzaron; y cuando vieron que no éramos nadie más que nosotros, y no les ofrecíamos ninguna emoción, solo dijeron hola y salieron disparados hacia los gritos y el estruendo; y luego nosotros nos pusimos en marcha de nuevo, y fuimos volando detrás de ellos hasta que estábamos casi en el molino, y luego nos apartamos por la espesura hacia donde estaba atada mi canoa, y saltamos a ella y bogamos con todas nuestras fuerzas hacia el centro del río, pero sin hacer más ruido del que estábamos obligados. Luego seguimos, tranquilos y cómodos, hacia la isla donde estaba mi balsa; y podíamos oírles gritar y ladrar unos a otros por ar-

riba y por abajo de la orilla, hasta que estábamos tan lejos que los sonidos se apagaron y se extinguieron. Y cuando subimos a la balsa digo:

—Ahora, viejo Jim, eres un hombre libre otra vez, y apuesto a que nunca más serás esclavo.

—Y bien buen trabajo ha sido, Huck. Estuvo planeado de maravilla, y ejecutado de maravilla; y no hay nadie que pueda montar un plan más enredado y espléndido que ese.

Estábamos todos lo más contentos que podíamos estar, pero Tom era el más contento de todos porque tenía una bala en la pantorrilla de la pierna.

Cuando Jim y yo nos enteramos de eso no nos sentimos tan envalentonados como antes. Le dolía bastante, y sangraba; así que le tumbamos en la covacha y rasgamos una de las camisas del duque para vendarle, pero dijo:

—Dadme los trapos; yo puedo hacerlo yo mismo. No paréis ahora; no perdáis el tiempo aquí, y la evasión yendo tan estupendamente; ¡a los remos, y a navegar! ¡Muchachos, lo hicimos de primera! De verdad que sí. Ojalá hubiéramos tenido a mano a Luis XVI, no habría ningún «¡Hijo de San Luis, sube al cielo!» escrito en su biografía; no, señor, le habríamos sacado por la frontera a toda prisa: eso es lo que habríamos hecho con él, y con la misma facilidad que nada también. ¡A los remos! ¡A los remos!

Pero Jim y yo estábamos consultando: y pensando. Y después de haberlo pensado un momento, digo:

—Dilo tú, Jim.

Así que dijo:

—Bueno, así es como me lo parece esto, Huck. Si fuera él el que estuviera siendo liberado, y uno de los chicos recibiera un tiro, ¿diría él: «Seguid y salvaos, no os preocupéis por buscar médico para salvar a este»? ¿Eso es propio del señorito Tom Sawyer? ¿Diría él eso? ¡Apuesto a que no! Bueno, entonces ¿va a decirlo Jim? No, señor: no me muevo de este sitio sin médico, ni aunque sea cuarenta años.

Sabía que era bueno por dentro, y calculé que diría lo que dijo: así que ahora todo estaba bien, y le dije a Tom que iba a buscar un médico. Tom armó un alboroto considerable, pero Jim y yo nos mantuvimos firmes y no cedimos; así que se disponía a arrastrarse fuera y soltar la balsa él mismo;

pero no se lo permitimos. Entonces nos dijo cuatro cosas, pero no sirvió de nada.

Así que cuando me vio preparando la canoa, dijo:

—Bueno, entonces, ya que estás decidido a ir, te diré cómo hacerlo cuando llegues al pueblo. Cierra la puerta y véndale los ojos al médico bien fuerte, y hazle jurar que guardará silencio como la tumba, y ponle una bolsa llena de oro en la mano, y luego llévale por todos los callejones traseros y por todas partes en la oscuridad, y luego tráele hasta aquí en la canoa, por un camino indirecto entre las islas, y cáchale y quítale la tiza, y no se la devuelvas hasta que le hayas llevado de vuelta al pueblo, o si no marcará esta balsa con la tiza para poder encontrarla otra vez. Así es como lo hacen siempre.

Así que dije que lo haría, y me fui, y Jim iba a esconderse en el bosque cuando viera venir al médico hasta que se hubiera vuelto a ir.

## XLI

El médico era un anciano; un anciano muy agradable y de aspecto bondadoso cuando le llamé. Le dije que mi hermano y yo habíamos estado en la isla Española de caza la tarde anterior, y habíamos acampado en un trozo de balsa que encontramos, y que hacia medianoche debía de haber dado una patada a la escopeta en sueños, porque se disparó y le dio en la pierna, y queríamos que fuera allá a arreglarlo y no dijera nada ni dejara saber a nadie, porque queríamos llegar a casa esa tarde y dar una sorpresa a la familia.

—¿Quién es su familia? —dijo.

—Los Phelps, allá abajo.

— Ah — dijo. Y después de un momento, dijo:

— ¿Cómo dijo que se disparó?

— Tuvo un sueño — digo —, y se le disparó.

— Sueño singular — dijo.

Así que encendió su farol, y cogió sus alforjas, y nos pusimos en marcha. Pero cuando vio la canoa no le gustó el aspecto: dijo que era bastante grande para uno, pero que no parecía muy segura para dos. Digo:

— Oh, no hay que asustarse, señor; nos llevó a los tres sin ningún problema.

— ¿Qué tres?

— Pues yo y Sid, y... y... y las escopetas; eso es lo que quiero decir.

— Ah — dijo.

Pero puso el pie en la regala y la baleó, y sacudió la cabeza, y dijo que calculaba que buscaría una más grande. Pero estaban todas cerradas con llave y encadenadas; así que tomó mi canoa, y dijo que le esperara hasta que volviera, o podía seguir buscando, o quizá era mejor que bajara a casa y los dejara listos para la sorpresa si quería. Pero dije que no; así que le expliqué exactamente cómo encontrar la balsa, y luego partió.

Se me ocurrió una idea bastante pronto. Me digo a mí mismo: suponte que no puede arreglar esa pierna en un momento, como suele decirse. Suponte que le lleva tres o cuatro días. ¿Qué vamos a hacer? ¿Quedar por allí hasta que descubra el pastel? No, señor; ya sé lo que haré. Esperaré, y cuando vuelva si dice que tiene que volver a ir más, bajaré también yo, aunque tenga que nadar; y le ataremos y le retendremos, y saldremos río abajo; y cuando Tom haya acabado con él le daremos lo que vale, o todo lo que tengamos, y luego le dejaremos llegar a tierra.

Así que me colé en un montón de madera a dormir un poco; y la siguiente vez que me desperté el sol estaba muy alto sobre mi cabeza. Salté y fui a casa del médico, pero me dijeron que se había ido en algún momento de la noche y aún no había vuelto. Bueno, pienso yo, eso pinta muy mal para Tom, y me largaré a la isla ahora mismo. Así que arranqué, y doblé la esquina, y casi me meto de cabeza en el estómago del tío Silas. Él dijo:

— ¡Vaya, Tom! ¿Dónde has estado todo este tiempo, pillastre?

— No he estado en ninguna parte — digo —, nada más que buscando al negro fugado: Sid y yo.

— ¿Y por dónde fuisteis? — dijo —. Tu tía ha estado muy intranquila.

— No tenía por qué — digo —, porque estábamos bien. Seguimos a los hombres y los perros, pero nos dejaron atrás, y los perdimos; pero creímos oírles en el agua, así que cogimos una canoa y salimos tras ellos y cruzamos, pero no encontramos nada de ellos; así que cruzamos la orilla arriba hasta que nos cansamos bastante y quedamos rendidos; y atamos la canoa y nos dormimos, y no nos despertamos hasta hace como una hora; luego bogamos hasta aquí a oír las noticias, y Sid está en la oficina de correos a ver qué puede averiguar, y yo me he separado a buscar algo que comer para los dos, y luego nos vamos a casa.

Así que fuimos a la oficina de correos a por «Sid»; pero tal como sospechaba, no estaba allí; así que el anciano sacó una carta de la oficina, y esperamos un rato más, pero Sid no aparecía; así que el anciano dijo, vamos, que Sid vuelva a pie, o en canoa, cuando acabe de entretenerse; pero nosotros montaríamos a caballo. No pude convencerle de que me dejara quedarme a esperar a Sid; y dijo que no servía de nada, y que tenía que ir con él, y dejar que la tía Sally viera que estábamos bien.

Cuando llegamos a casa la tía Sally estaba tan contenta de verme que rió y lloró a la vez, y me abrazó, y me dio una de esas zurras tuyas que no significan nada, y dijo que le haría lo mismo a Sid cuando llegara.

Y la casa estaba llena de granjeros y sus mujeres, a cenar; y menudo alboroto de voces que no se ha oído otro igual. La vieja señora Hotchkiss era la peor: su lengua no paraba. Dijo:

— Pues, hermana Phelps, he registrado esa cabaña de arriba abajo, y creo que el negro estaba loco. Le digo a la hermana Damrell — ¿verdad que sí, hermana Damrell? —, le digo: está loco, digo, esas fueron mis mismísimas palabras. Todos me oyeron: está loco, digo; todo lo demuestra, digo. Miren esa muela, digo; ¿alguien me va a decir que ningún ser con dos dedos de frente va a ponerse a garabatear todas esas locuras en una muela, digo? Que fulano estalló de corazón; y que mengano llegó allá durante treinta y siete años, y todo eso: hijo natural de Luis no sé quién, y semejantes sandeces.

Está completamente loco, digo; eso es lo que digo al principio, eso es lo que digo en el medio, y eso es lo que digo al final y todo el tiempo: el negro está loco: tan loco como Nabucodonosor, digo.

— Y miren esa escalera hecha de trapos, hermana Hotchkiss — dijo la vieja señora Damrell —; ¿para qué podía querer nunca una...?

— Eso mismísimo era lo que yo decía no más que ahora mismo a la hermana Utterback, y ella misma se lo dirá. Dice ella: mire esa escalera de trapos, dice; y digo yo: sí, mírela, digo: ¿para qué la podría querer, digo? Dice ella, hermana Hotchkiss, dice...

— ¿Y cómo demonios consiguieron meter esa muela allí dentro? ¿Y quién cavó ese agujero? ¿Y quién...?

— ¡Mis mismísimas palabras, hermano Penrod! Yo decía: pásame ese jarrito de melaza, ¿quiere? Yo le decía a la hermana Dunlap, justo ahora mismo, cómo metieron la muela allí dentro, digo. Sin ayuda, fíjense: ¡sin ayuda! Ahí está la cosa. No me digan, digo; hubo ayuda, digo; y ayuda de sobra también, digo; ha habido una docena ayudando a ese negro, y yo digo que desollaría a todo negro de esta finca hasta averiguar quién lo hizo, digo; y además, digo...

— ¡Una docena dice usted! Cuarenta no habrían podido hacer todo lo que se ha hecho. Miren esas sierras de navajilla y demás, lo trabajosas que han sido de hacer; miren esa pata de cama serrada con ellas, una semana de trabajo para seis hombres; miren ese negro hecho de paja en la cama; y miren...

— Bien puede decirlo, hermano Hightower. Es exactamente lo que yo le decía al hermano Phelps, él mismo. Él dice: ¿qué le parece, hermana Hotchkiss?, dice. ¿Qué pienso de qué, hermano Phelps?, digo. ¿Qué piensa de que esa pata de cama esté serrada así?, dice. ¿Qué pienso?, digo. Yo digo que no se serró sola, digo: alguien la serró, digo; esa es mi opinión, tómela o déjela, puede que no valga nada, digo, pero tal como está, es mi opinión, digo; y si alguien puede proponer una mejor, digo, que lo haga, digo, y ya está. Le digo a la hermana Dunlap, digo...

— Vaya, caramá, tiene que haber habido una casa llena de negros allí dentro cada noche durante cuatro semanas para hacer todo ese trabajo, hermana Phelps. Miren esa camisa: cubierta hasta el último centímetro con escritura

africana secreta hecha con sangre. Tiene que haber habido una balsa de ellos trabajando sin parar, casi todo el tiempo. Vaya, daría dos dólares porque me la leyeran; y en cuanto a los negros que la escribieron, yo les daría...

— ¡Gente que le ayudara, hermano Marples! Pues yo creo que así lo pensaría si hubiera estado en esta casa durante este tiempo. Vamos, han robado todo lo que podían echar la mano encima: y nosotros vigilando todo el tiempo, fíjese. ¡Robaron esa camisa del mismo tendedero! Y en cuanto a esa sábana con la que hicieron la escalera de trapo, no hay manera de saber cuántas veces no la robaron; y harina, y velas, y candeleros, y cucharas, y la vieja cazuela de calentar, y casi mil cosas que ya ni recuerdo, y mi vestido nuevo de indiana; y yo y Silas y mi Sid y Tom vigilando sin parar día y noche, como les decía, y ninguno de nosotros pudo pillarlos ni de vista ni de oídas; y aquí al último momento, fíjense, se cuelan por debajo de nuestras narices y nos engañan, y no solo nos engañan a nosotros sino también a los ladrones del Territorio Indio, y en realidad se llevan al negro sano y salvo, y eso con dieciséis hombres y veintidós perros pisándoles los talones en ese mismo momento. Les digo que supera cualquier cosa que haya oído en mi vida. Vamos, los espíritus no habrían podido hacerlo mejor ni ser más listos. Y creo que tiene que haber sido espíritus: porque ya conocen a nuestros perros, y no hay mejores; pues bien, esos perros nunca cogieron ni una sola vez el rastro de ellos. ¡Explíquenme eso si pueden, cualquiera de ustedes!

— Pues eso sí que...

— Santo Dios, nunca...

— Que me maten si yo hubiera...

— Ladrones de casas además de...

— Bendito Dios, yo habría tenido miedo de vivir en semejante...

— ¿Miedo de vivir? Vamos, yo estaba tan asustada que casi no me atrevía ni a acostarme, ni a levantarme, ni a tumbarme, ni a sentarme, hermana Ridgeway. Vamos, iban a robar hasta lo más... vamos, Dios mío, pueden imaginarse en qué estado de nervios estaba cuando llegó la medianoche de anoche. ¡Ojalá me muera si no tenía miedo de que se llevaran a alguno de la familia! Estaba hasta tal punto que ya no me quedaban facultades de razonar. Parece bastante absurdo ahora, de día; pero me digo a mí misma: ahí

están mis dos pobres chicos durmiendo, allá arriba en esa habitación solitaria, y juro ante Dios que estaba tan intranquila que me arrasté hasta allá y los cerré con llave. Así lo hice. Y cualquiera lo habría hecho. Porque, ya saben, cuando se asusta uno de esa manera, y sigue dando vueltas, y empeora y empeora sin parar, y el juicio empieza a faltársele, y uno empieza a hacer toda clase de cosas descabelladas, y al final piensa: suponte que yo fuera un chico, y estuviera allá arriba, y la puerta no estuviera cerrada con llave, y tú... —Se detuvo, con cara de pensativa, y luego volvió la cabeza despacio, y cuando su mirada cayó en mí: me levanté y fui a dar un paseo.

Me digo a mí mismo: puedo explicar mejor cómo es que no estábamos en esa habitación esta mañana si me voy a un lado y lo pienso un poco. Y eso hice. Pero no podía alejarme mucho, o me habría enviado a buscar. Y cuando ya era tarde por la tarde se fue toda la gente, y entonces entré y le dije que el ruido y los disparos nos despertaron a mí y a «Sid», y la puerta estaba cerrada con llave, y queríamos ver la diversión, así que bajamos por el pararrayos, y los dos nos hicimos un poco de daño, y no queríamos volver a intentarlo nunca más. Y luego seguí y le conté todo lo que le había dicho al tío Silas antes; y entonces ella dijo que nos perdonaba, y que quizá estaba todo suficientemente bien de todas formas, y era más o menos lo que cabía esperar de los chicos, porque todos los chicos eran un lote bastante loco y alocado por lo que ella podía ver; y que así, ya que no había resultado ningún daño, calculaba que era mejor emplear el tiempo en estar agradecida de que estábamos vivos y sanos y los tenía aún, en vez de preocuparse por lo pasado y hecho. Así que me besó, y me palmó en la cabeza, y cayó en una especie de ensimismamiento; y al poco saltó, y dijo:

— ¡Por Dios, ya casi es de noche, y Sid aún no ha llegado! ¿Qué le habrá pasado a ese chico?

Vi mi oportunidad; así que brinqué y digo:

— Iré corriendo al pueblo a buscarle — digo.

— No lo harás — dijo —. Te quedarás exactamente donde estás; uno a la vez es suficiente con perderse. Si no ha llegado para la cena, irá tu tío.

Bueno, no llegó para la cena; así que justo después de cenar fue el tío.

Volvió hacia las diez algo inquieto; no había encontrado rastro de Tom. La tía Sally estaba bastante inquieta; pero el tío Silas dijo que no había mo-

tivo: los chicos son chicos, dijo, y ya verán cómo este aparece por la mañana sano y salvo. Así que ella tuvo que conformarse. Pero dijo que se quedaría despierta un rato de todas formas, y dejaría una luz encendida para que pudiera verla.

Y luego cuando subí a acostarme subió ella conmigo y trajo su vela, y me arropó, y me trató con tanto cariño que me sentía mal, y como que no podía mirarle a la cara; y se sentó en la cama y habló conmigo largo rato, y dijo lo espléndido que era Sid, y no parecía querer dejar nunca de hablar de él; y me preguntaba de vez en cuando si calculaba que podría haberse perdido, o herido, o quizá ahogado, y quizá estar tumbado en este momento en alguna parte sufriendo o muerto, y ella sin estar a su lado para ayudarle, y así las lágrimas le resbalaban silenciosas, y yo le decía que Sid estaba bien, y llegaría a casa por la mañana, seguro; y ella me apretaba la mano, o quizá me daba un beso, y me decía que lo repitiera, y que siguiera repitiéndolo, porque le hacía bien, y estaba con tanta pena. Y cuando se fue miraba fijo en mis ojos tan serena y suavemente, y dijo:

—La puerta no va a estar cerrada con llave, Tom, y ahí está la ventana y el pararrayos; pero serás bueno, ¿verdad? ¿Y no te irás? Por mí.

Dios sabe que quería irme con todas mis fuerzas a ver qué pasaba con Tom, y tenía toda la intención de irme; pero después de eso no me habría ido por todo el oro del mundo.

Pero ella me pesaba en el pensamiento y Tom me pesaba en el pensamiento, así que dormí muy inquieto. Y dos veces bajé por el pararrayos en plena noche, y me deslicé por delante de la casa, y la vi sentada allí junto a su vela en la ventana con los ojos hacia el camino y las lágrimas en ellos; y ojalá hubiera podido hacer algo por ella, pero no podía, solo jurar que no volvería a hacer nada que le diera pena. Y la tercera vez me desperté al amanecer, y me deslicé abajo, y allí estaba todavía, y su vela estaba casi consumida, y su vieja cabeza gris descansaba en su mano, y estaba dormida.

El anciano fue al pueblo de nuevo antes del desayuno, pero no pudo encontrar ningún rastro de Tom; y los dos se sentaron a la mesa pensando, sin decir nada, con cara de apesadumbrados, y el café enfriándose, sin comer nada. Y al cabo el anciano dijo:

—¿Te di la carta?

—¿Qué carta?

—La que recibí ayer de la oficina de correos.

—No, no me diste ninguna carta.

—Bueno, debo de habérmela olvidado.

Así que rebuscó en los bolsillos, y luego fue a alguna parte donde la había dejado, y la trajo, y se la dio. Ella dijo:

—Vaya, es de San Petersburgo: es de Sis.

Calculé que otro paseo me sentaría bien; pero no podía moverme. Pero antes de que pudiera abrirla la soltó y corrió: porque vio algo. Y yo también. Era Tom Sawyer en un colchón; y ese viejo médico; y Jim, con el vestido de indiana, con las manos atadas a la espalda; y mucha gente. Escondí la carta detrás de lo primero que encontré a mano, y corrí. Ella se lanzó sobre Tom llorando, y dijo:

—¡Oh, está muerto, está muerto, sé que está muerto!

Y Tom volvió la cabeza un poco, y murmuró algo u otra cosa, lo que demostraba que no estaba en sus cabales; entonces ella levantó las manos, y dijo:

—¡Está vivo, gracias a Dios! ¡Y con eso basta! —y le robó un beso, y salió disparada hacia la casa a preparar la cama, dando órdenes a diestro y siniestro a los negros y a todo el mundo, tan deprisa como le iba la lengua, a cada paso del camino.

Seguí a los hombres para ver qué iban a hacer con Jim; y el viejo médico y el tío Silas siguieron a Tom a la casa. Los hombres estaban muy enfadados, y algunos querían colgar a Jim como escarmiento para todos los demás negros de por allí, para que no intentaran escaparse como había hecho Jim, y meter tanto lío, y tener a toda una familia aterrorizada casi hasta la muerte durante días y noches. Pero los demás dijeron que no lo hicieran, que no

serviría de nada; que no era esclavo suyo, y que su dueño aparecería y les haría pagarlo, seguro. Así que eso les enfrió un poco, porque la gente que siempre tiene más ganas de colgar a un negro que no ha actuado bien es siempre exactamente la que menos ganas tiene de pagar por él cuando ya le han dado su gusto.

Le insultaron a Jim bastante, de todas formas, y le arrearon algún que otro coscorrón de vez en cuando, pero Jim no dijo nada, y nunca dejó traslucir que me conociera, y le llevaron a la misma cabaña, y le pusieron su propia ropa, y le encadenaron de nuevo, y no a la pata de ninguna cama esta vez, sino a una gran grapa clavada en el tronco inferior, y le encadenaron también las manos, y las dos piernas, y dijeron que no iba a tener más que pan y agua para comer a partir de ese momento hasta que llegara su dueño, o le vendieran en pública subasta porque no hubiera llegado en cierto tiempo, y taparon nuestro agujero, y dijeron que un par de granjeros armados tendrían que hacer guardia alrededor de la cabaña cada noche, y un perro de presa atado a la puerta de día; y por esas alturas habían acabado con el trabajo y estaban concluyendo con una especie de maldiciones generales de despedida, y luego viene el viejo médico, echa un vistazo, y dice:

—No sean más duros con él de lo que están obligados, porque no es un mal negro. Cuando llegué al sitio donde encontré al chico vi que no podía extraer la bala sin alguna ayuda, y el chico no estaba en condiciones de dejarle para ir a buscar ayuda; y se fue poniendo un poco peor y un poco peor, y al cabo de mucho tiempo perdió el conocimiento, y ya no me dejaba acercarme, y decía que si marcaba su balsa con tiza le mataría, y todo tipo de disparates así, y vi que no podía hacer absolutamente nada con él; así que digo: de alguna manera tengo que conseguir ayuda; y en el momento en que lo digo, de alguna parte sale arrastrándose este negro y dice que me ayudará, y así lo hizo, y lo hizo muy bien. Claro que calculé que tenía que ser un negro fugado, y ¡allí estaba yo! Y allí me tuve que quedar sin más todo el resto del día y toda la noche. ¡Vaya compromiso, les digo! Tenía un par de pacientes con fiebre, y claro que me habría gustado subir al pueblo a verlos, pero no me atrevía, porque el negro podría escaparse, y entonces yo sería el culpable; y sin embargo nunca se acercó ningún bote lo suficiente para poder hacerle señas. Así que allí me tuve que quedar hasta el amanecer esta mañana; y nunca he visto un negro que fuera mejor enfermero ni más fiel, y sin embargo estaba arriesgando su libertad para hacerlo, y además es-

taba agotado, y vi claramente que le habían hecho trabajar muy duro últimamente. Me cayó bien ese negro por eso; les digo, caballeros, un negro así vale mil dólares: y buen trato también. Tenía todo lo que necesitaba, y el chico estaba tan bien allí como habría estado en casa: mejor, quizá, porque estaba tan tranquilo; pero allí estaba, con los dos a mi cargo, y allí tuve que quedarme hasta el amanecer esta mañana; entonces pasaron unos hombres en un bote, y gracias a la suerte el negro estaba sentado junto al jergón con la cabeza apoyada en las rodillas profundamente dormido; así que les hice señas en silencio, y se acercaron a hurtadillas y le agarraron y le ataron antes de que supiera lo que pasaba, y no tuvimos ningún problema. Y el chico estando en una especie de sueño febril también, envolvimos los remos y enganchamos la balsa, y la remolcamos muy bien y silenciosamente, y el negro no armó el más mínimo alboroto ni dijo una palabra desde el principio. No es un mal negro, caballeros; eso es lo que opino de él.

Alguien dijo:

— Bueno, suena muy bien, doctor, he de decirlo.

Entonces los demás se suavizaron un poco también, y yo estaba muy agradecido a ese viejo médico por haberle hecho ese bien a Jim; y me alegraba de que fuera conforme a lo que yo había pensado de él también; porque creí que tenía buen corazón y era un buen hombre desde la primera vez que le vi. Luego todos estuvieron de acuerdo en que Jim había actuado muy bien, y merecía que se tomara nota de ello, y una recompensa. Así que cada uno de ellos prometió, abiertamente y de buena gana, que no le volvería a insultar.

Luego salieron y le cerraron con llave. Esperaba que fueran a decir que podían quitarle una o dos de las cadenas, porque pesaban una barbaridad, o que podría tener carne y verduras con su pan y agua; pero no se les ocurrió, y calculé que no era mejor que yo me mezclara, aunque juzgué que le llevaría la historia del médico a la tía Sally de una manera u otra en cuanto hubiera pasado los escollos que tenía justo delante: las explicaciones, quiero decir, de cómo se me olvidó mencionar que a Sid le habían disparado cuando le estaba contando cómo habíamos pasado esa maldita noche bogando en busca del negro fugado.

Pero tenía tiempo de sobra. La tía Sally no se movió del cuarto del enfermo en todo el día y toda la noche, y cada vez que vi al tío Silas deambulan-

do le esquivé.

A la mañana siguiente oí que Tom estaba bastante mejor, y dijeron que la tía Sally había ido a echar una cabezada. Así que me colé en el cuarto del enfermo, y si le encontraba despierto calculé que podríamos inventar una historia para la familia que se sostuviera. Pero estaba durmiendo, y muy tranquilamente también; y pálido, no con la cara roja como cuando llegó. Así que me senté a esperarle despierto. En como media hora entró deslizándose la tía Sally, y ¡allí estaba yo, en apuros otra vez! Me hizo señas de que me callara, y se sentó junto a mí, y empezó a susurrar, y dijo que todos podíamos estar alegres ahora, porque todos los síntomas eran de primera, y llevaba durmiendo así una eternidad, y con mejor y más tranquila cara todo el tiempo, y con mucha probabilidad se despertaría en sus cabales.

Así que nos quedamos allí mirando, y al cabo se movió un poco, y abrió los ojos muy naturalmente, y echó una mirada, y dijo:

— ¡Hola! ¿Cómo es que estoy en casa? ¿Dónde está la balsa?

— Todo bien — digo.

— ¿Y Jim?

— Igual — digo, pero no pude decirlo con mucha soltura. Pero él no lo notó, sino que dijo:

— ¡Bien! ¡Espléndido! ¡Ahora estamos todos bien y salvos! ¿Se lo dijiste a la tía?

Iba a decir que sí; pero ella intervino y dijo: — ¿Sobre qué, Sid?

— Pues sobre la manera en que se hizo todo.

— ¿Qué todo?

— Pues todo. No hay más que uno: cómo liberamos al negro fugado, Tom y yo.

— ¡Santo Dios! Liberásteis al... ¿de qué está hablando el muchacho? ¡Querido, querido, otra vez sin cabales!

— No, no estoy sin cabales; sé perfectamente lo que digo. Le liberamos: Tom y yo. Nos lo propusimos, y lo hicimos. Y lo hicimos de primera también. — Había arrancado, y ella no le detuvo, simplemente se quedó sentada

y miró y miró, y le dejó seguir, y vi que no me servía de nada meterme.— Vamos, tía, nos costó un montón de trabajo: semanas; horas y horas cada noche, mientras ustedes estaban todos dormidos. Y tuvimos que robar velas, y la sábana, y la camisa, y tu vestido, y cucharas, y platos de hojalata, y navajillas de mesa, y la cazuela de calentar, y la muela, y harina, y un sinfín de cosas, y no pueden imaginar lo que costó hacer las sierras, y las plumas, e inscripciones, y una cosa y otra, y no pueden imaginar ni la mitad de la diversión que fue. Y tuvimos que hacer dibujos de ataúdes y cosas así, y cartas anónimas de los ladrones, y subir y bajar por el pararrayos, y cavar el agujero hasta la cabaña, y hacer la escala de cuerda y meterla cocida dentro de un pastel, y meterles cucharas y cosas con qué trabajar en el bolsillo del delantal...

— ¡Misericordia!

— ... y cargar la cabaña de ratas y serpientes y demás para hacerle compañía a Jim; y luego tú te entretuviste tanto a Tom aquí con la mantequilla en el sombrero que casi echas a perder todo el asunto, porque los hombres llegaron antes de que estuviéramos fuera de la cabaña, y tuvimos que correr, y nos oyeron y nos dispararon, y yo recibí lo mío, y nos metimos por el camino y les dejamos pasar, y cuando llegaron los perros no les interesamos nosotros, sino que se fueron hacia donde había más ruido, y cogimos nuestra canoa, y nos dirigimos a la balsa, y estábamos todos salvos, y Jim era un hombre libre, y lo hicimos nosotros solos, ¿y no fue fabuloso, tía?

— ¡Pues nunca he oído cosa igual en todos mis días! ¡Así que erais vosotros, pillastres, los que estabais armando todo este lío, y volvió del revés el juicio de todos y nos asustasteis a todos casi hasta la muerte! Tengo unas ganas tremendas de ajustaros las cuentas ahora mismo. Pensar que he estado aquí, noche tras noche... ¡ya te pondrás bien del todo, tunante, y entonces juro que os voy a dar para el pelo a los dos!

Pero Tom estaba tan orgulloso y contento que no podía contenerse, y la lengua le fue a todo trapo: ella interrumpiendo y echando chispas por los cuatro costados, y los dos a la vez, como una convención de gatos; y ella dijo:

— Bueno, saca todo el disfrute que puedas ahora, porque te aviso que como te pille metiendo mano en él otra vez...

—¿Metiendo mano en quién? —dijo Tom, borrando la sonrisa y con cara de sorprendido.

—¿En quién? Pues en el negro fugado, claro. ¿En quién si no?

Tom me miró muy serio, y dijo:

—Tom, ¿no me acabas de decir que estaba bien? ¿No ha escapado?

—¿Qué él? —dijo la tía Sally—; ¿el negro fugado? Pues no, qué va. Le han traído de vuelta, sano y salvo, y está en esa cabaña de nuevo, a pan y agua, cargado de cadenas, hasta que le reclamen o le vendan.

Tom se incorporó en la cama de golpe, con los ojos encendidos y las aletas de la nariz abriéndose y cerrándose como agallas, y me gritó:

—¡No tienen ningún derecho a encerrarle! ¡Mueve! Y no pierdas ni un minuto. ¡Súéltale! No es ningún esclavo; es tan libre como cualquier criatura que camina sobre esta tierra.

—¿Qué quiere decir el muchacho?

—Digo cada palabra que digo, tía Sally, y si alguien no va, iré yo. Le he conocido toda su vida, y Tom también. La vieja miss Watson murió hace dos meses, y se avergonzaba de haber pensado venderle río abajo, y lo dijo; y le dejó libre en su testamento.

—¿Entonces para qué demonios queríais liberarle, si ya era libre?

—Bueno, esa sí que es una pregunta, tengo que decirlo; ¡y muy propia de mujeres! Pues quería la aventura de ello; y habría vadeado sangre hasta el cuello para... ¡Dios bendito! ¡Tía Polly!

Si no estuviera allí mismo, justo dentro de la puerta, con cara de dulce y satisfecha como un ángel medio lleno de pastel, que me maten.

La tía Sally se lanzó sobre ella, y casi le arrancó la cabeza de tanto abrazarla, y lloró sobre ella, y yo encontré un lugar suficientemente bueno para mí debajo de la cama, porque la cosa se estaba poniendo bastante caliente para mí, me pareció. Y asomé la cabeza, y al poco la tía Polly de Tom se soltó y se quedó allí mirando a Tom por encima de sus gafas: con esa manera suya de aplastarle con la mirada. Y luego dijo:

—Sí, más vale que apartes la cara: yo lo haría si estuviera en tu lugar, Tom.

—¡Ay, Dios mío! —dijo la tía Sally—. ¿Es que ha cambiado tanto? ¡Pero si ese no es Tom; es Sid! Tom es... Tom es... ¿pero dónde está Tom? Estaba aquí hace un momento.

—Lo que quieres decir es dónde está Huck Finn: eso es lo que quieres decir. Yo creo que no he criado a un tunante como mi Tom durante todos estos años sin reconocerle cuando le veo. Eso sí que estaría bien. Sal de debajo de esa cama, Huck Finn.

Y así lo hice. Pero sin muchas ganas.

La tía Sally era una de las personas con cara de más confusión que he visto nunca: excepto una, y esa era el tío Silas, cuando entró y se lo contaron todo. Le dejó como aturdido, por así decirlo, y no supo nada de nada el resto del día, y esa noche predicó un sermón en la reunión de oración que le dio una reputación formidable, porque el hombre más viejo del mundo no habría podido entenderlo. Así que la tía Polly de Tom contó todo quién era yo y qué; y yo tuve que levantarme y contar cómo estaba en tan apurada situación que cuando la señora Phelps me confundió con Tom Sawyer: ella intervino y dijo: «Oh, sigue y llámame tía Sally, ya estoy acostumbrada, y no hace falta cambiar»: que cuando la tía Sally me confundió con Tom Sawyer tuve que aguantarlo; no había otra manera, y sabía que él no lo tomaría a mal, porque le vendría de perlas ser un misterio, y sacaría una aventura de ello, y quedaría completamente satisfecho. Y así fue, y hizo como que era Sid, y lo puso todo lo más fácil que pudo para mí.

Y su tía Polly dijo que Tom tenía razón en cuanto a la vieja miss Watson que le dejó libre a Jim en su testamento; y así que, en efecto, ¡Tom Sawyer se había tomado todo ese trabajo y ese esfuerzo para liberar a un negro que ya era libre! Y nunca había podido entender antes, hasta ese momento y esa conversación, cómo podía él ayudar a liberar a un negro con su educación.

Bueno, la tía Polly dijo que cuando la tía Sally le escribió que Tom y Sid habían llegado bien y salvos, se dijo a sí misma:

—¡Mira lo que hay! Tendría que haberlo previsto, dejándole irse así sin nadie que le vigilara. Así que ahora tengo que ir a recorrer el río abajo mil

setecientos kilómetros, y averiguar en qué andá metido esta vez, ya que parece que no se podía sacar ninguna respuesta de vosotros al respecto.

—Pero si yo nunca recibí nada de ti —dijo la tía Sally.

—¡Vaya! ¡Qué extraño! Pues si te escribí dos veces para preguntarte qué querías decir con eso de que Sid estaba aquí.

—Bueno, no me llegaron, Sis.

La tía Polly se volvió lentamente y con severidad, y dijo:

—¡Tú, Tom!

—Bueno, ¿qué? —dijo, con un tono algo impaciente.

—No me pongas «qué», descarado: saca esas cartas.

—¿Qué cartas?

—Esas cartas. Vaya, que como tengo que ponerte la mano encima yo...

—Están en el baúl. Ahí. Y están igual que cuando las saqué de la oficina. No las he abierto, no las he tocado. Pero sabía que darían problemas, y pensé que si no tenías prisa, yo...

—Bueno, eres un caso, sin ningún género de dudas. Y escribí otra para decirte que venía; y supongo que él...

—No, llegó ayer; aún no la he leído, pero está bien, esa la tengo.

Quería ofrecer apostar dos dólares a que no, pero calculé que igual era más seguro no hacerlo. Así que no dije nada.

## CAPÍTULO FINAL

La primera vez que pescé a Tom a solas le pregunté cuál había sido su idea en el momento de la evasión: qué era lo que había planeado hacer si la evasión salía bien y conseguía liberar a un negro que ya era libre de antemano. Y dijo que lo que había tenido planeado en la cabeza desde el principio, si sacábamos a Jim sano y salvo, era llevarnos a Jim río abajo en la balsa, y tener aventuras hasta la misma desembocadura del río, y luego contarle lo de ser libre, y llevarle de vuelta a casa en un vapor, con estilo, y pagarle por el tiempo perdido, y escribir avisando con antelación y reunir a todos los negros de los alrededores, y tenerles valsando al pueblo con una procesión de antorchas y una banda de música, y entonces él sería un héroe, y nosotros también. Pero calculé que más o menos había salido igual de bien como estaba.

Sacamos a Jim de las cadenas en nada de tiempo, y cuando la tía Polly y el tío Silas y la tía Sally se enteraron de lo bien que había ayudado al médico a cuidar a Tom, le llenaron de atenciones, y le pusieron de primera, y le dieron todo lo que quería comer, y un buen rato, y nada que hacer. Y le subimos al cuarto del enfermo, y tuvimos una gran charla; y Tom le dió a Jim cuarenta dólares por haber sido prisionero para nosotros tan pacientemente, y haberlo hecho tan bien, y Jim estaba casi muerto de contento, y exclamó, y dijo:

— ¡Ahí está, Huck, qué no te decía yo? ¿Qué no te decía allá en la isla Jackson? Te dije que tenía el pecho peludo, y lo que eso significaba; y te dije que había sido rico una vez, y que iba a volver a ser rico; y ha resultado verdad, y aquí está. ¡Ahí! No me hablen: las señales son señales, y sépanlo; y yo sabía igual de bien que iba a ser rico de nuevo como que estoy aquí parado en este momento.

Y luego Tom estuvo hablando y hablando, y dijo, vamos los tres a escurrirnos de aquí una de estas noches y hacer un avituallamiento, e ir a buscar aventuras a lo grande entre los indios, allá en el Territorio, durante un par de semanas o así; y yo digo, de acuerdo, eso me conviene, pero no tengo dinero para comprar el avituallamiento, y creo que no podría conseguirlo de casa, porque probablemente papá ha vuelto ya y se lo ha quitado todo al juez Thatcher y se lo ha bebido.

— No, que no — dijo Tom —; todavía está todo allí: seis mil dólares y más; y tu papá no ha vuelto desde entonces. Por lo menos no había vuelto

cuando yo me fui.

Jim dijo, con cierta solemnidad:

—Él no va a volver más, Huck.

Digo:

—¿Por qué, Jim?

—No importa por qué, Huck: pero no va a volver más.

Pero insistí; así que al final dijo:

—¿No te acuerdas de la casa que bajaba flotando por el río, y había un hombre dentro, tapado, y yo entré y le destapé y no te dejé entrar? Pues bien, puedes ir a recoger tu dinero cuando quieras, porque ese era él.

Tom ya está casi bien, y lleva la bala colgada al cuello en una cadena de reloj a modo de reloj, y siempre está mirando qué hora es, y ya no hay nada más que escribir, y estoy realmente contento de ello, porque si hubiera sabido lo que costaba hacer un libro no lo habría emprendido, y no voy a volver a hacerlo. Pero supongo que tengo que salir pitando hacia el Territorio antes que los demás, porque la tía Sally va a adoptarme y civilizarme, y no puedo aguantarlo. Ya estuve en eso antes.

Fin.

Atentamente, Huck Finn.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**